ARCADUZ

Jan Dobraczyński

La sombra del Padre



Historia de José de Nazaret

18ª edición

PALABRA

Jan Dobraczyński

Nació en Varsovia el 20 de abril de 1910. Desde 1933 escribe para la prensa católica. Luchó en la Campaña de 1939 y participó en el movimiento de resistencia y en la Sublevación de Varsovia durante la Segunda Guerra Mundial. Editó prensa clandestina durante la ocupación nazi y fue miembro de la Sección de guerra psicológica del Ejército.

Apresado por los alemanes, estuvo internado en un campo de concentración.

Muchas de las obras de Dobraczyński (novelas, dramas, ensayos) han sido traducidas a varios idiomas. Ha ganado diversos premios literarios.

1ª edición, abril	1984
2ª edición, septiembre	1984
3ª edición, febrero	1985
4ª edición, noviembre	1985
5ª edición, octubre	1986
6ª edición, febrero	1988
7ª edición, abril	1989
8ª edición, diciembre	1990
9ª edición, septiembre	1992
10ª edición, febrero	1994
11ª edición, febrero	1995
12ª edición, mayo	1996
13ª edición, mayo	1997
14ª edición, diciembre	1998
15ª edición, mayo	2000
16ª edición, diciembre	2001
17ª edición, junio	2004
18ª edición, diciembre	2005

En estos Poemas todo
para que el Señor te colme de
bendiciones y te dé la fortaleza para
las decisiones que tengas que tomar.
Con cariño
02/04/07

LA SOMBRA DEL PADRE

HISTORIA DE JOSÉ DE NAZARET

EDICIONES PALABRA
Madrid

Título original: *Cien Ojca*

Colección: Arcaduz

Diseño de la cubierta: Carlos Bravo
I.S.B.N. 84-8239-454-1
Depósito Legal: M. 46.094-2005
Impresión: Gráficas Anzos, S.L.
Printed in Spain - Impreso en España

Jan Dobraczyński

La sombra del Padre

Historia de José de Nazaret

DECIMOCTAVA EDICIÓN

ARCADUZ

SOLI DEO

PRYMAS POLSKI

Drogi Janie,
w „Cieniu Ojca" odsłoniłeś
Światło Opiekuna Jezusa
i Jego Dziewiczej Matki...
Pomogłeś zrozumieć nam
św. Józefa...
Bóg Ci to nagrodzi...

+ Stefan Kard. Wyszyński
Prymas Polski

Warszawa, 19. III. 1979

Querido Juan,
En la «SOMBRA DEL PADRE» has puesto al descubierto la luz del Protector de Jesús y de su Madre Inmaculada... Nos has ayudado a entender a San José...
Dios te lo premiará...

Stefan Cardenal Wyszynski
Primado de Polonia

...Bueno es hablar de sus privilegios,
pero sobre todo hay que poder imitarla.
Prefiere ser imitada que admirada,
y su vida fue tan sencilla...
¡Pero cuántos afanes, cuántas desilusiones!
Cuántas veces el buen San José sufrió reproches de la gente.
Cuántas veces se negaron a pagarle por su trabajo.
Qué sorpresa nos llevaríamos
si supiéramos lo mucho que sufrieron...

Santa Teresa del Niño Jesús.



PRIMERA PARTE

LA ESPOSA

El ardor del sol meridiano, embutido en la estrecha calleja, se hacía espeso. Las paredes encaladas cegaban con su blanco resplandor. El borriquillo atado al tronco descascado de una acacia dejaba colgar tristemente la cabeza y se limitaba a golpearse rabiosamente los flancos con el rabo, para librarse de las moscas cuando le atormentaban en exceso. A su vera, dos niños, en cuclillas sobre el camino, jugaban en la arena. Estaban muy absortos en su juego; sin embargo, al pasar a su lado un hombre alto, ancho de hombros, el muchacho se levantó y dijo:

—La paz sea contigo, tío José.

—La paz también contigo, Judas —le contestó el hombre.

Se detuvo un instante. Le dio al niño unas palmaditas en la espalda y le sonrió a la niña, que seguía agachada observando al varón con sus grandes ojos negros.

—Y también contigo Sara —le dijo a la pequeña.

Reemprendió la marcha. Caminaba despacio, inmerso en sus pensamientos. Los niños volvieron la cabeza y le siguieron con la mirada.

Se detuvo ante el portalón del muro. Antes de traspasarlo cerró un instante los ojos y murmuró: *Baruk ata Adonai, melek ha-olâm*. Era una de las *berakoth* que se recitaban a lo largo del día, en diversas circunstancias: ésta se rezaba antes de dar un paso importante. Luego empujó el portalón chirriante que tan bien conocía. Lo había fabricado él mismo hacía tiempo.

Al traspasar el portalón lo envolvió una agradable sombra y el olor aromático de las hojas y las hierbas recalentadas por el sol. Siguiendo la pared, un sendero estrecho protegido por las ramas de un potente sicomoro, llevaba al jar-

dín. Una plazoleta se abría alrededor de su tronco nudoso. El sol se filtraba a través de las hojas sembrando el suelo de luminosas manchas parpadeantes. Antaño, cuando niño, esta plazoleta le parecía enorme, muy apropiada para el juego. Ahora le parecía de un tamaño irrisorio.

Debajo del árbol, en una litera, había un hombre echado y cubierto, pese al calor reinante, con una manta rayada. Desde lejos podía oír su respiración pesada, jadeante. José se acercó y se inclinó sobre el hombre dormido. El anciano dormitaba. Los cabellos blancos y ralos se alzaban sobre su cabeza como plumón levantado por el viento. La boca entreabierta mostraba los pocos dientes que le quedaban; los labios se perdían entre la barba crecida. Las manos con las venas hinchadas que descansaban sobre la manta temblaban ligeramente. El anciano llevaba en el dedo un grueso anillo informe, rodeado con un hilo para que no se le cayera.

Retrocedió un poco; se sentó en una pequeña banqueta, decidido a esperar pacientemente el despertar del adormecido. El silencio era completo, no se oía ningún ruido entre las hojas. Los pájaros se habían dormido en las ramas. Las lagartijas inmóviles, como hechas de barro, se calentaban al sol. De cuando en cuando perdían repentinamente su inmovilidad y rápidas, sin el menor sonido, se desplazaban de un sitio a otro para caer de nuevo en la quietud más absoluta. Unicamente los grillos ocultos en la hierba acompasaban el tiempo con su canto. Con las manos apoyadas en las rodillas separadas, José empezó a recitar una nueva *berakâ*: «Bendito seas, Señor Eterno, Rey del Universo, por mandar a tu pueblo el silencio que permite pensar en Ti y venerar Tu voluntad...»

José amaba el silencio desde su más tierna infancia. El silencio le hablaba con más claridad que las voces. Exigía siempre lo mismo: esperar. A su lado transcurría la vida intranquila y ruidosa. Se oían tantas palabras innecesarias, tantas quejas dichas a la ligera, tantas certezas que no significaban realmente nada... Estaba sumergido en esta corriente con su silencio como piedra en medio del torrente. Esperaba, aunque la verdad sea dicha, no sabía qué estaba aguardando. Esperaba lo que le iba a decir el silencio.

Cada tarde, pasado el tiempo caluroso, se oían en la plaza situada fuera del pueblo las flautas y los tamboriles. Los jóvenes se reunían para jugar y bailar. También iban allí presurosos los hermanos menores de José. Hasta él llegaban los sonidos lejanos de voces alegres, de risas, de palmas...

Nunca acompañaba a sus hermanos. Eso no quería decir que no le atraían las diversiones. Era joven todavía. Tenía momentos de tentación. Las llamadas del silencio pugnaban con las llamadas del corazón. Pero el silencio terminaba siempre por imponerse.

Los días transcurrían llenos de trabajo en el taller. El trabajo estaba enmarcado por momentos dedicados al rezo de las plegarias. El sábado y los días de oraciones comunes, iba a la sinagoga. Cuando le correspondía el turno, revestía el *taled*, se levantaba de su sitio, se acercaba al púlpito, tomaba de las manos del *hazzan* el rollo santo de la *Torâ* enrollado en un cilindro de madera. Volvía la cara hacia el lugar donde se levantaba el templo aún sin terminar, y con voz potente leía el párrafo correspondiente.

En el taller tenía siempre mucho trabajo. Nunca faltaban clientes que venían con encargos. Gozaba de prestigio por su seriedad y habilidad. Además no pedía mucho por su trabajo. No había lugar a regateos con el cliente. Era bien sabido que, cuando fijaba un precio, éste correspondía al valor real del material empleado más una modesta cantidad por el trabajo realizado. Por otra parte, también cumplía con el plazo estipulado.

En su taller, siempre cantaba la garlopa y resonaba el martillo. También se oían con frecuencia unas voces infantiles. El —el hombre silencioso— amaba a los niños y disfrutaba hablando con ellos. Los problemas de los niños le interesaban más que los problemas de los mayores. El taller albergaba siempre un grupito de niños curiosos. Miraban cómo trabajaba, le hacían preguntas y él les contestaba. De vez en cuando llamaba a un muchacho, le ponía en las manos una sierra o un cepillo. Le enseñaba el modo de manejar la herramienta. Le daba un trozo de madera para desbastar. Unas veces alababa al alumno diestro dándole unas palmaditas, y otras movía la cabeza y le explicaba los errores cometidos. Todos los niños del pueblo le llamaban

tío. A decir verdad, este título le pertenecía como primogénito de su estirpe.

El portalón por el que había entrado chirrió. Por el sendero cercano a la pared se acercaban unos forasteros. Caminaban despacio, con parsimonia, iban ataviados con ropaje rico y extraño a la región, llevaban las barbas con un corte desacostumbrado. Sus abrigos carecían de las franjas prescritas por la Ley. Ambos pertenecían a la estirpe, pero antaño habían abandonado el pueblo familiar para asentarse lejos, en Antioquía. Se convirtieron en mercaderes ricos. Hoy venían de visita a la cuna familiar.

Saludaron a José con una inclinación de cabeza; él correspondió a su saludo.

—La paz sea con vosotros.

—La paz sea contigo. ¿Tú debes ser José el hijo de Jacob? —preguntó uno de los recién llegados.

—Es como has dicho.

—Hablamos con tu padre ayer. Quiso que volviéramos de nuevo para terminar nuestra conversación en tu presencia. Pero veo que está durmiendo.

—No me he atrevido a despertarlo.

—Hablas como un niño —dijo riendo el segundo mercader—. Pero hace tiempo que eres mayor y el primogénito de la estirpe. Venimos precisamente para hablar de ti.

La respiración fatigosa del adormilado se hizo irregular y ronca. La boca abierta se cerró, un espasmo cruzó su rostro como una mueca de dolor. Los párpados delgados se descorrieron lentamente descubriendo unos ojos claros. El anciano empezó mirando como si no entendiera lo que veían sus ojos. Mas enseguida una expresión de comprensión se dibujó en su cara.

—Ah, ¿sois vosotros? ¿Habéis venido? Bien, bien. ¿José está aquí también?

—Aquí estoy, padre.

Con un gesto, el anciano les señaló a su hijo:

—¿Ya os conocéis? Es José, mi primogénito.

Inclinaron la cabeza como para saludarle por primera vez.

—Deseamos mostrarle, pese a su juventud, nuestro respeto como futuro cabeza de la estirpe —dijo uno de los

mercaderes. Su voz denotaba sumisión. Acaso, incluso un algo de desprecio. Estos hombres parecían pudientes. Lucían en sus dedos unos anillos caros y hermosos, hechos con más esmero que el que adornaba la mano de Jacob. Colgadas del cuello llevaban unas cadenas de oro de las que pendían los sellos mercantiles. El que hablaba en este momento llevaba también una cinta de oro en el pelo y un aro en la oreja.

—Naturalmente —decía él—, hoy en día las cuestiones de la estirpe no tienen la importancia que tuvieron antaño. Las familias están desperdigadas por el mundo.

—No obstante, no hemos olvidado los asuntos de nuestra estirpe —intervino el segundo mercader—. Lo ocurrido últimamente...

Jacob levantó las cejas.

—Repítelo otra vez.

—Supongo que ya la sabéis todos. Estoy pensando en el asesinato de los hijos de Mariamme.

El comerciante que hablaba a la sazón iba vestido de manera menos llamativa que su compañero. Tenía la cara enjuta, tensa, los ojos cercados con una red tenue de arrugas. Unos tonos rojizos refulgían en su pelo.

—Fue muy astuto. Primero hizo correr la voz de su culpabilidad. Se quejaba casi llorando de que conspiraban contra su propio padre. Hasta tal punto consiguió soliviantar a la población de Jericó que esta estaba determinada a lapidar a cualquiera que se hubiese mostrado partidario de los jóvenes príncipes. Entonces los llamó a Sebaste y los hizo estrangular.

—Así se deshizo de todos los Asmoneos —recalcó el primero de los visitantes—, la estirpe real. ¿Quién puede ahora privarle de la corona de Judea? Ha podido nombrar sucesor suyo al hijo de su amante árabe.

Se hizo un silencio en el que se podía oír con más claridad el canto de los grillos. En este silencio Jacob rompió a hablar con voz ahogada.

—Naturalmente que oímos hablar de todo esto. Pero qué tiene que ver esto con nuestra casa.

Los mercaderes intercambiaron una mirada de complicidad.

—Nos han avisado —dijo el de la cara delgada— que Herodes dio orden a sus espías para que vigilen con mucho detenimiento a los miembros de nuestra estirpe. Tenemos pruebas Menahem y yo —señaló a su compañero— de que gente sospechosa ronda nuestras casas.

—Aquí no hemos visto a nadie —dijo Jacob. La voz del anciano patriarca denotaba orgullo—. Somos la estirpe santa. El Omnipotente cuida de nosotros. Si alguien intentara atacarnos, todo Israel se levantaría en nuestra defensa.

Los dos comerciantes sonrieron irónicamente.

—Tu confianza es excesiva Jacob —lanzó Menahem—. Tú crees que estamos todavía viviendo en tiempos de los milagros, cuando el Omnipotente cuidaba de Israel a cada paso. Esos son hechos pasados que sólo se cuentan en las sinagogas. En otros tiempos, nuestra estirpe era importante. Era el linaje real. Desde entonces han pasado siglos. Todos se han dispersado. Unos tuvieron suerte, otros vinieron a menos... Vosotros no os habéis movido de aquí, sois como una isla de recuerdos pasados. Le suelo decir a Fiaba —señaló al comerciante pelirrojo— que es bueno recordar que en Belén sigue viviendo gente de nuestra estirpe. Si alguna de nuestras hijas necesitara marido, podríamos venir en busca de un joven honesto...

—Tal como ha ocurrido en nuestra historia —añadió Fiaba.

—Justamente —prosiguió Menahem—, los lazos familiares son algo muy bonito. Pero, desde que fijó la mirada en nuestra estirpe, también pueden ser asuntos peligrosos. Por eso hemos venido.

—Decid, qué es lo que queréis.

Ambos mercaderes volvieron a mirarse. Fiaba cabizbajo y azorado daba vueltas a sus anillos.

—Estaría mejor —dijo— que los miembros de nuestra estirpe no se queden todos juntos agrupados en este sitio, sino que probaran fortuna en el mundo, tal como hicimos nosotros...

—Quieres —la voz de Jacob sonó horrorizada— que todos abandonen la tierra de David.

—¡Olvidémonos de una vez de David! —exclamó impa-

ciente Menahem—. Los fariseos no dejan de hablar de cierto descendiente de David, y los espías de Herodes abren los oídos. No estoy dispuesto a perder todo lo que tengo, incluida la vida, por el mero hecho de haber tenido hace siglos a un rey en la familia; y él —señaló a Fiaba— tampoco lo está.

Se interrumpió y de nuevo cayó el silencio. El pecho de Jacob se alzaba en una respiración rápida y le temblaban los labios perdidos entre la barba blanca.

—Dices cosas impías —gimió.

—No, no —Fiaba trataba de suavizar la explosión de Menahem—. El no pensaba en nada impío. Es toda la estirpe la que le preocupa. Yo dije: Estaría bien que se desperdigaran los miembros de la estirpe. Pero claro, todos no pueden marchar y tampoco necesitan hacerlo. Los que trabajan la tierra y se han convertido en verdaderos *am-ha'rez*, no se hacen notar. Sólo se trata de los que han alcanzado cierta importancia...

Los dos miraron significativamente al varón joven sentado a un lado, que se mantuvo callado durante todo el tiempo. Jacob dijo:

—Veo que pensáis en José. Es un *naggar*.

—Ahí está, su trabajo le hace destacar —dijo Fiaba—. Apenas habíamos llegado a Jerusalén, ya nos hablaron de él. Nos dicen que es el mejor *naggar* de toda Judea —Fiaba se volvió hacia José—. ¿Es cierto que vienen a verte desde muy lejos? ¿Es cierto que los funcionarios reales te han encargado trabajos?

—Sí, se ha dado el caso —reconoció.

—Pues ya lo ves tú mismo —Fiaba se dirigió de nuevo a Jacob—. Los espías tienen que saberlo —otra vez se volvió a José—. ¿Tienes amigos fariseos?

José negó con la cabeza.

—No conozco a ningún fariseo. Acaso sólo conozco a los que han venido a mi taller con algún encargo.

—¡Basta! —interrumpió Menahem—. Los fariseos se han vuelto locos, y sus locuras pueden acarrear desgracias a toda la nación. Conspiran, proclaman ciertas profecías, se oponen a las órdenes de Herodes. Ya les castigó cruelmente una vez y ellos vuelven a la carga. En el fondo, es un rey inteligente...

—¡Maldito descendiente de Ismael! —escupió Jacob.

Menahem hizo un gesto de impaciencia con la mano.

—¡Esos también son cuentos viejos! ¡Historias olvidadas! Herodes cuida de la paz y sabe arreglarse muy bien con los Romanos. Todos ganamos en el asunto. Que sea rey, él y sus hijos... con tal de que podamos comerciar tranquilamente.

—Pero si asesina... —balbuceaba Jacob—. Tú mismo lo has dicho.

—¿Y quién no asesina hoy en día? Los Asmoneos mataban igualmente. Todo se arregla con cuchillo y veneno. Conozco a muchos que viven únicamente de la preparación de venenos; ¡y créeme, viven bien!

—¡Un desvergonzado! —Dijo Jacob indignado—.Se cuentan cosas horrendas de lo que ocurre en su corte. He oído decir que manda raptar niñas e incluso niños...

—Tú, Jacob, vives aquí como si vivieras en tiempos de nuestro antepasado Abraham —dijo Fiaba. Se alisó la barba—. Lo que ocurre en la corte de Herodes, se da en todo el mundo. Lo mismo ocurre en Roma con el César. El mundo es así. No lo cambiaremos. No puede uno permanecer aferrado tercamente a las viejas costumbres y pasar el tiempo enfurruñado. Hay que tener sentido común. El saber y la cutura vienen de Roma. No podemos ser más tontos que los que dominan el mundo... Pero no era ése el tema, ¿verdad? Se trata de que Herodes se ha fijado en nuestra estirpe. Esto no hubiera ocurrido si no fuera por las habladurías de los fariseos. ¡Son ellos quienes le hacen como es! Pero ya que ha ocurrido, considero que, para la seguridad de toda la estirpe —recalcó las últimas palabras—, los que llaman la atención no deberían permanecer aquí en Belén ...Opinamos que José tiene que irse. Que venga con nosotros a Antioquía. Es una ciudad grande, hermosa, rica. Le encontraremos trabajo, le casaremos. ¿Por qué no está casado todavía? Un hombre a su edad debería ser padre ya.

Jacob no contestó, sólo apretó fuertemente los labios y agitó la cabeza. Fiaba trasladó su mirada sobre José. El joven hizo un rápido movimiento con las muñecas que no reflejaba nada. No le era fácil explicar el asunto. Muchas veces le propusieron casarse. Su padre presionaba, exigía, para que se decidiera de una vez. Toda la familia estaba revuelta. El hijo mayor, el futuro jefe de la estirpe... «¿A qué esperas?», le preguntaban. «¿Esperas a una princesa? ¿No hay bastantes mujeres bonitas en Judea? Podrías incluso escoger entre las hijas de los sacerdotes». Pese a todas las presiones, él seguía esperando.

—Hemos puesto el dedo en la llaga —dijo Jacob. Su voz temblorosa denotaba pena y resentimiento—. Va a cumplir veinticuatro años. ¡Es hora de que se decida!

—Se decidirá cuando venga con nosotros —decía Fiaba—. Conocerá el mundo, aprenderá. Ya verás, te encontraremos una esposa —le hizo a José un guiño de complicidad—. Guapa y rica...

José seguía callado. De nuevo reinó un largo silencio.

—Danos tu parecer sobre lo que acaban de decir Menahem y Fiaba —rechinó la voz de Jacob por encima de su hijo.

Repitió el movimiento indescriptible con la mano. No tenía el menor deseo de abandonar su pueblo natal. Aquí había silencio y ¡él tenía tanto amor por el silencio! En el silencio el tiempo fluía imperceptible. Había momentos de rebeldía, de impaciencia, mas luego retornaba la paz. Era consciente del enfado de su padre para con él, y eso le pesaba como una losa sobre el corazón. No obstante, la convicción íntima de que esta espera era exigida por el Altísimo superaba aquel sentimiento. ¿Qué pasaría si le obligaban a marchar y se cumplía entonces lo que había estado esperando durante tantos años?

—No me parece razonable irme con ellos —dijo—. No creo en los temores que mencionan. Ese otro mundo no me atrae en absoluto...

—¡Te has vuelto completamente loco en este agujero tuyo! —silbó Menahem.

—No te enfades Menahem —Fiaba trataba, como siempre, de apaciguar las explosiones vehementes de su compañero—. Habla así porque no sabe cómo es el mundo. Probablemente crees —dijo volviéndose a José— que hemos abandonado la fe, olvidado la pureza y la Ley. Es cierto que no somos como los de aquí. Vivimos entre *gôjim*, no podemos diferenciarnos demasiado. ¿Por qué rechazar a

la gente? Pero en casa guardamos los preceptos. Te lo digo: ven con nosotros.

—Yo te digo lo mismo: ven —empezó Menahem conciliador—. ¿Qué te retiene aquí? Un buen *naggar* como tú saldrá adelante y adquirirá prestigio en cualquier parte.

—Incluso ganarás más en nuestra ciudad. Te apreciarán mejor y te pagarán más. Allí hay sitio donde gastar el dinero.

—No deseo riquezas —dijo José.

—La riqueza es prueba de la protección del Altísimo —seguía tratando de convencerle Fiaba.

—Sin embargo, el Altísimo se lo quitó todo a Job...

—No voy a discutir contigo, no estoy muy versado en los textos. Pero se dice a menudo en la sinagoga que el Altísimo no ayuda a los pecadores. ¿Acaso no opinas lo mismo?

—El Altísimo exige que ayudemos a los pobres.

—Los pobres, si no son pecadores, son unos tontos y unos vagos —apostrofó otra vez Menahem—. Es entre esos memos donde los fariseos han econtrado seguidores. Les van hablando de un mesías, que vendrá y a todos dará riqueza. Y si tú también hablas así, Herodes extenderá la mano a por ti. Y entonces sufrirá toda la estirpe.

—Sí, toda la estirpe puede desaparecer entonces —la voz hasta entonces tranquila de Fiaba se tornó vehemente—. Por esta razón deberías irte —se volvió hacia el anciano patriarca—. ¡Jacob, tienes que mandarle que se vaya!

Jacob alisaba su nívea barba con gesto majestuoso. Ahora, cuando incluso Fiaba, siempre tan frío, empezaba a exteriorizar su excitación, el cabeza del linaje parecía recobrar la tranquilidad.

—¿Lo has oído todo? —le preguntó a su hijo. José asintió con la cabeza. Jacob, acariciándose la barba prosiguió—. No me gusta lo que han dicho. No me gusta. Pero hay cierta razón en lo que dicen. Yo me moriré pronto. Tú eres mi primogénito. Dentro de poco el cabeza del linaje. Si Herodes llegara a fijarse realmente en nuestra estirpe y mandara a sus soldados aquí, no quiero que te encuentre. Estoy de acuerdo con que tienes que irte. Lo exijo. Herodes es viejo. Pronto morirá. Entonces, volverás...

La resistencia al mandato recibido pugnaba en José con el respeto por su padre. Hasta entonces nunca se había opuesto directamente a sus órdenes. Cuando su padre insistía para que se casara, lo único que le pedía era permiso para posponer su decisión. «Permítame Padre —decía— que encuentre a la mujer a quien estoy esperando...». Ahora, sin embargo, no le era posible buscar un aplazamiento. Tenía que doblegarse o enfrentarse directamente. Miraba con tierno respeto la cara empequeñecida y hundida de su padre. Se acordaba de cómo era antes, poderoso y magnífico. Sabía de su amor por él. Comprendía el gran sacrificio de Jacob para alejarle en un momento en que él mismo se preparaba para morir. Los padres quieren morir rodeados de sus hijos y hacerles sus últimas recomendaciones. Y sin embargo, pensaba, ser padre es enfrentarse con el mayor de los sacrificios: entregar al más amado, renunciar a su presencia en el momento de la muerte, no poder imponerle las manos sobre la cabeza para transmitirle la herencia. ¿Puede uno oponerse ante semejante sacrificio? Inclinó profundamente la cabeza diciendo:

—Si ésta es tu voluntad, padre, me iré.

—Lo quiero..., pero eso no significa que yo quiera que te vayas con ellos. Antes de que decidas dónde has de ir, deseo que pidas un buen consejo. Conozco al hombre que te puede dar este consejo...

—Nómbramelo, padre.

—Nuestra casa se unió antaño con el linaje sacerdotal. El último representante de aquella estirpe vive allá detrás de las montañas... —la mano seca señaló la dirección—. Es un anciano, apenas más joven que yo. Se llama Zacarías, hijo de Aram. Ha tenido siempre fama de sabio y piadoso. No creo que haya cambiado. Ve a verle; ve mañana mismo. Hazle una visita, pídele consejo...

—Se hará como has dicho.

Jacob extendió las dos manos ante sí y las colocó sobre los hombros de su hijo. Permanecieron en esta postura cara a cara un momento, y sus labios musitaban una oración silenciosa.

2.

La montaña se alzaba ante ellos en la lejanía del horizonte. Las cimas de los montes surgían unas tras otras, desgastadas, erosionadas por el paso del tiempo. Se trataba de la misma sierra rocosa que corría desde Betsur y que había tenido ante los ojos durante tantos años. Vista desde aquí, parecía distinta. Se apreciaba con más claridad, ora cortada a pico por trechos, ora formando pirámides de cascajos. El mediodía había pasado, el espacio abrumado por el calor se alzaba penosamente hacia arriba en sombras alargadas. Los rayos del sol presentaban a las rocas un cálido tinte anaranjado, muy distinto del color azul grisáceo que a la misma hora se ofrecía en la otra vertiente del monte.

A medida que bajaba, la ladera desnuda salpicaba de rocas se iba poblando de vegetación. Las lanzas negras de los cipreses se remontaban por encima de los barrancos, las hojas de las palmeras se mecían espumeantes; más abajo, blanqueaban los cardos entre las matas de hierba. Cada pendiente era una escalera marcada por paredes blancas hechas con piedras llanas. Por encima de las paredes las viñas se abrían frondosas dejando ver entre las hojas sus racimos de uvas negras. Algo más abajo, en el fondo del valle se desgranaban las filas de grandes olivos grises.

De todas las parcelas de tierra cultivada surgían voces de trabajadores. En el aire límpido de la montaña, cuyo silencio era roto por el gorgeo de un torrente, las voces que volaban a lo lejos parecían curiosamente cercanas.

Dos hombres estaban sentados en el terrado de una casa. Por encima de sus cabezas, un tejadillo de ramas y juncos entrelazados proyectaba su sombra entretejida de luminosas manchas parpadeantes. A esta hora, al otro lado de las lomas, todo seguía dominado por el sol meridiano. Aquí ya se hacía sentir el primer soplo refrescante del mar.

—Si quieres oír mi consejo, José, hijo de Jacob —decía el viejo sacerdote—, te lo diré: La decisión de tu padre de que deberías abandonar tu pueblo natal es acertada. El peligro del que se nos habló puede existir realmente. Se dice que Herodes se ha vuelto loco. Ve enemigos por todas partes. Está dispuesto a matar a todos los que señalan sus espías. Estas noticias se repiten, y lo más probable es que sea así. Pero tú igualmente has hecho bien en no acompañar a los otros a Siria. No conozco a vuestros parientes y es posible que sean gente que, pese a vivir entre *gôjïm*, han guardado la fe y la costumbre incólumes. Es posible. Los hay. Pero sé que, por desgracia, la inmensa mayoría de nuestros hermanos que viven en aquellos países han sido contaminados. Porque nuestro mundo, José, está contaminado...

José, que estaba sentado inmóvil, absorbiendo las palabras de Zacarías, se movió.

—No sé de que hablas. Vivo en el silencio. No sé lo que ocurre en el mundo. Bajo a Jerusalén únicamente por las fiestas. Más lejos no voy nunca.

—Yo, por mi parte, hago frecuentes visitas a la ciudad. Nuestra estirpe constituye la octava clase sacerdotal conforme a la división de Esdras. Cada seis meses recae sobre nosotros el servicio en el Templo. Pero también en otras ocasiones visito Jerusalén. Voy allí cada mes por asuntos diversos y cuando estoy en el centro oigo las novedades y las noticias del mundo. Topo a veces con gente que viene de muy lejos...

Carraspeó, apoyó las manos descamadas en la balaustrada arcillosa del tejado. Mirando en la lontananza empezó a decir:

—Hemos caído bajo el dominio de Roma. Nuestros propios reyes han solicitado la ayuda romana. Aunque no hubiesen llamado a los romanos, habrían venido aquí de todos modos. Se trata de un pueblo ansioso de dominio sobre los demás. Inteligente, duro, despiadado. Los emperadores romanos nos trajeron la paz. Sus soldados vigilan las fronteras y la seguridad en las carreteras. Sus recaudadores nos cobran los impuestos. Pero Roma no es únicamente una protección severa. Es también fuente venenosa de un terrible veneno. Todos los males que Roma encontró en los pueblos conquistados confluyeron en su corazón, fermentaron y se convirtieron en su propio mal. Roma tiene sus dioses. Está dispuesta a aceptar en su panteón a cualquier otro dios. Todo lo que es mentira, vanagloria, búsqueda de comodidad, de placer y de voluptuosidad confluye hacia Ro-

ma y desde Roma se extiende por el mundo. Ese es el veneno del que hablo. Antes de que Roma dé un paso adelante en sus conquistas, antes, como serpiente, emponzoña a sus víctimas...

Volvió a callar un rato, y a través del resquicio que dejaban sus párpados a medio cerrar se quedó mirando las crestas desnudas, que se alzaban por encima de las laderas verdosas.

—La protección romana y la paz romana —continuó— traen la seguridad. Y no obstante envenenan... Allí donde viven los nuestros entre extraños, el mal les alcanza con facilidad. Pero nos amenaza a todos, también aquí. Muchos sacerdotes dicen: puesto que hay paz y podemos ofrecer sacrificios al Altísimo, todo va bien. Herodes no se entromete en nuestras vidas, las fronteras del reino han alcanzado los límites del Reino de David. Los fariseos conspiran y se rebelan. Anuncian a la gente que hay que emprender la lucha para preservar la pureza. Sostienen que pronto darán la señal. Nos recuerdan la última profecía sobre el mesías. Mas, a pesar de sus afirmaciones, mantienen relaciones estrechas con la corte. Algunos han conseguido incluso ganarse favores de Herodes. Es difícil saber lo que persiguen realmente. El pueblo ya no sabe a quién escuchar. Israel se ha convertido en rebaño que ha perdido su pastor...

El sacerdote enmudeció al oír ruidos de pasos en la escalera. La mujer que apareció en la terraza era ya mayor, pero su rostro marchito, cruzado por innumerables arrugas, conservaba las huellas de una belleza poco común, y debía haber sido encantadora. Unos grandes ojos negros miraban por encima de las bolsas de los párpados. El rostro tenía un aspecto severo, casi varonil. En sus manos sostenía con cuidado una jarra grande. La seguía una sirvienta con una bandeja en la que había una escudilla con cebada tostada, frutas, una ensalada de hierbas y queso de oveja. Lo dejó todo en la mesa. Luego, la mujer se inclinó diciendo:

—El tiempo de trabajo ha terminado y se acerca la hora de la cena. ¿Aceptarán mi marido y su joven invitado tomar la modesta comida que me he permitido traer?

Estaba de pie con la cabeza inclinada y los brazos cruzados sobre el pecho. En esta postura parecía más sirvienta que esposa. El viejo sacerdote volvió la cabeza y miró a la mujer. Los ojos de ambos se encontraron e inmediatamente ambos rostros sufrieron una transformación radical. Desaparecieron tanto la expresión severa que se reflejaba en la cara de la mujer como la inquietud y la pena que parecía informar el rostro del hombre. Los ojos de ambos se iluminaron con un brillo cálido y una sonrisa se dibujó en sus labios. En aquel momento, dejaron de ser unos ancianos que lo habían dejado todo trás de sí en el camino.

—Hágase como has dicho —dijo Zacarías—. El tiempo del trabajo ha terminado obviamente —se volvió hacia José—. ¿Quérras, huésped mío, recitar la oración?

José levantó las manos y se cubrió el rostro.

—No, Zacarías, díla tú. Eres sacerdote. Gozas de una gran dignidad ante el Señor.

El anciano se estremeció. Su cara radiante un momento antes volvió a ensombrecerse. Apretó los labios y un espasmo cruzó sus mejillas. Podía pensarse que el hombre era presa de un dolor. Se sobrepuso inmediatamente. Solo volvió al rostro la expresión de melancolía que José percibió al entrar en casa del sacerdote. Zacarías cogió su manto y, con voz ligeramente trémula, empezó a recitar la *minâ*, oración que daba fin al tiempo del trabajo.

—Bendito seas, Señor, Rey del Universo y de todo lo creado, por habernos permitido vivir este día de trabajo arduo y habernos preservado del pecado...

—Amén —dijo José al pronunciar Zacarías las últimas palabras.

Se desprendieron del manto que les cubría la cabeza, y se sentaron a la mesa. Estaban solos de nuevo, las mujeres se habían retirado. La brisa soplaba con más fuerza. Crecía el rumor de las ramas mecidas por el viento en el techo de la terraza. Los trabajadores que volvían de los viñedos habían dejado de gritar y entonaban ahora una canción.

Comían en silencio. Cuando terminaron y hubieron bebido su vino rebajado con agua, José habló:

—Te doy gracias por todos tus consejos, Zacarías. Mi padre tenía razón mandándome a ti. El Altísimo te ha conferido un gran conocimiento de la vida. Pero aún no me has

dicho una cosa. Ya que crees que he de dejar mi pueblo natal, y estás de acuerdo conmigo en que no debo acompañar a mis parientes a Antioquía, díme, ¿adónde crees que tengo que marchar? ¿Qué te sugiere el Altísimo en este asunto?

Zacarías no levantó la cabeza. Su mano de piel fina, rugosa y brillante como las escamas de una serpiente, se deslizaba suavemente de un lado para otro por el borde de la mesa.

—Esperas demasiado de mí, José, hijo de Jacob —díjole tras un momento de profundo silencio—. Yo solo te decía lo que dictaba mi experiencia de anciano que ha visto y oído muchas cosas. Sin embargo, no busques en mis palabras la voluntad del Altísimo.

Un rictus contrajo de nuevo las mejillas tensas del sacerdote.

—No entiendo tus palabras. Como sacerdote estás muy cerca del Altísimo. Le sirves. Te es más fácil conocer su voluntad.

Zacarías negó con su cabeza.

—Y sin embargo la bendición del Altísimo no ha descansado sobre mí...

—¿De qué hablas?

—No tengo hijo varón...

José bajó la mirada.

—Sé de tu desgracia, Zacarías. No obstante, el Altísimo...

El sacerdote no le dejó terminar.

—¿Quiéres decir que el Altísimo puede hacer lo que le place? Desde luego. Si además envía semejante oprobio sobre su sacerdote, ¡eso significa que le considera indigno!

Las palabras ya no sonaron a dolor sino a desesperanza. José cerró la mano sobre el faldón del abrigo que sostenía con los dedos. La violencia de la declaración le hizo pensar que Zacarías no había tenido con quién compartir sus pensamientos y que, tal vez, los expresaba en voz alta por vez primera. De entrada hizo instintivamente un gesto como si quisiera detener las posteriores confesiones... Pero se sobrepuso de inmediato a su temor. Si quería ayudarle, tenía que escuchar hasta el fin, asumir parte del peso que parecía abrumar a la otra persona.

—El no rechaza a los que quieren servirle... —empezó a decir.

—José, con todo, a mí me ha rechazado —dijo Zacarías con dolorosa insistencia—. No sólo aquello me ha dolido...

Se interrumpió; durante un momento luchó consigo mismo. No le era fácil, se notaba, expresar su dolor hasta el fin. Mas la primera confesión fue como la ruptura de un freno. Bajó la voz. Hablaba ahora en un susurro:

—Quizás nadie lo ha notado... Pero yo lo veo... Tantos años cumpliendo el oficio sacerdotal... ¡Tantos años! Y nunca, nunca jamás en todos estos años me ha tocado en suerte ofrecer el incienso. La más digna de las oblaciones.

Arrojó fuera de sí las palabras y calló. Se hizo un silencio, como si se hubiera corrido una losa. La brisa del atardecer que aumentaba de intensidad, mecía rumorosamente las ramitas del tejado. Abajo, el torrente parecía gorgotear más fuerte.

—Mi vida llega a su fin —volvió a empezar—. Es mi último año de servicio. Luego, no volverán a llamarme. El Altísimo me ha dado la prueba de que no está satisfecho de mí...

—Pero acuérdate de Job —dijo José; buscaba febrilmente algo que pudiera sacar al otro del fondo de su desesperación—. Sus amigos pensaban que el Altísimo le había castigado. Sin embargo, él se sentía inocente.

—¿Hay alguien que pueda sentirse realmente inocente? —las palabras de Zacarías cayeron con lentitud trágica—. Yo de todas formas he encontrado mi culpa...

Estuvo José a punto de preguntar: «¿Y qué has hecho?». No obstante, se contuvo. Sentía que si Zacarías había empezado a hablar de sí, debía llegar hasta donde él creyese oportuno. No podía sustraerse a escuchar sus confesiones, pero tampoco podía urgirle en nada.

—Una falta pesa sobre mí... —Zacarías seguía hablando despacio, totalmente tranquilo en apariencia—. He dado muchas vueltas y la encontré en mí... —se detuvo un instante—. ¡Soy culpable de amar a mi esposa! —lanzó finalmente.

—¿De amor? —repitió José estupefacto—. ¿Cómo se puede faltar amando?

—El amor ha de tener un límite...

—Pero si tu amor no te ha apartado del servicio.

—No me ha apartado, pero tampoco me dejó olvidar...

—¿Hay que olvidar?

—¡Es preciso! —lanzó duramente—. ¿Qué es el amor humano? Un consuelo del que hay que saber desprenderse— apoyó la cabeza en la mano. Le cansó lo que había arrancado de sí. Se sentía como si hubiera extraído una espina, hace mucho tiempo clavada en su cuerpo. Expresó su dolor, con el que forcejeaba noche tras noche en una lucha solitaria—. Ves, José —trataba de expresarse con mucha serenidad, pero este sosiego era hasta tal punto forzado, que la voz le temblaba—. La amo. Es para mí el amigo más querido, más cercano... Los escribas —tragó con fuerza la saliva—, los escribas dicen: hemos de dar gracias cada día al Altísimo por no habernos hecho ni *gôjim* ni mujer... ¡Yo no sería capaz de rezar así! Nunca... Ya somos viejos los dos. No sé lo que va a ocúrrir cuando la muerte nos visite a uno de los dos. Cuando llegan los días de servicio y tengo que marchar, no paro de pensar en ella y añorarla.

Pronunció las últimas palabras en un susurro y calló. Reinó el silencio. José pensaba: ¿Por qué me cuenta esto a mí, que lo veo por primera vez? Es cierto que más de una vez personas totalmente desconocidas le habían confiado sus preocupaciones más íntimas. Venían para encargar un arado o una reja y, de repente, se sentaban y le contaban sus problemas. Le pedían consejo. ¡A él, que vivía en el silencio y sabía tan poco de la vida! Pero aquellos eran gente sencilla. Para ellos, un *naggar* famoso por su pericia era una autoridad. Pero Zacarías era sacerdote, era hombre de experiencia...

Haciendo un esfuerzo como si tratara de levantar un gran peso, empezó a decir:

—No me compete a mí hablar de esto, Zacarías... —abrió las manos perplejo—. No conozco la vida. Yo también he oído decir a un rabino que al crear a Eva con una costilla de Adan, el Altísimo demostró la poca consideración en que tiene a la mujer, porque la costilla es una parte poco noble del cuerpo humano. Se dice: la mujer ha sido creada para el hombre, para hacerle la vida más fácil y más

agradable... Pero nosotros sabemos cuánto querían nuestros patriarcas a sus esposas. Qué heroicas eran Déborah y Judít. La mujer no puede ser sólo para el hombre. En el amor hacia la esposa tiene que esconderse algo santo... No lo entiendo muy bien, y no sé expresarlo, pero estoy convencido de que mediante este amor el Altísimo quería demostrar algo grande y misterioso.

De nuevo abrió las manos y miró al sacerdote como disculpándose.

—Perdona —murmuró—, no sé expresar mejor mis pensamientos...

Zacarías callaba, pero su mirada estaba fija en el rostro de José.

—Eres joven —empezó— y sin embargo has dicho cosas poco comunes. Habla, habla. ¿Crées que el Altísimo tiene previsto un papel importante para la mujer?

—¡Lo creo! —exclamó José calurosamente—. Estoy convencido de que El la elevará y la colocará cerca de El. Yo no podría amar a una mujer, sólo porque fuera para mí...

—¿Es así como amas a tu mujer?

Bajó la mirada, repentinamente avergonzado por no poder conformar su vida a sus palabras.

—No tengo mujer todavía.

—¿No? Pues estás en la edad en que el hombre ya tiene que haber escogido a su compañera.

—Estoy esperando... —murmuró.

El sacerdote asintió con la cabeza.

—¿Eso significa que aún no has encontrado a la persona a quien podrías ofrecer tu afecto? Comprendo. Esperas mucho y quieres ofrecer mucho... Sigue esperando. No tengas prisa en escoger. Encontrarás a la muchacha digna de tu amor y de tus esperanzas. ¡Con tal que no tengas que pagar por tu elección un precio tan alto como el mío! —añadió.

José no contestó nada. Le era difícil encontrar una contestación al dolor ajeno, que seguía aflorando en el otro como el brote de una raíz oculta profundamente en la tierra. No podía estar de acuerdo con el pesimismo del anciano sacerdote. Y al propio tiempo, ¿qué podía decir de la desgracia que le había tocado a Zacarías?

La loma del monte tras el que se hallaba Belén iba vistiéndose de un rojo más intenso. El viento se hizo más fuerte y sacudía con violencia las hojas y las ramas. Abajo, ocultos bajo la sombrilla de los árboles, regresaban al hogar los rebaños, de vuelta de los prados. Se oían rumores de cencerros, balidos y voces humanas.

—¿Quieres regresar mañana? —preguntó el sacerdote.

—Sí, Zacarías...

—¿Y qué harás?

—Seguiré tu consejo, me marcharé. Pero no iré con los demás a Antioquía.

—Creo que en Antioquía no encontrarías a la mujer a quien quieres dar tu amor. La vida es demasiado ruidosa allí.

—Gracias, Zacarías, por todos tus consejos. Volveré a pensar a dónde he de ir.

—Que el Altísimo te guíe en el camino.

Juntos recitaron el *arbit*, la oración del nuevo día que ya se acercaba, porque tal como el mundo surgió de las tinieblas, el nuevo día nace del atardecer. Luego se separaron. Una criada había preparado el lecho de José en la terraza. Antes de acostarse, bajó otra vez para cerciorarse de si no le faltaba algo al borriquillo con el que había venido. Pero encontró al animal bien atendido: el asno se mecía medio dormido encima de una brazada de heno repleto de matas de cardo recién cortadas.

Reemprendió el camino hacia casa, cuando de repente alguien le llamó en la oscuridad:

—José, hijo de Jacob, párate un momento.

Se detuvo. No distinguía la figura de la mujer, pero inmediatamente supo quién le había llamado.

—Te escucho, Isabel.

—Perdóname que yo, siendo mujer, me dirija a ti. Pero soy vieja. Y he oído tu conversación con mi marido. Quería agradecértelo...

—¿Qué me quieres agradecer?

—Que has dispersado los negros pensamientos que habían penetrado en su alma.

—Pero si no he dispersado nada...

—Claro que sí. Se ha ido a descansar tranquilizado. Y

quiero agradecerte también lo que has dicho respecto de la mujer y del amor...

—Yo así pienso y así lo siento.

—¿De dónde te han venido semejantes pensamientos? Incluso los profetas hablan mucho en contra de la mujer...

—Y sin embargo, da la impresión de que ellos también presentían algo... Tú, Isabel, se dice que conoces la Escritura.

—La conozco. Pero las palabras de los profetas están llenas de misterio.

—Es cierto. Pero cada uno tuvo madre. Yo apenas recuerdo a la mía. Sin embargo, pienso en ella con respeto y amor. No podría pensar mal... Aquel de quien hablan los profetas tendrá que tener una madre digna de él...

—¿Hablas del mesías?

—Sí.

—Se habla mucho de él en estos días. Conozco a una anciana en la ciudad plenamente convencida de que ha de verle antes de morir. ¿Crees realmente que aparecerá en nuestra época? Tantas generaciones han estado esperando... y murieron sin haber conseguido vivir para ver.

Se mantuvo a distancia y seguía hablándole separada de él algunos pasos. No podía ni distinguir su figura en la oscuridad.

—No sé, Isabel —dijo—. Es tu esposo quien debiera saber si realmente el tiempo de la llegada del mesías se ha cumplido. Si los presentimientos de aquella mujer fueran reales, tendría que vivir ya la que va a ser su madre...

—Bendito el vientre de aquella cuyo hijo libre a la mujer del desprecio —exclamó—. ¡Porque Él lo hará!

—Estoy convencido.

—Que la bendición descienda sobre tu cabeza, José, por estas palabras. Escucha... —se acercó de improviso. Vio en la oscuridad su figura envuelta en un manto blanco—. Escucha. He oído cuando decías que no tenías esposa y esperas a la mujer a quien puedas ofrecer tu amor. Quiero decirte: conozco a una muchacha que merece un amor como el tuyo...

—¿De quién estás hablando?

—De mi sobrina. Sus padres murieron dejando a dos hi-

jas. Mi marido consintió que se educaran en nuestra casa. Durante años vivieron aquí. La mayor está casada, tiene hijos. La menor ha dejado ya de ser una adolescente.

—¿Y está aquí en vuestra casa?

—No. Está viviendo en casa de su hermana. La ayuda cuidando de los niños y de la casa. Viven en Galilea, en Nazaret... Puesto que, como decías, quieres ir a algún sitio, vete a Nazaret. Es una ciudad en la que un buen artesano como tú, encontrarás fácilmente trabajo. Búscala, conócela. ¡Oh, qué alegría me darías, si fueras tú quien la tomara por esposa!

—¿Has dicho que es digna de amor?

—Si existe una muchacha para quien merece la pena sacrificarlo todo, ella es realmente esta persona.

—Has dicho mucho. Quisiera tener una esposa a quien poder amar como tu marido te ama a ti. Puesto que la has educado, tienes que conocerla muy bien...

La figura blanca en la oscuridad se adelantó unos pasos.

—No sé si puedo afirmar que la conozco —dijo rápidamente—. Es mi sobrina y, sin embargo, no llegaré a comprender nunca cómo semejante niña pudo haber aparecido entre nosotros... Tienes que verla tú mismo. Nunca he oído a un hombre hablar del amor como lo has hecho tú. Puesto que sabes amar, es posible que llegues a entenderla... ¡Vete, véla tú mismo! No repares en nada, José.

La luna apareció en el cielo difundiendo su luz a través de las ramas sacudidas por el viento. La figura de la señora que estaba en la sombra tenía el aspecto de una aparición.

—Sí, Isabel —dijo—. Iré a Nazaret...

3.

El rey extendió la mano hacia la copa de vino. Se la llevó a los labios, pero repentinamente algún pensamiento le mandó alejar de la boca la mano con la copa. Un destello apareció en sus ojos negros, la mirada barrió las caras de los siervos de pie contra la pared. Llamó a uno con un gesto. Mirándole a la cara con detenimiento, vertió un poco de vino de su copa en un recipiente que estaba en la mesa. Lanzó imperiosamente la orden:

—¡Bebe!

No dejó de observarle ni por un instante. El sirviente temblaba de pies a cabeza. Pero incitado por el grito humedeció los labios en el vino. El rey le mandó beber hasta el fondo. Se quedó mirando largo tiempo al hombre. Luego, de un manotazo, le mandó retirarse. Sólo entonces acercó la copa a sus labios. Bebía prolongadamente, despacio, con pequeños sorbos. Bebió hasta el fondo. Dejó la copa. Apoyó la cabeza sobre la mano. Exclamó con un gemido:

—¡Te lo digo, nadie me quiere!

La mujer sentada a su lado lo negó.

—Te equivocas, Herodes. Mucha gente...

La interrumpió con un gesto impaciente de la mano.

—¡Nadie, nadie! —aseguró—. ¡Nadie! Por eso tuve que dar la orden de matarlos. A mis propios hijos...

—Eran malvados —dijo la mujer con tono de justificación—. Tuviste que hacerlo. Conspiraban, eran soberbios. Ellos y sus mujeres. La mujer de Alejandro quería ser la primera dama en palacio. Cuánto tuvo que soportar mi Berenice por parte de Aristóbulo. Siempre la ofendía diciéndole que procedía de una familia abyecta. Andaba pregonando que tú, Herodes, le obligaste a casarse con mi hija, mientras su hermano tiene por esposa a una princesa...

—¡Canallas! —lanzó entre dientes. Se pasó la palma de la mano por la garganta como si allí sintiera una presión sofocadora.

—Ya ves que...

—¡Pero eran hijos de Mariamme! —lanzó del fondo de la garganta como si arrojara un esputo viscoso.

—Ella... —empezó la mujer.

—¡Calla! —gritó. La voz se le quebró. Se inclinó hacia Salomé. Con rapidez, acompasando las palabras, le dijo:—Tú fuiste quien me contó que me traicionaba. Tú con tu marido. ¡Has sido tú! ¡Por culpa tuya la he condenado a muerte! ¡Por culpa tuya! ¡Has sido tú! ¡Tú! ¡Tú! Dio un puñetazo en la mesa haciendo tintinear los brazaletes que llevaba en la muñeca. La cara de Herodes mudó de expresión. Antes era triste, trágica casi, ahora se volvió feroz distorsionada por la ira. Las ventanas de la nariz le bailaban de furia. Una vena prominente le cruzó la frente. Los estragos de la edad

y la enfermedad que le corroía se reflejaron en la cara del rey, pese a su barba y a su pelo teñido de negro. Sus mejillas estaban hundidas. De la boca se desprendía un olor desagradable. Su cuello recordaba el de un pájaro desplumado. La nuez le bailaba alocadamente. Pero ni la edad ni la enfermedad habían conseguido disminuir la vitalidad desbordante del cuerpo de Herodes. Un obstinado apego a la vida luchaba en él contra la debilidad.

La mujer retrocedió asustada por la explosión.

—Siempre te he defendido a ti y tus derechos —dijo, dándole a su voz un tono de resentimiento—. Sólo quería tu bien, Herodes. Somos una familia unida, Ferorás...

—¡A Ferorás no le creo! —interrumpió él.

—Es tu hermano, Herodes. Siempre le has querido.

—¡El no me quiere!

—No es él, es su Roxana. Ella le incita a la rebelión.

—¡Ella o no ella, no le creo! Roxana... —rechinó los dientes. Extendió ante sí la mano con un dedo amenazador—. ¡A ti tampoco te creo! ¡Para conquistar un nuevo amante estás dispuesta a envenenarme!

—Tengo un marido que me has escogido tú mismo...

—Tienes también otros hombres. ¡Me han dicho que te diviertes con Antípatro!

—¡Eso es mentira! ¡Es hijo de mi hermana!

—¡Y qué tiene que ver! —la ira de Herodes se mudó inesperadamente en risa. Se reía enseñando sus cortos dientes ennegrecidos—. ¿A ti te importa? Sigues siendo joven. Nuestra familia mantiene mucho tiempo su juventud. Ferorás escogió a Roxana...

—Hizo mal —se aferró rápidamente al tema. Se sintió aliviada de que Herodes dejara de hablar de ella y se interesara por los asuntos de su hermano menor—. Se ha vuelto completamente loco por ella. ¡Elevar a una esclava a la dignidad de esposa real! Rechazó a tu hija. Roxana le solivianta contra ti. Junto con su hermana y su madre insultan a mi hija. Difunden mentiras en contra de mí. Pero Ferorás es inocente. Ellas le están liando. La madre de Roxana es una bruja. Sabe de fórmulas secretas, de encantamientos. Sabe preparar venenos...

—No ha querido repudiarla —la terquedad se reflejaba

en la cara de Herodes. Fijó la mirada en la superficie variopinta de la mesita incrustada—. Se lo exigí, se lo pedí por favor. ¡No me quiere!

Metió los dedos entre su pelo y la atrajo hacia sí. Ella se inclinó sobre él.

—A pesar de todo, él te es fiel. Son ellas las que...

—No me quiere —repitió—. Nadie me quiere... —volvió a esta afirmación como un mengido a su lamento quejumbroso—. Tuve que dar la orden de matarles. Escribí al César que estoy llorando, pero que he tenido que obrar así. El me entiende, a pesar de todo. A Boarges le dí orden de torturar a las personas de su entorno. Todos confesaron que existía una conspiración. Querían asesinarme. Incluso Firón el hegemón, pese a sus muchos años a mi servicio, era de la conjura. Todos conspiraban. Los he entregado al populacho y la chusma los ajustició a bastonazos.

—Porque el pueblo te quiere —díjole ella.

Levantó la cabeza que tenía bajada, fijó su mirada feroz en Salomé.

—¿Qué dices tú? ¡Eso no es cierto! —chillaba—. ¡No me quieren! Nadie me quiere. Y yo que tanto he hecho por ellos...

—Eso lo saben...

—¿Lo saben? —rechinó los dientes con furibunda ironía—. ¡Claro que lo saben! No son ciegos. ¡Tienen un reino como no lo han tenido ni siquiera en tiempos de su David mítico! He poblado con Judíos la Traconítide. ¡Estoy construyéndoles un templo que admiran griegos y romanos! ¿Quién hizo tanto por ellos? ¡Lo saben sin lugar a dudas! ¡Y a pesar de todo me odian!

—Solo unos cuantos... —trataba ella de tranquilizarle.

—¡Y hacen caso precisamente de unos cuantos!

—Los siguen hoy y mañana los abandonan. Los Judíos son así. Hoy adoran a uno, y mañana lo despedazan. ¿Te acuerdas cómo castigaste a los fariseos? ¿Quién los defendió?

La hizo callar con un nuevo puñetazo en la mesa.

—¡Basta! ¡Ya está bien de cotorreo! Yo te digo: Mis hermanos no me quieren aunque los haya hecho reyes. Los judíos no me quieren, aunque me haya hecho judío para ellos.

No me llevo ni siquiera un pedazo de carne de cerdo a la boca. Me acomodo a sus alocadas costumbres. No permití que los acuñadores pusieran mi efigie en las monedas. Les construyo un templo. Mi esposa era princesa suya. Yo soy realmente rey de los Judíos. Un rey verdadero, como nunca han tenido uno.

—Tú lo eres. Ahora tienes por esposa a la hija del gran sacerdote.

—No lo respetan porque yo le nombré gran sacerdote. ¡Oh, quisiera obligarles a quererme! Me acusan continuamente de algo. De la muerte de Mariamme, de la muerte de sus hijos... Me acusan, aunque no querían a los Asmoneos. Los combatían, conspiraban contra ellos. Rogaron a los Romanos que vinieran para que les defendieran de sus propios reyes. ¡Yo fui quien los unió y les construyó un reino judío! ¡Todo me lo deben a mí! ¿Por qué no me quieren amar?

—¡Es un pueblo vil e ingrato!

—Son viles. Y sin embargo, quiero que me amen. Perdoné a los fariseos sus antiguas rebeliones, les di pruebas de magnanimidad. Y son ellos los que incitan ahora a la gente a no prestar juramento de fidelidad al César. ¡Estúpidos! ¡Ellos mismos llamaron antes a los Romanos! Debería empezar a crucificarles de nuevo. Y yo les mandé únicamente pagar una multa...

—Más valiera que no fueras tan indulgente con ellos. Tengo informes de que están en tratos con Roxana...

No dijo nada, sólo alargó la mano para coger el cuchillo de la mesa, luego empezó a golpear con furia la tabla incrustada. Una profunda arruga apareció en su entrecejo. Con la mirada perdida en la lejanía, parecía estar profundamente pensativo. De repente lanzó una pregunta:

—¿A quién dejaré el trono, si ya no viven?

—Tienes otros hijos: Antípatro, Arquelao, Antipas, Filipo.

Alzó los ojos iracundo.

—Tú, naturalmente, quisieras que nombrara a Antípatro.

En los ojos de Herodes apareció una sospecha. Ella contestó con aparente dignidad:

—Yo quiero lo que quieras tú, Herodes.

—Los Judíos no reconocerán a ninguno.

—Cuando se lo mandes, tendrán que admitirlos. Eres el Rey.

—Ya verás lo que va a pasar. Se rebelarán, conspirarán. Mandarán los suyos a Roma, corromperán a los íntimos del César... Volverán a pedir que los Romanos gobiernen solos en el reino. ¡Los conozco!

—Razón de más para no ser tan benigno —bajó la voz—. ¿Sabes que Roxana entrega dinero a los fariseos para que tengan con qué pagar la multa que les has impuesto?

—¿Lo sabes con certeza?

—Mis espías sólo me traen informes seguros. Ella les dio dinero y ellos le prometieron rezar para que Ferorás sea nombrado rey a tu muerte...

Herodes no dijo nada. Solo rechinó los dientes con el ruido de una sierra al rozar un clavo incrustado en la madera. La cara sombría del rey se puso color ceniza. Estuvo sentado un rato sin decir palabra. Al final lanzó:

—¡No he muerto todavía! Ferorás recibió la Perea, y con esto le basta. Fui yo quien convenció a los Romanos para que se la dieran. No tiene hijos, por lo tanto, después de su muerte el país tiene que volver a mí. Dado que Roxana trama algo, mandaré que Ferorás abandone Judea. Que vuelva a su casa. Tienes razón, es ella quien le azuza contra mí...

De repente, con su capacidad propia para saltar de un tema a otro, preguntó:

—¿Dónde están los hijos de Alejandro y de Aristóbulo?

—Aquí en palacio... Me imaginaba que en cualquier momento podrías querer decidir de su suerte...

Cambió inmediatamente de tono, pasando de la ira al afecto:

—Salomé, eres inteligente y fiel. La única. Escucha... —levantó el dedo y dijo mirándola con sonrisa sardónica:— dejaré los niños bajo la custodia de Ferorás. El tendrá que cuidar de su vida...

Guiñó confidencialmente y ambos rompieron a reír.

—Es una idea magnífica —reconoció ella—. ¡Te admiro!

Rieron durante un momento. Mas la risa se apagó de re-

pente. Se hizo el silencio, Herodes volvió a golpear la tapa de la mesa con el cuchillo que tenía en la mano.

—Quiero que los Judíos me amen... —volvió otra vez a sus lamentaciones—. Deben quererme. Nadie hizo tanto por ellos como yo. ¡Si no fuera por mí, los Romanos se habrían apoderado de su reino!

—¿Tú crees —preguntó ella— que los Romanos necesitan del reino de Judea?

—Los Romanos son ávidos de poder —se rio secamente—. Fuera de esto no se sabe cuándo puede empezar otra vez la guerra con los Partos. Sin embargo, son muy listos. Confían en mí. Y yo soy amigo del César. He mandado que todos presten juramento al César...

—Y es precisamente por lo que protestan los fariseos...

—¡Estúpidos! ¡Estúpidos! Primero imploraron a Roma: venid a salvarnos; y luego se rebelan contra estos mismos Romanos. ¡Qué estupidez la de estos fariseos! No saben que los Romanos han inventado algo que les dolerá mucho más...

—¿De qué hablas?

—Me dijo Saturnino que el César desea que se haga un censo en el reino, como el que se realiza en el Imperio. Roma desea conocer el número de sus habitantes y el de sus aliados. Pero yo conozco a los Judíos. No les gusta que los cuenten. Consideran que el censo no le gusta a su Yahvé, que atraería sobre ellos la ira de Dios. Le expliqué a Saturnino que no iba a realizar el censo. Todos tendrán que prestar juramento de fidelidad al César en su pueblo natal. Antes de prestar juramento tendrán que inscribirse en el libro de familia. ¡Yo mandaré recojer los libros más tarde! Los Romanos tendrán lo que quieren.

—Muy inteligente, lo has pensado muy bien.

—Nadie me gana en habilidad —dijo ufano—. ¿Te acuerdas? Cleoplatra era capaz de enfrentar a todos contra todos. A mí no pudo, sin embargo, enemistarme con Roma. ¡Yo ví su muerte y no ella la mía! Y los bosques de Jericó volvieron otra vez a mí.

Pero esta explosión de autocomplacencia se apagó: el rey bajó la cabeza y golpeando la mesa con el cuchillo repetía:

—Hice tanto por ellos. Y ellos no me quieren. Nadie me quiere. Nadie...

4.

La carretera discurría entre rocas desnudas de color sangre fresca. Cruzaba numerosos barrancos en cuyo fondo crecía, merced a la sombra y los torrentes, una vegetación abundante. Las ramas de los árboles se extendían como una sombrilla que lo tapaba todo. En la carretera, por el contrario, no había ni rastro de sombra, únicamente pasado Jericó se entraba bajo un techo de rumorosas palmeras. El olfato de los viajeros era asaltado por un olor aromático procedente de los bosques balsámicos que circundaban la ciudad.

La carretera bajaba hacia el valle. El calor se hacía más intenso a cada paso. En el barranco donde se adentraron ahora, no se notaba el menor soplo de viento. Al salir de la ciudad desaparecieron los muros de piedra tras los cuales se extendían los campos cultivados. En su lugar aparecía una pared tupida de vegetación entrelazada. La espesura entretejida de grandes flores blancas o rojas exhalaba un aroma sofocante. Sus ramas peludas cubiertas de largas espinas surgían en la carretera como los tentáculos de algún ser vivo intentando asir por el manto a los caminantes. Si la pista no hubiera sido tan transitada, la vegetación lujuriante habría borrado el sendero en poco tiempo. Pero las ramas que sobresalían eran continuamente cortadas por los viajeros que pasaban por allí. Los peregrinos que iban a Jerusalén desde Galilea y las provincias transjordanas utilizaban este camino, preferían esta ruta más larga y más difícil a la pista directa que cruzaba Samaria. Este camino era también empleado por los mercaderes de Damasco, Palmira y Babilonia.

Esta ruta no era únicamente difícil, sino también era peligrosa. Las laderas del Jordán, con su vegetación selvática, daban cobijo a animales salvajes: linces y leopardos. No le faltaban tampoco serpientes venenosas y escorpiones. En la ladera opuesta del río, a lo largo de los senderos rocosos de los montes de Perea, se presentaban de cuando en cuan-

do los bandidos. Para su seguridad los viajeros de Jericó que cruzaban el Jordán se unían en grandes grupos.

El grupito al que se unió José estaba compuesto de cinco comerciantes acompañados de un esclavo moro. Los mercaderes viajaban montados en burros y llevaban otros burros de carga con sus mercancías. El esclavo tenía por encargo el cuidado de los animales. Acompañando a los mercaderes, iba una familia de campesinos compuesta del padre, la madre y un hijo de ocho años. La familia tenía un burro que montaba el marido. La mujer y el niño iban andando. En el último momento, cuando ya iban a ponerse en camino, se unieron al grupo dos hombres jóvenes. Por su atuendo y su comportamiento, uno de ellos pregonaba a las claras que era fariseo y rabino. No levantaba la vista, como si quisiera guardarse de mirar a sus compañeros de viaje. Recitaba escrupulosamente las oraciones prescritas. Con ostentación, para que todos vieran que rezaba. Su manto con las franjas rituales se arrastraba en el polvo a sus espaldas. A nadie dirigía la palabra. Hablabla únicamente con su compañero. Este era un hombre más bien bajo, un tanto jorobado, con el hombro derecho algo más alto que el izquierdo. Tenía los ojos claros, profundamente hundidos. La expresión de la cara denotaba orgullo y obstinación. Llevaba también un manto largo sobre su corta túnica. Los pliegues del manto dejaban entrever una espada corta colgada de la cadera. Aunque no llevaba ningún distintivo de su pertenencia a la secta de los fariseos, el rabino le manifestaba un respeto evidente.

Los mercaderes abrían la marcha de la caravana. Iban uno tras otro en fila india. Tenían un gran parecido entre sí, debían de ser hermanos. El guía era un hombre robusto que llevaba la barba teñida con *henné*. Era él quien decidía las paradas y marcaba la velocidad de la marcha. El esclavo negro caminaba junto a su asno. No le era permitido alejarse ni un sólo paso de su señor. Cuando se detenían, el negro descargaba a los asnos, los abrevaba y les daba de comer.

La familia campesina caminaba tras los mercaderes. El hombre se contoneaba adormecido sobre el asno. La mujer parecía mucho más joven que el marido. Iba detrás del asno, llevando a su hijo de la mano. Le contaba algo o le canterrueaba sin cesar. Cuando cantaba se movía acompasadamente dejando oír el tintineo de los grandes aros colgados de sus orejas. Cuanto más alegre parecía, más mohíno se mostraba el hijo. Cada cierto tiempo se quejaba de cansancio. Entonces lo cogía en brazos y lo llevaba pacientemente, aunque debía suponer un gran peso para ella.

Yendo detrás de ellos, José los observaba constantemente. Oía la voz caprichosa del hijo que no paraba de pedirle cosas a su madre. El hombre sentado en el burro amonestaba también severamente a la mujer. Cuando se detenían, se bajaba del burro, extendía en seguida en el suelo una manta para recostarse y dejaba a la mujer las demás labores. Ella debía descargar el animal, traer el gran saco de paja atado al cuello del animal con las provisiones de viaje y dar de comer a su marido. A continuación cuidaba de su hijo. Cuando terminaba de servir a su marido y a su hijo atendía la caballería. Sólo entonces podía descansar ella misma. El marido no se movió de su manta ni tan siquiera cuando de los matorrales salió una víbora cornuda que se fue directamente hacia el chico. Dio una voz a la mujer que estaba dormitando sentada con la cabeza apoyada en las rodillas, mostrándole el reptil. Ella se puso de pie de un brinco agarró una estaca y ahuyentó a la víbora.

José llevaba un asno, pero no lo montaba. Lo había cargado con sus herramientas de carpintería y consideraba que era suficiente peso para el borriquillo de panza blanca y pelo claro. Quería a su mudo compañero y lo cuidaba. El borriquito correspondía a estos cuidados con fidelidad. Cuando José le alimentaba, éste le agarraba por la manga con sus labios blandos.

Caminaban juntos, de cuando en cuando el hombre pasaba la mano sobre el cuello del animal o le daba unas palmaditas afectuosas en la grupa.

El fariseo y su compañero cerraban la marcha de la caravana. Conversaban y a veces unos retazos de su conversación llegaban a los oídos de José. Hablaban de cierta mujer que había sido muy bondadosa con los *haberîm* fariseos, y de un varón afectado por una gran desgracia a quien, a cambio de la ayuda prestada, había que prometerle una

«bendición regeneradora». Cuando el fariseo habló de esta bendición, su compañero se echó a reír.

—Después de lo que le han hecho, ya no le puede ayudar ninguna bendición —dijo burlón.

—No te rías, Judas —dijo el rabino—. El Altísimo lo puede todo, si quiere...

—¡No va a hacer milagros para un asqueroso *gôj*!

—Tenemos necesidad de la ayuda de los infieles...

José no comprendía a qué se referían. Por otra parte, tampoco intentaba escuchar ni comprender. Guardaba siempre un profundo respeto por los secretos del prójimo, y una aversión hacia todo lo que servía únicamente para saciar la curiosidad y distraer la serenidad del pensamiento, que debiera estar buscando costantemente al Altísimo.

Al mediodía, cuando el calor se hizo insoportable en el barranco, el grupo de viajeros alcanzó la orilla del río. El Jordán se deslizaba en el fondo de una profunda fosa. La corriente del río era rápida, el agua turbia. Unas piedras y unos troncos de árboles medio podridos sobresalían del agua. La rapidez de la corriente dejaba tras cada obstáculo una estela plateada.

La altura de la orilla y la frondosa vegetación dificultaban el paso hasta el agua. Pero siguiendo a lo largo del cauce, el camino les llevó finalmente al vado. Los matorrales habían sido cortados, la orilla pisoteada. Unas estacas clavadas en el lecho del río marcaban el vado.

Antes de empezar a cruzar hicieron un alto más prolongado en la margen del río. Los mercaderes se recostaron en la hierba dejando al esclavo el encargo de abrevar a los animales. El campesino le mandó hacer lo mismo a su mujer. Desalbardó el asno, lo llevó al río. Cuando hubo bebido, volvió y empezó enseguida a preparar la comida para su marido y su hijo. Los dos le gritaban que tenían hambre. La mujer, sudorosa, jadeaba con las prisas.

José observaba de lejos esta escena. No podía por menos que desaprobar el comportamieto del hombre, pese a haber presenciado muchas veces hechos semejantes. El chico, que quería sin lugar a dudas a su madre, imitaba instintivamente las maneras de su padre. Ahora estaba jugando en la arena.

Cuando la mujer llevaba corriendo el asno hacia el río, estuvo a punto, al pasar, de rozar con el borde de su túnica al fariseo sentado. José vio que el rabino se apartó bruscamente con una mueca de aversión para evitar el contacto. Comentó algo con su compañero. Daba la impresión de que éste compartía su desdén hacia la mujer. Sin embargo, José le oyó hablar con respeto de otra mujer que había hecho tanto por los fariseos. Le invadió una sensación penosa: realmente no conocía a los fariseos, pero sabía de ellos que eran personas que cumplían escrupulosamente los preceptos de la Ley. No acostumbraba a juzgar mal de nadie. Sabía que sus hermanos le llamaban ingenuo a sus espaldas. Prefiero ser ingenuo, pensaba, que ser injusto con alguien... Pero este hombre le pareció de verdad falso.

—¡Dame de beber! —gritó de repente el niño en dirección a su madre.

—Te lo traeré enseguida, déjame terminar —contestó ella, ocupada con la preparación de la comida.

—¡Pero yo quiero beber!

—Ven conmigo, yo te daré agua —dijo José al niño.

—La mujer levantó la cabeza de su trabajo y miró a José con enorme sorpresa. ¿Quizás nunca la había ayudado ningún hombre? José cogió al niño de la mano y bajó con él al río. Las aguas del Jordán discurrían por un fondo rocoso. Resbalaban encima de las rocas y se arremolinaban furiosamente en los meandros de la orilla. Los rayos del sol bailaban sobre el río como monedas de oro mecidas por el agua. José se arrodilló, sumergió en el agua el vasito que llevaba. Lo llenó y se lo dio al niño.

—¿Cómo te llamas? —preguntó cuando el chico terminó de beber y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Dimas —contestó el pequeño—. Dimas, hijo de Merabot —completó su nombre con el de su padre. Así se lo habían enseñado por lo visto.

—¿Quieres más?

—No, ya basta.

—Llenaré otra vez el vasito y se lo llevarás a tu madre. Seguro que tiene sed.

El chico puso las manos en la espalda.

—Oh, no...; ella no quiere...

—Te equivocas, Dimas, tu madre trabaja mucho.

—Las mujeres tienen que trabajar —recitó el pequeño como una máxima.

—Todo el mundo tiene que trabajar y todos debemos ayudarnos. Coge el vasito.

—No..., se me va a derramar el agua.

—Entonces lo llevaré yo. Pero a tu madre le gustaría más que se la dieras tú.

El muchacho miraba a José con una mirada de incomprensión. Es probable que nunca hubiera oído nada semejante. Algún día, quizás, pensó José, lo va a lamentar... Con el vasito en una mano y el niño en la otra volvió al campamento. Todos los hombres estaban echados a la sombra, solo trabajaba la mujer. Le ofreció el agua.

—Es para ti —dijo—. Dimas ha bebido todo lo que ha querido.

Ella miró a José llena de perplejidad. Luego le hizo una profunda reverencia.

—Gracias, señor —dijo—, por haber querido ayudar a una pobre mujer como yo...

—No digas eso —sacudió la cabeza—. Todos somos hijos del Altísimo.

Volvió al sitio donde estaba sentado antes. Había pensado que, con la canícula entorpecedora, su alejamiento con el niño pasaría inadvertido. Sin embargo, a pesar de estar cómodamente recostados, los hombres tenían la cara vuelta hacia él. El campesino llegó incluso a apoyarse sobre el codo. En su cara se reflejaba la ira. Regañó a la mujer, que inclinó profundamente la cabeza; llamó a su lado al niño. Con un gesto, le ordenó que se quedara a su lado. Del lugar ocupado por el fariseo y su compañero llegó hasta José el sonido de una risa. El hombre, al cual el rabino había llamado Judas, exclamó con voz lo suficientemente fuerte para ser oído por José:

—Se ha creído que la iba a comprar a buen precio.

—La mujer que sonríe a un hombre desconocido y acepta algo de su mano alimenta deseos impuros —el fariseo pronunció su sentencia acostado pero también en voz alta—. Más vale meter la mano en el fuego que ofrecer algo a la mujer de otro —citaba la opinión de algún maestro—.

El marido que permite que su esposa hable con extraños es como el dueño de una casa pública...

Hacía esfuerzos para no oír estas palabras. No es que le afectaran personalmene. Le dolía que esta mujer tenía que escucharlas. En Belén tuvo la oportunidad de oír expresiones despectivas sobre las mujeres, pero no recordaba ninguna que fuera tan cruel. Se imaginaba que allí, en Belén, la gente no quería hablar así delante de él, pues le conocían bien...

Afortunadamente los otros dejaron de hacer comentarios, se acomodaron más a su gusto y se durmieron. La mujer dejó de ajetrearse: se sentó a cierta distancia de su marido y comió algo. Los burros se espantaban las moscas con el rabo. El agua del río dejaba oír un murmullo imperceptible. José rebuscó en su saco y sacó un trozo de torta. Antes de empezar a comer, recitó una *berakâ*.

Descansaron una hora larga. Luego el mercader de barba negra azulada se puso en pie gritando que había que reemprender la marcha. El mediodía había pasado, el calor persistía, pero el sol quemaba sensiblemente menos que antes. Se levantaron perezosamene del suelo, recogieron sus pertenencias. El esclavo negro cargó los burros de los mercaderes. La mujer colocó las alforjas sobre el asno. Trabajaba con la cabeza muy reclinada, José notaba que no se atrevía a mirar en su dirección.

Por fin todos estuvieron listos. Se inició la marcha hacia el vado. Los pequeños cascos de las monturas resonaban sobre las piedras. Uno tras otro, los animales bajaban al agua. La corriente era mucho más fuerte de lo que aparentaba. Los asnos caminaban despacio, pisando con cuidado, el agua estaba fresca. Los hombres iban al lado de los animales arreándoles con gritos.

La mujer llevaba al niño en brazos mientras cruzaba el río. José veía cómo se tambaleaba. No se atrevió sin embargo a prestarle ayuda. Además, el marido la mandó ir delante. El seguía detrás, apoyado en el burro.

La travesía fue muy breve y llegaron enseguida a la orilla opuesta. La senda se adentraba de nuevo en una pared de vegetación abundante. Pero no anduvieron mucho entre el revoltijo de ramas espinosas entrelazadas de hojas y de

flores. A un centenar de pasos del río, los matorrales frondosos desaparecieron como cortados de un tajo. Durante un corto tramo seguía habiendo unas cuantas matas de hierba reseca, luego empezaba la ladera pedregosa, desnuda, ardiente como una enorme caldera. Se extendía allá a lo lejos, hasta el horizonte cerrado por una pared montañosa de caídas verticales color ocre.

El camino proseguía con una ladera pedregosa por un lado, y por el otro una pared vegetal que proyectaba sobre el sendero una franja de sombra irregular. Esta sombra se iba alargando y deparaba a los viajeros su frescor misericordioso.

Una caravana que venía en sentido opuesto se cruzó con ellos. Los hombres conducían burros y camellos. Al llegar a la misma altura, se detuvieron para intercambiar palabras de saludo.

—La paz sea con vosotros.

—También con vosotros.

—Que os guíe el Altísimo.

—Que vele sobre vuestros pasos.

—¿El camino está tranquilo?

—El ángel del Altísimo nos ha protegido y no hemos tropezado con ningún peligro. ¿Qué tal va la construcción del Templo?

—Cada vez más hermoso...

Se alejaron en direcciones opuestas. La sombra cruzó el sendero y se iba extendiendo. La púrpura de la tarde se adueñaba del desierto pedregoso. En la lejanía flameaban los montes lamidos por el resplandor del ocaso. Se levantó el viento trayendo a los viajeros un soplo vivificador. El olor aromático de las flores subió de las orillas frondosas del río. Allí en el barranco, con la llegada de la noche despertaba la vida animal. Las marmotas alerta emitían un silbido de advertencia a la vista de los viajeros. Los pájaros revoloteaban y piaban.

Se acercaba el momento del alto para la noche. El lugar escogido por el negociante barbinegro para la parada debía de ser utilizado habitualmente por las caravanas que pasaban por allí. En aquel lugar, los peñascos se alzaban en forma de una sierra curva y en ese circo acogedor se veían

unos redondeles negros, vestigio de fuegos pasados. Quedaba incluso algo de ramas a medio quemar y boñiga reseca.

Se dispusieron a montar el campamento. Había que abrevar a los burros en los odres que se habían llenado durante la travesía del Jordán. El río no estaba muy lejos por cierto, pero les separaba una muralla vegetal tan tupida y espinosa que habrían tenido que abrirse paso a golpe de hacha para llegar hasta el agua.

Esta vez el campesino compartía las tareas con su mujer. La mandó a ella y a su hijo en busca de leña mientras él se hacía cargo personalmente del cuidado del asno. Lo hacía sin entusiasmo. José tenía la impresión de que el hombre no dejaba de echarle miradas desconfiadas mientras desprendía al burro de las alforjas y le daba de beber.

Se encendió una gran hoguera, alrededor de la que se agolparon todos, ya que al día caluroso le sucedía una noche fría. El traficante barbinegro anunció que había que acopiar leña suficiente para que el fuego durara hasta la mañana. José salió también en busca de leña. Se encaminó en sentido opuesto al tomado por la mujer. Al pie de una gran roca que se extendía como una mole hacia el monte, encontró varios troncos hasta tal punto resecos por el sol, que recordaban unos huesos. Con ayuda de un hacha cortó los troncos en trozos y después de traerlos al campamento hizo con ellos una pila pequeña.

Ni el fariseo, ni su compañero consideraron necesario hacer algo para el bien común: ninguno de los dos se molestó en traer un trocito siquiera de madera. No obstante, el comerciante barbinegro no les llamó la atención.

El crepúsculo cayó súbitamente, como si una sombra colgada en el *ghor* del Jordán se hubiera levantado recubriendo el cielo. En la espesura se oían más susurros y murmullos. También se dejaron oír voces: gimoteos, bramidos, aullidos. Los viajeros disponían sus lechos al pie de la pared rocosa, separados del río por el resplandor de la hoguera. Cada uno se envolvió en su manto. El aire que soplaba del desierto iba haciéndose más fresco, en cambio la hoguera despedía un calor muy agradable. El mercader barbinegro recordó una vez más que había que echar leña al fuego durante toda la noche.

Antes de acostarse, el fariseo se acercó a la roca y, cabeceando durante un buen rato, con la cabeza cubierta con el *taled*, recitó sus oraciones. Al compás de sus oscilaciones, su sombra agigantada se mecía sobre la roca recordando el picoteo de un gran pájaro negro.

José preparó su lecho en un extremo. Antes de envolverse en su manto, se retiró al descampado, para rezar en la soledad y la oscuridad. Susurraba: *Shemá Israel, Adonai Elohenu, Adonai ehad*... Por encima de su cabeza se abría la inmensidad del cielo, donde se iban esparciendo las estrellas. Allí, entre las estrellas, vivía Aquel que le había mandado esperar... ¿Se lo había mandado? Era una convicción profunda, aun cuando no se basara en ninguna señal. Era casi tan profunda como la fe en la existencia del Altísimo. Porque sin El ¿tendría el mundo algún sentido? José hablaba con el Altísimo muchas veces a lo largo del día con sus *berakoth*. Le hablaba de cada uno de sus asuntos, compartía con El cada una de sus preocupaciones y continuamente, sin descanso, le expresaba su amor. No basta, pensaba a menudo, humillarse ante El como ante el Señor. A alguien como El ¿podría bastarle solo la obediencia de un ser creado y tan desamparadamente débil? Podría obligarme a la obediencia. Pero mi amor, solo yo se lo puedo dar... El Altísimo no contestaba, aunque José sentía su cercanía, tal como se siente la presencia de una persona oculta en la penumbra. A veces las palabras de la Escritura se disponían de tal forma, que sonaban como respuestas. A veces, como llamadas. Y cuando le hablaba continuamente de sus sentimientos, a menudo, oyendo la lectura de los versículos en la sinagoga, encontraba en ellos una reiterada y afectuosa invitación para esperar.

Qué es lo que tenía que esperar, no lo sabía. Unicamente sentía que se trataba de una cosa que iba a transformar su vida. No siempre aceptaba esta llamada. Sí, pero más que rebeldía, eran dudas las que le asaltaban, ¿y si yo me estuviera engañando?, pensaba a veces. ¿Y si ni siquiera es su llamada? ¿No enseñaban los sabios doctores de la Ley que un hombre a su edad debía encontrar una esposa y formar un hogar? ¿Tampoco era ésta la voz del Altísimo? ¿Tal vez el resentimiento de su padre estaba justificado?

Mas, en cuanto empezaba a rezar, las dudas se disipaban. Al contrario, tenía la certeza de que El deseaba esta espera. La deseaba como pidiéndola... Esta conciencia le hacía sentirse diferente de la gente que le rodeaba. Se daba perfectamente cuenta de esto. Los sentimientos inquietos se tornaban en añoranza y sueños de belleza. Y había casi dejado de esperar que sucediera algo por la vía normal y humana...

A todo esto, el mandato de su padre había caído sobre él como un rayo, obligándole a marchar. El, que durante años se había resistido a obedecer estas órdenes de Jacob, había accedido esta vez. Por vez primera le pareció que el Altísimo dejó de pedirle la espera. ¿Habría llegado el tiempo? No estaba muy seguro. La llamada podría hacerse oír de nuevo. A decir verdad, estaba casi convencido de que no encontraría nada en la ciudad Galilea a la que se dirigía. Porque le parecía que sus sueños se habían elevado tanto, habían alcanzado tal abismo de belleza, que no podría encontrar nada en la tierra que respondiera a esa belleza.

«Rey del Universo —rezaba—, creo, que tu voluntad era que yo esperase lo que me vas a mandar. Ahora creo que Tú has sido quien me has mandado abandonar el hogar. Si la que voy a ver ha de ser realmente mi esposa, que así sea. Se convertirá entonces en la niña de mis ojos y la madre de mis hijos. La pondré a mi lado para que sea mi carne y mis huesos. Pero esto lo haré únicamente cuando sepa que ésa es tu voluntad. Porque sólo quiero hacer tu voluntad... Creador del cielo y de la tierra, soy hombre y me puedo equivocar. No permitas que escoja para mí y no para ti...».

Las guirnaldas de estrellas giraban en el cielo como joyas expuestas en el mostrador por el comerciante, que con habilidad las hace brillar para tentar a los posibles compradores. Los murmullos procedentes de la espesura no podían turbar el silencio que se apoderó del desierto. Incluso cuando aullaba un chacal allá entre las rocas, el silencio absorbía su grito, como el agua se traga la piedra arrojada en ella.

Volvió a su sitio. Antes de acostarse, echó leña al fuego. El frío se hacía más intenso. El desierto pedregoso, hasta hace poco abrumado por el calor, enviaba ahora su frío géli-

do. Se envolvió cuidadosamente en su manto. No pudo sin embargo conciliar rápidamente el sueño. Cuando por fin le llegó el sueño, vino acompañado de curiosas visiones. En sueños José vio una escalera —como la del sueño del antiguo Patriarca Jacob— y por esta escalera subían y bajaban seres misteriosos, alados y con muchos ojos. Uno de estos seres se detuvo en su vuelo ante José y le tocó el costado. Un espasmo doloroso recorrió el cuerpo de José, que se despertó y se sentó. Mas solo era un sueño. Alrededor reinaba la paz. Todos dormían, en el cielo giraba un movimiento suave, como una bandeja llena de joyas en manos de un comerciante. El desierto respiraba silencio, el *ghor* cubierto de vegetación respiraba murmullos, susurros, crujidos. Un chacal se hizo oír de nuevo muy lejos, callando inmediatamente, como si una mano le hubiera apretado el hocico.

5.

El alba apareció también súbitamente, tal como antes había caído el crepúsculo. Se despertó con la sensación de que había ocurrido algo. Abrió los ojos e inmediatamente vio a un desconocido que, con un movimiento de su lanza, le conminó a permanecer echado sin moverse.

Había dos personas de pie al lado de los rescoldos de la hoguera mirando a los viajeros dormidos. No tuvo ninguna duda de quiénes eran esas personas: tenían las caras curtidas por el sol, las barbas hirsutas, los tabardos hechos con pieles. Iban armados. El más bajo tenía una lanza en actitud de ataque. El más alto, que parecía ser el jefe, iba armado con espada. El primero se abalanzó sobre José con un salto felino, le dijo:

—¡No te muevas y calla! Si quieres vivir...

José no se movió. Al rato, se convenció de que sus compañeros tampoco estaban dormidos. No obstante nadie se movía, ya que el hombre de la lanza vigilaba y dirigía inmediatamente su arma hacia el que hacía el menor movimiento.

—Tranquilos —dijo el más alto de los bandidos—. El que intente levantarse morirá. Solo quiero dinero. Si lo

dais sin oposición, os perdono la vida. Bueno, vosotros primero señaló a los mercaderes con la mano.

Uno de los negociantes marmotó algo, pero el de la lanza se abalanzó sobre él poniéndole la punta de la lanza en la garganta.

—Rápido —ordenó el más alto.

Gruñó algo a su compañero. El otro, sin soltar la lanza de su mano derecha, alcanzó con la izquierda un cesto tirado en el suelo. Se acercó a cada uno de los viajeros exigiendo de todos la entrega de su bolsa. Al recibirla, la tiraba al cesto. Mientras tanto, el bandido más alto cuidaba de que nadie se moviera. No dejaba de vigilar ni un momento. Repetía amenazador:

—¡Quedaos quietos! ¡Un movimiento y os descuartizo!

Los comerciantes entregaron gimiendo su dinero. Ahora el hombre de la lanza se acercó al fariseo.

—Soy rabino... Enseño los preceptos del Altísimo. El te castigará si me robas... —insistía el hombre acostado.

El bandido de la lanza echó una mirada hacia su compañero. Pero el otro le gritó:

—Cógeselo. ¡Habla del Altísimo y no piensa más que en sí mismo! ¡Coge y, si no te lo da, atraviésale la garganta!

—Ya verás, serás castigado... —dijo el fariseo poniéndole su bolsa en la mano al bandido.

Su compañero se movió. El bandido se abalanzó sobre él pisándole el pecho con el pie. Vio que bajo la cabeza del hombre acostado había una espada escondida. La agarró con un movimiento rápido y la tiró lejos.

—Suerte la tuya, que no has intentado atacar. Dame el dinero.

Judas entregó su bolsa sin decir palabra.

—¡Ahora tú! —exclamó el bandido, apoyando la punta de la lanza sobre el pecho del campesino.

—Ten compasión —empezó a rogar el *am-ha'arez*—. Piedad... soy un hombre pobre. No tengo nada.

—¡Dame lo que tienes!

—Espera —dijo de repente el alto—. Allí a su lado hay un niño. Dice que no tiene dinero. Entonces que te dé a su hijo.

—¡Piedad! —chilló la mujer levantándose de un salto—. ¡Piedad! ¡Es mi hijo! ¡Señor, es mi hijo!

—Dale en la cabeza —rugió el mayor.

El más bajo le dio una patada en el vientre y la mujer cayó. Cuando trató de levantarse de nuevo, le dio otra patada. Le puso el pie en la garganta, pero como tenía las dos manos ocupadas no pudo coger al chico. Dejó el cesto en el suelo, agarró al niño por el pelo. Este gritando se aferró a su padre. Para separarle, el bandido retiró el pie del pecho de la mujer. Entonces ella le cogió por el manto. Se volvió dispuesto a herirla con la lanza. En aquel instante José dio un salto y agarró la lanza.

—¡Mátalo! —gritó el bandido más alto.

El más bajo lanzó un grito rabioso. Intentaba arrancar la lanza de las manos de José. José no sabía batirse, pero el trabajo desde la infancia le había hecho fuerte. Su fuerza era conocida y a menudo en Belén, cuando se necesitaba levantar algo pesado, mandaban a buscarle y acudía dispuesto siempre a ayudar a los demás. Instintivamente hizo un movimiento con la lanza. No solamente se la quitó al bandido, sino que lo tiró al suelo. El segundo bandido se acercó corriendo con la espada en alto. Viendo sin embargo la facilidad con que José desarmó a su compañero, se detuvo.

—¡Te mataré! —exclamó intentanto asustarle con sus gritos.

Pero ahora todos estaban levantados agarrando sus bastones. El joven acompañante del fariseo levantó su espada. El bandido comprendió que no podría oponerse a la superioridad numérica y emprendió la huida. Tras él se fue el más bajo. No intentó siquiera recoger el botín.

José tiró la lanza y se inclinó sobre la mujer caída. Estaba ensangrentada. Sollozaba y apretaba contra su pecho al hijo, que también lloraba.

—¿Te ha hecho algo? —preguntó José.

—No se ha llevado a Dimas —dijo entre sollozos y risas—. ¡Le has salvado, señor!

Cogió la mano de José con intención de besarla, pero él se la retiró retrocediendo. Sólo le dijo al campesino:

—Cúrala ¿Tienes aceite?

—Tengo, señor, tengo —aseguró rápidamente el otro.

Era ahora todo humildad y temeroso respeto—. Haré lo que mandes, señor.

Los mercaderes recogían sus bolsas. Hablaron entre sí un momento en voz baja. Luego, el barbinegro se acercó a José.

—Queremos darte las gracias por habernos defendido —dijo—. Acepta estos pocos siclos en señal de nuestro agradecimiento...

José sacudió la cabeza.

—No necesito vuestro dinero.

—Si son magníficos siclos de plata —dijo el comerciante, echándose las monedas de una mano a otra—. Mira, puedes comprar mucho con esto. Para ti y para los tuyos. Además queremos darte las gracias. Si no hubiese sido por tu valor...

—El Altísimo os ha salvado —zanjó José—, si queréis agradecérselo, dad el dinero a los pobres.

Se alejó llevándose el burro al abrevadero. Iba a ponerle las albardas, pero se paró viendo que los demás no lo hacían. Los miembros de la caravana, en vez de ponerse en marcha, seguían discutiendo de lo ocurrido. Incluso el fariseo y su compañero, olvidados de su postura de separados y únicos puros, se unieron a la conversación general. Nada del mundo podía detenerles en esta cháchara. Todos hablaban a la vez, gritaban uno por encima del otro, gesticulaban. Aquella agitación parecía no tener fin. Cuando finalmente decidieron dejarse de charlas y ponerse en marcha, el sol estaba muy alto en el cielo y el calor se hizo molesto.

Su camino corría a lo largo del cauce del Jordán —«el río que fluye hacia abajo»— bordeando el desierto. Iba subiendo sin cesar. La pared vegetal ya no proyectaba su sombra en él: por el contrario, el desierto los oprimía con su hálito caliente. Ahora la depresión había quedado abajo. Caminando la tenían a sus pies: era como un cinturón esmeralda de vegetación de zarzamora enana y de tamarindos, que formaban una larga alfombra, recamada por los meandros del río. En la otra parte del *ghor* se veían escalonados los montes de color rojo leonado.

En las terrazas rocosas se podían distinguir desparramados algunos asentamientos humanos. Pero para llegar

hasta ellos había que abandonar el camino y adentrarse en la montaña. Por eso no se alejaron de su ruta y, a pesar del calor, trataban de ir deprisa, para llegar antes de la noche al vado de Jabbok.

Sin embargo, al llegar la hora del calor máximo, tuvieron que detenerse para descansar.

Un saliente rocoso, en cuya base se extendía una estrecha franja de sombra, como un vestido tirado al suelo, era su única protección. Todos se ocultaron en esta sombra y, echados en el suelo reseco, jadeaban intensamente.

José permanecía sentado contra la roca con las piernas recogidas. El burrito, que no cabía en la sombra, solo pudo meter en ella la cabeza. Como habían salido tan tarde, habían andado poco tiempo; sin embargo, José se sentía muy cansado. Con admiración, obervaba a la mujer que, pese a las magulladuras y las heridas, no dejaba de cuidar de su hijo. Lo abanicaba, le humedecía los labios con el zumo de un limón salvaje. El niño tenía que haberse asustado mucho, porque seguía muy pálido y débil. El sudor le corría por las mejillas. Esta vez, José observó que también el padre mostraba preocupación por su hijo.

El espacio que tenía enfrente parecía bailar por efecto de la calima. Las ideas se movían perezosas, la cabeza le retumbaba como un molinillo en movimiento.

—Nosotros también queremos darte las gracias —oyó de repente. Sorprendido, volvió la cabeza. El fariseo y su compañero se acercaron a José y se sentaron a su lado en la sombra. En su mirada no notó ahora la sonrisa burlona.

—No hice nada del otro mundo —dijo.

—Pensábamos que eras un simple *am-ha'arez* —dijo el fariseo—. Hablabas con esta mujer aunque tenías que recordar que todas son impuras. También he visto que rezas...

—Has mostrado también valor y fuerza —añadió Judas—. ¿Quién eres?

—Me llamo José, hijo de Jacob. Soy nativo de Belén.

—¿Quiere esto decir que perteneces a la estirpe real? —en la voz del *rabbi* resonó la incredulidad.

—Es como has dicho, *rabbí*.

Cayó un breve silencio. Los dos miraron a José con mayor detenimiento aún. El fariseo volvió a hablar de nuevo.

—Me llamo Saduk.

José bajó humildemente la cabeza.

—Me alegro de haberte conocido, *rabbí*.

—Sí, ahora noto que no eres realmente *am-ha'arez* —la voz de Saduk denotaba una creciente benevolencia—. Recuerda: guárdate de las mujeres *am-ha'arez*, y conservarás la pureza.

—Un hombre como tú —intervnio Judas— no tiene por qué fijarse en *am-ha'arez*.

—Díme —preguntó Saduk—, ¿quién es el cabeza de vuestra estirpe?

—Mi padre, Jacob, hijo de Matán.

—¿Acaso eres tú el hijo mayor?

—Desde luego.

Se miraron mutuamente.

—Pues... —empezó Saduk—. La estirpe de David es antigua y meritoria. ¿Herodes nunca se interesó por vosotros?

—Yo no sé nada de eso. Somos gente sencilla. Yo tengo un taller de *naggar*, mis hermanos cultivan la tierra.

—Claro, claro... El tiempo glorioso de vuestra estirpe pasó...

—¿Has oído decir —preguntó de repente Judas— que Herodes quiere censar a Israel?

—No. Como acabo de decir vivimos alejados de todos esos asuntos.

—Yo te lo digo, lo quiere hacer. Anunciará que exige juramento de fidelidad. Pero realmente quiere otra cosa. Quiere contar al pueblo. ¡Es un gran delito!

—Un gran pecado —dijo el fariseo—. Habrás leído seguramente con qué severidad el Altísimo castigó al rey David, cuando se atrevió a realizar el censo.

—Lo he leído. Al contar a sus súbditos, lo que buscaba era su propia gloria...

—¡El censo mismo es pecado! —le interrumpió Saduk.

—No podemos permitir semejante recuento —decía Judas—. Ese idumeo impuro quiere censar a la gente para poder robarles más tarde. No le basta con sacarle al pueblo hasta el último óbolo, para luego edificar para los *gôjin*

ciudades adornadas con estatuas pecaminosas. Se acerca el tiempo...

Se detuvo mirando fijamente a José. Parecía que esperaba algo. José dijo:

—Hay que rezar, para que el Altísimo aleje del corazón del rey los pensamientos que lo llevan a pecar...

—O tal vez —dijo Judas misteriosamente— haya que decidirse a luchar... En todo caso conoces lo del mesías anunciado...

—Naturalmente. Israel espera al mesías hace siglos... En nuestra familia se le recuerda a cada uno que el mesías será hijo de David...

—Será su hijo en espíritu, no forzosamente de sangre —dijo Saduk con insistencia—. Será un jefe y un conductor como lo fue David. Llevará al pueblo a la lucha victoriosa. Los que hoy humillan a Israel quedarán humillados y aniquilados. Cuando llegue el mesías será como un león que devora a sus enemigos...

—¿Y has oído —preguntó de nuevo Judas— que el mesías ha nacido ya?

José negó con la cabeza.

—Eso no lo he oído. Pero la gente habla mucho del mesías hoy en día. Me han hablado de una anciana que asegura haber recibido del Altísimo la promesa de no morir hasta no verlo...

—Y lo verá, te lo aseguro —dijo Judas.

—¿Y qué harás entonces? —preguntó Saduk.

—Naturalmente, le seguiré —dijo—. Pero —dirigió su pregunta al fariseo— ¿será realmente quien emprenda la lucha? ¿El que mande los ejércitos? ¿El que mate?

—Naturalmene —aseguró el fariseo—. Será como un segundo Judas Macabeo. ¡Correrá la sangre, y los valles se llenarán de cadáveres enemigos! ¡Los hombres como tú deberán enrolarse a su lado!

José no dijo nada. No le gustaba discutir, rechazar duramente las opiniones ajenas. Se hablaba tanto últimamente de la llegada del mesías. El mismo acababa de oír cómo estos ensueños se convertían en fantasías febriles. La gente abandonaba el trabajo para discutir: ¿De dónde vendrá? ¿Cómo será? Y lo mismo que estos dos, todos estaban seguros de que el mesías que estaba por venir sería el jefe que llevaría a la nación a la lucha victoriosa.

No se atrevía a dudar de la veracidad de las esperanzas que abrigaban todos. Y sin embargo, no participaba de este entusiasmo general. ¿Sería verdad que el mesías iba a venir para encender la guerra? Lo que había de traer ¿no se podría realizar de otra forma más que con sangre y muerte? Tal vez sea yo tonto, pensaba. Pero amaba demasiado el silencio, en el que lentamente, como un árbol, madura el pensamiento.

Al no recibir respuesta, el fariseo preguntó:

—¿A dónde vas José?

—A Nazaret.

—¿A Nazaret? —hizo una mueca—. ¿Y qué vas a buscar allí? Es una ciudad de impuros, de ladrones y de comerciantes deshonestos.

—Quizás no sean todos como tú dices...

—Una mancha de alquitrán ensucia a todas las ovejas. En un rebaño sarnoso, cada oveja tendrá sarna —soltaba sus sentencias como si las estuviera leyendo en un libro—. Te lo recomiendo sinceramente: no te fíes de esa ciudad. Nada bueno puede salir de Nazaret. Si tienes que arreglar algo allí, arréglalo pronto y lárgate enseguida. ¡Ni siquiera mires atrás!

Se envolvió en su manto, como si temiera que cayera también sobre su ropa una mancha de impureza de la ciudad galilea. Pero su compañero seguía mirando a José con detenimiento.

—Sin embargo, eres valiente y fuerte. He visto, cómo le arrancaste al otro la lanza. Le serías muy útil al mesías cuando empiece a reunir combatientes. Espero que entonces no faltarás. Escucha: cuando este mentecato ordene el censo y empiece la lucha, ve a Gamala. Pregunta por Judas el Galileo, y me encontrarás... Te recibiré entonces con los brazos abiertos...

6.

José se detuvo en el límite de la ladera. La ciudad se extendía ante él en la hondonada formada por los brazos muy

abiertos de dos montes. La carretera de Séforis pasaba entre las casas situadas más abajo y luego serpenteaba en medio de los campos verdes. A un lado se alzaba, larga y suave, la loma del monte rematada en la cima por una roca tiesa como una vela en medio de un mar gris sin apenas brillo.

Entonces es aquí..., pensaba. Los compañeros de viaje fueron desapareciendo uno tras otro. Los mercaderes se quedaron en Pella. En Scitópolis se separó de Saduk y de Judas. Antes de alejarse, el fariseo volvió a recordarle a José que debía desconfiar de Nazaret, diciéndole: «Recuerda, en esa ciudad es fácil caer en la impureza...». Judas palmoteó a José en la espalda. «No te olvides de lo que hablamos —le dijo—. El momento está cerca, ya está encima. El mesías ha nacido y un día de éstos convocará a Israel. Gozarán de inmensa gloria los que se unan a él. Te he dicho cómo encontrarme. Además, en ese día llegarás a comprender muchas cosas... Bueno, ¡hasta luego!».

Con la familia del campesino viajó durante más tiempo. Ellos iban a Besara. El hombre le contó a José que iba allí porque había heredado un trozo de tierra de un pariente lejano. Hasta entonces habían sido gente muy humilde. Tenían que trabajar para otros. El hombre iba todos los días al mercado en busca de trabajo. Ahora podrían trabajar en lo suyo. El trozo de tierra no era grande, pero no dependerían de los demás.

«Tal vez tenga más hijos —soñaba en voz alta el labriego, abriéndose a la confidencia—. Sólo tenemos éste, y no es muy fuerte. La mujer es sana y no es vaga. Pero yo estoy enfermo. El Altísimo me ha hecho endeble...». José pensó que tal vez había sido injusto al juzgar el comportamiento del campesino con su mujer y su hijo. El pequeño Dimas caminaba ahora a su lado. Tomó confianza y asediaba a José con preguntas. La mujer seguía detrás callada, pero, cuando José volvía la cabeza, siempre tropezaba con su cálida mirada fija en él.

Cuando se separaron, el niño tendió los brazos a José. Le sorprendió esta muestra de afecto. Cogió al niño y lo apretó contra el pecho. Siempre lograba con tanta facilidad el afecto de los niños, tal vez porque los asuntos de los pequeños le parecían tan importantes como los asuntos de los

mayores. El campesino le hizo una profunda reverencia. Después de la agresión, se comportaba ante José con profundo respeto rayano en la veneración. La mujer tampoco dijo nada esta vez. Hizo un gesto como si quisiera besarle la mano. José retrocedió y ella no se atrevió a acercarse.

José los siguió con la mirada mientras bajaban por la carretera. Ahora el padre sentó al niño sobre el burro y caminaba junto al animal. La madre iba al otro lado. Viéndoles alejarse, José se olvidó de la irritación que le produjo su comportamiento. En ese momento sentía un profundo cariño hacia el trío que se alejaba.

Se quedó un buen rato arriba mirando la ciudad que gozaba de tan mala fama entre la gente. Las casas se levantaban escalonadas en la falda del monte. Las más opulentas, abajo, con sus terrazas sombreadas por las ramas de las palmeras, de las higueras, de los sicómoros. A medida que se elevaban disminuían de tamaño. En lo alto, al pie del farallón rocoso, sólo había grutas cerradas por una pared. Sin lugar a dudas era donde vivían los más pobres. Al lado del acantilado, un sendero corría en zig-zag hasta la cima del monte que dominaba la ciudad. Las laderas verdosas formaban un prado, aprovechado para pasto de los rebaños por los que moraban al pie de la pared de roca.

Acostumbrado a las innumerables rocas peladas de Judea, se deleitaba viendo el verdor ondulante de los campos.

Saciados los ojos con la hermosa vista, prosiguió su camino. La carretera se adentraba entre las casas de la ciudad y llevaba a una plazoleta rodeada de estacas clavadas en la tierra, que se empleaban para atar los asnos y los camellos. Varias palmeras muy copudas proyectaban un techo de sombra en la plazuela que era, sin lugar a dudas, el sitio donde se detenían para descansar las caravanas que cruzaban la ciudad. En el fondo había una posada: una pared de arcilla que formaba un gran círculo. Por dentro, adosados a la pared, unos nichos cubiertos con un tejadillo de juncos y, en el centro, el lugar para las caballerías. El gran portalón estaba abierto de par en par en aquel momento y se podía ver que la posada estaba vacía.

En medio de la plaza, cubierto por un arco de piedra, un pozo. Unos escalones de piedra llevaban hasta él. Al lado

del arco, un gran dornajo servía de abrevadero para los animales. Al lado, de pie, había un burro olvidado. Para librarse de las moscas que le importunaban, se fustigaba los flancos con el rabo. En la pila no había agua. José ató a su compañero orejudo de modo que el animal pudiera permanecer en el manchón de sombra proyectada por un olivo gris con el tronco recubierto por una corteza muy nudosa. Para beber él mismo y traer agua para su montura, empezó a bajar por la escalera. El pozo era extremadamente profundo. Cuando se asomó por encima del brocal vio allá lejos, como en una ventana diminuta, su cabeza. Atado a una larga soga había un pesado cubo hecho con un tronco vaciado. Estaba hecho de manera tosca, chapucera. Cuando lo levantó, pensó inmediatamente que podía hacer uno mejor: más ligero y más manejable.

A punto estaba de lanzar el cubo, cuando oyó una voz. Alguien se acercaba al pozo cantando. Era una voz de adolescente, tal vez incluso de niña pequeña. Lo que cantaba sonaba muy alegre.

En las escaleras se oyó un ruido de pasos. Volvió la cabeza. La muchacha bajaba los escalones corriendo ligera. Su silueta, vista sobre el fondo de cielo iluminado por el sol, parecía la de un niño. Llevaba los pies descalzos, la túnica ceñida y sobre la cabeza un cántaro. Lo sujetaba con una mano. A pesar de ir tan deprisa, la jarra parecía formar cuerpo con ella.

A la vista del hombre de pie cerca del brocal, dejó de cantar repentinamente y se paró en mitad de las escaleras. Pero él no notó en su cara la menor señal de temor, acaso algo de sorpresa. Conocía probablemente a todos en la ciudad y se sorprendió a la vista del forastero.

Su cara era la de una muchacha casi en la adolescencia. No sorprendía por una gran belleza. Era muy corriente. La piel de la frente y de las mejillas era oscura, como la de las personas acostumbradas a trabajar bajo el sol abrasador. Los ojos oscuros, profundos como el pozo, sobre el que acababa de inclinarse hacía un momento. El pelo rubio oscuro, echado hacia atrás, recogido en una coleta, iba atado por una cinta. En las orejas llevaba unos pendientes rojos.

Aunque la cara no llamaba la atención a primera vista,

al mirarla un momento con más detenimiento empezaba a subyugar. Por fuera ofrecía un encanto infantil. Sin embargo, era como un rayo que brillaba en la superficie y parecía brotar de lo más hondo. El que la miraba intentaba acercarse involuntariamente a la fuente de este resplandor. Descubría bajo la capa de la infancia algo parecido a la madurez, como una plenitud de vida escondida.

Ahora bajaba lentamente los escalones. Miraba inquisitivamente a José, que seguía con el cubo en la mano. Sabía que en Galilea las mujeres eran menos retraídas que las de Judea, pero ella, al parecer, no consideraba conveniente ser la primera en dirigir la palabra a un desconocido. Una inexplicable timidez se apoderó de repente de José. Después de lo que le pareció entrever en su cara, bajó la vista. No se atrevía a seguir mirando a la niña. Su mirada se detuvo en sus pies descalzos. Se quedaron así mucho tiempo sin decir palabra uno frente al otro. José consiguió por fin sobreponerse a su timidez. Levantó la cabeza. Vio que la niña vestía humildemente, con una túnica de lino repetidamente lavada. Las manos que sostenían el cántaro eran menudas pero fuertes, acostumbradas al esfuerzo. El cántaro dejó en su pelo unas motitas de tierra. Pero si es una niña corriente —se dijo a sí mismo—. Su boca pequeña parecía vibrar con sonrisas reprimidas. Y a pesar de todo no intentó mirarla a los ojos.

Dijo dándole a su voz un tono divertido para acomodarse a la alegría que percibió en ella:

—¡Qué cubo más incómodo tenéis aquí! ¿No hay en el pueblo ningún *naggar* capaz de hacer algo mejor?

Ella se rio con toda naturalidad, sin cohibición. Debía de tener en su interior mucha alegría deseosa de exteriorizarse.

—Sí, este *naggar* tenía que haberse dedicado a cortar leña, y no a hacer cubos. Pero él también abandonó la ciudad y ahora no tenemos a nadie. Semejante peso hace daño a las manos. No es fácil sacar agua.

—Yo te la sacaré si quieres.

—Te estaré muy agradecida.

José bajaba el cubo despacio. La sensación de timidez no había desaparecido totalmente. Esta muchacha que sen-

tía a sus espaldas era alguien corriente del todo —razonaba para sus adentros—. Había aceptado su ayuda sin ninguna vacilación... En la mente de José se hicieron presentes las palabras de Saduk respecto de la mujer que sonríe a un extraño. Se encendió el recuerdo de la tan manida mala opinión de aquella ciudad. Pero todas las advertencias se apagaron inmediatamente como una llamita a la que le faltara el aire. De la niña emanaba tal pureza, que todo mal pensamiento moría antes de llegar a formularse.

El cubo golpeó la superficie del agua, se volcó y se hundió con un sonido parecido a un sorbido fuerte. Cuando empezó a tirar de la cuerda, se dio cuenta de que la queja de la muchacha respecto del peso del cubo no era solo una invitación para obtener ayuda. Era realmente menester tensar todas las fuerzas para sacar el tronco repleto de agua.

—¿Cómo te habrías arreglado si yo no hubiese estado aquí? —preguntó colocando el cubo en el brocal.

—Cuando hace falta, lo saco —dijo alegremente—. No soy tan débil. Lo único es que me duelen las manos después.

El agua estaba muy fría. Con un chorro plateado la vertió en el cántaro que la niña había acercado.

—Préstame tu recipiente un momento —le rogó—. Allá arriba tengo un burrito que hay que abrevar. Luego volveré a bajar y cogeré agua para ti.

—Haremos otra cosa —dijo ella—. Yo iré a abrevar tu asno, y tú mientras tanto coges agua.

Levantó el cántaro y se lo puso en la cabeza. Ahora lo sujetaba con ambas manos. Pero subía ligera por las escaleras. Permaneció de pie con el cubo en la mano observándola. Notó en su pie, algo encima del talón, una marca roja. Debió de haberse herido con la espina de alguna planta. Sí, se dijo a sí mismo, todo el mundo puede herirse.

De nuevo soltó el cubo hasta el fondo del pozo. ¡Cuánta sencillez hay en esta niña! —pensaba—. Había visto a más de una y hablado con muchas en Belén. Venían a su taller aparentemente para algún encargo, pero él notaba que habían sido enviadas por sus padres con la esperanza de que la belleza y el encanto de sus hijas acabarían con la rareza del hijo mayor de Jacob... Apenas empezaba a hablar con

ellas, perdían toda su sencillez. Había risitas, se cubrían la cara sin dejar de mirar entre los dedos. Cuchicheaban cosas entre sí. Sabían muy bien a qué habían venido y qué querían. Sus gestos infantiles no eran más que un juego. Esta niña se había comportado realmente como una niña. Además, seguía estando impresionado, como en el momento en el que le parecía haber visto en su mirada el resplandor que le descubría una madurez inexplicable.

Oyó a sus espaldas:

—He abrevado a los dos asnos, porque no sabía cuál era el tuyo. Pero el tuyo es probablemene aquel clarito, ¿verdad? Parecía tener mucha sed.

—Sí, el mío es el clarito. Gracias.

—Y yo te doy gracias por el agua ¿Vienes de lejos?

—De Judea.

—Ya sé, es un camino muy largo. Lo hice hace algún tiempo. Gracias a ti, hoy no me dolerán las manos por culpa de la soga —dijo después de colocarse el cántaro sobre la cabeza.

—Si me quedo en Nazaret, fabricaré un cubo mejor.

Salieron los dos de debajo del arco de piedra.

—¿Eres *naggar*? ¿Y quieres establecerte aquí?

—Soy realmente un *naggar*. Escucha, ¿conoces la casa de Cleofás, hijo de Guerim?

A pesar del peso que llevaba encima, volvió vivamente la cabeza hacia él.

—La conozco.

—¿Me puedes decir cómo ir hasta su casa?

—La casa de Cleofás está arriba, al pie de la roca —señaló con la mano—. Si quieres ir allí, sígueme. Voy hacia allí.

Desde el pozo, unos senderos, trazados probablemente por las mujeres que venían por agua, llevaban por la ladera hacia la cima. La joven tomó uno de ellos. Mientras tanto, José desató su burro y lo cogió por el ronzal. Al girarlo se dio cuenta de que las espinas de los cardos que estaban enganchadas en los flancos del animal y de las cuales tenía intención de liberarlo, habían desaparecido.

Alcanzó a la joven que seguía subiendo con el mismo paso ligero.

—¿Limpiaste tú al burro? —le preguntó.

—No te enfades. Es un borrico tan pequeño y simpático... Las espinas debían de hacerle daño.

—No estoy enfadado en absoluto. Quería darte las gracias. Me has hecho un favor.

Ella no contestó nada. Seguía con su paso elástico guardando el equilibrio con un ligero movimiento de todo el cuerpo. Ya habían subido más allá de las casas ricas de abajo. Desde arriba se veía gente echada perezosamente en las terrazas sombreadas. El sendero se hizo más abrupto. Sus recodos eran cada vez más tortuosos. En cierto momento la joven pisó mal en el suelo. El cántaro se bamboleó sobre su cabeza. Pero consiguió mantenerlo en equilibrio sin perder ni una gota.

—El camino es duro —dijo él—. Déjame coger el cántaro.

Ella se echó a reír con su característica risa argentina, que no denotaba, ni por asomo, ninguna vaciedad, ni malicia, y solo una gran alegría difícilmente contenible por dentro.

—Muhas gracias —le dijo—. Eres bueno. Pero no es trabajo de hombres llevar agua. Probablemente no sabrías siquiera cómo llevarlo, admítelo.

Su alegría despertó en él la risa.

—Tienes razón. Nunca la llevé de esta manera.

—Pues ya ves. De todos modos ya hemos llegado.

El sendero desembocó en un montículo de piedras. Los pies se hundían hasta el tobillo en la gravilla. Estaban ahora sobre el precipicio mismo. De la pared rocosa surgían unas construcciones que completaban las grutas. Las entradas de las casas estaban cerradas por telas o por cortinas de juncos trenzados.

La niña se detuvo ante una de ellas. La construcción de arcilla era humilde como todas las de aquel lugar. Delante de la cortina que cerraba la entrada, hecho un ovillo, dormía un gatito gris. Se despertó, levantó la cabeza y a la vista de la joven maulló amistosamente. Algo más lejos, en un montón de arena, jugaban dos chiquillos.

—Cleofás vive aquí —dijo ella deteniéndose.

Sintió pena de tenerse que separar. Podría haber seguido así con ella hasta el fin del mundo.

—¿Y tú —preguntó José— vives cerca de aquí? ¿Podré verte algún día?

Le echó una mirada, como si su pregunta le hubiera hecho gracia. Su boca pareció vibrar de nuevo con risa contenida. Levantó el cántaro con delicadeza y lo dejó en el suelo.

—¡Pero si yo vivo aquí! —dijo.

7.

Dos hombres estaban sentados en el poyo contra la pared, a la sombra de una planta trepadora.

—Entonces, ¿me la darás por esposa? —preguntaba José.

Cleofás era un varón algo mayor que José. El sol le había requemado el pelo tupido dándole un tinte ceniciento. Tenía la cara curtida, surcada de arrugas diminutas. Todo su aspecto delataba a un hombre acostumbrado a trabajar en el campo al aire libre. Sus manos, que tenía apoyadas sobre las rodillas abiertas, eran grandes y con los bordes encallecidos.

No contestó de inmediato. Parecía reflexionar. Sólo después de un buen rato empezó lentamente a inclinar todo el cuerpo hacia adelante.

—Desde ayer estoy reflexionando sobre tu petición. Estoy dándole vueltas y más vueltas. Incluso he consultado con mi esposa. Veo que la quieres. Nos dimos cuenta en seguida. Pero quiero que sepas cómo está la cosa. Ella no tiene padres. Zacarías el sacerdote y su mujer fueron sus tutores. Cuando nacieron Simón y Jacob, y ella hubo salido de la infancia, pedimos que viniera a vivir con nosotros. Es lo que ocurrió. Desde aquel momento yo me he convertido en su tutor...

—Isabel me lo contó.

—La mujer de Zacarías era como una madre para ella. Y no deja de serlo. Se preocupa por ella, incluso de lejos. Le he prometido no tomar ninguna determinación referente a Miriam sin su consentimiento. Pero ya que te ha mandado

ella misma.. No quisiera decidir con premura. No me lo tomes a mal, José, yo no te conozco...

—No has tenido tiempo.

—Me gustas. Eres trabajador, piadoso. No eres muy hablador. Si se tratara de mi propia hija, ya lo tendría decidido...

—Me hago cargo de tu preocupación.

—Estuve hablando con mi mujer hasta muy tarde por la noche. Estamos dispuestos a acceder a tu petición... Sí, pero... No sé cómo verás la cosa. En Judea, conforme a la costumbre antigua, los padres o los tutores de los hijos deciden de la boda y a los jóvenes no les es lícito ni siquiera verse antes del compromiso. Nosotros aquí, hemos tenido que abandonar la antigua usanza... Es probable que estés escandalizado. Pero aquí, las chicas encuentran a los hombres, como Miriam te encontró a ti. Y ellas mismas dicen a sus padres a quién quieren por marido... ¿Esto te escandaliza mucho?

—En absoluto.

—¿De veras?

—Claro que sí. Yo amo a Miriam. Quisiera que fuera para mí no sólo mi esposa, sino mi amiga. Quiero saber si me acepta también por voluntad propia...

Cleofás levantó la cabeza y durante un momento se quedó mirando a José en silencio, aparentemente sorprendido por sus palabras. Luego le sonrió.

—Me alegro de que pienses así. En Judea la gente ha de cuidar tantas reglas... Uno se puede perder en ellas. Pero nosotros vivimos aquí entre *gôjim*. Ya sé, se dice de nosotros, los galileos, que somos impíos...

—¿Te parece impío pedirle a la muchacha su consentimiento?

Cleofás se rascó la cabeza.

—¿Qué sé yo? ¿Qué puedo saber? No soy más que un agricultor. Los escribas dicen en la sinagoga que toda transgresión de la Ley es un pecado grave... ¿Y a ti, qué te parece?

—Creo que si estamos convencidos de oponernos a la voluntad del Altísimo al infringir un precepto, pecamos...

—¿Pero tú no estás convencido?

—No. ¿Por qué el Altísimo habría de tratar de modo distinto a un hombre y a una mujer? ¿No les habló a Sara, a Débora, a Judit? Además, voy a serte sincero... Hasta tal punto amo a Miriam, que no me casaría con ella, si no supiera que ella misma lo desea. No podría de otro modo.

Cleofás parpadeando miraba a José.

—¿Entonces, tú también? —dijo—. Porque sabes... yo tampoco podría decidir de su matrimonio sin su consentimiento —volvió a rascarse la cabeza—. Pero la norma... Tengo miedo al qué dirán los de la sinagoga... De verdad, no sé...

—¿Crees que toda norma es Ley del Altísimo?

—No... tienes razón... Por qué el Altísimo habría de mirar a la mujer de modo distinto... Sé cómo es Isabel, sé cómo es mi esposa... Pero tengo miedo... ¿Y tú, no tienes miedo?

—Yo no tengo miedo. Cuando se ama...

Cleofás volvió a reír, pero mucho más relajado esta vez.

Precisamente han sido Isabel y Zacarías quienes te han mandado aquí. Te dijeron que le echaras un vistazo a Miriam ¿verdad? Puesto que ha sido idea suya, no tendrían nada en contra de que nos diera ella misma su parecer sobre tu petición... Tú eres valiente... Ella también lo es.

Estuvo un momento más rascándose preocupado la mejilla. No le había abandonado toda la inquietud. Toda su vida vivía con el temor de infringir alguna de las innumerables normas que los escribas proclamaban en la sinagoga.

—Y ella es valiente... —repitió—. Hace dos años que la observo, y sin embargo no la conozco. Es la hermana de mi esposa, y sin embargo ¡qué diferente! No creas que estoy pensando mal de mi esposa. Pocas hay como ella. Entregada, hacendosa, trabajadora, obediente... y ¡cómo cuida de los niños!, ¡cómo les ayuda en todo! Pero Miriam...

Pasó su mano grande por el pelo.

—Es distinta. De verdad, no sé cómo decírtelo... vive con nosotros, come, bebe, duerme, trabaja, descansa: como cualquiera. Servicial con todos. Dispuesta a emprender cualquier tarea, con tal de librar a otro de la misma. No deja las manos ociosas. Tan alegre. Estaría siempre cantando. Reza mucho. Me gustaría saber rezar así.

Se interrumpió. Calló un momento. Se notaba que tenía dificultad en encontrar las palabras adecuadas para expresar lo que quería decir. Empezó de nuevo:

—Está a mi cuidado. ¿Pero necesita realmente del cuidado de alguien? Ha dejado apenas de ser niña, y ya hay en ella tanta madurez. Dije que es valiente como tú. Porque es valiente. Ella también, cuando ama, no tiene miedo de nada. Se fía de la gente. Si alguien pone su confianza en ella, no quedará defraudado... No es de las que pesan en una balanza comercial lo que quieren dar. Ves, por eso tengo que preguntarle si quiere ser tu esposa. Si eso es pecado, que caiga sobre mí...

Jose apoyó su mano en el hombro de Cleofás.

—Eso no puede ser pecado. Ten confianza.

—Tendré confianza. Quiero parecerme a vosotros. Escucha. Vete a hablar directamente con ella. Ahora. Está con las ovejas en el prado de la ladera. Vete.

José se levantó, saludó con una inclinación a su futuro cuñado.

—Gracias, Cleofás. Voy.

8.

Por encima del acantilado las montañas formaban un suave declive. En medio de la hierba punteada de flores silvestres sobresalían de cuando en cuando unas rocas. De lejos, las ovejas y las cabras que pacían parecían también fragmentos de rocas.

El rebaño estaba en continuo movimiento; se detenían un momento y en seguida proseguían con pasitos nerviosos.

Al llegar al acantilado en seguida divisó desde lejos la figura de la pastora siguiendo el rebaño. La muchacha llevaba un pañolón que le cubría la cabeza, los hombros y la espalda. Caminaba al paso que la marcaban los animales. Debía de estar ensimismada, porque no oyó sus pasos. Cuando la llamó, se detuvo y volvió rápidamente la cabeza.

No notó recelo en su mirada. Como siempre, estaba llena de paz y de un resplandor extraño que brotaba de lo más hondo. En aquel momento este resplandor ardía como una

llama, pero al mirarla, pareció apagarse. El rostro de Miriam recordaba la cara de alguien que había permanecido mucho tiempo al sol y regresado luego a la sombra. Extendió sus manos ante sí con un gesto leve como queriendo detenerle lejos de ella.

—¿Sabe Cleofás que estás aquí? —preguntó.

—Lo sabe. El mismo me dijo que viniera.

Inclinó la cabeza expresando con este gesto sumisión a la voluntad de su tutor. Sonrió.

—¿Me parece que quieres decirme algo, verdad? Te escucharé —dijo—, pero tengo que cuidar del rebaño. Alguna de las ovejas podría extraviarse entre los matorrales.

—Caminaremos detrás del rebaño y andando te diré para qué he venido.

Sin decir palabra, Miriam siguió las ovejas. El caminaba a su lado. Pero no empezó a hablar de inmediato. Las palabras que había preparado se le confundían y se perdían. A la vista de la joven volvió la timidez que había experimentado cuando la vio por vez primera en el pozo. Desde entonces nunca habían hablado a solas. El sentimiento que brotó en él con la fuerza de un fuego avivado con aceite, había hecho que inmediatamente adoptase la postura del hombre que corteja a una mujer. Cuando veía a Miriam, sólo la veía en casa de Cleofás; cuando le hablaba, solo le hablaba en presencia de otros. Era huésped a diario en la casa de Cleofás. Le invitaban a comer. Veía entonces a Miriam ayudando a su hermana, preparando la comida, sirviendo la mesa, recogiendo los platos y fregándolos luego. La observaba con ojos atentos y el corazón palpitante, pero de modo que ni ella ni nadie pudiera descubrir sus miradas. El amor lo consumía y seguía creciendo cuando la evocaba siempre sonriente, dispuesta a trabajar y a prestar cualquier servicio. Sin que se lo pidieran lo hacía todo. Los pequeños la querían con locura: apenas la veían, acudían corriendo. Los cuidaba, les contaba cosas. Los separaba cuando se peleaban. Los acallaba cuando gritaban. Cuando la miraba, aumentaba su convencimiento de que ella era exactamente la joven esperada. Ella, sólo ella, podía ser su esposa, su amiga, su compañera. Sentía que nunca dejaría de quererla y de admirarla.

Cerca de la casa de Cleofás había una casita cuyo dueño había abandonado la ciudad. José compró la casita, montó en ella su taller y empezó a trabajar. Desde el primer momento, en cuanto colgó encima de la puerta la viruta de madera, insignia de su oficio, llovieron los encargos. Cada día algún nuevo cliente aparecía por el taller de José. En muy poco tiempo adquirió prestigio. Al pedir la mano de Miriam a Cleofás podía no tan solo apelar a la recomendación de Isabel, sino también apoyarse en su trabajo.

Ahora, mientras caminaba al lado de la joven —buscando en vano las palabras con las que expresarle sus intenciones—, comprendía mucho mejor las vacilaciones de Cleofás. Es probable que él también sintiera una continua timidez ante la hermana de su esposa. Esta joven corriente, sonriente, tan sencilla en apariencia y casi infantil, tenía algo dentro de sí, que imponía hablarle con respeto, casi con timidez. Desde el primer momento vio en sus ojos simpatía y aprecio. ¿Pero era esto amor? Los sentimientos de José eran tan grandes como acuciantes. Si se sentía con el deber de pedirle a Miriam su consentimiento aun en contra de las costumbres, era porque deseaba que el amor de Miriam no fuera menos ardiente que el suyo.

Evidentemente se daba cuenta de que la joven tenía una vida interior propia, desconocida para él, en la que se sumergía a veces olvidando todo lo que la rodeaba. Olvidándose, pero sin perder contacto con todo ello. Regresaba al mundo sonriente, afable, sin impaciencia, y el resplandor que se trasparentaba en su cara parecía provenir de las profundidades de su ser como el agua que brota de una fuente. Miriam no se parecía a las demás muchachas que vivían únicamente con vistas al matrimonio. Pero esto no le restaba fuerza a los sentimientos de José. Consideraba que Miriam era superior a él. No se sentía por eso humillado. Ofrecía amor y sólo deseaba amor.

Recorrieron gran parte del prado en silencio. Ella no le alentaba a hablar con sus palabras. Su caminar reposado y su respiración inalterable no denotaban ni impaciencia ni excitación.

—Escucha, Miriam —acabó decidiéndose por fin—, le he pedido tu mano a Cleofás.

Se interrumpió afectado por las palabras que acababa de pronunciar. Miriam no decía nada. José prosiguió.

—Me enamoré de ti desde el primer momento que te vi en el pozo. Eres para mí como Rebeca que, apenas la vio el siervo de Abraham, la escogió para Isaac.

Volvió a callar. Seguían caminando sin hablar. Una ligera brisa acariciaba la hierba llena de anémonas rojas; era como una alfombra que pisaban ligeramente sus pies desnudos.

—Ocurre normalmente —empezó otra vez— que el varón pide al tutor la mano de una muchacha y el consentimiento del tutor decide de todo. Esta es la costumbre antigua. Pero yo quería —y Cleofás también lo quiere— que tú misma, libremente, dijeras si quieres ser mi esposa. Te quiero demasiado, para poder obligarte a algo que quizás no sea de tu gusto.

El rebaño se detuvo ante una mata de hierba jugosa y también ellos se detuvieron. Las ovejas comían deprisa, masticando ruidosamente. Con sus pezuñas daban golpecitos en el suelo y con los rabitos se batían los flancos. Unos grillos cantaban entre la hierba. La joven seguía parada en silencio, la cabeza agachada, como si esperara oír algo más.

—Cleofás —siguió José— me mandó para preguntártelo. No lo hice sin su consentimiento. Díme ¿quieres ser mi esposa? Porque si hay alguien... alguien... —tartamudeó—. Te amo y deseo tu felicidad, la tuya ante todo...

—Eres bueno, José —dijo ella finalmente en voz baja. Su voz no temblaba, hablaba con tranquilidad—. Me alegro de que me quieras. Porque yo también me enamoré de ti. Entendí inmediatamente que tú, solamente tú, podrás entender...

—¿Entender qué? —preguntó.

Levantó lentamente la cabeza, que tenía bajada hasta entonces. Vio sus ojos muy abiertos, profundos, llenos de resplandor. El fuego que se escondía en su interior arreboló de repente su cara. Leyó en su rostro el ruego no expresado por la boca.

—Entenderás —susurró sonriendo feliz—, porque sabes amar. Sabía que vendrías. Tenías que venir para ser mi marido...



— Yo quería que tú misma, libremente, dijeras si quieres ser mi esposa. Te quiero demasiado para poder obligarte a algo que quizás no sea de tu gusto.

—Eres bueno, José —dijo ella en voz baja. Su voz no temblaba, hablaba con *tranquilidad*—. *Me alegro de que me quieras. Porque yo también me enamoré de ti.*

9.

Se iba ambientando cada vez más en la ciudad donde se había establecido. Amplió la casa que había comprado, tiró la pared que cerraba la gruta y construyó otra más adelantada para tener más espacio. En la pared abrió también unos huecos para las ventanas. Aquí instaló su taller. Al fondo, detrás de una cortina, estaba la verdadera vivienda. Trabajaba a su estilo: con cuidado y precisión, sin prisas.

Pero antes de reconstruir la casa, lo primero que hizo fue un cubo para sacar agua del pozo. Puso en este trabajo toda su habilidad. Trató de hacer un cubo que al mismo tiempo fuera mayor y más ligero que el utilizado por las mujeres para sacar agua. No escatimó esfuerzo. Siempre ponía el corazón en su trabajo, esta vez, sin embargo, la realización del cubo se transformó en una verdadera canción de amor.

Cuando estuvo terminado, se fue al pozo antes del amanecer y cambió el antiguo balde pesado por el nuevo finamente decorado al fuego. No mencionó a nadie lo que había hecho. Volvió a casa y se puso a trabajar. Pero el corazón le latía inquieto.

Seguía sin ver a Miriam, si no era en casa de Cleofás. Se saludaban, si se veían en la calle, pero no hablaban juntos. Ahora eran novios —y lo sabía la gente de Nazaret—. José tenía un particular cuidado para que no recayera en Miriam ninguna sospecha de ligereza. Aquí en la «tierra de los paganos», el comportamiento de las jóvenes era diferente. Las muchachas griegas, las sirias, las cananeas, no esperaban el enlace oficial. Se veían con sus novios y se convertían en sus amantes. Sus gritos y sus risotadas trastornaban a veces el corazón de José. Pero esta intranquilidad se sosegaba, considerando que con su renuncia conquistaba un amor tan grande y se encendía en él un entusiasmo más fuerte que las llamadas del cuerpo. Solía pensar a menudo en Zacarías e Isabel y en lo que le contó aquella vez el viejo sacerdote. Zacarías amaba a su esposa, y pedía una señal que justificase ese amor, que él creía pecaminoso. El, José, había encontrado el amor por Miriam tras muchos años de

espera. Pero no dudaba ni por un momento que era el Altísimo mismo quien le había traído aquí a Nazaret como llevó a Tobías hasta Sara. La muchacha era un don Suyo. Este don exigía sacrificio, un sacrificio parecido, pero superior, al de Tobías. Pensaba que gracias a ese don se le había abierto el mundo secreto del corazón de la muchacha y ya nada les separaría.

Miriam no le dijo lo que pensaba del cubo nuevo. Pero al día siguiente de haberlo cambiado, al volver José a su casa, tras una ausencia un poco larga, encontró a su asno comido, bebido, cepillado, con tanto esmero que su pelo gris claro recordaba un tejido precioso traído por mercaderes desde el lejano oriente. Adivinó enseguida quién lo había hecho y por qué lo había hecho. No necesitaban hablar, sus pensamientos se encontraban incesantemente. José dejaba a la puerta de Cleofás los objetos más hermosos que había hecho, y encontraba luego en su propia puerta ramos de flores. Su borriquillo estaba siempre perfectamente abrevado y aderezado. A veces le parecía descubrir las huellas de unos pies pequeños en el sendero pedregoso junto a su casa. Pero Miriam no se dejó ver nunca. Sabía moverse inalcanzable, como una sombra.

El cambio del cubo no pasó inadvertido entre las mujeres de la ciudad. E inmediatamente todas supieron quién era el artífice. Difundieron la noticia entre padres y maridos. Dos días más tarde, mientras José realizaba unos trabajos de albañilería, se presentaron ante él dos hombres ricos de la ciudad: Joel, el tintorero conocido por todo el mundo, y Guerim, el no menos apreciado fabricante de sandalias decorativas. Los dos vinieron para ver los objetos fabricados por José. Acariciaban la madera cuidadosamente pulida con muestras de admiración. Inmediatamente uno encargó una mesa y el otro dos banquetas.

Los encargos llovían uno tras otro. La mayoría de los que venían eran labradores que necesitaban rejas, arados, palas y horquillas. Le pedían urgencia en la entrega debido a los trabajos del campo. José abandonaba constantemente la construcción para atender los encargos urgentes. Los procedentes de los comerciantes ricos podían esperar. Para él las herramientas de trabajo tenían preferencia. Ganaba poco con ellas, pero lo que ganaba le bastaba ampliamente. Iba ahorrando para el *mohar*, que se había comprometido a pagar por Miriam a Cleofás. También daba a los necesitados. La noticia pronto se extendió entre los pobres de la ciudad y en cuanto desaparecían los que venían con encargos, de detrás de los árboles y de las paredes salían tímidamente ciegos, cojos e incluso leprosos. Ninguno se marchaba sin ayuda.

Los días transcurrían uno tras otro. Ya había pasado medio año desde que José llegó a Nazaret. La casa fue por fin terminada. Los encargos no faltaban. José, aunque hacía muchas cosas, se aplicaba siempre con esmero y no entregaba nada sin antes haberlo terminado cuidadosamente. Normalmente daba un plazo más bien largo, pero casi siempre el trabajo estaba terminado antes.

Tal como ocurría en Belén, por su taller empezaron a aparecer los niños. De lejos parecían sentir su simpatía. Aprendió rápidamente a reconocerlos. Los conocía por su nombre. Desde luego, los primeros eran los hijos de Cleofás. Venían los chicos, venían las chicas. Hablaba con ellos y escuchaba lo que decían. A los mayores les enseñaba cómo utilizar la sierra, la garlopa, el martillo.

Después de los niños vinieron los mayores. Les atraía no sólo la curiosidad de conocer al nuevo *naggar*. Venían con ruegos de ayuda o consejo. José no podía imaginarse por qué él, siendo joven, poco hablador, recién llegado a la ciudad, se convertía en consejero de muchas personas mayores que él y ciertamente más experimentadas.

* * *

Un día, Cleofás apareció por el taller de José.

Aunque la diferencia de edad entre ellos era poca, José trataba siempre al tutor de Miriam con el respeto debido a su posición.

Al ver a Cleofás dejó inmediatamente su trabajo, se limpió las manos y le invitó a sentarse en un banco ancho, que había hecho para las visitas. Le ofreció hidromiel, pero Cleofás rehusó con un movimiento de cabeza. Algo le preocupaba y se veía que el asunto que le traía ocupaba todos

sus pensamientos. Pero le costaba expresarlo. Cleofás se frotaba sus grandes manos y hurgaba en el suelo con el talón. Resoplaba, pero no se decidía.

Esperando lo que iba a decir su futuro cuñado, José empezó:

—Qué bien que has venido. Tengo algún dinero y quiero dártelo. No me imaginaba que podría cumplir tan pronto con lo prometido.

Cleofás hizo con la mano un gesto de impaciencia.

—No vengo por esto... Por lo que se refiere al *mohar*, ya sabes que no quería cogerlo. Eres tú quien se empeña en pagarlo. No dudé que lo ganarías pronto. No hay muchos trabajadores como tú. A Miriam no le faltará nunca de nada. Si fueras más exigente a la hora de fijar el precio...

José sonrió.

—Cobro lo que me parece justo.

—Cobras por el material. No valoras tu trabajo.

—También cobro por el trabajo, pero no quiero demasiado. El trabajo me produce alegría. Oh, a lo mejor no sabes Cleofás qué gozo es trabajar con madera. Cada corte recuerda la cercanía del Altísimo...

Cleofás le miró con atención.

—Eres un artesano excelente —dijo—, pero creo que harías aún mejor trovador. Algunos trabajan primero, luego cantan, después rezan. Pero para ti, el trabajo es canto y oración...

—Porque el trabajo es oración...

Cleofás asintió con la cabeza.

—Tú y Miriam sois iguales. Ella piensa lo mismo. Haga lo que haga, canta y reza al mismo tiempo... Pero es de ella precisamente...

Carraspeó y empezó a retorcerse las manos según su costumbre. Cambió de tono:

—Porque, sabes, he venido aquí para hablar de ella...

—Te escucho, Cleofás.

Volvió a carraspear y a resoplar, antes de empezar.

—No sé si te has enterado de que, con la caravana de Jerusalén, llegó ayer cierta persona... A mi mujer y a Miriam solía traerles noticias de Isabel. Y desde aquí llevaba noticias... Pues ha traído algo extraordinario... ¿Acaso lo sabes ya?

—No.

—Algo realmente difícil de creer. Imagínate —apoyó ambas manos en los muslos y se inclinó hacia delante como si lo extraordinario del asunto con el que había venido le pesara sobre la nuca igual que una carga que le doblara hasta el suelo—. Imagínate. ¡Isabel la esposa de Zacarías, esperando un hijo! —lanzó esta noticia como si arrojara una piedra—. ¿Puedes creerlo? Una mujer tan mayor...

José se pasó la mano lentamente por la mejilla.

—Es cierto —reconoció—. Es una mujer muy mayor.

—Yo estaba convencido de que su tiempo había pasado hace mucho. Y Zacarías... Es tan viejo que fue llamado, según parece, por última vez para prestar servicio en el Templo.

—Exacto. Cuando estuve con él se estaba preparando para prestar ese servicio por última vez.

—Ocurren cosas extraordinarias en esta vida. Sencillamente, no puedo creerlo aunque el otro juraba que era verdad. ¿Cómo ha podido ocurrir? El otro decía que Isabel oculta su estado ante la gente —lo que no me sorprende— y mandó esta noticia a nuestras mujeres bajo secreto. ¡Una historia increíble! Parece ser que hay mujeres que se imaginan llevar un niño en su seno, y cuando se cumple su tiempo, no nace nada. Es lo que le ocurre probablemente a Isabel. Seguro que no dará a luz. Pero Miriam... —empezó diciendo, miró a José y se interrumpió.

—¿Qué ibas a decir?

—Tú ya la conoces. Para ella no hay nada imposible. En cuanto oyó la noticia, vino a verme y me rogaba que le permitiera ir con Isabel. Decía que debe forzosamente ayudarle durante el embarazo y durante el parto...

—¿Cómo? ¿Se quiere ir a Judea?

—Pues sí, justamente... Un camino larguísimo. Y ahora que todo está quemado por el sol. Las carreteras están vacías... Una chica sola...

—No lo habrás consentido, claro.

Cleofás miró a José y bajó inmediatamente la vista. Azorado, enrollaba alrededor de su dedo el extremo de su túnica.

—Cuando sea tuya podrás prohibirle hacer tonterías.

Pero yo... A decir verdad no soy capaz de prohibirle nada. Me parece siempre... Ya te lo he dicho —explotó—, ¡parece una muchacha corriente y sin embargo es distinta! No sé cómo portarme con ella. Incluso mi mujer no consigue entenderla a menudo. Nunca pide nada. No se niega a nada. Hace todos los trabajos. Pero cuando vino a pedir...

—¿Qué has decidido?

—Ella decidió sola. Antes de que tuviera tiempo de explicarle que esto no tiene sentido, ya me dijo que por la mañana salía una caravana para Jericó, que había hablado con esa gente y le habían prometido llevarla con ellos.

Se puso de pie de un brinco. Exclamó:

—¿Cómo? ¿Entonces le has permitido marchar?

—No grites. Siéntate —Cleofás tiró a José de la túnica y le obligó a sentarse de nuevo en el banco—. Ya está hecho... Es muy fácil de decir: se lo permitiste, se lo permitiste... —suspiró—. Hablemos con tranquilidad. No puedo creer en este embarazo, seguro que tú tampoco lo crees. Pero ella está segura de que sí es cierto... Y puesto que cree, entonces sabe que Isabel, al estar esperando un hijo, necesita tener a alguien con ella. Piénsalo: una mujer vieja, sola. Miriam la trata como si fuera su madre...

—¡Entonces había que hacer otra cosa! ¡La has dejado marchar con unos extraños!

—Totalmente extraños no. Conozco a esos mercaderes. La he acompañado... Prometieron que iban a cuidar de ella...

—¿Entonces la has acompañado? ¿Y a mí no me has dicho nada?

Cleofás echó una mirada a José, suspiró y volvió a bajar la cabeza. Cayó el silencio. José se mordió el labio y miraba ante sí. A lo lejos, en medio de las rocas rojo amarillentas, serpenteaba la carretera como un hilo negro, por la que llegó a Nazaret hacía medio año. Ahora, pensaba, ella está en algún sitio de esa carretera. Una muchacha sola con un grupo de forasteros. El corazón de José se llenó de indignación y de resentimiento contra Cleofás. Tenía que haber venido, informarle del viaje. Habría ido con Miriam. Un viaje juntos no habría sido muy apropiado, es cierto. ¿Y no habría sido mejor exponerse a la opinión pública que exponer a la

muchacha a un peligro? Y ahora pasarán semanas, tal vez incluso meses, sin que él sepa nada de ella.

—¿Estás enfadado conmigo? —preguntó Cleofás.

—Lo estoy.

—Quería venir a decírtelo. Quería incluso decirte que fueras con ella. Créeme, estoy de tu parte...

—Y ¿Por qué no lo has hecho entonces?

Suspiró de nuevo.

—Pués, José... Quisiera que ya te hicieras cargo de ella... Fue ella quien se opuso a que te avisara...

—¿Ella?

Miraba estupefacto a Cleofás.

—Ella. Me dijo: Avisa a José que le mandaré noticas en cuanto llegue. Que no se intranquilice... Y salúdale. Con afecto. Pero yo no quiero que venga conmigo...

—¿Te dijo esto?

Empezó, y se calló preso de una ola de resentimiento. ¿Entonces fue ella misma? Sabía que él iba a preocuparse y sin embargo se fue. Y no quería que la acompañara. Ni siquiera se despidieron. Este pensamiento le abrasaba dolorosamente. Pero si él había aceptado siempre todo lo que ella había querido... No pedía nada a cambio, no exigía nada. Solo quería cuidarla, protegerla del peligro únicamente...

Cuando aceptó su declaración, tan sencillamente y con tanta simpatía, estaba seguro de que le amaba. Tenía un pacto con el Altísimo, pero él le había prometido que iba a respetar su decisión. Estaba convencido de que, gracias a este sacrificio, la misteriosa luz que ardía en Miriam dejaría de ser un secreto para él. Su mundo oculto sería también su mundo... Desaparecería ese sentimiento de timidez que le asaltaba siempre que hablaba con ella. Lo sabrían todo uno del otro, pensarían en común. Sólo así se imaginaba el amor. ¡Y resulta que ella se va, llamada por asuntos que consideraba exclusivamente suyos! Como si quisiera mostrarle que no lo compartiría todo con él. ¡Que hay recovecos en su corazón a los que él no tiene y no tendrá acceso!

El corazón de José se llenó de desilusión. Por primera vez apareció la duda de si la compañera soñada que había encontrado, era realmente la que estaba esperando. Acaso

todo no era más que un malentendido: los consejos de Zacarías, los ánimos de Isabel, el encanto de Miriam. Acaso tenía razón su padre recriminándole su espera. ¿Los sueños forjados durante años no le habrían desdibujado el verdadero aspecto de la muchacha que había encontrado? Incluso las personas que le rodeaban perdieron inmediatamente su aspecto simpático. Miró de reojo la cara de Cleofás. La cara huesuda que emergía del espesor de la barba rojiza le pareció de repente obtusa y repugnante. ¡Qué fácilmente se había dejado llevar por las apariencias!, pensó. ¡Incluso este hombre la había parecido sensato y cordial!

Y sin embargo, a pesar de la amargura que le llenaba el corazón, se le planteó una pregunta: ¿renunciaría a esta muchacha? No. Era perfectamente consciente de que no podría encontrar nunca otra igual. Desde el primer momento que la vio en las escaleras bajo el arco del pozo, supo que la amaba, para todo y a pesar de todo. Hiciese lo que hiciese, no podía renunciar a ese amor. Estaba cogido en la trampa.

Apretó con fuerza los labios y calló. Cleofás resoplaba a su lado. El silencio se prolongaba. Al fin dijo Cleofás:

—Pues ya ves... Es así. No quería decírtelo. No la entiendo. No tenía que haber obrado así. Yo estoy contigo. Pero ella es así... —abrió los brazos afligido—. Y si la quieres deberás aceptarlo.

José se apretó la frente con los dedos. Ella también me había dicho, pensaba, que la entendería, porque la amo... La amo, pero no comprendo...

—Lo sé —contestó.

Pero en esta afirmación no había convicción. Sencillamente, quería dar la conversación por terminada. Hacía seis meses le parecía haber llegado a un puerto tranquilo donde podría quedarse toda su vida. Presentía ahora que iba a ser distinto. Su barca no había atracado a la orilla, sino que se había alejado del muelle y zarpado con rumbo a una desconocida y lejana aventura.

10.

El viaje era penoso entre el polvo reseco de la carretera reducida a cenizas por el sol. La vegetación se volvió gris y

se hizo más rala, las hojas ennegrecidas y retorcidas como capullos gris oscuro se levantaban al menor soplo de viento. Las mieses habían sido ya recogidas y por encima de las rastrojeras se cernían muy bajo, con las alas desplegadas, las aves de presa, buscando su botín entre las gavillas erguidas de cebada. Un viento caliente soplaba de vez en cuando levantando una polvareda que arrojaba a los ojos de los caminantes.

Los mercaderes en cabeza de la caravana apretaban el paso con sus camellos. La gente que se había unido a la caravana tenía que aligerar el paso para no quedar rezagada. A nadie le apetecía quedarse solo en la carretera desierta. El siervo de los comerciantes, que iba a la zaga de la caravana sentado en un burro incitaba: «¡Rápido! ¡Rápido! ¡Caminad más aprisa! ¡Si andáis como caracoles, os dejamos!»

En el grupo de personas que se había unido a la caravana, había un alfarero que se dirigía a Jerusalén para ayudar a su hermano en la fabricación de objetos, para la venta durante las fiestas, que duraban casi todo el mes de *tishri*. Iban dos albañiles jóvenes, tentados por los anuncios reales de trabajo en la construcción del Templo. Miriam era la única mujer en la caravana. Nadie se interesaba por ella. Los tres hombres caminaban inmediatamente después de los camellos, inmersos en una conversación incesante. Le alegraba que nadie se fijara en ella. Solo el siervo sentado en su burro le dirigía a veces la palabra. Le contestaba con cortesía, sin invitarle no obstante al diálogo. Prefería caminar en silencio meditando sin cesar los acontecimientos de los últimos días.

Por la noche, al detenerse para el descanso, servía a sus compañeros de viaje. Ella lo consideraba como algo muy natural y ellos aceptaban sus cuidados sin sorpresa ni agradecimiento. Las mujeres existían de hecho para servir a los hombres. No les parecía extraño que ellos, recostados en el suelo, continuaran con su charla, mientras ella trajinaba, les preparaba la cena o iba con el cántaro a por agua a la fuente cercana.

Luego, llegada la noche, todos se acostaban alrededor de la hoguera para dormir. Miriam se envolvía también en su manto y se echaba también al suelo. Por encima de ella,

la bóveda del cielo parpadeaba de estrellas. El sueño tardaba en llegar. Acostada con una mano bajo la cabeza se tocaba con la otra interrogativamente el cuerpo. ¿Es posible que lo ocurrido haya ocurrido realmente? ¿Cómo pudo ocurrir? Hasta ahora nada confirmaba este hecho extraordinario. Nada; fuera del anuncio.

Al lado, la gente cansada por el camino roncaba. Los camellos resoplaban y se quejaban en sueños. De vez en cuando se oía un crujido en los rescoldos de la hoguera. No percibía estos ruidos. El curso de sus pensamientos tenía tal profundidad que absorbía todo lo que le rodeaba.

Ya no recordaba cuándo despertó exactamente en ella esta segunda vida, que le pulsaba dentro, bajo la vida que ella vivía entre la gente. Tenía que haber sido entonces muy pequeña. Su madre ya no vivía —murió muy pronto— y ella estaba al cuidado de su tía Isabel, cuando cierta tarde soleada, estando todo en la más absoluta inmovilidad, alguien le dirigió la palabra... Estaba sola. Un momento antes no había nadie en la pradera florida. Inesperadamente vio al que le hablaba. Estaba de pie, algo alejado, semejante a una flor blanca que sobresalía sobre las demás. Díjole: «Te saludo, Miriam...»

Aquella vez no dijo más. Pero en su voz y en su profunda reverencia había algo que ella no había experimentado nunca hasta entonces: una especie de deferencia grande e incomprensible. Esto la había sorprendido y avergonzado. Se acordaba de quién era. Una pobre huérfana que cuidaban unos familiares. Los rasgos de su madre se habían difuminado rápidamente en la mente infantil. Permanecieron más tiempo las enseñanzas que Ana, en medio de sus quehaceres, transmitió a la niña sentada a sus pies. Luego Isabel le empezó a enseñar lo mismo. Y ahora le era difícil delimitar a veces en su recuerdo dónde terminaban las palabras de su madre y dónde empezaban las de su tía.

El mundo en el que vives —decían las mujeres— está sumergido en el dolor como la piedra en el agua. Vayas donde vayas, mires donde mires, encontrarás temores, dolores, inquietudes. Verás enfermedades, hambre, odio. Verás cómo sufre la gente. Tú misma aprenderás qué es el dolor. Nadie escapa de él. Pero los sufrimientos ajenos te dolerán más

que los tuyos propios. Pero mira con cuidado y trata de percibir también lo que no salta a la vista. Si el Altísimo permite que todos sufran, no es porque quiera este sufrimiento. El mundo se alejó de El como un mal hijo que abandona a su padre. Pero El no ha renegado del hombre. No le ha dado de lado como si fuera un trabajo que le ha salido mal. Quiere salvarle y le prometió la salvación. Podría doblegar la mala voluntad del hombre... El desea sin embargo que el hombre mismo entienda su error. Que se acuerde del amor del Padre. Solos no lo podemos hacer. En esto también nos quiere ayudar. Prometió que nos enviará a alguien. De parte Suya vendrá alguien que nos enseñará...

Recuérdalo Miriam. Cada mujer israelita puede ser esta escogida, que alumbrará al prometido. Hoy o mañana, o dentro de cientos de años este momento llegará. Porque El cumple siempre con sus promesas. Por esto cada mujer ha de estar preparada para asumir esta tarea bendita. Cada mujer ha de recordar que lo que vendrá sobre ella no será solo su felicidad y su orgullo, sino también la salvación del mundo, su liberación del sufrimiento...

Sentada a los pies de su madre —¿o tal vez ya era su tía? —preguntaba:

—¿Y no se puede hacer nada para que lo que ha de ocurrir, ocurra antes?

—El Altísimo —oía encima de su cabeza— conoce su tiempo. El hombre no adelantará Su tiempo.

—¿Pero tal vez haya que rogarle? —seguía preguntando—. ¿Tal vez haya que hacer algo para inducirle a actuar antes? Ya he visto a tantos que sufren ...Me dan tanta pena. Quisiera ayudar a cada uno. Pero hay que decírselo...

—El lo ve todo y lo sabe todo.

—Pero si ama, se dejará conmover. Solo hay que decírselo, hay que rogarle, hay que...

—¡Miriam! Tienes que recordar quién es El. No está permitido siquiera pronunciar su nombre. Sus caminos no son nuestros caminos, sus pensamientos se elevan muy por encima de los nuestros. Lo que El ha decidido es bueno e inmutable.

—¿Tal vez El quiere que se le ruegue? ¿Tal vez El esté esperando?

—No hables así. No eres más que una niña —esta vez era sin lugar a dudas la más severa de las dos, la voz de Isabel—. Hubo, en tiempos, varones que le hablaron y le rogaron. A nosotras las mujeres solo nos toca esperar.

—¿Y no le podemos ofrecer nada para impetrar su gracia?

—¿Y qué quieres ofrecerle, mi niña? ¿Qué tienes tú que no hayas recibido?

—¿Y si se Le ofreciera lo que es el mayor de los privilegios...?

—¿De qué hablas?

No lo explicó nunca con palabras. Pero en ella crecía de año en año el convencimiento de que hay algo que incluso una niña humilde como ella puede ofrecer a su Creador.

Y de nuevo otro día —en un parecido mediodía soleado—, surgió ante ella en la pradera una hermosa flor blanca. Se inclinó otra vez, y repitió de nuevo:

—Te saludo, Miriam. Todas las gracias del Altísimo están sobre ti...

Instintivamente se tapó los oídos con los dedos.

—No digas eso —susurró—. No puedo escuchar eso. No quiero... Yo soy solo una muchacha corriente...

No contestó nada. No dijo nada más. Desapareció dejándola con el misterio de las palabras incomprendidas.

Lo vio por tercera vez aquí en la ladera encima de Nazaret. Eran las doce y ella iba con sus ovejas. Esta vez surgió ante ella no en forma de flor, sino como una columna áurea, de fuego. Retrocedió asustada. Pero reconoció su voz. Dijo:

—Te saludo, Miriam. El Altísimo está contigo...

La muchacha cayó de rodillas. Apoyó sus labios temblorosos contra una piedra rugosa que sobresalía un poco de la hierba.

—Sería posible... —susurró.

—Así es —la voz que salía del fuego sonaba decidida, como si fuera la voz del *hazzan* pronunciando la sentencia del tibunal. La columna seguía estando ante ella, ardía pero no se consumía. Oyó:

—No temas. Has sido escuchada. Tú concebirás al Hijo...

Las palabras caían sobre la cabeza inclinada en una cascada incandescente. La reducían a polvo y le entregaban de nuevo la vida. Y sin embargo, apenas fueron pronunciadas levantó la cabeza. Seguía siendo la misma muchacha audaz, que no temía preguntar si se puede rogar al Altísimo.

—Sin embargo, yo... yo he renunciado... Le he entregado... Entonces ¿cómo... cómo... puede ser esto?

La voz encima de ella se volvió aún más majestuosa que antes. Y al propio tiempo parecía jadear maravillada por lo que estaba diciendo.

—El mismo se inclinará sobre ti. El mismo lo hará todo. Porque todo está en Su poder. ¡Qué feliz eres, Miriam! ¡Qué afortunada eres, Miriam! El quiere darte una señal. Tu tía dará a luz un hijo, aunque haya pasado su tiempo. Para que tú sepas... ¿Miriam tú lo entiendes? El te pide que aceptes. Pide...

Se le hizo un nudo en la garganta por la emoción, sus ojos se llenaron de lágrimas. Bajó de nuevo la cabeza, pegó la frente en el musgo áspero que cubría la piedra. La columna de fuego seguía encima de ella, aunque parecía inclinarse en una humilde reverencia. La envolvió un silencio tan profundo, como si el mundo a su alrededor hubiese dejado de respirar. Con la boca casi puesta sobre la piedra susurró:

—Solo soy la esclava. Lo que el Señor decida, hágase en mí.

No cayó el rayo, sino que algo parecido a un viento cálido pasó raudo encima de ella y la envolvió en su hálito. La columna de fuego se dobló aún más hacia el suelo, luego menguó, palideció, desapareció. Inmediatamente el silencio se rompió en pedazos. El mundo alrededor de Miriam volvió a la vida, habló con millares de sonidos. Oía el soplo de la brisa, el canto de los pájaros, el ruido acompasado de las pezuñas de las ovejas. Levantó la cabeza con lentitud. Ya no había nadie a su lado. La hierba no se había quemado allí donde estaba la columna de fuego. El cielo no se había derrumbado atónito ante las palabras que había oído. El sol brillaba de nuevo como antes. El rebaño a su alrededor balaba. El viento traía desde la ciudad las voces de los niños jugando y los gritos de los portadores de agua.

Se pasó la mano por la frente. Incrédula se tocó el cuerpo. Nada indicaba lo que había sucedido; en ella no había más que alegría y un arrobamiento enloquecedor. Y sólo un único pensamiento daba una nota discordante: el recuerdo de José.

Le quería tanto, deseaba tanto que fuera recompensado por su entrega y su bondad. Temía que llegara a sentirse herido. Le asustaba que pudiera no participar de su felicidad.

Pero inmediatamente rechazó esta inquietud. Sentía: Si, para respetar el don que ella había hecho de sí misma, el Altísimo había realizado algo que traspasaba las leyes del mundo que El mismo había creado, también sabría dar muestras de su gracia al hombre que confió en ella y a quien ella quería. No le lastimaría ni le humillaría. Le permitiría participar de su felicidad.

Y apenas habían pasado tres días cuando llegó un hombre con la noticia de que Isabel estaba esperando un hijo...

* * *

El día despertaba. Ella era la primera en levantarse. De nuevo estaba dispuesta a ayudar a los que iban con ella. Ellos llamaban: «¡Oye muchacha, haz esto! ¡Haz lo otro! ¡Trae agua! ¡Enciende el fuego!». Sonreía y hacía lo que le pedían. Después, ellos volvían a sus discusiones. Estallaban en fuertes risas; se daban palmadas en la espalda. Por último recogían sus cosas en un hatillo y se ponían en camino. Ella los seguía como antes, pasando inadvertida, llevando entre los pliegues de su manto un secreto enloquecedor.

11.

En Jericó abandonó a sus compañeros.

La carretera de Jericó a Jerusalén, aunque era más corta que el camino que atravesaba el Jordán, no se la consideraba muy segura. Pasaba por unos lugares desiertos entre rocas, cruzaba unos profundos barrancos sombreados en los que solían ocultarse los bandidos. No faltaban razones para seguir unidos a la caravana de los mercaderes que se

dirigían a la misma Jerusalén, y a la que, en Jericó, se le unió un buen grupo de personas.

Llegados a la ciudad, pernoctaron en la posada. Por la mañana, se prepararon para reemprender el camino. Estaban aún colocando las albardas en los camellos, cuando Miriam advirtió a un anciano, apoyado en su bastón, hablando con el jefe de la caravana. El anciano parecía estar pidiéndole algo, mientras el comerciante se le reía despectivamente y con un gesto categórico de la mano le dio una contestación negativa. Se volvió de espaldas al viejo, uno de sus sirvientes le ayudó a encaramarse sobre el lomo de su camello. El animal se levantó penosamente. El mercader instalado en la silla añadió desde arriba una última palabra que no oyó, pero que debió herir profundamente al anciano como un latigazo. Retrocedió cubriéndose la cara con el faldón de su manto. La espalda se le agitaba sacudida por un temblor. Miriam estaba segura de que lloraba.

Nunca pudo soportar ver injuriar a uno más débil. Se acercó al anciano, que permanecía de pie con la cara cubierta, doblado. Tuvo la extraña sensación de que este hombre llevaba sobre los hombros una carga dolorosa y que, si hablaba con él, tendría que hacerse cargo de parte de ese fardo. No obstante preguntó:

—¿Necesitas algo, padre?

El anciano se descubrió la cara y fijó en ella la mirada de sus ojos claros medio ocultos por unos párpados tenues.

—Quería ir con vuestra caravana —dijo, con voz ligeramente temblorosa—. Se lo he pedido a ese hombre... Vuelvo a la ciudad santa. El camino es largo y desierto. Estoy solo...

—¿Y él no te ha permitido que te unas a nosotros?

—No. Y por añadidura se burló de mí. Dijo que los viejos como yo debían quedarse tranquilos en casa y no enredar por las carreteras.

—¿Cómo pudo decir algo semejante? —exclamó.

—Es joven y fuerte. No sabe lo que es la vejez. Seguramente piensa que él no va a ser viejo nunca... Yo tendría que ir.

—Iré yo a pedírselo.

—Se negará, estoy seguro.

—No importa, lo intentaré.

Se acercó al mercader, que ya estaba acomodado encima del camello.

—Este hombre —dijo señalando al anciano— ruega que le permitas unirse a la caravana.

Levantó los hombros.

—Ya se lo he dicho: ¡no llevo conmigo a carcamales moribundos! Si lo llevo conmigo, se me parará en cuanto crucemos la puerta de la ciudad. ¿Y qué voy a hacer con él? ¿Lo voy a dejar tirado por el camino para merienda de los chacales? Deja de interesarte por él y ven. Nos vamos ya.

—No le puedo dejar.

—¿Quieres quedarte con él?

—Me quedaré.

—¡Te has vuelto loca! Ven. Le he prometido a Cleofás llevarte sana y salva a Jerusalén.

—Me has traído hasta aquí. Te lo agradezco mucho...

—Cometes una locura. Una muchacha sola. Hasta Jerusalén falta un día entero de camino.

—Permíteme que haga lo que me parece más apropiado.

Mascullό algo con enfado. Pareció estar cavilando algo durante un momento, luego arreó al camello y se colocó en la cabeza de la caravana lista para salir. Hizo una señal con la mano. Los camellos se pusieron en marcha. Después siguió el grupo de viajeros a pie. Un momento más y desaparecieron por la puerta.

Con paso lento se dirigió hacia el lugar donde permanecía el ancano. Reprimió en el corazón la tristeza que le había causado la partida de los otros. Llegarán hoy mismo a Jerusalén, pensaba. Si me hubiera marchado con ellos, habría podido ver a Isabel mañana mismo por la mañana... Estaba muy impaciente. No obstante, pudo más el deseo de hacerse cargo del anciano.

—¿Estás aquí otra vez? —le preguntó el anciano al verla—. Pensaba que eras de ellos y te habías ido con ellos.

—Has dicho que estás solo...

—Estoy solo y me iré solo.

—Entonces iré contigo.

—¡No, no, ni hablar! —se opuso—. Eres buena chica. Pero no puedes venir conmigo. Estoy débil y soy viejo. Me arrastraré muy despacio.

—Andaremos despacio, nos pararemos a menudo.

—No —se oponía él—. A mí no me asaltará nadie, porque no sacaría ningún provecho. Pero si llegan a asaltarte a ti, no podría defenderte.

—El Altísimo nos protegerá de un mal encuentro.

—Eres valiente y piadosa. Pero no puedo aprovecharme de tu bondad. Busca otra caravana y únete a ella.

—Iré contigo, padre.

—Eres testaruda.

—Por favor...

No dijo nada más, sino que se volvió hacia la puerta. Ella caminaba a su lado. Dejaron la ciudad, salieron al camino... Durante cierto tiempo anduvieron entre una doble fila de peludos troncos de palmera. Luego se terminaron los bosques y se encontraron bajo los rayos de un sol abrasador en medio de rocas rojas peladas.

El paso del anciano se hizo aún más lento. Respiraba penosa y ruidosamente. La pista serpenteaba entre las rocas: desaparecía tras un recodo, para luego, al llegar los caminantes a la curva, descubrir un nuevo recodo. Siempre que se acercaban a una curva, el hombre aceleraba un poco el paso. Podría pensarse que creía estar cerca de la meta. Pero en cuanto doblaban el recodo, se debilitaba. Ella tenía que sostenerle.

Hacia el mediodía estaba tan agotado que hubieron de detenerse. Para él extendió el manto en la sombra de la roca, le ayudó a sentarse. Tenía agua en una bota de cuero. Se la pasó al anciano. Estuvo bebiendo mucho tiempo con sorbos pequeños. Luego le preguntó:

—¿Quién eres?

Ella le sonrió.

—Una chica corriente, del montón.

—¿Vas a la ciudad santa?

—Voy un poco más lejos. A un pueblo de la montaña donde viven mis primos.

—¿Y dónde están tus padres?

—Han muerto, vivo con mi hermana en Nazaret.

—Te han educado bien. No eres como las demás. Los jó-

venes de tu edad no se preocupan por los viejos. Están muy ocupados por sí mismos. Suelen ser muy duros con los viejos.

—Quizá no siempre los padres consiguen entender a sus hijos.

Negó firmemente con la cabeza.

—Mientras los padres tienen fuerza, los hijos se aprovechan de sus cuidados. ¡Pero en cuanto llega la debilidad, les vuelven la espalda!

Durante un instante Miriam acarició pensativamente el filo de su manto.

—¿Y tú, padre, tienes hijos? —le preguntó.

—Tengo —contestó lacónico e inmediatamente apretó los labios con fuerza. Fijó la mirada en el vacío en dirección al flanco rocoso repleto de piedras planas que por su forma recordaban bollos de pan.

—Y debes quererles mucho —dijo—. Seguro que no quisieras que les sucediera nada malo.

—Es cierto —reconoció.

—Rezas por ellos...

—Rezo.

—Eres un verdadero padre. No eres capaz de guardar rencor. Estás dispuesto a perdonar siempre.

—Los hijos —dijo amargamente— no necesitan perdón, ya que no ven culpa en sí. ¿Tal vez sea éste mi pecado, que no soy capaz de ser severo...?

—Y sin embargo el Altísimo no quiere ser severo. Siempre está dispuesto a perdonar y no le gusta castigar... No quiere que tengamos miedo de El...

Sintió en la cara su mirada atenta. Los ojos claros la observaron mucho tiempo por debajo de sus cejas pobladas. Instintivamente, bajo la insistencia de su mirada, inclinó la cabeza.

—¿De dónde te vienen a la cabeza esos pensamientos? —preguntó—. Eso no te lo ha enseñado nadie, estoy seguro. Los sacerdotes y los escribas hablan de otro modo.

—Es cierto —reconoció—. Y sin embargo... ¿El amor que El ha dado a los padres para con sus hijos, no es una muestra de cómo El mismo ama?

El anciano siguió callado un momento.

—Lo has dicho con mucho aplomo —dijo por fin—. Como si no fueras chica... Mis hijas no son capaces de pensar así —suspiró.

—Tal vez —dijo ella en voz bajita— no saben expresarlo.

—Las defiendes —movía la cabeza pensativo—. Pero eres diferente... Los hijos —suspiró de nuevo—. Cuando son pequeños, nos preocupamos por ellos. Queremos enseñarles lo que consideramos más importante. Pero ellos desdeñan el don que les hacemos... Atraen sobre sí el castigo...

—¿Y tú, padre, quisieras preservarles de él?

Volvió a afirmar con la cabeza.

—Es como has dicho.

Permaneció callado un momento. Luego, dibujando algo con su bastón en el polvo rojizo que cubría la carretera, prosiguió:

—He rezado para que el Altísimo me tomase la vida... Temía que pudiera llegar un momento en que lamentaría... No quiero ser el acusador de mis hijos. Pero El me contestó...

Volvió a callar. Ella sentía, que el asunto que iba a confiarle era algo de suma importancia, algo que por su peso no podía ser expresado sin dificultad.

—Este hombre que no quiso cogerme, estaba equivocado. Soy viejo, pero no me habría muerto por el camino. El me dijo que debo vivir, y voy a vivir hasta que vea...

No aclaró quién se lo había dicho y qué iba a ver, mas ella pareció haber entendido. Calló ¿Podía decirle que el momento de la promesa estaba realmente cercano? A ella también le costaba hablar de la gracia que le había correspondido. Por otra parte, nunca había solido hablar de sí misma.

—Entonces —terminó— podré morir tranquilamente.

No siguieron con la conversación. Era hora de continuar el camino. Iban despacio, paso a paso. El calor era pesado. El anciano caminaba cada vez más despacio. Se apoyaba con todo el peso en su hombro. La carretera parecía alargarse después de cada curva. Estaba completamente desierta. Nadie se cruzaba con ellos.

Volvieron a descansar. No hablaron durante el descanso. El anciano parecía dormitar. Miriam sentía como una

opresión encima de su frente. Estaba extremadamente cansada. Sus pensamientos eran confusos, la sangre le hervía en las sienes. Cuando hubo que reemprender la marcha, apenas pudo levantarse ella misma.

12.

Por fin cayó la noche sobre las rocas rojas. Se encendieron en púrpura, como si se hubiesen cubierto de sangre, e inmediatamente empezaron a oscurecer. Las sombras se adelantaron por el camino como mantos que se extendían bajo los pies. Se levantó el viento. Ahora era más fácil caminar. Pero los dos estaban demasiado agotados.

Ella comprendió que no llegarían a Jerusalén aquel día. Volvió a sentir la pena de que pasaría otro día, o más quizás, antes de poder ver a Isabel. Con este pesar se apoderó de ella cierta inquietud. La imaginación empezó a sugerirle escenas preocupantes de lo que podría ocurrirles al quedar solos en un páramo desierto por la noche. Normalmente era capaz de dominar su imaginación. Pero evidentemente esta vez el cansancio impedía que se sobrepusiera. Le parecía que una voz le susurraba: Puesto que has sido escogida, tenías que haberte cuidado mejor... Has sido una precipitada. Estás jugando a cuidar de un hombre viejo abandonado por sus propios hijos ¿Cómo sabes que eso es cierto? Sólo sabes lo que él te ha dicho. Has tomado a la ligera un don extraordiario. Te has expuesto imprudentemente. El te puede retirar Su gracia. No tiene siquiera que hacer nada. Sencillamente no ocurrirá lo que crees que ha ocurrido...

No intentó disentir con la voz. Trató sencillamente de acallarla. Se decía a sí misma: este hombre necesitaba ayuda. No recordaba siquiera a su padre. Durante toda su vida añoró a aquel hombre desconocido que la llevó en brazos. Sentía debilidad por los ancianos: su padre, ella lo sabía, era un hombre viejo que sentía nostalgia de paternidad. Era como este anciano del que se había hecho cargo. A ella le dolía la soledad de los viejos. Se daba cuenta de que no se puede abandonar a ninguno con su desesperanza. Era imposible que el Altísimo se enojara con ella por haberse hecho cargo de este anciano. ¡No sería El que es!

Se lo dijo para sus adentros con una convicción audaz. Cayó la noche a su alrededor como si se hubiese corrido una cortina oscura. Pero precisamente esta oscuridad que les rodeaba le permitió vislumbrar en la lejanía unas lucecitas brillantes. Allá arriba en la colina había un poblado.

—Un poco más, padre —dijo—. Mira, se ven luces allá. Allí hay gente. Un poco más y encontraremos ayuda y refugio.

El anciano estaba totalmente agotado. Aún avanzaba, pero tropezando a cada paso. Al principio le llevaba, luego tenía que arrastrarle casi. Ella también quemaba sus últimas reservas. Después de unos pocos pasos tenía que parar. Los dos jadeaban.

—Déjame... —decía él.

—No, no..

—Deja...

—No. Dijiste, que te lo prometió. Puesto que has de vivir, tienes que llegar.

Era noche cerrada cuando pudieron alcanzar las primeras casas. Algunas estaban cerradas y sus habitantes dormidos. Pero ante una había una hoguera encendida, y una familia reunida delante del fuego. Todos a una se levantaron al ver al anciano mortalmente cansado, casi llevado en brazos por una muchacha joven. Los varones aferraron al anciano por los brazos y le sentaron contra la pared. El se dejaba llevar inerte. Lo cogieron entonces en brazos y lo llevaron dentro de la casa.

Miriam se sentó en el suelo. Sólo ahora se dio cuenta de su enorme cansancio. Le dolía todo el cuerpo. A pesar de la brisa fresca le corrían por la frente regueros de sudor. Una mujer se le acercó y le rodeó los hombros con su brazo. Debía ser la esposa del amo. Había tristeza en su cara.

—Estás cansada, muchacha. ¿Lo llevas así desde lejos? —preguntó.

—Desde Jericó..

—¡Oh Adonay! ¡Desde Jerico! ¿Habéis oído? —decía a la gente sentada delante del fuego—. Lo está conduciendo desde el mismo Jericó. ¡El está medio muerto, ella apenas viva! ¡Pobrecita...! ¿Habéis tenido que andar tanto camino?

—El quería... No podía ir solo...

—¿Es tu padre o tu abuelo?

—No. No lo conozco, le encontré en Jericó...

—¿Y lo has llevado durante todo el camino? ¿No podía acompañarlo nadie?

—Sé quien es —dijo uno de los hombres que llevó al anciano dentro de la casa y volvía ahora de nuevo a la hoguera—. Se llama Simeón. Vive en Bezeta. Antaño era un comerciante muy rico. Pero su esposa murió, los hijos le abandonaron, se quedó sólo. Es un hombre muy piadoso. Ha hecho mucho bien a la gente, ha ayudado a los pobres...

—¿Qué haría en Jericó?

—Quizás haya ido a visitar a su hija. Vive allí.

—¡Ella es quien tenía que haberle acompañado a pie o de cualquier otra manera!

—Ven, muchacha —dijo la mujer—. Tienes que descansar. Eres tan joven, casi una niña. Te prepararé algo de comer, luego tendrás que acostarte.

Miriam la siguió dentro de la casa. Ahora, al moverse después de estar sentada un momento delante del fuego, sintió que tenía todo el cuerpo dolorido, como si le hubieran dado una paliza. Cada movimiento le producía dolor.

En un rincón oscuro de la estancia, débilmente iluminado por la llamita de una palmatoria colocada sobre la mesa, un niño lloraba.

—¿Por qué llora tanto? —preguntó.

—Mejor que no preguntes...

Oyó cómo la madre ahogaba un sollozo. Miriam se acercó a la cuna donde yacía el niño y se inclinó sobre él. La mujer dijo:

—Mejor que no lo toques...

Comprendió inmediatamente por qué se lo decía. En la carita enrojecida del niño se apreciaban con claridad unas manchas blancas. Sintió un estremecimiento.

—Ven —dijo la mujer. Atareada no dejaba de suspirar y sollozar. Dejó en la mesa una torta de cebada y colocó un tazón de leche—. Come —la invitó con un gesto.

Miriam estaba demasiado cansada para poder comer. Pero bebió con avidez. La mujer se sentó a su lado en la mesa. Ahora, al reflejo de la luz de la palmatoria, Miriam vio

sus ojos hinchados por el llanto y una expresión de dolor en sus labios temblorosos.

—Yo misma no sé de dónde vino esta enfermedad —dijo de repente—. Qué mal habremos hecho para que el Altísimo nos aflija así... —durante un momento sólo se oyó su respiración acelerada—. Un sacerdote vino a casa. Lo vio. Me dijo que tendré que entregarlo. Que no puede quedar en el poblado... Y es mi primogénito —sollozó—. Mi Lázaro...

Lloró durante un momento. Miriam callaba. El dolor de la mujer se convirtió en su dolor. Hubiera hecho cualquier cosa para poder consolarla. Luego, cesaron los sollozos. La mujer preguntó:

—¿No vas a comer?

—No puedo. He bebido leche.

—Entonces ven, échate.

Le indicó a Miriam el rincón donde había dispuesto unas mantas para ella. Tras recitar una breve oración, Miriam se tendió en el lecho. Aunque estaba mortalmente cansada, sentía que no podría dormir. El pequeño callaba de vez en cuando, luego se despertaba y volvía a llorar. Su madre no dormía, se notaba por su respiración irregular. De cuando en cuando se levantaba, se acercaba a la cuna del niño. Luego volvía a echarse.

El cuerpo dolorido se iba relajando. Otra vez se encontró ante la pregunta: ¿Entonces ha sucedido lo que dijo que iba a suceder? No hubo en ella ni siquiera vacilación. Estaba segura de que para El no hay cosas imposibles. Incluso el sentimiento de su propia indignidad se atenuó. No dejaba de considerarse como una muchacha corriente, pero pensó que si el Altísimo había querido escogerla a ella, aunque ella era una del montón, lo había hecho sólo para demostrar cuánto amaba al hombre.

Comprendió ahora que el que se le había aparecido bajo la forma de una flor y de fuego la había ido preparando poco a poco. Le enseñó cómo, sin abandonar la humildad, se la podía sublimar con agradecimiento y alegría infantil ante la magnificencia de lo que iba a suceder. Aquel instante había estallado repentinamente. Delicadamente fue llevada hacia él. Y si la pregunta: ¿ha sucedido lo que tenía que suceder? aún volvía a ella, era porque había conserva-

do su lucidez innata. Miriam no dudaba del milagro, pero sabía sin embargo que existen ilusiones y espejismos. Confiaba en Dios, pero desconfiaba de sí misma.

El mensajero pareció entenderlo. En sus palabras humildes —tan humildes como si no hubiera sido una criatura que venía de lo alto— le pareció haber oído el anuncio de una señal sorroboradora. Cuando unos días más tarde llegó la noticia enviada por Isabel, sintió un estremecimiento. ¡Esta es la señal! —pensó...—. ¿Por qué otro motivo le había tenido que hablar del próximo nacimiento del hijo de Isabel? No necesitaba convencerla de la omnipotencia del Altísimo.

Por esta razón quería llegar cuanto antes a casa de su tía. Por esta razón emprendió el camino prescindiendo de los peligros y de las fatigas. Por esta razón prefería hacer el viaje sóla.

Si se hubiera ido con los otros, habría podido ver a la mañana siguiente a la mujer que la había educado. Habría sabido de qué manera ella había aceptado la gracia recibida. El hombre que trajo la noticia decía que Isabel se había ocultado en la casa y no veía a nadie. Su tía —pensaba Miriam—, le enseñaría el modo de conducirse cuando lo milagroso está oculto en lo corriente. Le explicaría lo que decir y lo que mantener en silencio. Cómo comportarse para no herir al hombre amado... Ardía de impaciencia, por ver cuanto antes a Isabel.

Con todo, no lamentaba lo que había hecho. Era necesario ayudar a Simeón. No sólo porque era un padre maltratado. El Altísimo le había dado para consolarle una promesa, y ella era portadora de esa promesa.

Así pues, El está ya ...¡y va a ser su Hijo! Va a ser un ser pequeño necesitado de ayuda, y al propio tiempo alguien extraordinario. Estos dos conceptos parecían ser inconciliables. No le preocupaba, sencillamente esperaba a ver qué ocurriría. No quería pedir nada ni que le dieran nada. Pensaba que quien tanto había recibido debía dejarlo todo en manos del Donante.

El niño enfermo lloraba más fuerte y con más dolor en el rincón de la estancia. La madre no se movió. El cansancio debió haberla dormido al fin. Respiraba profundamente y con regularidad.

Miriam se sentó en su lecho. Le llegó como una orden. Se levantó; sin ruido, de puntillas, se acercó al niño que lloraba.

Le pareció oír todavía aquella voz que le hablaba por la carretera. Susurraba: ¡No te acerques! ¡No toques! Eres la escogida, debes cuidarte. Esta vez acalló inmediatamente la voz. Extendió la mano, la colocó en la frente febril del pequeño. Dijo para sus adentros: «Puesto que estás aquí, haz que mi mano sea por un momento la Tuya... Que le proporcione un poco de alivio...»

Su contacto hizo que el pequeño dejara de llorar. Sus dedos acariciaban suavemente las mejillas del pequeño enfermo. Al tacto sentía las placas de piel muerta; le secaba las lágrimas. Sólo deseaba que se tranquilizara y se durmiera. Y desde luego, los llantos fueron disminuyendo paulatinamente, y por fin cesaron. La respiración se hizo más pausada. Se durmió. La madre no despertó. Miriam volvió a su lecho sin hacer ruido.

13.

Cuando despuntó el alba, Miriam salió a la puerta de la casa. Ante ella se extendían los montes de Judea, como olas congeladas de un mar rosáceo-violeta en la penumbra de la mañana. Inspiró profundamente el aire fresco y seco. Galilea y Nazaret eran preciosos, más hermosos, con más color, pero aquí estaba su patria, la tierra rocosa, desnuda, en la que se crió. Amaba estos montes aunque le producían un extraño temor.

Oyó unos pasos a su espalda. Era la mujer del dueño de la casa, que salía también. Estiró los brazos y se desperezó. Ahora Miriam podía ver que la mujer era muy joven todavía. No tenía el cuerpo estropeado, pero el dolor había dejado huellas en su cara. La juventud de la mujer debía de rebelarse contra el infortunio. Pero en este momento, frente a las montañas y ante la mañana, todo en ella parecía despertar a la vida. La cara reflejó por un instante una expresión

de alegría. Pero se apagó enseguida. Volvió la expresión de tristeza y de dolorosa espera.

—Esta noche Lázaro ha llorado menos que otros días —dijo—. Habrás podido descansar, entonces. Yo también he dormido profundamente. Hacía tiempo que no dormía tan bien. No tenía que haberme dormido así.

—Tienes que dormir para reponer fuerzas.

Hizo con la mano un gesto de desaliento y sollozó profundamente. Su corazón buscaba esperanza, pero el recuerdo sacaba a flote el dolor como el día extrae de la penumbra las formas en ella sumergidas.

—¡De qué me sirven estas fuerzas! El sacerdote va a venir mañana. Vendrá con gente que se llevará a mi hijo... ¡Y podríamos haber sido tan felices!... —se le escapó a la mujer.

—Prueba un remedio más. Sé que cuando se cubre una piel muerta con rodajas de cebolla a veces se cura.

—¡Hemos probado tantas cosas! —suspiró.

—Prueba éste también. Y rézale al Altísimo.

—Hemos ofrecido tantos sacrificios...

—Pídele otra vez.

Estaban una frente a otra delante de las montañas que el sol limpiaba de niebla.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó la mujer—. ¿Seguirás sola o vas a esperar a Simeón?

—No sé si podrá caminar...

—No se irá ni hoy ni mañana. Duerme y está muy agotado. No lo esperes. Tienes probablemente tus cosas que hacer. Nosotros le cuidaremos y luego los hombres le llevarán a la ciudad.

—Si es así, entonces me marcharé.

—Vete. ¿Tienes probablemente prisa por reunirte con algún pariente?

—Sí. Lo has adivinado. Quisiera llegar cuanto antes a donde voy...

—Puedes irte tranquila. Has hecho una buena acción y el Altísimo te lo premiará...

Negó ligeramente con la cabeza. Tenía ganas de decir: El me ha dado tanto, que más no se puede... Pero no sabría

decírselo a nadie y menos a esta mujer cuyo dolor acechaba detrás de cada momento de olvido.

—¿Cómo se llama vuestro pueblo? —volvió a preguntar.

—Betania. Si vuelves a pasar algún día por aquí, no dejes de visitarnos.

—No lo olvidaré. Que la paz esté contigo.

—Y contigo, muchacha.

* * *

Entró en la ciudad por la puerta que hay al pie de la esquina del Templo. El muro que coronaba la roca cortada formaba una pared alta, vertical. Bastaba con mirar hacia arriba para sentirse mareado.

Antes de cruzar la puerta bajó al valle del Cedrón por una carretera que seguía la ladera del monte cubierta de olivos. El sendero pedregoso serpenteaba entre troncos rechonchos que parecían hinchados. Mientras bajaba tenía ante los ojos el frontispicio del Templo reluciente bajo el sol. Sus paredes se alzaban por encima del pórtico suspendido sobre el precipicio. Allí en el Templo, era evidente, ya habían finalizado los rituales matutinos, pues ahora, de los andamios colocados en las murallas, se oía, repetido por el eco, el golpeteo de los martillos y de las hachas. Aún proseguían los trabajos para rematar la construcción. Herodes, según se decía, se recreaba pensando que realizaba una obra extraordinaria. Se sentía orgulloso de este Templo. No escatimaba dinero para su construcción. Reclutaba obreros de todo el país y mandaba que fueran muy bien pagados. Las puertas recubiertas de oro y de plata parecían arder bajo el sol. Su resplandor parecía deslizarse por las espinas doradas colocadas en el tejado para protegerlo de los pájaros.

En cierto momento se detuvo en el sendero. Notó algo nuevo que no estaba cuando aún no se había mudado a Nazaret y veía el Templo con frecuencia. En el frontispicio, por encima de la puerta de bronce de Nicanor, allí donde antes había colgado un racimo de uvas fundido en oro, abría ahora sus alas un pájaro dorado. Los peregrinos que volvían de Jerusalén lo mencionaban, hablando con indig-

nación de la blasfemia del rey que había mandado colocar en la pared del Templo un águila romana. Esta águila había profanado el Templo.

Miró el pájaro y bajó maquinalmente la cabeza. Educada en casa de un sacerdote, sabía que la Ley prohibía representar la imagen de un ser vivo. Si así lo exigía la Ley, pensaba, es porque lo quería el Altísimo. Causaba horror pensar que alguien se oponía a Su voluntad. El no deseaba ser confundido con cualquier ser creado. Entonces ¿quién será —se le ocurrió—, El que ha sido milagrosamente concebido? ¿Nacerá normalmente como cualquier ser humano? ¿Será un niño que vivirá entre niños y animales o un Ser misterioso alejado de todo lo que vive? ¿Qué será? Si va a ser mi hijo, ¿será un hombre?

Continuó rápidamente su camino. Corría hacia abajo para huir de aquellos pensamientos. No los quería. Deseaba entregarse totalmente a la voluntad del Altísimo. En el fondo del valle había un torrente. Estaba casi seco del todo. Podía ser vadeado por cualquier sitio sin mojarse. Desde el fondo del valle, el Templo no era visible.

Luego cruzó la puerta, pasó al lado del palacio situado en la ladera del Ofel, se metió en la hondonada del Tyropeón. Yendo por la Ciudad Alta, tenía sobre su cabeza las murallas almenadas del palacio de Herodes, donde despuntaban las torres llamadas de Fazaél, el hermano muerto del rey, y de Mariamme, la esposa asesinada de Herodes. No se detuvo ni un solo instante dentro del recinto de la ciudad. Cruzó Jerusalén y la abandonó por la puerta situada al lado de la Piscina de las Serpientes.

Los montes se alzaban otra vez ante ella. Conocía perfectamente los que tenía ante los ojos. Tantas veces los había mirado durante su vida. Iba más deprisa a cada paso. Subió la loma rocosa por cuya cima pasaba la carretera de Hebrón. Muy poco después giró hacia un barranco verdeante.

El corazón empezó a latirle con fuerza. Las piernas se aceleraban solas. Reconocía ahora cada árbol. El día empezaba a declinar hacia poniente, no era muy tarde todavía y el sol guardaba aún su ardor. Las sombras se extendían en tiras alargadas a los pies de la muchacha. Ya estaba casi corriendo. A veces le faltaba el aliento. Por fin vislumbró entre la vegetación la blancura de una casa que fue muchos años su hogar.

Alcanzó el portillo. Lo empujó con tanta fuerza que rebotó contra la pared opuesta. Corrió por el sendero entre las plantas. De repente oyó una voz que la llamó: «Miriam». Supo quién la llamaba. Corrió en aquella dirección. Vio a Isabel. La anciana venía también presurosa, pese a las molestias de su cuerpo deforme. Ella también tuvo que haber estado esperando con impaciencia el momento de este encuentro.

Ya estaban una frente a otra con los brazos abiertos. Ya estaba Miriam a punto de echarse al cuello de su protectora, cuando de repente la anciana se detuvo. Se inclinó con dificultad en una humilde reverencia. Miriam se detuvo también sorprendida. Le pareció que su tía no la había reconocido, que la había confundido con otra distinta.

—Isabel —dijo—, si soy yo...

—Qué felicidad para mí, que la madre de mi Señor venga a mi casa —dijo la mujer profundamente inclinada.

Adelantó las manos para abrazar los pies de Miriam. Pero ella levantó a Isabel y la abrazó contra su pecho.

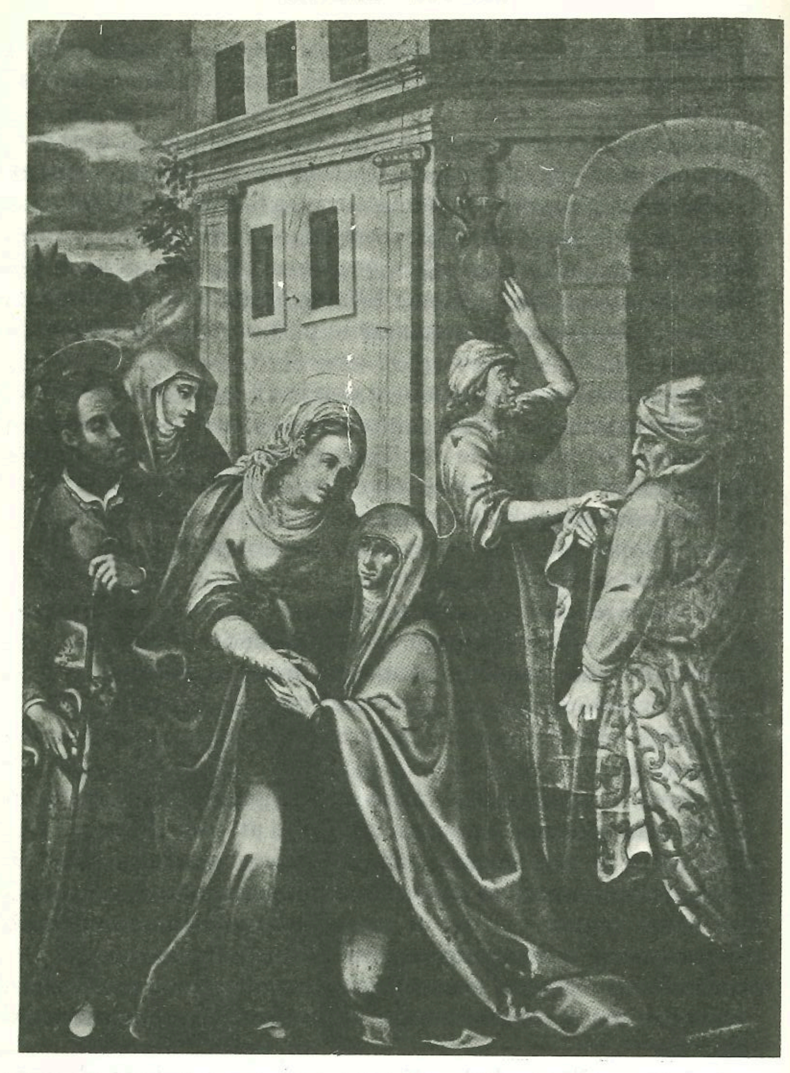
—¿Qué estás diciendo...? —preguntó con la voz vibrante de emoción.

—Eres la más feliz de las mujeres, porque has creído...

Tenía la sensación de que le faltaba aire en el pecho. Sí, esto era una confirmación clara y enloquecedora. No habían sido ilusiones. No había soñado lo que había sucedido. Apretó las manos contra su pecho dilatado por la alegría. ¡El estaba aquí, estaba de verdad! Se cumplió lo que habían esperado los siglos. Y fue a ella, a ella le fue dada esa dicha.

—¿Entonces lo sabes todo? —preguntó en un susurro caluroso.

—Lo sé —dijo Isabel—. Y si me hubiera quedado alguna duda, me ha sido dada la confirmación. Porque cuando venía para saludarte, el niño se movió en mi seno... ¡Por primera vez! Ha dado una señal de que vive, que su vida no es una ilusión...: ¡Oh, ya no temo nada ahora! Nacerá y será lo que le ha sido dado ser. ¡Mi Juan! Irá delante de El... ¡Oh, Miriam! Han ocurrido cosas grandes y maravillosas...



Ya estaban una frente a otra con los brazos abiertos. Ya estaba Miriam a punto de echarse al cuello de su protectora, cuando de repente la anciana se detuvo. Se inclinó con dificultad en una humilde reverencia. Miriam se detuvo también sorprendida. Le pareció que su tía no la había reconocido, que la había confundido con otra distinta.

—Isabel —dijo—, si soy yo...

—Qué felicidad para mí, que la madre de mi Señor venga a mi casa —dijo la mujer profundamente inclinada.



Las palabras de Isabel encendieron aún más su alegría. Era como el fuego que envuelve un matorral reseco y lo consume entre crujidos y estelas de chispas. Esta alegría no le cabía en el cuerpo. No solía hablar mucho, pero ahora le entraban ganas de gritar y anunciar su gozo al mundo entero. Cerró los ojos, apretó las manos contra el pecho. No, no podía guardar para sí lo que desbordaba en su corazón. Tenía que hablar, cantar:

—¡Bendito seas, Señor y Salvador mío! ¿Cómo expresar mi regocijo porque has puesto tus ojos en la pequeñez de tu esclava? Has hecho que todos los pueblos, todas las naciones, me aclamarán para siempre y por todas partes bienaventurada por ti. Qué bueno eres, Señor, y qué misericordioso. Y siempre has sido así, desde la eternidad. Venías a los humildes, amonestabas a los soberbios. Colmas a los pobres y has mostrado a los ricos el resplandor ilusorio de las riquezas. Así eras, y así eres. Y todo lo que has anunciado, todo lo cumples...

El día declinaba arrebolando las copas de los árboles. Pero para dos mujeres estrechadas en un abrazo se alzaba el día de la felicidad, de los sueños realizados.

14.

Ya había pasado la mitad del mes de *kislew*. Un viento frío y seco absorbía las últimas huellas de las lluvias otoñales.

Miriam no regresaba. Al llegar a casa de su tía, mandó un recado a su cuñado diciendo que había llegado felizmente y que debía quedarse con Isabel embarazada. La noticia inverosímil había sido confirmada: la esposa de Zacarías esperaba, de verdad, un niño. Pero tras esta noticia, se hizo el silencio. Pasaban los meses, y ni Miriam regresaba ni tampoco llegaba ninguna noticia suya.

José seguía trabajando mucho y este trabajo le hacía más corto y llevadero el tiempo de espera, que discurría perezosamente. Aumentaba su fama de *naggar* habilidoso, capaz de realizar cualquier trabajo.

Cierto día, apareció por el taller de José un hombre ricamente vestido, con un collar en el cuello y unas sandalias de

piel púrpura. Iba montado en un burro y acompañado por dos servidores. Uno llevaba abierto encima del viajero un parasol verde. José sintió cierta inquietud al adivinar en el visitante un funcionario real. Pero en cuanto empezó a hablar, desaparecieron sus preocupaciones. Resultó que habían llegado noticias del talento del artesano hasta el palacio de Sebaste. El funcionario era enviado para comprobar si el *naggar* de Nazaret podría realizar un trabajo poco común: un asiento para la litera utilizada por el rey en sus desplazamientos.

—Lo que voy a decir —dijo el funcionario despatarrado en el banco frente a José— no puede salir de aquí. ¡Recuerda —amenazó a José con el dedo— que te está prohibido repetirlo a nadie! Te pesará si empiezas a divulgarlo. Pero creo que no eres tonto. Entonces escucha: el rey está aquejado por una enfermedad. Al andar le dan dolores, y hay que portarlo. Para que no se presente el dolor tiene que estar cómodamente sentado. Debes poner toda tu capacidad a prueba. Si haces bien las cosas, te pagarán soberanamente y tendrás fama de haber trabajado para el rey. Tal vez recibas más encargos. Pero te lo vuelvo a recordar: ¡ni una palabra de la enfermedad del rey! Ni a tu madre, ni a tu mujer, ni a tus hijos ¡A nadie! Si me entero de que divulgas lo que te he contado, volveré acompañado de soldados que se encargarán de ti. ¡Recuerda! —volvió a levantar el dedo amenazador.

José asintió con la cabeza. El misterio del funcionario le había sorprendido bastante, pues la enfermedad del rey era la comidilla de todo el mundo en el país.

El otro arrojó una moneda de oro como anticipo y, ayudado por su siervo se montó en el burro y se alejó. José empezó inmediatamente el trabajo. El encargo tenía que estar listo muy pronto, el funcionario había anunciado que volvería al cuarto día para recoger el trabajo.

Apareció efectivamente al cuarto día, con ademán fiero, persuadido de que no había cumplido con el plazo. Pero el trabajo terminado estaba esperando. Mirando el asiento, no pudo ocultar su satisfacción. Le preguntó a José cuánto pedía por su trabajo, y al oír el precio, en su cara demacrada, ratonil, apareció una expresión de incredulidad. Mandó

que le repitiera de nuevo el precio. Entoces soltó una carcajada. Cayó inmediatamente en un excelente humor. Le dio a José unas palmaditas en la espalda. Llamó a los servidores. A uno le ordenó envolver cuidadosamente el asiento y cargarlo al lomo del asno traído adrede, y al otro le ordenó sacar de las alforjas un odre de vino.

—Siéntate —le dijo a José, señalándole un sitio a su lado en el banco—. Veo que eres hábil e inteligente. Me has caído bien. Brindaré contigo por el trabajo bien hecho. En tu vida habrás bebido un vino semejante. Un auténtico vino de la mesa del rey.

El servidor llenó las copas con vino. José trajo una jarra de agua para el vino, pero el funcionario alejó la jarra con un movimiento despectivo.

—¿Te has vuelto loco? ¿Agua en semejante vino? Eres un simple. Pero me gustas a pesar de todo. ¿Cómo te llamas?

—José, hijo de Jacob.

—Me acordaré de ti, José. Se dice que en Nazaret no hay más que ladrones y tramposos. Pero tú veo que eres honrado. Te haré un favor hablando de ti en la corte del rey. No te faltarán encargos. No te olvides a quién se lo debes. Me llamo Costobar y soy uno de los servidores del gran Boarges, que vela por la seguridad del rey...

José no le hacía ninguna pregunta a su huésped, pero Costobar, cuyo buen humor se había incrementado por influjo del vino, se soltó y empezó a hablar de lo que ocurría en la corte del rey.

—Lo peor que tenemos, amigo mío, son los cacareos de las mujeres —decía—. Un pulular de mujeres, todas hablando y riñendo a la vez. Salomé y sus hijas están de uñas con Roxana, su madre y su hermana. Y con ellas, todas las cortesanas están dispuestas a sacarse los ojos. Han enemistado al rey con su hermano y, como es muy impulsivo, se enfada muy fácilmente. Tal vez sea ése el motivo de sus constantes ataques de dolor... Recuerda, no lo comentes con nadie. A veces el dolor es tan intenso que chilla como un loco. Ya no se fija tanto en las mujeres. Creo que le apetecería todavía la mujer de su hermano, pero ella se resiste... Una mujer astuta, tiene sus planes... No lo cuentes, pero se reúne con los jefes de los fariseos y habla con ellos. Ellos le prometen

muchas cosas. Se cuenta que saben hacer milagros. Mi señor le pidió a Roxana que le consiga de ellos la capacidad de tener relaciones con las mujeres. Desea tener un hijo... No sé si serán capaces de realizar semejante milagro estos fariseos vuestros. ¿Qué te parece a ti?

—Lo dudo...

—Sin embargo lo prometen. Tú no sabes nada, eres un patán, aunque sabes hacer cosas hermosas. Que no se te ocurra repetirlo. ¡Recuerda! El rey dejó de desear a las mujeres. Prefiere a los chicos...

—¡Qué horror...!

Costobar lanzó una carcajada.

—¿Ves qué simple eres? Estas son las costumbres reales. El rey tiene a uno en particular... Un chico guapo y nada tonto. Me llevo bien con él, le hago diferentes regalos. Acabo de comprarle unos brazaletes... Esto cuesta, pero merece la pena. De todas formas, cuando das algo con una mano, a veces cae algo en la otra...

Narraba hechos cada vez más horrendos. José trataba de no escuchar sus palabras. La gente contaba muchas cosas y disfrutaba hablando de las costumbres repulsivas que imperaban en la corte. Se indignaban, aunque también se deleitaban con estas historias. José no las soportaba. El escucharlas ensuciaba la imaginación. Las cosas oídas, aun en contra de su voluntad, quedaban en la memoria. Despertaban en los momentos de debilidad. Por otra parte, estos momentos se daban y sabía que seguirían dándose. Al aceptar la petición de Miriam, no se hacía ilusiones: incluso el amor más grande no sustituía la necesidad vigilante. El sacrifio que había hecho no era de una sola vez. Había que repetirlo constantemente.

Costobar no dejaba de chismorrear. Sorbía su vino sin parar y estaba ya muy bebido.

—Todo esto te lo callas, ¿entiendes? —repetía—. Te lo digo porque me encariñé contigo. Pero es sólo para ti. Si llegas a repetirlo, se acabó... Tendría que decirlo a mi señor, y él... ¿Entiendes? Tú eres un *am-ha'arez*... Pero me has caído simpático... Haces cosas bonitas. No metas la nariz en los asuntos de la gente de alto copete... Te lo advierto..

Al final se armó un lío. Los servidores lo sentaron sobre

el asno y, sujetándole con cuidado por los dos lados, se alejaron cuesta abajo.

Pasaron varios sábados más.

Un día —estando precisamente ocupado en un trabajo que requería mucha diligencia—, oyó a sus espaldas una voz conocida. Sorprendido dejó la raedera con la que alisaba la madera y se volvió. Delante de él estaba Seba, su hermano menor.

Llevaba la cara con la barba descuidada, el pelo sin cortar y sucio, caído sobre la frente. Iba enfundado en un saco viejo y roto. No se acercaba a José, sino que le hacía de lejos unas profundas reverencias emitiendo a la vez unos ruidos quejumbrosos.

Comprendió inmediatamente lo que había sucedido.

—Ha muerto —sollozaba Seba—, ha muerto. Bajó al *sheol*. Vengo para comunicártelo.

La costumbre mandaba tirarse al suelo, rasgarse las vestiduras, cubrirse la cabeza con ceniza. Mas él sólo inclinó profundamente la cabeza. No sabía lamentarse como una plañidera contratada. Amaba mucho a su padre, pero al despedirse para marchar de Belén ya estaba convencido de que no volvería a verle. Antaño, Jacob era muy vigoroso y enérgico. En aquel entonces, todo funcionaba en el pueblo natal conforme a su voluntad. No era déspota, pero era un hombre fuerte y todos buscaban en él consejo y ayuda. Luego cambiaron las cosas. Llegó la debilidad. Los hermanos menores no guardaban el mismo recuerdo de su padre que José. La vida familiar empezó a discurrir lejos del lecho del patriarca enfermo. Al tener que permanecer solo, días enteros en la cama, Jacob se volvió irritable y a menudo irascible. Muchas cosas le impacientaban. A los hijos menores no les preocupaba. Venían a ver al padre, discutían mucho y a voz en grito, comentaban riendo diversos asuntos —sin fijarse si le gustaban a su padre— y luego se marchaban cada cual a su quehacer. Con José era diferente. Venía con mucha frecuencia a ver a su padre, se ponía junto al lecho y callaba. El padre no decía nada. Se instauró entre ellos un obstinado y fatigoso silencio. José estaba convencido de que su padre estaba resentido con él por dar largas a la boda. Pero de este asunto ya lo había dicho todo.

En cuanto empezaba a hablar de otras cosas, cortaba, viendo la mirada triste de Jacob. No sabía, como sus hermanos, entretener a su padre con cotilleos.

Estos largos silencios hicieron que creciera en José una especie de complejo de culpabilidad frente a su padre. Después de hablar con Zacarías, le contó lo que le había dicho el viejo sacerdote. No mencionó el proyecto de Isabel. No quería comprometerse antes de tiempo. Se despidieron en silencio, pero antes, en un abrazo, las manos secas del anciano se anudaron al cuello de José. Mientras estaba apoyado un momento sobre el pecho de Jacob, el padre susurraba: «Que el Altísimo te guíe y te proteja. Que te devuelva sano y salvo a la tierra de tus padres... Que...»

No oyó las demás bendiciones. Se alejó con el sentimiento de que no llegaría nunca a pagarle a su padre por todo lo recibido. Aquí en Nazaret lo recordaba mucho. Desde la distancia lo veía con más claridad. Lamentaba a destiempo cada instante pasado a la cabecera de su padre, cada instante transcurrido en un silencio que no había podido acercarles mutuamente. El padre esperaba... José solía rezar pidiendo al Altísimo que le perdonase su torpeza y a cambio le concediera a Jacob su gracia. Quizás, pensaba, no somos capaces de entender al Altísimo, porque no sabemos comprender a nuestros padres...

Abrazó a su hermano y así quedaron un rato fundidos en un abrazo cariñoso. Seba lloraba; siempre lloraba y reía con mucha facilidad. Ya tenía mujer e hijos. Trabajaba la tierra. Le gustaban las diversiones y las charlas con sus amigos. Gozaba de la simpatía de todos.

Hizo entrar a Seba en casa y le atendió con cariño. Después de anunciar la noticia que traía, Seba podía afeitarse, cortarse el pelo, ungírselo, desprenderse del saco de luto y vestirse con su ropa habitual. Sentado a la mesa, el hermano menor le contó a José la muerte de su padre. Jacob murió tranquilo tras haberse resfriado con los primeros fríos. Antes de morir habló mucho de José. Preguntaba por él. Se alegró al enterarse de que José había encontrado por fin una muchacha con la que quería casarse. Soñaba con la prole y la vuelta del hijo mayor a la cuna familiar. Recordó a sus hijos que la antigua campa de David había de ser pro-

piedad de José, independientemente del momento de su regreso a Belén. «Que construya entonces su casa en esta tierra...», repetía.

José escuchaba las palabras de Seba con emoción. Entonces los años de silencio no habían apagado los sentimientos del padre. ¿Podrían haberlos apagado? El padre, pensaba, es aquel que no deja de esperar...

Al terminar su narración, Seba metió la mano en el bolsillo y sacó un objeto envuelto cuidadosamente en una piel fina. Lo abrió y José vio entonces el anillo. Un trozo de oro grueso, informe, que antaño había representado probablemente algo pero había perdido hoy toda forma reconocible. Recordaba el anillo en los dedos descarnados de su padre. Según la tradición familiar, procedía de David y había sido sin cesar propiedad del mayor en la familia.

—Nuestro padre mandó entregártelo a ti —dijo Seba—. Luego tienes que entregárselo a tu primogénito. Nuestro padre decía «Me apena no poder oprimir contra mi pecho la cabeza de su hijo. Porque tendrá un hijo sin lugar a dudas...»

Sin decir palabra, recogió el anillo. El aro era estrecho, el anillo le entraba con dificultad en el dedo. Se lo quitó y se lo quedó en la mano. ¿Entregarlo luego al primogénito?, pensaba. ¡Nunca tendré ese primogénito!

Amaba tanto a Miriam, que cuando le habló de su decisión no corriente, la aceptó sin vacilaciones. En el primer momento eso fue un simple reflejo de amor. Pero ahora que Miriam estaba lejos, empezó a pensar en los motivos que habían impulsado a la muchacha a formular un voto tan desacostumbrado. Lo que Zacarías consideraba como su deshonra, ella deseaba asumirlo voluntariamente. Quería considerar su renuncia como una donación. Como siempre, su audacia rozaba la temeridad. ¡Cuánto le fascinaba con su audacia! ¡Cuánto deseaba que entre ellos todo fuera recíproco!

Ahora, mirando el anillo recibido, pensaba que la decisión tomada para seguirla a ella no era solo renunciar a su propio gozo. Iba a ser también un incumplimiento con la propia estirpe. Desaparecería la rama principal del linaje. Se consolaba pensando que la familia estaba lo suficiente-

mente extendida y que entre sus representantes habría siempre alguien cuyo hijo sería el mesías... Y sin embargo su decisión podía parecer como una ruptura del cordón umbilical que unía el pasado con el presente. Tal vez era preferible que Jacob hubiera muerto. El, que fue incapaz de entender la espera de José, ¿sería capaz de comprender la renuncia de Miriam y la aceptación de José para compartir esta renuncia?

Luego habló con Seba de lo que ocurría en Belén. Su hermano le habló sucesivamente de cada uno de los miembros de la familia, le nombró a los niños recién nacidos.

—Cuando me disponía para venir a verte —decía—, nos hemos reunido y hemos decidido entre todos los hermanos, que no debes volver a Belén. Los tiempos siguen siendo malos. Se dice que Herodes planea nuevos asesinatos.

—Pero no me han buscado.

—Unos desconocidos rondaban el pueblo... Pueden haber sido espías del rey. Aquí en Galilea hay tranquilidad. Mientras no cambien las cosas, quédate aquí. Quédate y no te muevas de aquí. Te avisaremos cuando haya vuelto la tranquilidad. ¿A ti no te va tan mal?

—No me quejo. Tengo mucho trabajo.

—¿Cuándo introducirás a tu mujer en casa?

—Miriam está ahora con su tía. Cuando vuelva y pase el año prescrito, la admitiré en casa.

—Nos alegramos todos de que hayas montado un hogar. La espera ya se hacía un poco larga. Teniendo casa te será más fácil arraigar aquí. Y siempre vendrá alguien de la familia para hacerte una visita.

—Os veré a cada uno con mucha alegría.

—No te preocupes por la tierra, la conservaremos para ti.

Asintió con la cabeza sin decir palabra. La pequeña parcela fuera del pueblo, en la que, según la tradición antigua, David pastaba sus ovejas cuando vino Samuel para ungirle, podía esperar tranquila hasta su regreso. Mientras vivía el padre, José estaba atraído por Belén. Ahora, el silencio estaba aquí, y él amaba mucho el silencio. Y es aquí donde había florecido su amor. No sentía deseos de regresar.

15.

Seba se marchó y de nuevo pasaron los días. Seguía sin ninguna noticia de Miriam.

Antes del sábado siguiente, José fue avisado de que el jefe de la sinagoga le había designado para leer el *maftir* correspondiente a aquel día. Era un gran honor, ya que seguía siendo considerado como nuevo entre los habitantes de la ciudad.

Preparó su intervención con el mayor esmero. Al salir para la sinagoga ya vestido con el *taled*, recitó con gran fervor la *berakâ* correspondiente antes de dirigirse a la casa de oración: «qué hermosas son tus tiendas, Jacob, qué encantadores los lugares de tu residencia, Israel...» Ante la puerta de la sinagoga se detuvo también para rezar: «Levanto las manos hacia tu Tabernáculo, Oh Eterno, te suplico y Tú me escuchas...»

Emocionado, esperaba la llamada del *hazzan*. Se estremeció cuando éste abrió el armario santo, *Arôn Aqqadesh*, extrayendo un rollo de las escrituras proféticas y lo sacó de la funda bordada. Oyó pronunciar su nombre. Se levantó, subió al *tebutâ*. El *hazzan* le entregó el rollo. Todos los presentes se levantaron.

Antes de empezar a leer, miró por encima del pergamino enrollado las caras de la gente. Los hombres estaban en primer término: más cerca los comerciantes ricos, más lejos los labradores humildes. Ya los conocía a casi todos. En el fondo de la sala se veía una galería ocupada por las mujeres.

De pronto se sobresaltó. Le pareció distinguir entre las caras de las mujeres apiñadas en la galería el rostro de aquella en quien pensaba continuamente. ¿Será cierto? Pero no tenía tiempo de mirar con más detenimiento: había que empezar la lectura. Sin embargo, trató de empezar en vano. Las letras le bailaban ante los ojos. El *hazzan* fue a ayudarle. Le entregó un marcador de madera. Pasándolo por las columnas de las letras le era más fácil concentrarse. Con toda la fuerza de su voluntad se impuso a su nerviosismo. Se dijo para sus adentros: es imposible, es una ilusión;

si hubiera vuelto, lo sabría. El texto de la profecía de Isaías se hizo finalmente legible. Empezó a leer:

Y el Señor le dijo a Acaz:
Pide una señal del Señor tu Dios
en lo profundo del *sheol* o arriba en lo alto.
Pero Acaz repuso:
No la pediré y no tentaré al Señor.
Y dijo Acaz:
Oíd, pues, casa de David:
¿Os parece poco ser molestos para los hombres,
que también queréis serlo con mi Dios?
A pesar de todo, el mismo Señor
os dará una señal:
Una virgen concebirá y dará a luz un hijo,
y será llamado con el nombre de Emmanuel,
Se alimentará con leche y con miel,
hasta que sepa rechazar lo malo
y escoger lo bueno.
Y antes de que sepa rechazar lo malo
y escoger lo bueno,
la tierra por la que temes se verá libre
de los dos reyes que hoy la dominan.

Envolvió el rollo e inmediatamente echó una mirada hacia la galería. Sin embargo, no pudo ver a aquella cuya presencia pareció advertir antes. Se concentró de nuevo. Tal como lo exigía la costumbre, debía decir unas palabras relativas al texto leído. Con voz sofocada dijo lo que había preparado: que las palabras del profeta anuncian el nacimiento del Rey Ezequías, el cual, oponiéndose a su padre comenzó la renovación moral y la vuelta a la verdadera fe. Al terminar, entregó el rollo al *hazzan* y bajó de la *tebutâ*.

La gente empezó a salir en masa de la sinagoga después de la última oración y de la bendición. El jefe paró a José para felicitarle por la hermosa lectura de la profecía y la buena doctrina y José no pudo fijarse en los que salían.

Volvió a casa solo. En el estrecho sendero adelantó a un grupo de mujeres que volvían de la casa de oración. Eran esposas de pequeños artesanos que vivían en la ciudad alta. Las caras le eran conocidas, por lo que les dijo al pasar:

—La paz sea con vosotras.

Contestaron a coro:

—La paz sea contigo.

Pero una exclamó:

—Ya habrás visto a tu novia...

Todas a una rieron ahogadamente, y esta risita resonó extremadamente desagradable en los oídos de José.

16.

Cleofás no apareció por la casa de José hasta la noche del día siguiente. En cuanto lo vio, José supo en seguida que su futuro cuñado se presentaba con algún asunto desagradable, y que le costaría bastante expresarlo. El hombre corpulento venía ofuscado, enfadado y azorado al propio tiempo. Se quedaba mirando fijamente al suelo y frotándose apurado sus grandes manos. Al proponerle José que cenaran juntos, rehusó con la cabeza. Podía verse que no estaba ni para comer ni para beber, ni para hacer nada mientras no se desprendiera del peso que le oprimía el corazón.

José trataba de mantener la calma, pero el corazón le latía inquieto. El mismo se sentía desde la víspera como oso enjaulado. Las palabras lanzadas en el sendero confirmaron lo que vieron sus ojos: Miriam había vuelto. Pero ¿por qué nadie se lo había dicho? Cleofás acababa de llegar ahora, resoplando, mesándose la barba, molesto. José estaba convencido de que el asunto que le traía estaba relacionado con Miriam y era algo también desagradable, como las risitas oídas el día anterior.

Ya se había olvidado del dolor causado por la marcha repentina de Miriam. El tiempo había contribuido a ello, el amor y la añoranza se impusieron al resentimiento. Al final se explicó aquel modo de proceder de ella: supuso que querría acompañarla y le había parecido que no podía aceptarlo. La llamada de Isabel era probablemente urgente, tenía que darse prisa. Luego estaría ocupada con la tía sin posibilidades de ir a Jerusalén para buscar una caravana que llevara la noticia. Aquel hombre dijo que Isabel se ocultaba con su embarazo. Este ocultamiento le había causado también problemas a Miriam. Volverá, pensaba, y todo se aclarará. Los pensamientos perturbadores se esfumaban como el humo. ¡Si pudiera verla pronto! ¡Si pudiera introducirla cuanto antes en casa! La espera no le habría parecido tan

penosa durante el verano, pero ahora se le hacía insoportable ¡No estaba en condiciones de esperar por más tiempo!

Cleofás se enroscaba la barba con el dedo, y se daba tirones con impaciencia. Seguía resoplando. Por fin dijo:

—Quizás ya lo sabes... Isabel dio a luz un niño...

—¿De dónde iba a saberlo?

En esta pregunta había un reproche. Pero Cleofás continuó como si no lo hubiera notado.

—Pues ha ocurrido lo que nadie podía imaginar. Tiene un hijo. Al pequeño le han llamado Juan. Es extraño. No hay ningún Juan en su familia...

Consiguió soltar estas palabras y volvió a callar. Este no era ciertamente el asunto con el que vino.

—Miriam ha vuelto... —dijo finalmente en un soplo.

Volvió a callar. José aguardaba con un silencio cada vez más inquieto. Rezaba para sus adentros. Tenía el presentimiento de que dentro de un instante iba a caerle encima algo enormemente doloroso.

—Estuvo mal hecho que no te fueras con ella entonces... —dijo Cleofás.

—¿Cómo podía haber ido? Si se marchó sin avisarme siquiera. Además, sabes que...

Cleofás no escuchaba sus palabras. Seguía con lo suyo.

—No está bien que no la introdujeras en tu casa...

Mordiéndose los labios, que empezaron a temblarle, José dijo:

—Si fuiste tú mismo quien dijo que tenía que transcurrir el tiempo prescrito. Hemos acordado que la entrada en la casa se haría ahora...

—Es cierto —reconoció Cleofás—. Es cierto... Pero no suponía... No sé... —tartamudeaba... de repente lo soltó:— ¡Está embarazada!

—¿Miriam? —gritó José aturdido.

Era lo que más le había costado decir a Cleofás. Ahora se expresaba con soltura, con violencia, con una rabia que parecía crecer con las palabras.

—¡Te has portado mal! Es como una niña. Estaba bajo mi protección y tú... ¡Haberlo dicho! Se podía haber abreviado el tiempo de noviazgo. Si lo hubieras dicho... Pero tal como lo has hecho. ¡Qué papelón! No lo esperaba de ti. Pensaba que me podía fiar de ti. ¡Qué dirán los demás...! Y estaba bajo nuestro techo. ¡Te he tratado como a un hermano! ¡Me has fallado!

—Pero yo... —empezó, y se paró en seguida.

El aturdimiento se convirtió en un río de dolor, que brotaba de lo más hondo de sus entrañas. Se mordió los labios con fuerza, hasta hacerse sangre. No quería dejarlos hablar solos. ¿Qué iba a decir? No podía acusarla... Si la acusara... En Judea eso significaría pena de muerte. Aquí en Nazaret no se lapidaba a las esposas infieles, pero el desprecio que caería sobre la muchacha tendría el mismo efecto letal que una lluvia de piedras. Instintivamente apretó la mano sobre el corazón, que le latía con violencia. Bajó la cabeza con gesto de culpabilidad.

—¡Me has fallado! —continuó Cleofás. Mientras José se encerraba en su silencio, él alzaba su voz airada—. Nos has hecho mucho daño. Estamos avergonzados. ¿Cómo podemos mirar a la gente? ¿Qué dirán, si todo el mundo puede ver como está ella? A ella también le hiciste daño. Pensaba que eras un hombre digno. Tenía confianza en ti. No os he prohibido veros juntos. Pensaba: eres piadoso, conoces los preceptos. Decías cosas que me parecían demasiado atrevidas, pero pensaba... Pensaba que si te habían recomendado Zacarías e Isabel podía tener confianza en ti. ¡No se me ocurrió pensar siquiera que pudieras obrar así!

Se levantó de un brinco. De pie delante de José, sacudía sus enormes manos, le escupía las palabras directamente a la cara.

—¡Si lo hubieras dicho...! Pero tú preferiste ocultarlo. Las mujeres se dieron cuenta las primeras. Empezaron a burlarse. ¡Mi mujer no sabe para dónde mirar! ¡Está avergonzada! ¡Y yo también estoy avergonzado!

Agarró a José por la pechera de la túnica.

—¿Por qué lo has hecho? —chilló—. ¡Tú, tú...! —parecía estar buscando una palabra suficientemente ofensiva.

José callaba. Seguía de pie con la cabeza agachada, como alguien avergonzado por una mala acción que le están reprochando. Sentía sobre la cara el aliento caliente de Cleofás. Estaba convencido de que el otro iba a escupirle a la cara en cualquier momento o pegarle. Que escupa pensa-

ba, que diga las cosas peores, con tal que aquello no fuera cierto... ¡Pero era cierto! Por eso se habían burlado las mujeres en el sendero.

Cleofás siguió durante un rato resoplándole en la cara iracundo, luego lo soltó de repente, giró sobre los talones y, rápidamente, sin decir palabra, se marchó. Cuando José levantó la cabeza, solo vio una espalda que se alejaba. No lo llamó. No tenía nada que decirle.

17.

Con paso lento volvió al taller. Cogió en la mano el trabajo que estaba haciendo cuando llegó Cleofás. Pero el trozo de madera se le cayó de las manos. En los momentos de ansiedad o de tristeza, encontraba siempre consuelo en el trabajo. En el banco de trabajo, se olvidaba del dolor. Pero esta vez el dolor era demasiado profundo. Tampoco le ayudaron las oraciones —las *berakoth*— que componía y susurraba. Las palabras de las oraciones iban entremezcladas con palabras dirigidas mentalmente a Miriam. Eran tan violentas como las que acaba de oír por boca de Cleofás. Las recriminaciones sofocaban a la oración.

De repente se levantó de un salto y salió corriendo de casa. Por el sendero abrupto llegó hasta el prado sobre la ladera. A ciegas corría hacia adelante. No sabía a dónde iba ni para qué. Se quedó sin aliento. De pronto tropezó y cayó. No se levantó. Se quedó tirado en el suelo con la cara metida en una mata de hierba. El, que era incapaz de llorar, sintió un nudo en la garganta y empezó a sollozar.

Este acontecimiento detuvo el curso de su vida, le quitó todo su sentido. Todo lo ocurrido hasta entonces, sonaba a broma extremadamente cruel. ¿Por qué estuvo esperando tantos años, luchado contra las contradicciones internas? ¿Por qué consintió en este sacrificio tan fuera de lo normal? Ni siquiera personas venerables y respetadas por todos, como Zacarías, habían pensado en semejante renuncia. ¡El había querido hacer más que los demás, más que los mejores! Se había dejado cegar por el amor. Ella le había puesto delante esta renuncia, como Eva la manzana... Y él estaba decidido a ser fiel. La siguió con sinceridad. ¡Ahora

su sacrificio había sido pisoteado! ¿Entonces, todo en su vida había sido un error? Por ceguera había causado dolor a su padre, había renunciado a su afecto. Se lo había dado todo a ella; y ella, ¿cómo había podido hacer algo semejante? —se preguntaba a sí mismo gimiendo—. Le había dicho entonces que solo él podía comprender porque amaba. ¿Qué es lo que tenía que comprender? ¿Cómo pudo haber correspondido así a su amor?

En sus ojos inundados de lágrimas apareció la imagen de la muchacha. Nunca habría sido capaz de creer algo semejante. Y nunca jamás —se daba cuenta de ello— lo habría creído... En contra de la evidencia, en contra de las risas de la gente: no lo podía aceptar. ¡Cómo había podido ocurrir algo que no podía ocurrir! Desde el primer instante de su encuentro estaba seguro de que él mismo habría podido cometer la peor de las acciones, pero ella nunca cometería algo semejante. El podía haber defraudado a todo el mundo, pero ella no era posible que defraudara a nadie. Y esta certeza había ido creciendo en él, a medida que la iba viendo y conociendo mejor. Este convencimiento era el que le había impulsado a mirar a la muchacha como a alguien superior, digno no solo del amor más sublime sino también de veneración. La amaba y la admiraba por ser tan inaccesible a toda mancha, cuando en él había tantas debilidades contra las que debía luchar continuamente.

¿Y precisamente ella? No; imposible. Y sin embargo no se trataba de ningún rumor que podría resultar falso. Es un hecho que había visto la gente. No una sola persona... ¿Puedo obstinarme en creer que la realidad no es la realidad?

A pesar de esto, sabía que no iba a acusarla. Nunca sería capaz de acusarla. No podría obrar así: salvarse a sí mismo a costa de ella. Que todos crean que él era culpable. Que había abusado de la confianza de los tutores de la muchacha. Que se había aprovechado de su amor. Aquí en Nazaret había alcanzado fama de buen artesano. Aún más: la gente venía a pedirle consejo. Le habían considerado, a pesar de su juventud, prudente y justo. Venían los vecinos enemistados, para que los reconciliara. Venían los hijos de un padre muerto para que él los ayudara a repartir la herencia. Le invitaban a leer en la sinagoga. Ahora todo cambiaría. La gen-

te sabría que tenía debilidades y que cometía pecados. ¿Podría ser consejero de los demás después de haber abusado de la credulidad de una muchacha y expuesto a sus tutores a semejante vergüenza?

Pero si no quería acusarla, solo le quedaba un camino: tenía que huir de Nazaret. Iría a Antioquía o a cualquier otro sitio. Cuanto más lejos mejor, para que no se supiera nada de él. Desaparecería de la vista de la gente. Entonces todos le echarían a él la culpa. Cuando alguien huye, no hay excusa que valga. La gente entonces dirá: ¡Qué hombre! Se portó mal con la muchacha y rompió el contrato matrimonial. Si toda la ira y la indignación se vuelve contra él, se compadecerán de Miriam. Le perdonarán, la tratarán como víctima de un hombre indigno.

No puedo obrar de otra manera, pensaba. Podría hacer otra cosa: introducirla en casa. Esto le cerraría la boca a la gente. Se burlarían un poco, pero dejarían de hacerlo pronto. Son cosas que ocurren. ¿Pero podía hacer tal cosa, cuando toda su vida estaba orientada hacia este matrimonio? ¿Podía aceptar por esposa a una muchacha que se había comprometido a realizar un sacrificio tan grande para el Altísimo, para luego romperlo sin más? No podía acusarla, eso era cierto. ¿Pero sería capaz de mirarla a la cara? ¡No! No tenía más salida que huir, quemar las naves detrás de sí.

Hundió aún más la cara entre los tallos flexibles. Le picaban en las mejillas. Las lágrimas dejaron de correr, solo los sollozos le producían un nudo en la garganta. Abriendo los párpados vio que estaba oscuro. Las cortinas oscuras del anochecer se habían corrido por el azul del cielo. Ni siquiera había notado la llegada de la noche. De los montes más allá del lago empezó a soplar un aire fresco.

Sin embargo no se movió de su sitio. Fue presa de una especie de adormilamiento. Los párpados se le cayeron, el nudo en la garganta cedió, el pecho seguía sacudido de vez en cuando por un sollozo. Pero fue cediendo. La respiración se hacía más acompasada. Cayó en un sueño extraño, febril, intranquilo, lleno de visiones.

Dormía y, sin embargo, no había perdido ni por un momento la noción de dónde se encontraba. Seguía recordando que estaba echado en el mismo prado al que Miriam solía llevar su rebaño a pastar. Por momentos le parecía ver en sueños su silueta menuda siguiendo a las ovejas, acompasando sus pasos al paso de los animales. Y luego tenía repentinamente la sensación de encontrarse en la sinagoga, de pie en la *tebutâ*, buscando en vano con la regla el versículo adecuado en el rollo. Encontró al fin las palabras que buscaba. Volvió a leerlas en sueños. Mientras las leía en la sinagoga sabía lo que significaban. Conocía la doctrina de los escribas. Basándose en ella, sabía explicar el pensamiento de los profetas... Pero ahora, en sueños, las palabras resonaron de manera totalmente distinta, aunque se trataba del mismo versículo: «El os dará una señal: una virgen concebirá y dará a luz un hijo...»

Conocía la historia de su estirpe. Más de una vez había oído la explicación de la profecía. Pero ahora —en sueños— le llamó la atención la palabra: *almâ*, muchacha... Casi una niña, la que todavía no se ha hecho mujer... La palabra «encinta» sonaba como una contradicción. Los escribas enseñaban que el profeta hablaba de Abía, esposa de Acaz. Acaz era un rey malo e impío. Uno de los peores reyes de la estirpe de David. Ofrecía sacrificios a dioses extranjeros. A cambio de una promesa de ayuda se vendió al rey de Asiria. Le entregó el oro del Templo y reconoció a sus dioses. Rechazó al Altísimo. Fue responsable de la destrucción y de la desaparición del reino de Israel. No le importaba la esclavitud de sus hermanos.

Es cierto, el hijo suyo y de Abía, Ezequías, fue un hombre muy distinto. Intentó recomponer lo que había destruido su padre. Abjuró de los dioses extranjeros, volvió al Altísimo. Renovó Su Templo. A pesar de su debilidad, no se amedrentó ante las amenazas del rey de Asiria. No se doblegó, aunque el otro amenazaba con destruir Jerusalén. Ezequías salvó la fe de Judea, salvó el reino de David. Pero ¿por qué el profeta había llamado a Abía muchacha encinta? No era una muchacha, era una mujer, la esposa de Acaz...

Y de nuevo soñaba que estaba en el prado, en el que se encontraba en realidad. Había oscuridad, sobre su cabeza y en su corazón, pena, la amargura del fracaso, sensación de abandono. No tenía a nadie con quien compartir su dolor.

José apenas recordaba a su madre. La comunicación con el padre se rompió cuando entró en la edad en que tenía que haber buscado esposa. A pesar de la amistad de mucha gente, hacía años que estaba totalmente solo. Solo tenía que decidir cómo comportarse... Decidir por él y por ella.

Me marcharé, se decía en sueños. Tengo que marchar. Tengo que cargar con todo. Para ella va a ser difícil, se va a quedar sola con el niño. Pero la gente le ayudará. Encontrará a alguien. Y aunque no lo encuentre, tendrá al niño. Un hijo para una mujer es todo un mundo. Yo, a cualquier sitio donde vaya, llevaré conmigo mi desilusión. Ya no volveré a esperar nada. Nunca tendré esposa, nunca tendré un hijo... La vida será solo un recuerdo... Así tiene que ser. ¡He de salvarla!

¿Quién era Abía? El pensamiento soñoliento volvió de nuevo al recuerdo de la madre de Ezequías. Los libros antiguos no la mencionaban ¿A quién habría llevado a su lecho su depravado antecesor? Tal vez la hija de algún soberano extranjero. ¿Y precisamente su embarazo iba a ser la señal...? Al fin y al cabo no hay nada extraordinario en que una esposa dé un hijo a su marido ¿Que iba a darle a un padre impío un hijo piadoso? ¿Pero por qué *almâ*?

De repente la explicación le golpeó como un rayo. Con tal violencia, que se despertó. Le pareció que las palabras que había leído en la sinagoga, y que le venían continuamente a la cabeza, iban dirigidas personalmente a él. Exclusivamente a él. La escena que presentaba el profeta Isaías se refería a su estirpe. La gente reunida en la sinagoga escuchaba las profecías como un capítulo de una historia antigua. Pero para él no podía ser sencillamente una de tantas historias. ¡Esas palabras iban dirigidas a él! ¡Le hablaban a él! ¡Esa señal era una señal para él!

No podía seguir echado. Se incorporó. Alrededor reinaba una noche profunda. Las estrellas sembradas en el firmamento desprendían un polvillo verde plateado. Empezó a hacer muchísimo frío. Con las manos se frotó los hombros congelados, se envolvió como pudo en su túnica, porque no había traído su manto. El sueño se esfumó. El pensamiento le trabajaba febrilmente.

¿Una señal para mí? ¿Qué señal? ¿Qué tiene en común

la historia de mi tatarabuela con lo que me ha caído encima? He decidido marcharme. No encuentro otra salida. No volveré a ver a Miriam. No podría verla. Si llegara a mirarla, no sería capaz de creer en la realidad. Hay que ser loco, para no aceptar la verdad de lo que ven los ojos y oyen los oídos. Y sin embargo... ¡Por lo tanto, tengo que marcharme! ¡Tengo que huir! ¡Pero si no he hecho nada reprochable! ¿Por qué he de huir como un cobarde, que teme el castigo? Si huyo, mi huida hará que todos me consideren indigno. Pero solo así la puedo salvar. Yo no puedo acusarla. Tengo que renunciar tanto a ella como a mi buen nombre...

—No temas, acógela en tu casa...

Oyó estas palabras como si alguien las hubiera pronunciado a su lado en voz alta. Se volvió bruscamente. Pero nada había cambiado en derredor suyo. La noche seguía siendo plateada y gélida. La claridad de las estrellas era tan viva que podía verlo todo a su alrededor. No había nadie. Solo allí cerca había brotado una flor blanca que difundía un intenso perfume. No la había visto antes. Es posible que la flor estuviese cerrada y solo abriera sus pétalos en la oscuridad.

Se encogió sobre sí mismo buscando calor en su propio cuerpo. Volvió a dormirse. En el sueño la flor creció, se hizo gigantesca, se inclinó sobre él. Decía:

—Acéptala en tu casa como esposa. No ha sido un hombre quien te la ha arrebatado... Ha sido El quien se inclinó sobre ella. El que ha de nacer será el Salvador por todos esperado. El profeta habló de ella y de El. Vendrá para enseñar el más grande de los amores. No tengo palabras para expresar siquiera lo mucho que os ama... El mismo os lo dirá, género humano. El os lo mostrará. Pero hasta que eso ocurra, todo ha de quedar oculto. El lo quiere así, para no cegar con su luz. Para no hacer violencia. Quiere conquistaros como un joven conquista a su amada, vistiéndose de mendigo y poniendo su corazón a sus pies. Precisamente tú deberías entenderlo...

Estaba echado temblando. Ya no sabía ahora si estaba durmiendo o si oía realmente estas palabras.

—¿Es posible...? —susurró.

Todo esto es cierto —le parecía oír—. Qué poco le cono-

céis, pese a todo el amor que habéis recibido... ¿Realmente no sabéis todavía quién es El? Escucha, José, hijo de David, y de Acaz, y de Ezequías, y de Jacob. El te pregunta a ti: ¿tú, que has renunciado a ella, quieres permanecer a su lado como la sombra del Padre...? ¿Lo aceptas?

Volvió a sentarse. El perfume de la flor llegaba hasta él desde la oscuridad. Las estrellas centelleaban sobre su cabeza. Reinaba el silencio. Se pasó los dedos por la cara como para convencerse de que no había cambiado de forma.

—¿Podré hacerlo? —susurró—. La amo tanto...

—Acógela en tu casa...

Las últimas palabras se diluyeron en el silencio. Cuando se puso de pie, la flor había desaparecido.

Hundió la cara en las manos. Había repetido tantas veces en su vida: Revélame, Señor, tu voluntad; muéstrame lo que he de hacer. Esperaré tu orden con paciencia... Había estado esperando durante muchos años. Creía saber lo que estaba esperando. Y lo que esperaba había llegado. Pero al mismo tiempo había superado sus esperanzas. Se enfrentó a algo tan grandioso que le parecía que esta grandiosidad lo iba a aplastar. El miedo se apoderó de él. Pero en medio de este temor veía una sola cosa: la felicidad de volver con Miriam.

Sacudió fuertemente la cabeza, como si quisiera arrojar con este movimiento todos los resentimientos humanos.

Allá a lo lejos, por encima de la cumbre reluciente del Hermón, se quebró la cortina de la noche. Una franja clara de luz apareció sobre la corona de los picos.

Abrió las manos y rezó: Oh Señor, no apartes de mí tu rostro. Sé benévolo y misericordioso con mi ceguera. Ahora sé para qué me mandabas esperar. ¿Quién soy yo para rebelarme? Exiges que tenga una esposa que no sea mi esposa y un hijo para el que debo ser padre, aunque no sea su padre; hágase conforme tu voluntad. Que sea lo que Tú quieres. Cuando se debiliten mi entendimiento y mi voluntad, apóyame. Acepta mi decisión hoy que me has concedido la fuerza...

Frente al día naciente estaba como Josué en el umbral de la Tierra Prometida y como aquél susurró una antigua oración:

—Acepto el peso de tu Reino, Señor nuestro...

18.

Ya era de día y el sol estaba muy alto en el cielo cuando empezó a bajar.

La ciudad a sus pies despertaba. Balaban los rebaños que salían a pastar, rebuznaban los asnos cargados, los porteadores de agua hacían oír sus gritos, resonaban centenares de voces humanas.

Ahora sabía cómo actuar: iría a casa de Cleofás y le pediría con humildad su permiso para llevar a Miriam a su casa. Cuando estuviesen viviendo juntos se acallarían las risas y las mofas. Después de cierto tiempo sería necesario abandonar Nazaret. Irían a Belén. Se instalarían en la tierra de sus padres. Era preciso que el Niño, para quien iba a hacer de padre, fuera un miembro de la estirpe.

Embebido en estos pensamientos, caminaba deprisa. Y ya cerca de su casa, vio a Cleofás de pie delante de la puerta abierta. La turbación ahuyentó al entusiasmo. Se detuvo, preguntándose qué era lo que iba a oír. Cleofás salió a su encuentro apurado, pero radiante.

—He venido a primera hora —empezó—. He visto la puerta abierta y tú no estabas... No sabía qué te habría pasado— bajó la vista confuso, se pasó la mano por el antebrazo velludo—. No he dormido en toda la noche.

Estaban frente a frente, ambos intimidados, sin saber qué decir.

—Perdóname... —empezó de nuevo Cleofás—. Ayer dije unas palabras hirientes, duras... No tenía que haber hablado así... Eres mi amigo, eres mejor, más sabio que yo... Te admiro...

José hizo un gesto rápido para detenerle.

—No digas eso. Ni por asomo soy ni mejor ni más sabio. Estabas en tu derecho para hablar así...

—No —negó Cleofás—. ¡No! Me enfadé. La gente hablaba, sus mofas me habían herido... Ya sabes lo que ocurre... Al fin y al cabo no ha ocurrido nada. Desde el momento en que nos pusimos de acuerdo se convirtió en tu mujer.

—Pero estaba en tu casa. Por eso se burla la gente y a ti te duele.

—La gente de aquí disfruta burlándose a la menor ocasión. Se divierten con ello. Se burlan porque se alegran de que los demás no sean mejores que ellos. Pero se olvidan en seguida. Mañana mismo ya no se acordarán. No tenía que haberme preocupado...

—Pero estabas preocupado y yo lo sentía. No sabía qué hacer para recuperar tu amistad...

—¡No tienes que hacer nada! Ya lo he olvidado. Alégrate más bien de que vas a tener un hijo varón. Porque mi mujer dice que será varón sin duda alguna. El primer hijo es una bendición del Altísimo.

—¿Entonces no estás enfadado?

—He venido corriendo de madrugada para pedirte perdón por mis palabras.

—No te disculpes. ¿Me permitirás llevar a Miriam a mi casa?

—Arreglaremos cuanto antes el traslado. La muchacha esta cansada. Tiene que haber trabajado mucho en casa de Zacarías. Isabel tuvo un embarazo difícil. Pero ha dado a luz fácilmente y sin problemas. Eso también es algo extraordinario...

—El Altísimo hace cosas extraordinarias y no nos las pone siempre ante los ojos. Te doy las gracias, Cleofás, por haber querido venir...

—Tenía que venir. Durante toda la noche estuve pensando que estarías probablemente ofendido y que quizás no querrías seguir siendo mi amigo. Pero yo... yo no he tenido nunca un amigo como tú...

—Tu amistad es una alegría para mí.

—Para mí también.

Se abrazaron afectuosamente.

—Y ahora —le dijo Cleofás—, vete a verla. Está en el prado con el rebaño. Yo no le dije nada, pero ella sabe leer en los ojos y se dio perfecta cuenta de mi enojo. También a ella las mujeres han podido decirle algo ofensivo. Lo estará pasando mal seguramente...

—Ya voy. Quisiera cargar yo mismo con cualquier peso que pudiese afectarla.

—¿La quieres tanto?

—Más que a todas las cosas en la tierra...

—Seréis felices. Yo también quiero a mi mujer. Pero así, con sencillez.

Cleofás regresó a su casa y José, después de abrevar y dar de comer a su burro se fue corriendo otra vez hacia el prado. Pero no era solo el sendero empinado lo que le obligaba a caminar más despacio. La alegría que sentía, sabiendo que no tendría que pensar en separarse de Miriam, la alegría aún mayor después de su conversación con Cleofás, dejó paso a un sentimiento de nueva timidez, superior al que había experimentado el día de su primer encuentro con Miriam. Esta vida misteriosa de la muchacha, que ya estaba a punto de convertirse también en su propia vida, se había vuelto a encerrar en su misterio. La tendré a mi lado, pensaba, y sin embargo seguirá tan lejana... La amo ¿Y ella? ¿Será capaz de amar a alguien que no es más que una sombra?

Iba cada vez más despacio. Ya podía oír los balidos del rebaño y el golpear de las patitas. Estaba cerca del lugar donde había pasado la noche. Aquí estuvo echado, cerca de estos matorrales, y aquí durante la noche había brotado una gran flor blanca. Ahora tenía a la vista una simple pradera en el flanco de una montaña, terminada en un corte rocoso cuyos bordes estaban señalados por peñas pequeñas. Después del borde había una caída repentina. Se decía que antaño los habitantes de la comarca despeñaban por allí a las esposas infieles y a los bandidos apresados. Aquí también —en tiempos de las guerras civiles— solucionaban sus diferencias con los adversarios. Más allá del corte se abría el cielo y en la lontananza se veían unos montes de color gris-morados.

Ella, como de costumbre, iba detrás del rebaño, inmersa en sus pensamientos. El dijo:

—Miriam...

La llamó en voz baja por su nombre y sin embargo le oyó en seguida. Se volvió. Vio su cara tal como la recordaba desde el primer encuentro, pero cubierta ahora por un tenue velo de cansancio. Ella se detuvo y le miró. Le pareció vislumbrar en su mirada un destello de intranquilidad. Y si eso era intranquilidad, también había en aquella mirada una pureza incomparable. Fuera cual fuere la debilidad

que pudiera sobrevenirle más tarde, sentía que nunca podría creer en su culpabilidad.

Estaba de pie, silenciosa, esperando a que se le acercara.

—Me alegro de que hayas vuelto... —dijo él.

—Mi tía ya no me necesitaba.

—Estaba preocupado por ti... Te echaba de menos.

—Lo sé. Yo también he pensado en ti, José.

Hubo un silencio, durante un momento. Luego José dijo en seguida:

—He hablado con Cleofás y le he pedido permiso para llevarte a mi casa. A nuestra casa... —corrigióse—. Ya que estabas de acuerdo... Quiero poder extender mi protección sobre ti... Y creo que hace falta —dominó su timidez— que el que ha de nacer, nazca en su casa.

Tuvo la impresión de que su cara se iluminaba de repente con un rayo de luz. Los ojos le brillaron, los labios se abrieron en una sonrisa. La sombra, que parecía ser una sombra de inquietud, desapareció en seguida. La alegría se apoderó de ella como un fuego que hubiese absorbido el cansancio. Era de nuevo tal cual la vio cerca del pozo: infantil, alegre y radiante.

—Confiaba —susurró— y El ha escuchado mi oración... Qué bueno es, cuánta condescendencia tiene. Te lo ha dicho todo, y tú lo has comprendido...

—Lo comprendí —dijo él— porque te quiero.

Ella, ladeando la cabeza, lo miró sonriendo divertida.

—Yo también te quiero, José —le dijo—. Pero has comprendido porque *El* nos ama... Ahora todo está en su sitio...

Respiró profundamente, como si un gran peso se hubiera desprendido de sus hombros. Se cubrió el rostro con las manos. El no sabía si detrás de la cortina de los dedos se reía o lloraba de felicidad. Pero ella retiró en seguida las manos. Con los ojos llenos de lágrimas miraba con ternura a la cara del hombre. Le hablaba únicamente con la mirada, pero esta mirada hizo que todo lo que refrenaba su felicidad le abandonara inmediatamente. El mundo de ella seguía sin ser el mundo de él. Pese a esto entendió: le amaba, le amaba de verdad, tanto como se puede amar. No tenía

derecho a pedir más. Costara lo que le costase, sentía que había recibido más que cualquiera de los mortales.

19.

Ya era muy de noche y el palacio real en Sebaste estaba inmerso en el silencio. Pero en una de las salas laterales, un grupito de personas banqueteaban suntuosamente. Había tres hombres recostados ante una mesa repleta de deliciosos manjares. El vino estaba en unos jarrones de cuello alargado.

La servidumbre había preparado la mesa y había sido despedida. En la sala había dos mujeres, pero ellas no pertenecían al servicio. Las dos iban vestidas ricamente. Se sentaron en los lechos al lado de los comensales. Llenaban las copas con vino, acercaban los platos y escuchaban lo que decían los varones. Al principio no hablaban, mas luego la más joven de las mujeres empezó a meter baza. Sus palabras apasionadas y ardientes eran como el aceite echado sobre el fuego. Una túnica fina dejaba transparentar su hermoso cuerpo esbelto. Sus dientes blancos se veían entre los labios carnosos. Cuando movía la cabeza con gesto vivaz, resonaban sus pendientes de oro, y las tiras de perlas coloreadas de la diadema colocada en la cabeza le caían sobre la cara. La mirada de la mujer brillaba detrás de las perlas como los ojos de un felino detrás de las rejas de la jaula que le tiene aprisionado. Los hombres prestaban cada vez más atención a lo que decía.

La segunda mujer, más vieja, seguía en silencio. Tenía la cara triste y la mirada temerosa. Doris, la primera esposa de Herodes, apartada cuando el rey se casó con la representante de la estirpe de los Asmoneos, volvió a la corte del rey en cuanto Herodes, después de ordenar el asesinato de los hijos de Mariamme, nombró sucesor suyo a su hijo primogénito Antípatro. Doris, una beduina sencilla, era consciente de que no volvería nunca a alcanzar la posición privilegiada de esposa real. Además Herodes tenía otras esposas y varias concubinas más jóvenes que Doris. Por esta razón se pegó a su hijo y le atendía. Ahora estaba sentada a los pies

de su lecho. Sobre su cara caían también tiras de perlas que le cubrían los ojos. Pero cuando las separaba un momento, se leía en su mirada un temor agazapado.

Ahora hablaba Antípatro, gesticulando con viveza. Estaba enfadado y excitado. Las ventanas de la nariz le temblaban como las de un caballo antes del comienzo de una carrera en el estadio. El hecho de haber sido nombrado sucesor no lo había reconciliado con su padre. Tenía el recuerdo muy vivo de haber sido apartado del trono durante largos años. No confiaba en la volubilidad de Herodes. Los soberanos idumeos le habían legado su violencia y el amor al desenfreno: dos tendencias que sofocaban con extrema facilidad la ponderación.

—Sabéis que se ha hecho cargo con extremada solicitud de los hijos de Alejandro y Aristóbulo —decía—. ¿Qué significa eso? Es fácil de suponer. Mató a sus padres, pero cuida de los hijos. Me escribieron de Roma que tuviera cuidado. Parece ser que el césar comentó, al enterarse de la muerte de los hijos de Mariamme, que con Herodes más vale ser cerdo que hijo...

—Y tenía razón —se rio Ferorás—. No prueba la carne de cerdo para congraciarse con los judíos.

—Probablemente también para congraciarse con ellos cría a esos cachorros. ¡Y eres tú —el dedo de Antípatro apuntaba hacia su tío— quien se ha hecho cargo de ellos!

La voz de Antípatro se convirtió en grito. Pero el rey de Perea permaneció tranquilo. Mientras el otro se desgañitaba, él dejaba caer las palabras con lentitud, acariciándose al mismo tiempo la barba teñida con *henné*. Aunque mucho más joven que Herodes, ya no era un hombre joven. Ocultaba su edad tiñéndose y rizándose el pelo. A los pies de su lecho estaba sentada su mujer Roxana. Ella era la mujer que se entrometía en la conversación con sus palabras apasionadas. Antes había sido una simple esclava, pero Ferorás se había enamorado tan locamente de ella que la había convertido en su mujer legítima. Por ella había rechazado el matrimonio propuesto por Herodes con Quipros, la hija del rey. Esto había dado lugar a una explosión de furor de Herodes. Pese a las exigencias de su hermano, Ferorás no apartó a Roxana. En la corte se decía que el viejo rey trata-

ba de conquistar a Roxana, pero ella se había resistido a su galanteo. Las relaciones entre los hermanos empezaron a deteriorarse. Ferorás se dejaba influir cada vez más por su mujer, su suegra y su cuñada. Las tres mujeres llegaron a formar a su lado un verdadero consejo del reino, sin cuyo acuerdo no podía emprender nada... Reñían con Salomé, con sus hijas y con las hijas de Herodes. Sin embargo, consideraron oportuno el entendimiento con Doris. Ella no importaba. Se trataba de acercar a Ferorás y a Antípatro.

—Es como has dicho —dijo Ferorás.

—¡Crías unas víboras! —chilló Antípatro.

—Tranquilo, tranquilo —le acallaba Ferorás—. Y más vale que no grites tanto. Una cosa es lo que quiero y otra lo que tengo que hacer. Herodes me los ha mandado para que cuide de ellos. Detrás de esto hay una trampa. Herodes no quiere enemistarse con los judíos asesinando a los nietos de Mariamme. Preferiría matarlos cuando estén bajo mi protección. Pero yo los voy a cuidar muy mucho.

—¡Cuando crezcan y tengan fuerzas nos arreglarán las cuentas!

—Los dientes de estos cachorros no crecerán tan deprisa. ¡Hasta entonces tiene que haber muchos cambios y habrá cambios!

—¿De qué estás hablando?

Ferorás se acomodó en su lecho y miró con ternura a la mujer sentada a sus pies. Roxana le contestó con una sonrisa zalamera, pero en cuanto el rey hubo vuelto la cabeza, miró a Antípatro. Una chispa de entendimientio apareció en los ojos del sucesor de Herodes y de la hermosa beduina. Ferorás no pudo notarlo. Sin embargo, el intercambio de miradas no pasó inadvertido a los ojos de Doris. La mujer bajó rápidamente la cabeza. No quería que supieran que sus maquinaciones habían sido descubiertas. Doris conocía a Roxana y la temía.

—Tu padre —Ferorás hablaba despacio, acariciándose la barba— decidió que todos en el reino prestaran juramento al césar... Me estoy preguntando con qué fin lo está haciendo.

—¿Temes que te quite la Perea?

—Me preocupo por diversos asuntos que deberían interesarnos a los dos. Por eso estamos hablando. Herodes está envejeciendo. Finge que todavía tiene fuerzas, yo sé sin embargo que le corroe una enfermedad mortal. Te nombró a ti sucesor suyo. Pero sabes qué poco dura su gracia. Te preocupas con la suerte de los nietos de Mariamme. Déjamelo a mí. Tú piensa que tienes hermanos y que cada uno sueña con el poder...

—Ferorás te tiene aprecio, Antípatro —dijo Roxana.

—Ha dicho la verdad —el rey se sonrió—. Te tengo aprecio. Yo tengo en mis manos a los nietos de Mariamme, tú tienes que vigilar a tus hermanos... A mí me parece que Herodes, con su nuevo decreto, se enemistará otra vez con los Judíos. ¿Qué te parece a ti Boarges?

El tercero de los comensales hablaba poco. Tenía el cuerpo blanco y grasiento. Los pequeños ojos entreabiertos surgían apenas visibles de sus mejillas regordetas. El pelo rizado, recogido por una cinta dorada, le caía sobre los hombros redondeados como los de una mujer. Una cadena gorda de la que pendía una placa preciosa se balanceaba sobre su pecho lampiño.

—Tienes razón rey —dijo con voz fina, chillona—. Eso no les va a gustar a los Judíos. La noticia del decreto ya es de dominio público y el descontento va en aumento. Los fariseos soliviantan al pueblo.

—¿Para qué lo habrá mandado? —preguntó Antípatro.

—Ferorás está preocupado también —interpuso Roxana.

—Esperamos que tú, Boarges, nos lo expliques —Ferorás dirigió sus palabras al eunuco.

—El rey —dijo— quiere arreglarles las cuentas a los fariseos...

—¿Qué quieres decir con eso? —le preguntó Ferorás.

—El rey —Boarges hablaba despacio, como reflexionando— hace mucho por los Judíos. Construye un templo para ellos... Y tiene entre los Judíos muchos amigos sinceros...

—Entre los sacerdotes, los saduceos, los comerciantes ricos, los cortesanos... —empezó a desglosar Roxana.

—La reina está en lo cierto —reconoció Boarges—. Pero los fariseos no son amigos del rey. Antes se rebelaron y fueron castigados cruelmente...

—Sin embargo —dijo Antípatro—, últimamente el rey habla también amistosamente con los fariseos...

—¡Con algunos! —interrumpió Roxana.

—Sí, con algunos —dijo Boarges—. A los demás los odia como antes. Si se rebelan, hay madera preparada para mil cruces...

Al pronunciar las últimas palabras, Boarges lanzó una carcajada y su risa sonó como un graznido.

Roxana, recostada al lado de su marido, apoyó los codos en la mesa del banquete. Sus dedos, con las uñas pintadas de rojo como mojadas en sangre, estaban doblados igual que garras.

—¿Me supongo que no nos vamos a preocupar por los fariseos? —lanzó Antípatro.

—No se trata de preocuparnos por ellos —dijo Roxana—. Pero tenemos que recordar que tienen influencia sobre la masa de los *am-ha'arez*. En el fondo son gente inteligente. Y no son en absoluto enemigos tuyos Antípatro, ni de Ferorás...

—¿Y tú qué sabes? —preguntó Antípatro mirando sorprendido a la mujer.

—Lo sé —dijo ella con aire misterioso—. He hablado con ellos.

—He oído decir que ellos no hablan con mujeres.

—Tal vez no hablen con otras. Conmigo hablan.

—¿Y qué te han dicho?

—Muchas cosas. Que odian a Herodes. Que esperan a un mesías.

—¿Qué es un mesías? —preguntaron los tres a una.

Se echó a reír con risa burlona.

—¡Queréis mandar en los Judíos y no lo sabéis! —se inclinó con todo el cuerpo sobre la mesa—. Yo os lo diré. En los libros hebreos hay escrito que nacerá un mesías. Va a ser un gran jefe, el rey de los Judíos, que llevará a los Judíos a la lucha contra los demás. Vencerá siempre y hará de Israel la nación más poderosa del mundo...

—Divaga —Antípatro se encogió de hombros—. ¿Israel la nación más poderosa del mundo? Sabemos lo que ocurre

con las predicciones. Unas se realizan y otras no. Esta no se realizará en absoluto...

—Pero ellos creen en su mesías —dijo Roxana—. Parece ser que lo están esperando hace cientos de años. Dicen que su advenimiento está cercano. Algunos dicen que ya ha nacido...

Pronunció estas palabras recalcándolas especialmente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Antípatro—. ¿Crees que alguno de los nietos de Mariamme podría ser ese mesías?

Sacudió la cabeza sonriendo misteriosamente.

—Tú no haces más que hablar de esos chicos. Ninguno de los escribas y fariseos aseguran que el mesías nacerá de la estirpe de los Asmoneos. Hay algo en la profecía que hace referencia a la estirpe de David...

—La estirpe de David ha caído muy bajo —hizo notar Boarges—. El rey ha hecho sus investigaciones. Pero son unos simples *am-ha'arez*.

—Los fariseos consideran que las palabras sobre la estirpe de David no significan nada. Aseguran que podría ser un hombre de una estirpe totalmente desconocida. E incluso de una estirpe extranjera...

Volvió a recalcar la última palabra.

—¿Extranjero? —exclamaron al unísono Antípatro y Ferorás.

—Extranjero— repitió ella triunfalmente. Bajó la voz: —El soberano que asegure la grandeza de los Judíos podría ser reconocido como mesías...

—Si Herodes se entera... —dijo Ferorás.

—Incluso si se entera, no le servirá de nada —lanzó ella—. Ofende la religión judía. Robó el oro de la tumba de su rey. Los fariseos echaron una maldición contra él. Pero uno de vosotros... Tú, Ferorás, o tú, Antípatro...

No llegó a terminar sus palabras, sino que señaló con el dedo terminado con una mancha sangrienta, a su marido y a su primo. Se hizo el silencio. Los dos hombres se miraron mutuamente y bajaron inmediatamente la vista. El silencio se prolongaba. Ferorás fue el que lo rompió.

—Uno de los dos... —empezó.

—Es lo que decían —empezó ella rápidamente—. Ellos

no van a defender el derecho de los nietos de Mariamme...

—Pero ¿cuál de los dos? —lanzó duramente Antípatro, como si arrojara una piedra.

—Ferorás es mayor... —dijo Roxana.

El rey de Perea se enderezó. Con gesto solemne se acarició la barba. Por encima de su cabeza la mirada de Roxana volvió a encontrarse con la mirada de Antípatro. La mujer miró con intención. Doris lo notó también esta vez, pero como antes bajó inmediatamente la vista.

—Es cierto, Ferorás, eres mayor... —Antípatro hablaba despacio. Estaba dominando su violencia como si estuviera reteniendo la salida de una cuadriga enganchada a un carro triunfal.

—No lamentarás esta aceptación —en la cara de Ferorás se dibujó una expresión de satisfacción—. No tengo hijo. Si reconoces mi mejor derecho ahora, serás el primero después de mí. Pero —se volvió hacia Roxana— ¿me apoyarán de verdad?

—Lo han prometido. Dijeron que iban a rezar para obtener una bendición para ti.

Volvió a hacerse el silencio. Ambos poderosos se sumergieron en sus pensamientos. Boarges se acercó a Roxana; le preguntó en un susurro:

—¿Les has hablado de mí, reina?

Movió afirmativamente la cabeza.

—Prometieron obtener una bendición para ti también. Te será devuelto milagrosamente el poder de tener hijos. Pero tienes que estar con nosotros... —lanzó en un tono de admonición.

Antípatro levantó la cabeza.

—¿Y qué tenemos que hacer si Herodes elimina a los fariseos?— preguntó.

—¡Primero tiene que desaparecer él! —silbó la mujer.

* * *

Las lámparas a las que no se había añadido aceite iban disminuyendo su luz. Los hombres bebieron algo más de vino y se pusieron de pie con dificultad. Ferorás fue el primero en dejar la sala apoyado en Roxana. Luego se alejó Antípatro, y detrás de él, como una sombra, iba Doris. Boarges

fue el último en salir. En su rostro abotargado había una expresión de arrobamiento.

Las lámparas se apagaban una tras otra. A medida que desaparecía su luz, entraba en la sala el reflejo de la luna.

Cuando se hubo disipado el último eco de los pasos de los que se alejaban, entonces, de un escondite secreto situado bajo una mesita lateral empezó a salir un hombre pequeño. Estuvo haciendo rotar sus hombros que debían de habérsele dormido en el estrecho escondrijo. También se frotó los muslos e hizo varias flexiones. Luego se acercó a la mesa. Comió rápida y glotonamente lo que pudo encontrar en las fuentes. Se sirvió una copa de vino. Se la bebió, se secó los labios con el dorso de la mano. De puntillas se acercó silenciosamente a la puerta. La entreabrió. Se quedó un momento escuchando. Ningún sonido perturbaba el silencio del palacio profundamente dormido. Entonces corrió raudo hacia el ala ocupada por los aposentos de Salomé.

20.

Por encima de su banco en el que iba tomando forma una reja, José miraba repetidamente a Miriam que se movía por la estancia.

Por fin la tenía en su casa y sentía por ello una gran alegría. El traslado de la desposada a la casa del marido se hizo modestamente, pero conforme a la costumbre. La víspera por la noche, José, acompañado por dos jóvenes vestidos con trajes de fiesta, se presentó en casa de Cleofás para recoger a Miriam. La llevaron de casa a su encuentro con el pelo suelto sobre los hombros, con la cara cubierta por un velo que dejaba ver únicamente sus grandes ojos negros, muy abiertos. Llevaba unas placas de oro colgadas en la frente y un vestido recto rígido, que le dificultaba los movimientos.

El cortejo se puso en marcha hacia la casa de José. Los acompañantes llevaban linternas y teas, cantaban cantos nupciales:

Introdúceme, mi rey, en tus aposentos.
Nos alegraremos y gozaremos contigo
Y ensalzaremos más tu amor que el vino...

Encima de ellos se abría un cielo cubierto de multitud de estrellas. La vista se perdía en el espacio oscuro. El camino de una casa a otra era muy corto, por lo que se repitió para poder cantar más canciones. Luego se cantó delante de la casa. Miriam, acompañada de sus damas de honor, entró en la casa.

El alba inundó la ciudad, ellos seguían cantando y dirigiendo el baile. La fiesta no había hecho más que empezar; iba a durar todo el día y toda la noche siguientes. Delante de la casa se colocaron las mesas para los invitados que se divertían. El servicio de mesa no era espléndido, no se puso mucho de comer ni de beber. Miriam, que sabía de las dificultades de Cleofás, le pidió que no gastara mucho en el banquete nupcial. Además, el círculo de los amigos no era muy amplio.

José, conforme a la costumbre, después de traer a su mujer a casa, se marchó. Durante todo el día permaneció en la pradera que dominaba la ciudad. Meditaba y rezaba. La unión le daba mucha alegría, pero sentía también que al lado de este gozo iba una cierta intranquilidad. Mientras Miriam estaba lejos, la echaba de menos. La añoranza creaba ilusiones con las que vivía. Le ayudaban en el sacrificio de la espera. La cercanía podría despertar un deseo humano natural. Se conocía demasiado bien para hacerse ilusiones, necesitaría una fuerza grande y la ayuda del Altísimo. El, que lo quería, tenía que prestar Su ayuda.

En vano buscaba la flor blanca entre las matas de la vegetación. No estaba el misterioso enviado que le había preguntado si estaba dispuesto a ser la sombra del verdadero Padre. Volvían a brotar las dudas como la hierba cortada. Sentía que no bastaba con convencerse una sola vez. ¡El deseo natural de felicidad humana estará siempre clamando e intentando quebrantar nuestra decisión!

Luchaba consigo mismo y rezaba. Solo ahora —cuando estuvo a punto deperderla— se daba cuenta de la magnitud de su amor por Miriam. Desde el primer instante la amó con un sentimiento semejante a una iluminación. Las personas despiertan de una iluminación. Pero para él los días transcurrían uno tras otro, y su amor seguía siendo siempre lleno de respeto y de admiración.

El Niño que ha de nacer —pensaba—, aún uniéndoles ¿les separará al mismo tiempo? ¿El mundo secreto de Miriam no se cerrará para él de manera inapelable? Había tomado la decisión de aceptarlo. Pese a esta decisión germinaba la esperanza. El Niño iba a nacer y luego iba a convertirse en alguien extraordinario. El Salvador del pueblo, como lo anunciaban los profetas. El Vencedor del mundo entero, como le presentaban los escribas... Su grandeza estaba por encima del amor de dos personas. ¿Qué quedaría en el prado pisoteado por los cascos de Su corcel de combate? ¿Tal vez llegaría el momento en que los padres dejasen de serle imprescindibles y podrían entonces refugiarse el uno en el otro? ¿Quizás se quedarían juntos en casa cuando El volase hacia Sus grandes empresas?

¿Pero sería ella capaz de amar al mismo tiempo a este Hijo milagrosamente enviado y amarle a él, que no era más que una sombra? El amor de la madre para su hijo nace del amor para el padre. ¡Y El no será mi Hijo! Tendrá a Su verdadero Padre, que extenderá sobre El y sobre Su madre el manto de Su protección. Yo seré siempre una sombra. Las sombras desaparecen cuando sale el sol...

Y de nuevo le inundó el corazón una ola de pesadumbre. Pero simultáneamente, de lo más profundo de sus entrañas, brotó un pensamiento opuesto al sentimiento que le llevaba a envidiar al Hijo el afecto de Su madre... Es cierto, se le exigía que fuera sólo una sombra. Pero Aquel que iba a nacer no le era ni podía serle indiferente. No fue sólo el deseo de obedecer lo que le llevó a prescindir del derecho a la más hermosa de las mujeres. No sólo le mandaron esperarla. También esperaba a Aquel que iba a nacer como Hijo suyo. Un sueño le había exigido que cediera ante el otro. No podía luchar con el amor de ella hacia el Hijo. Había que aceptarlo. Había que ceder. Aquel otro amor era más grande. Si no fuera tan grande, ella no habría sido elegida. De la misma manera que había creído en lo que ocurrió, tenía que entregarse con confianza en las manos de Miriam. No preocuparse por lo que quedaba para él. Dejar que ella decidiera de sus vidas. Alegrarse con lo que recibiera. En su alrededor no ocurría lo mismo: los maridos escogen, los hombres deciden, las esposas están obligadas a obedecer y

servir. En su matrimonio él sería el sometido, él esperaría para poder participar en el amor de los otros dos...

* * *

Cuando llegó el atardecer oyó las llamadas de los acompañantes. Vinieron a buscarle para llevarle al último acto de la ceremonia. Los tres bajaron de la ladera. No decían nada. Caminaban en silencio y a José le parecía oír el latir de su propio corazón.

Ya se veían desde lejos las luces de numerosas linternas encendidas ante la casa. Unas cuantas lucecitas se separaron del monton yendo al encuentro de los hombres que se acercaban. Eran las damas de honor, que venían al encuentro del desposado. En seguida estuvieron a su lado. Unas linternas ardían con una llama larga otras con una llamita débil. Se levantó el viento, entonces las damas protegieron las llamas con sus manos. Los dedos de las muchachas transparentando la luz de las llamas tenían la forma de conchas marinas. Las damas rodearon a José y le llevaron hacia los invitados reunidos. Caminaban cantando.

Los invitados a la boda esperaban delante de la casa. Vio a Miriam en medio, vestida con la misma ropa nupcial rígida. Mientras unas damas conducían a José, otras, cantando también, le traían a la desposada. Los invitados lanzaban granos a puñados sobre la pareja que se estaba acercando mutuamente. Las llamas también fueron cubiertas con incienso, por lo que los dos grupos que se acercaban iban envueltos en una nube aromática. Por fin la pareja se reunió. José extendió las manos y despacio, con unción, quitó el velo que cubría la cara de Miriam. En el fulgor parpadeante de las luces miraba la cara cansada, pálida, emocionada. A pesar de las ojeras, nunca le había parecido tan hermosa, más deseada, y al mismo tiempo más inalcanzable. Si no hubiera considerado que era preciso hacer lo que manda la costumbre, se habría arrodillado delante de ella. Se sentía como un pastor de las montañas que recibía a una princesa por esposa y con ella su reino... Se le planteó de repente: ¿Qué le puedo dar a ella que lo ha recibido todo? ¿Una protección de cara a la gente para unos meses? Cuan-

do nazca el Niño, todo cambiará. El Hijo prodigioso rodeará a su madre con una poderosa protección. ¿Qué iba a quedar para él?

Pero rechazó inmediatamene estas ideas. Incluso si toda su vida tuviera que limitarse a estos pocos meses de servicio, su amor estaba dispuesto a conformase con eso. Mirándola a los ojos decía: si he de serte útil para este poco tiempo, acéptame. Sus ojos estaban llenos de ternura. No hablaban de ningún plazo, solo esperaban amor. A cambio de esa mirada suya quería ser generoso hasta el límite del anonadamiento...

* * *

Después transcurrieron los días. La tenía siempre a su lado. Miriam se adaptó con una extraordinaria facilidad a sus nuevos quehaceres. Se sintió de pronto rodeado de atenciones. Ella estaba siempre dispuesta para cualquier servicio, continuamente deseosa a ayudarle en todo. El no tenía que mencionar siquiera ningún trabajo doméstico. Todo estaba dispuesto a tiempo. Miriam limpiaba la casa y el taller, lavaba la ropa, remendaba los vestidos, cocinaba, atendía el burro. Llevaba agua de la fuente y no permitía que lo hiciera por ella. «No; José, no —decía—. El agua la llevan las mujeres. No podemos llamar la atención. Y yo me siento bien y este esfuerzo no me hace ningún daño.»

El cedió, como cedía en todo apenas ella expresaba un deseo. Sólo que cada gota de agua adquiría para él un precio incalculable. No tomaba ninguna decisión sin consultar antes con Miriam. Sofocaba cualquier atisbo de orgullo varonil. Su amor ardía con voluntad de sacrificio, que apagaba cualquier deseo incipiente.

Quería precisamente avisar a Miriam de algo y preguntarle algo. La observaba con el rabillo del ojo. Veía sus movimientos pausados y las señales cada vez más patentes de su embarazo muy avanzado. Lo llevaba con serenidad, sin queja alguna. Qué distinta era de aquellas mujeres que se pasaban el tiempo quejándose y lamentándose.

—Miriam —empezó tímidamente.

Dejó lo que estaba haciendo y se acercó al taller.

—¿Necesitas algo José?

—No sé si lo has oído... Esta mañana un mensajero leyó en la ciudad un decreto real...

—Oí la trompeta, pero no bajé. ¿De qué se trataba?

—Proclamó la orden, de que todos, en este mismo mes, se presenten en su lugar de nacimiento para inscribirse en los libros de familia.

—¿Para qué tienen que inscribirse?

—La inscripción será equivalente a prestar juramento de obediencia al emperador romano.

—¿A ti que te parece?

—A mí me parece que no hay por qué indignarse como lo hacen algunos... Nuestros propios reyes solicitaron antaño la protección de Roma. Los Romanos son paganos. Pero no nos imponen sus dioses. Nos permiten vivir en nuestra fe y nuestras costumbres. Gracias a ellos se acabaron las guerras...

—Si nos protegen de las guerras, nos han dado mucho...

—Apoyan al rey Herodes, y él, en agradecimiento, exhorta a prestar este juramento. El rey Herodes es odiado por todo el mundo aquí...

—¡Cómo debe de dolerle, si sabe que esta rodeado de semejante odio! El hombre odiado por los demás se convierte muchas veces en malo por culpa de este odio.

—Sin embargo él, ya lo sabes, mandó colocar un águila en la pared del Templo. Cogió el oro de la tumba del rey David. Mando ejecutar a la reina Mariamme, y luego a sus hijos...

—Puesto que ha hecho tantas cosas malas, hay que rezar mucho por él...

Se calló un momento. Había oído decir más de una vez que había que rezar para que el Altísimo castigase a Herodes por sus crímenes. Sin embargo, el deseo de su mujer de rezar por el rey malvado le parecía mejor, aunque nunca había sido él el primero en decirlo. De nuevo tuvo la sensación de que era ella quien le llevaba por un camino a la vez audaz y cautivador.

—¿Entonces consideras que debería ir a Belén? —preguntó.

—Puesto que lo exige el decreto real...

—Pero acuérdate de que te dije que mi hermano Seba vino a verme y me aconsejó que no volviera a Belén. Ellos están continuamente asustados.

—¿Con razón?

—A mi me parece que son temores infundados.

—Has respetado su voluntad mientras no existía este decreto. Si no vas a Belén, te vas a exponer a la ira de los funcionarios reales. Atraerás todavía más la atención sobre ti.

—He pensado lo mismo. Pero no puedo dejarte aquí sin protección.

—No estoy sin protección. Tengo a mi hermana. Pero pienso que no estaría mal que yo fuera contigo...

—¿Tú? ¿Conmigo? ¡Es imposible! Un camino tan largo. Y la estación se ha adelantado demasiado para viajar. ¿Y qué ocurriría si durante el camino se produjeran algunos disturbios? La gente se rebela, se opone, protesta contra Herodes. ¿Y si se diera entonces la contraseña para el levantamiento?

—Del dicho al hecho va un trecho. Soy fuerte y no temo las dificultades del viaje. Y pienso que vas a tu pueblo natal, creo que deberías llevarme contigo para presentarme a los tuyos...

—¡Pero tu estado, Miriam!

Normalmente, cuando tocaba este tema, se expresaba como si mencionaran un tesoro de gran valía que estaba en la casa, del que no convenía hablar en voz alta.

—No tengo miedo —repitió ella.

—¿Y si El necesita —dijo ella— nacer en tierra de Sus padres?

Sonó como una pregunta, pero había tanta convicción en la voz de Miriam, que él dejó de oponerse tomando sus palabras como una decisión, a la que estaba dispuesto a someterse. Se sintió conmovido de que quisiera entregar con tanta confianza el Niño que iba a nacer bajo la protección de su estirpe.

—Puesto que piensas así —dijo—, nos pondremos en camino. Habrá que salir cuanto antes. Pasado mañana mismo. Durante el día de mañana podrás preparar la comida para el viaje y yo terminaré los trabajos encargados. No quisiera dejarlos sin terminar.

21.

Cerró la puerta, puso el pasador y lo sujetó con una clavija. Se puso en marcha bajando con el burro cargado. Cleofás le acompañaba. Miriam los seguía con su hermana. De detrás de las espaldas de los hombres llegaban las voces de las mujeres. La mayor aconsejaba a la más pequeña.

—No sé si haces bien yendo a Belén —decía Cleofás—. Y además llevas a Miriam contigo. No quisiera reñirte, pero me parece una ligereza...

Con una mano apoyada en el lomo del burro contestó:

—Sé que nos aprecias. Reconozco que me marcho con aprensión... Pero lo hemos discutido Miriam y yo. A ella también le parece que lo correcto es cumplir con la orden del rey. Además, soy el mayor de la estirpe. Debería estar inscrito en el libro de familia. Y mi Hijo si naciera... De hecho él debería ser el dueño de la campa.

—¿Te habrán dejado algo? —en la voz de Cleofás sonaba la duda.

—Mi padre me dejó el campo de David. Es una pequeña parcela.

—Que no te engañen al menos. Perdóname que te lo diga, pero la gente de tu linaje...

—Hablas con el corazón. Ninguna estirpe está libre de pecado...

—¿Pero no te quedarás en Belén?

—Ahora no. Ya que están atemorizados... Creo sin embargo, que después de cierto tiempo nos iremos allí y nos quedaremos para siempre.

—Haz lo que te parezca. Eres prudente y la bendición del Altísimo está sobre ti. ¿Nos veremos entonces dentro de poco?

—Así lo creo.

—¿Por qué no has cogido ninguna ropita para el Bebé? —oyó que la mujer de Cleofás le pregunta a Miriam.

—Vamos con la familia de José. Si hace falta, me darán sin duda algo para envolverlo. No quería sobrecargar demasiado al borriquito. José ha cogido alguna que otra herramienta. El pobre animal tendrá que cargar también conmigo...

Cleofás y su mujer les acompañaron hasta la carretera. Luego Miriam se montó sobre el asno. José cogió las riendas en la mano. Se volvieron otra vez y agitaron la mano en señal de despedida. Los otros le contestaron con el mismo gesto.

Cuando la figura de su cuñado desapareció tras el recodo, José sintió en el corazón una punzada de intranquilidad. Se le presentó ante los ojos su último viaje: el calor y el cansancio del camino, los páramos que había de atravesar, vadear el río, el ataque de los bandidos... El recuerdo de todo esto le había llenado de pavor durante los largos días, y aún más largas noches, cuando Miriam se fue a casa de Isabel. Ahora se enfrentaba con lo mismo y no iba solo. Las noches de comienzos de primavera eran glaciales. Durante el día caían unas tormentas violentas, tanto más violentas, cuanto que estaban llevadas en las alas de un viento impetuoso llamado *qaddîm*, que soplaba en esta época. Miriam no se quejaba de nada, y sin embargo todo parecía indicar que el momento del parto estaba próximo. No podían caminar deprisa. Había que evitar el pernoctar al raso. Sabía que tendría que apartarse del camino, para buscar alojamiento en los poblados cercanos. Si durante la noche se presentara repentinamente su hora, Miriam necesitaría tener a una mujer cerca.

Los bandidos le inspiraban menos miedo. El decreto real había dado lugar a que los caminos estuvieran llenos de gente. Cuando llegaron a la ruta principal, que sin pasar por Samaria llevaba a Judea, se encontraron en medio de una multitud de viajeros. Muchos judíos se habían asentado en Galilea y otras regiones más lejanas. Ahora volvían a su lugar de nacimiento. Una masa ingente de personas se había puesto en camino. Los grupos se sucedían. Caminando se quejaban de Herodes, lo maldecían. Pero callaban enseguida, en cuanto se cruzaban con alguna patrulla de soldados del rey. Para evitar revueltas, Herodes había mandado vigilar los caminos. Los soldados iban a caballo. Eran hombres altos, fuertes y rubios, mercenarios germanos, tracios o griegos, que después de terminar su servicio en el ejército romano, se enrolaban al servicio del rey judío... Cuando se acercaban, todos bajaban la cabeza y caminaban

en silencio. En cuanto desaparecían, las maldiciones y las imprecaciones brotaban con nuevos ímpetus. Gritaban: ¡Muera Herodes! ¡Mueran los idumeos! ¡Mueran los impuros! La gente se excitaba con estos gritos. Además, los habitantes de Galilea eran conocidos por su terquedad. Viviendo entre paganos, tenían que ocultar sus sentimientos. Pero aquí, en la carretera donde solo había judíos, los sentimientos reprimidos se manifestaban con toda su fuerza.

Esta enorme multitud vociferante, que crecía de día en día, invadía por la noche el pueblo o poblado que encontraba en su camino. Todos los espacios libres eran inmediatamente ocupados. Cuando se detuvieron el primer día para pernoctar en una aldea cercana a Scitópolis, José se dio cuenta de las dificultades que tendría que sobrellevar durante el resto del trayecto. Cuando llegaron a la aldea, todas las casas estaban repletas de viajeros. Los viajeros se comportaban sin miramientos. Era impensable que alguno estuviera dispuesto a ceder ni siquiera un trozo del espacio que ocupaba. Los que llegaban primeros rechazaban a los que aparecían más tarde. Se gritaban maldiciones e imprecaciones. La fuerza y el dinero lo decidían todo. La presencia de una mujer no movía a nadie a ser más correcto. Los hombres bebían y, borrachos, hablaban delante de Miriam con palabras soeces.

Mientras tanto había llovido. Un agua helada había caído a cántaros del cielo, el viento ululaba, la tierra se convirtió en un barrizal. Después de largas discusiones, José consiguió convencer al dueño de una de las casas para que le dejara pasar con Miriam a un pajar repleto de gente. El dueño le exigió por este resguardo una suma bastante alta. «Tengo que cobrarlo de vosotros —explicaba con tono lloroso— porque ¿quién me va a pagar todos los daños ocasionados? Mira la que arman, pisan, pisotean, lo detrozan todo, cogen lo que quieren sin pedirlo. Me han sacado el vino de la bodega y se lo han bebido todo. Se han metido en la despensa. Pero intenta decirles que paguen. ¡Se burlan y te dicen que lo pague Herodes! Y si no les das, son capaces de matarte... Por eso tengo que cobraros a vosotros, aunque veo que eres honrado...»

José miraba espantado lo que ocurría a su alrededor.

¿Eran los mismos campesinos y artesanos galileos con los que había tratado tantas veces? Siempre le habían parecido educados, bondadosos y piadosos. Ahora eran personas totalmente distintas. El dueño tenía razón: cogían la comida y el vino sin pedirlo, y aprovechaban la oportunidad para destruirlo todo. Cuando no tenían leña para encender el fuego, arrancaban la valla. Exigían que los moradores de la aldea les sirvieran. Llamaban al dueño para que les mandara a sus hijas porque querían divertirse con ellas. Se oían las palabras más obscenas. A duras penas pudo retener a Miriam, que quiso abandonar el pajar para no escuchar esto. Cuando la hubo convencido por fin de que no podían pasar la noche bajo la lluvia, se envolvió hasta la cabeza en el manto y se echó sin decir palabra. Se apretó contra él y él sentía cómo le temblaba todo el cuerpo.

Las etapas debían ser cortas, el camino se alargaba. Al segundo día bajaron a la cuenca del Jordán. El frío dejó paso a una humedad sofocante. Después de las últimas lluvias, el río venía muy crecido. Bajaba rápido, turbio y amenazador. El vado superior, cerca de Pella, se cruzaba normalmente, sin dificultad. Esta vez, sin embargo, había de ser una verdadera hazaña. La multitud se arremolinó en la orilla.

José temía que el burro que llevaba en la grupa a Miriam pudiera caer, tirado por el ímpetu de la corriente. Por si acaso, le despojó de toda la carga. Sujetándole por las riendas muy cortas trató de hacerle entrar en el agua. Pero el animal, asustado por el ruido del agua y los chillidos de la gente, apoyó las patas y se negó a dar un paso. Levantó el palo para pegarle. Miriam lo detuvo. Le dio unas palmaditas en el cuello, le habló en voz queda y el animal, aunque temblando, se decidió a entrar en el agua.

Sujetándose a una soga que había sido lanzada de una a otra orilla, manteniendo a Miriam con el hombro, probando con cuidado cada paso, cruzaba lentamente el río. Bajo los pies tenía unas piedras resbaladizas, movidas por la corriente rápida. El agua estaba muy fría. La gente delante y detrás de él se caía, se debatía, adelantaba echando tacos. Temblaba al pensar que Miriam podía caerse. Ella apoyó la mano confiadamente en su hombro y se agarraba instintivamente a cada tropiezo de la montura. Pero no dio muestras de inquietud en ningún momento. A pesar de la fatiga soportada, siguió siendo la de siempre: tranquila y serena.

Cruzaron felizmente el Jordán. Pero Miriam estaba calada y era menester que se secara la ropa antes de proseguir el viaje. José encendió fuego.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó preocupado.

—Perfectamente —le tranquilizó ella—. Ya hemos cruzado el primer vado.

—Tiemblo al pensar cómo va a ser el vado inferior. Es siempre más difícil y el agua no va a decrecer en dos días.

—¿Por qué te preocupas antes de tiempo? —dijo ella—. No te angusties con suposiciones. El Altísimo no dejará de velar.

Asintió con la cabeza, pero no dijo ni una palabra. Como un relámpago, pensó: ¡El está velando, pero sin embargo no quiere ahorrarme ningún trabajo! Como si adivinara sus pensamientos, dijo ella:

—No ocurrirá nada que pueda estar en contradicción con Su voluntad. El está velando y ayudando. A todos... Pero deja que nos afanemos para que pongamos la confianza en El.

—Me preocupa, sin embargo —dijo él—, que llegues a agotarte.

Sintió sobre su brazo la caricia de su mano.

—El conoce también mi cansancio.

—¿Tal vez no quería que emprendiéramos este camino?

Ella le sonrió.

—Los hombres no son más que hombres, pueden equivocarse. Pienso a menudo que Le gusta enderezar los errores humanos...

No dijo nada más. En su cara apareció una expresión de profundo gozo. Desde que la tenía a su lado, le notaba a menudo esta especie de arrobamiento en algo que estaba en ella, y que tenía que ser para ella la mayor felicidad.

Descansaron un poco. Cerca de ellos se reunió un grupo de hombres. Ellos también encendieron una hoguera, gritaban, vociferaban, bebían. De nuevo se les escuchaban palabras groseras, que llegaban hasta Miriam. La expresión de

dicha reflejada en su cara se apagó. Hizo un gesto de dolor como si la hubieran golpeado.

Iré a tranquilizarles —explotó José al verlo.

—No, no —se opuso ella—. No te escucharán o para molestar dirán incluso cosas peores. Si supieran... Es mejor que prosigamos nuestro camino.

—No has descansado, no estás seca...

—Estoy casi seca. Lo demás se secará por el camino.

Después de alejarse un buen trecho, preguntó ella:

—¿Conoces alguna *berakâ* que se rece por quienes pecan de palabra?.

—Es probable que no exista ninguna.

—Entonces hagamos una, pues hay que rezar mucho por estas personas.

No era la primera vez que acudía a él para componer una nueva oración. Le rogaba: «inventa las palabras para que recemos por Sara, que perdió ayer una moneda y está desesperada. Por el pequeño Nekon, que se rompió la pierna y está triste... Por el pagano ése que le pegó a Joas... Por aquella mujer pagana, cuya hija está tan enferma...» A José nunca le parecían mal estas peticiones. Pero él, aunque por naturaleza estaba lleno de benevolencia para con todos, no siempre conseguía componer una oración de inmediato por alguien que le había ofendido. Tenía que tranquilizarse primero. Para Miriam, la primera respuesta ante cualquier daño que los demás le hicieran era un deseo de rezar por los causantes de este dolor. Cuando él consideraba esto, aumentaba su convencimiento de que era esposo de una muchacha poseedora de una extraordinaria piedad. Dentro de él resonaba una especie de voz que decía «Esto no es para mí. Soy un hombre sencillo. ¡Yo quiero un amor humano corriente!». Pero ahogaba inmediatamente esta objeción. Sabía que si Miriam era distinta de todas las demás muchachas que había visto en su vida, también el amor que él le tenía era distinto del amor de cualquier hombre incluso por la más hermosa de las mujeres.

22.

Ahora iban andando por los caminos inhóspitos de la Perea.

El número de los viandantes seguía en aumento. Se oían continuamente gritos hostiles y maldiciones. Aquí ya no se tropezaba con soldados: el rey Ferorás escatimaba pagar mercenarios extranjeros.

La ola humana anegaba el país como una invasión de langostas. Las aldeas estaban alejadas de la carretera. Para llegar hasta ellas había que desviarse del camino. Pero aquí también se tropezaba con pueblos desiertos. Los habitantes, atemorizados por el comportamiento de los viajeros, habían huido a los montes llevando consigo todas sus pertenencias. Sólo quedaban las casas abandonadas. Los viajeros las ocupaban, encendían fuegos y calentándose en él pasaban la noche. Aquí en lo alto del *ghor* del Jordán las noches eran de nuevo gélidas. Escaseaba la comida. Quienes no habían llevado suficientes provisiones tenían que pasar hambre.

Miriam y José pasaron la noche siguiente en uno de estos pueblos desiertos. A duras penas consiguieron meterse en una casucha abarrotada de gente. No tenían comida. Aunque habían llevado consigo gran cantidad de vituallas para el viaje, Miriam repartió las tortas de cebada a todos los que encontraban sin nada para comer. Cuando José trataba de oponerse, le decía: «No nos preocupemos por el mañana cuando a nuestro lado la gente pasa hambre. El pájaro que encuentra un poco de grano esparcido por el suelo, llama en seguida a sus compañeros, no piensa solamente en él, evidentemente el Altísimo se lo ha enseñado así...»

En el saco quedaba una última torta seca. José se la trajo a Miriam pero ella sacudió la cabeza.

—No tengo hambre, además, en aquel rincón hay una mujer sentada con su hijo. Mira, el niño parece tener hambre...

—Pero tú también...

Ella le sonrió.

—Mi Niño no llora. Pero he visto que ése lloraba...

El niño del rincón lloraba realmente de hambre. Se lanzó con avidez sobre la torta que le dieron. José volvió junto a Miriam, se sentaron acurrucados juntos, con la espalda apoyada contra la pared de arcilla. Ya era noche cerrada y todavía asomaban la cabeza por la puerta en busca de aloja-

miento unos recién llegados. En la casa colindante estalló una violenta riña entre los que acababan de llegar al pueblo y los que habían ocupado el sitio antes. Se oían gritos, y todo hacía prever que dentro de poco iba a estallar una batalla campal. Pero debieron llegar de alguna manera a un acuerdo, pues las voces alteradas empezaron a acallarse poco a poco.

En el centro de la estancia había un fogón. Se encendió el fuego, la gente sentada alrededor de él decía:

—¡Ojalá *Shamael* precipite a ese Herodes hasta el fondo del abismo!

—¡Ojalá no salga nunca de la *gehenna!*

—¡El y toda su familia!

—¡Maldito infiel!

—¡Ojalá se le muera delante de los ojos su hijo primogénito!

—¡Ojalá lo coman los gusanos!

Afuera la lluvia arreció. Tamborileaba contra el techo formado de ramas recubiertas de arcilla. La arcilla se reblandeció en algunos sitios y el agua empezó a filtrarse. Caía en goterones sobre el piso de tierra batida. A pesar del fuego, el frío se hacía más intenso. La boca de los presentes exhalaba vapor. José cubrió a Miriam con los mantos de ella y el suyo. Aceptaba sin oposiciones sus cuidados, debía de tener muchísimo frío. Su cara se puso gris, los labios azules. José estaba preocupado por su aspecto. Le trajo un poco de agua caliente de la cacerola puesta al fuego. Bebió unos tragos y luego, sujetando el tazón con ambas manos, se calentaba los dedos. No debía serle fácil esbozar una sonrisa, y sin embargo sonrió y dijo:

—No temas, todo irá bien.

Llegó la noche. La gente dejó de discutir. El frío seguía aumentando; la lluvia, fuera de la ventana, se convirtió en nieve. Los que estaban sentados alrededor del fuego daban cabezadas, pero nadie dormía realmente. La gente dormitaba gimiendo y mascullando algo. Se acabó el combustible y el fuego apenas ardía. José cogió a Miriam por los hombros, la apretó contra él y ella apoyó la cabeza sobre sus rodillas.

En medio de la noche le preguntó en un susurro:

—¿Duermes?

—No.

—¿Tienes frío?

—No...

—¿Cómo te sientes?

—Bien, no te preocupes.

En esta noche tan penosa, pasada en un pueblo de la montaña, le hizo por vez primera esta pregunta:

—¿Quién será El que va a nacer?

No alzó la cabeza de sus rodillas. Unicamente susurró:

—El mesías.

—¿Y quién será el mesías? ¿Un hombre como nosotros?

La pregunta iba dirigida mitad a ella, mitad a sí mismo. Ella estuvo un momento sin hablar. Después le dijo en voz baja:

—Será mi Hijo...

Esperó por si decía algo más. Pero ella no añadió nada a sus palabras. Por su respiración regular, supuso que se había dormido. Hizo un esfuerzo para permanecer inmóvil en la misma postura para no despertarla con un movimiento brusco.

A la luz vacilante de la escasa lumbre, veía su cara. A pesar de las huellas de cansancio, qué bonita era. Irradiaba paz, pureza, bondad, entrega. Mientras la miraba, su corazón se hinchaba de un inmenso cariño. La quería con locura. Pero acompañando esta ola de amor asomó un atisbo de resquemor. Daría a luz al mesías... Para enviarlo, el Altísimo se la había quitado... No era la primera vez que este pensamiento le asaltaba. Aparecía de repente como una flecha volando. Lo rechazaba, pero volvía. Y ahora aprovechándose de las horas de insomnio se presentaba de nuevo. Se insinuaba como una serpiente en la entrada de un agujero estrecho. Le decía: Podríais haber sido la pareja más feliz... Ninguno de vosotros espera maravillas de la vida. Amándoos no necesitábais de nada. Con vuestro amor habríais servido al Altísimo y pregonado Su grandeza... Sin embargo, El ha preferido meterse entre vosotros...

Aquella noche se sentía débil. Una añoranza sucedía a otra añoranza, como una ola del mar sigue a otra contra la rompiente. Era como si el viento que azotaba con lluvia y

nieve las paredes de la casita irrumpiera en su herida con cada acometida. En algunos momentos le parecía oír una burla en el ulular del viento.

Intentó luchar, pero el viento extraía de él los pensamientos más íntimos, los sentimientos más ocultos, le volvía a abrir las heridas no cicatrizadas del todo, se sentía como zarandeado por una tormenta que derribase las paredes. Un adversario invisible lo abrumaba con palabras, riéndose luego triunfalmente. Le echaba en cara: «¿Para qué has esperado? ¿Qué ha sido de tu esperanza? ¿Para qué te han servido tus renuncias?».

Mordiéndose los labios trataba de rezar. Pero lo único que podía hacer era repetir: «Señor quiero lo que Tú quieras... Hágase Tu voluntad... Quiero, quiero...»

De repente tuvo la sensación de que una mano suspendida sobre su cabeza trataba de aplastarle. Se estremeció. Era demasiado joven para pensar en la muerte. Pero en aquel mismo instante le pareció que ella se le hacía más cercana...

Miriam se movió sobre sus rodillas. Levantó la cabeza, abrió los ojos, le miró. Sus labios pálidos esbozaron una sonrisa. Dijo en voz baja, como si prosiguiera la conversación con José...

—Mi Hijo...

De nuevo cerró los ojos, apoyó la frente sobre las rodillas de José, su respiración volvió a ser la de una persona dormida. Aunque totalmente entumecido, continuó sentado sin moverse.

Al cabo de un momento se dio cuenta de que el viento había dejado de sacudir las junturas de la casa. Se había acallado como pisoteado. Ya no se oía su risa. También había dejado de llover. En la estancia reinaba el silencio en el que solo se oía la respiración de los dormidos. Las horas volvían a transcurrir despacio. Pero las añoranzas ya no le laceraban el corazón.

23

Hasta el quinto día no llegaron por segunda vez a la orilla del Jordán. Volvieron a bajar desde los montes fríos,

azotados por el viento, a la fosa húmeda y sofocante del Jordán. Por su fondo corría raudo y ruidoso el río crecido.

En el vado inferior, cerca de Batabara, se había aglomerado un enorme gentío. La gente estaba acampada en la orilla discutiendo, sin saber qué hacer. Era extremadamente difícil cruzar el río. El agua profunda llegaba a los hombros. Su curso era tan violento que, a pesar de las maromas tendidas entre las dos orillas, los que habían entrado en el agua no podían mantenerse en pie. Unos cuantos consiguieron alcanzar la orilla opuesta. Otros dieron marcha atrás, pero hubo algunos que soltaron la maroma, fueron arrastrados por la corriente y acabaron ahogándose.

José, después de dejar a Miriam a un lado, se metió entre el gentío que discutía, para escuchar lo que decía la gente. Había división de opiniones. Unos recomendaban la espera afirmando que en dos días, a lo más tardar, decrecería el agua. Otros recomendaban intentar la travesía a toda costa. Pero algunos opinaban que era preciso seguir la orilla hasta la desembocadura y allí cruzar con barca en la costa del Mar de Asfalto. El camino se alargaba mucho, pero eso evitaba cruzar el Jordán. José, después de pensarlo, decidió seguir este consejo.

Fueron bajando por la senda que acompañaba al río en su caminar hacia el mar. La senda era estrecha, pedregosa, insuficientemente marcada. En tiempos normales nadie la utilizaba. Los endrinos espinosos enganchaban a los caminantes por la ropa con sus ramas crecidas. El borrico, pinchado por las espinas, caminaba despacio, resoplando un poco llevado por José con la mano en el ronzal. Consiguieron por fin cruzar la espesura. Ante ellos se extendía una superficie inmensa de agua casi negra. El Jordán, al entrar en el mar, formaba alrededor de su desembocadura un manchón marrón-rojizo. Entre las laderas del río cubiertas de vegetación frondosa y el mar se abría una playa rocosa desnuda. Hasta donde llegaba el agua no había ni rastro de vegetación. Solo había un montón de troncos y de ramas resecados por el sol y pulidos por el mar, con aspecto de huesos viejos. Unas lagunas dispersas rodeadas de sedimentos de sal refulgían de blancura. El agua despedía un olor fuerte y desagradable.

Se veían en la orilla numerosas barcas de pescadores. Bogaron hasta allí, pues sus dueños se habían enterado de que una multitud de viajeros deseaba cruzar el río. De pie ante sus barcas regateaban en voz alta el precio del transporte. José dejó a Miriam y se acercó a los pescadores. La mayoría de las barcas transportaba a la gente sólo hasta el otro lado del Jordán. Pero varios pescadores estaban dispuestos a hacer un trayecto más largo. Iban a llevar a la gente a la orilla occidental, hasta el pie de unas rocas oscuras y amenazadoras.

Se dio cuenta de que semejante travesía podía serles muy provechosa porque acortaba mucho su camino. Cierto es que al llegar tendrían que trepar hasta la cima de la alta orilla, pero saldrían entonces en dirección a Belén, sin necesidad de cruzar Jericó ni Jerusalén. Pensaba también que el viaje en barca cansaría menos a Miriam. El viaje estaba durando más de lo que habían pensado, y Miriam parecía estar muy cansada. Tranquilizaba continuamente a José, diciéndole que se encontraba bien, pero su aspecto contradecía sus palabras.

El barquero que proponía ir hasta la otra orilla estaba dispuesto a tomarlos a bordo, pero no quería llevar el burro. Tanto Miriam como José protestaban enérgicamente. Miriam le tenía cariño al animal, y José también se había aficionado a él; además, se daba perfecta cuenta de que sin la montura les sería más difícil llegar a Belén. El pescador consintió finalmente en llevar el burrito previo aumento del precio. Le trabaron las patas y lo pusieron en la popa de la barca.

La barca se alejó de la orilla, tan cargada, que el agua le llegaba casi a la borda. El pescador advirtió a los viajeros que no se movieran, ya que la barca podría llenarse de agua con el balanceo. Por esta razón nadie se movía. Navegaban con tanta lentitud que parecían estar parados. A veces, sin embargo, se levantaba el viento, hinchaba la vela y entonces comenzaba a navegar más deprisa. En la superficie del mar no había olas, la barca parecía deslizarse sobre un espejo de agua. Unos breves chaparrones les pasaban por encima. De detrás de los montes, que se erguían como una pared amenazadora en la orilla oriental, surgió una nube.

Quedó colgada sobre sus cabezas, los envolvió con una niebla que lo ocultaba todo a su alrededor. Luego el agua cayó del cielo a borbotones. Tamborileaba en la superficie del agua. Durante un cierto tiempo estuvieron navegando como envueltos en un paño húmedo. Tiritaban. El fondo de la barca se llenaba de agua, que el pescador mandó achicar con recipientes. Finalmente el viento dispersó la niebla. Dejó de llover y aclaró. De nuevo podían ver la orilla a la que se acercaban lentamente. Pero el sol había desaparecido. Estaban envueltos en una humedad sofocante que les oprimía fuertemente el pecho.

Aunque navegando despacio, se acercaban a la orilla. Veían con más nitidez la costa elevada y rocosa, con una playa nívea a sus pies. De las rocas del litoral se proyectaba un largo promontorio rocoso, plano en la cima y parecido a una mesa inmensa. Cuando estuvieron cerca, vieron en la cima del promontorio moverse unas personas vestidas de blanco.

Cuando arribaron por fin ya era de noche. Bajaron a tierra desperezando los cuerpos entumecidos por las largas horas de inmovilidad. Miriam, para descender de la barca se apoyó pesadamente sobre el hombro de José. El miraba preocupado su cara cenicienta y sus labios exangües. Después de unos pasos, se sentó en la arena, cabizbaja. José fue a desatar el asno y lo sacó a la orilla. Luego volvió al lado de Miriam. La miraba inquieto. Ella levantó la cabeza y dijo amagando una sonrisa.

—No temas...

Pero él no se sentía tranquilizado. Miraba inquieto la pared rocosa que se levantaba sobre sus cabezas. Estaba cortada por una profunda hendidura llena de cascajos. En el fondo de la hendidura se veía una senda estrecha que subía en zig-zag. Este era su camino. En la cima —invisible desde abajo— se levantaba la fortaleza de Hircania.

Ya era demasiado tarde para empezar a subir estos montes salvajes a la caída de la noche. Los otros que también habían cruzado en barca tenían intención de pernoctar en la orilla. Empezaron a encender hogueras. La madera no faltaba, pero estaba húmeda. El fuego no quería arder, jirones de humo se arrastraban por el suelo. El mar mandaba

sus desagradables efluvios de azufre. Fue allí, en el otro extremo del mar de Asfalto donde hace siglos se rasgó la cortina rocosa y fueron consumidas las dos ciudades pecadoras por el fuego subterráneo. Luego todo fue anegado por el agua. Semejante a una losa oscura ligeramente convexa, la mar hacía de tapa del sepulcro secreto.

Pensaba en esto andando por la playa, blanqueada por las capas de sal cristalizada, en busca de leña para el fuego. Las ramas estaban cubiertas de esmalte salino.

El fuego apenas ardía. No tenían comida. Al llegar al Jordán, José consiguió comprar un puñado de dátiles, pero ya no quedaba ninguno.

—¿Tienes mucha hambre? —le preguntó a Miriam. La voz se le quebró. Había ido antes de hoguera en hoguera implorando que le vendieran algo de comer. Topó en todas partes con una negativa.

—No te preocupes —le dijo ella. Su voz denotaba tranquilidad—. Llegaremos mañana a Belén y allí ya no nos faltará nada.

El hombre suspiró.

—Seguro. Pero antes tendremos que escalar estas rocas. Te espera un gran esfuerzo. ¡Oh Miriam! —explotó con dolor imprevisto—. No soy un buen protector para ti. Tenía que haberlo previsto todo, tenía que haber cogido más provisiones para el camino. Por culpa mía tienes que soportar ahora tantas incomodidades.

Ella extendió la mano poniéndole la punta del dedo en los labios.

—¡Calla! —dijo ella— ¡Calla! Te has dejado abrumar. Estás cansado. No debes hacerte ningún reproche. Porque tú has comprendido...

—¡No! —negó él. El sentimiento de impotencia le ahogaba—. ¡Solo no hubiera podido entender nada y aunque El me lo haya dicho quedan tantas objeciones...! ¡No entiendo! El, tan grande, omnipotente... y te deja a ti...

Cariñosamente ella le acarició la mano.

—¡Pobrecito...! —díjole—. Créeme —aseguró—. Yo tampoco entiendo siempre...

—¿Tú? ¿Tú siempre tan tranquila...?

—Ambos somos iguales. Gente corriente.

—No, únicamente yo.

—Ambos. Pero a mí eso no me preocupa en absoluto. Incluso me alegra... Cuando nos escogía, sabía cómo éramos...

—No digas eso, Miriam. Yo miro y veo cómo eres.

—Miras con los ojos del amor. Somos iguales. Solo que me es más fácil a mí. La mujer, cuando le ha llegado el tiempo, se olvida de todo, porque piensa en el niño...

De nuevo su mano de adolescente se extendió hacia él tocándole en la mejilla. Era como si alguien vertiera aceite en una herida. La inquietud, la preocupación y la pena se esfumaron.

—¿Podrás dormir? —le preguntó todavía.

—Voy a intentarlo.

Pero cuando quiso acomodarse, en la penumbra aparecieron a su lado dos figuras humanas. José se puso de pie de un brinco preocupado. No eran de los que habían cruzado en el barco con ellos. A unos pasos había dos desconocidos vestidos con túnicas blancas de lino. Uno llevaba colgado del brazo un gran cesto.

—¿Qué queréis? —preguntó José.

El que no llevaba cesto, hizo un gesto como para detener a José.

—No te acerques —le dijo—. Dime, ¿qué hacéis aquí en la costa? Vosotros y aquellos... —indicó con la mano a los hombres sentados cerca de las hogueras.

—Hemos cruzado en barca y seguiremos nuestro camino, cada cual a su ciudad. Supongo que sabéis de la orden real que manda a todos inscribirse en los registros familiares.

—No obedecemos las órdenes de nadie —dijo el hombre orgullosa y severamente—. Somos verdaderos hijos de Sadok, no como aquellos —hizo un gesto con la mano —que pactan con los *gojîm*. Pero el Altísimo nos mandó cumplir las obras de misericordia. Hemos pensado que tal vez tenéis hambre...

—Es cierto. No tenemos comida. Hay tanta gente andando ahora por los caminos...

—Por eso os hemos traído algo —el hombre le hizo una seña a su compañero. Sacó habas del cesto que portaba el

otro y se las echó a José en el manto. Luego añadió un puñado de aceitunas. Pero lo hizo de manera para no tocar el manto ni la mano de José.

—Os lo agradezco —dijo—, nos habéis socorrido en un momento de verdadera necesidad. Que el Altísimo os recompense por esta ayuda.

Extendió maquinalmente la mano, pero los dos retrocedieron.

—No nos toques —dijo el varón—. Vivimos alejados, en verdad y en justicia. La paz sea con vosotros.

Se alejaron hacia las otras hogueras.

—Son esenios —le dijo José a Miriam, que miraba el alimento recibido con una mirada un tanto divertida—. Sabía que moraban por aquí al borde del mar, pero nunca había topado con ellos. Viven alejados de la gente, no comen carne, no conviven con mujeres, no tienen hijos. Se oponen a los sacerdotes. Estos les odian también. Antes, en tiempo de los reyes asmoneos, mataron al jefe de los esenios...

—Son caritativos —dijo ella—. Nunca se sabe a quién recurrirá el Altísimo para ayudar... Tenemos que rezar por esta gente.

Recitaron una breve *berakâ* y luego Miriam se dispuso a dormir. José le puso las albardas bajo la cabeza y la cubrió cuidadosamente con el manto. En seguida oyó su respiración acompasada.

El no tenía intención de dormir. Quería mantener el fuego. Además no le apremiaba el sueño. Había algo en la atmósfera de este sepulcro de pecado, que suscitaba pensamientos y alejaba el sueño. Pensamientos llenos de aprensión y una especie de deseo de huida... ¿Huir de qué? No lo sabía, pero este deseo volvía continuamente.

Las nubes seguían muy bajas, como el techo de una tienda batida por el aguacero. No llovía, pero no se veía ni una estrella en el cielo. El mundo parecía pequeño y calado por el agua. El mar seguía trayendo un olor desagradable.

24.

En cuanto salieron de la sofocante cuenca del Mar Asfáltico, les envolvió un viento frío que llevaba gotas de lluvia mezcladas con nieve. José, que conducía el asno, trataba al mismo tiempo de proteger a Miriam de las embestidas del viento. Aumentó su preocupación por ella cuando le confesó que creía llegado su momento. Estaba débil, ora sudaba, ora tiritaba de frío.

Salieron al alba. Subían lentamente por la senda que llevaba serpenteando hacia la cima. Por el fondo de la hondonada bajaba un torrente y así al menos tenían agua. Miriam andaba con dificultad. Desde el primer momento parecía agotada. La cogió por la cintura y la llevaba con delicadeza. El asno trotaba a sus espaldas. El también presentaba huellas de los avatares del viaje. Tropezaba continuamente con las piedras.

Al llegar al primer altillo, convenció a Miriam para que montase en la cabalgadura. El asno caminaba ahora aún más despacio y tropezaba más a menudo. Miriam, sentada en su grupa, estaba pálida, con la cara demacrada. Con los dedos se agarraba a las crines del animal.

El sendero corría a veces por el bordillo mismo del acantilado tocando al precipicio. En esos momentos José conducía el asno con mucha aprensión. Un paso en falso de su parte provocaría la caída. Cuando se dio cuenta de ello temblaba de pies a cabeza. Miriam sabía intuir siempre sus ansiedades. Normalmente le hablaba en estos casos con palabras de ánimo o le animaba con una caricia. Ahora, sin embargo, estaba callada.

José tenía un solo deseo: llegar cuanto antes. Estaba convencido de que una vez llegados todo se arreglaría. En contra de su deseo, iban cada vez más despacio. El tiempo se hacía más inclemente a cada paso. Había momentos en los que les envolvía una niebla húmeda en la que se movían a duras penas, sin poder distinguir nada en su alrededor. El viento oculto en la niebla ya gañía como un chacal del desierto, ya daba alaridos que recordaban la risa histérica de los torturados.

Estaban solos. La gente que había llegado con ellos se había ido por otro camino o se había quedado en la orilla esperando mejor tiempo. Estos montes no disfrutaban de buen renombre. En realidad, allí no había bandidos, que preferían estar lejos de los soldados estacionados en la for-

taleza. Los viajeros que pasaban por aquí contaban historias escalofriantes sobre los *shedim* que pululaban por aquellos parajes... Se oían voces, se encontraban huellas como de patas de gallina. Unas manos invisibles agarraban a los viajeros por los mantos o les arrojaban piedras. Se encontraban personas arrojadas al abismo no se sabe por quién...

José tenía la sensación de que en esta niebla, en esta ventolera, en la lluvia cortante, iban ocultos unos seres vivos dominados por un furor inexplicable. El viento ya desgarraba la niebla y la retorcía como un trapo empapado, ya la recogía y se la echaba a la cara. Continuamente se oían silbidos, aullidos, llantos, risas. De pronto, en alguna parte cerca de ellos, se produjo una avalancha de cascajos. Las piedras rodaban por el sendero delante mismo de ellos. En el último instante apenas tuvieron tiempo de parar ante un hoyo que la lluvia había excavado en el camino. En otra ocasión, apareció ante ellos la forma de un macho cabrío: el animal salió de la niebla e inmediatamente desapareció en ella...

José apenas podía ya andar. Le dolían los ojos debido al polvo de las rocas, que la ventisca arrastraba mezclado con las gotas de agua. A pesar de eso, seguía protegiendo a Miriam y cuidando los pasos del asno. Pasaban las horas. Se paraban y volvían a emprender la marcha. No tenía sentido pararse para un descanso más largo: no podrían encender fuego. No tenían comida. Miriam seguía callada. José temía preguntarle cómo se encontraba.

Ya empezaba a tener la convicción de que este camino proseguiría sin fin y que nunca llegarían a la meta, cuando de repente pasaron de la senda rocosa a un camino de tierra batida. Les quedaba por rodear la hondanada por cuyo fondo bajaba el torrente. Luego, el camino se hacía cada vez más regular. Al detenerse un momento, a través de la lluvia y de la niebla a José le pareció ver delante una especie de forma oscura, como una gran figura humana. Sintió en un primer instante inquietud. Pero se tranquilizó enseguida, pues la silueta oscura era sencillamente un árbol. Su forma le era conocida. Exclamó alegremente:

—¡Miriam! ¡Ya estamos! ¡Ya estamos llegando!

No le contestó nada. Tenía el rostro contraído y únicamente en sus ojos leyó una expresión de alivio. Después de un momento, le llegó a sus oídos un susurro de voz:

—Estate tranquilo... Todo irá bien...

—Sí, ahora irá bien —la tranquilizó—. Un momento más y llegamos a casa de mi padre.

Ahora el camino iba bajando un poco. Sabía perfectamente dónde se encontraba. Una curva más y entre dos rocas erguidas vieron el pueblo. Ya podía reconocer las distintas casas. Conocía cada una, sabía a quién pertenecía cada una. El cansancio desapareció inmediatamente. Se olvidó incluso de sus pies heridos por las piedras afiladas.

De repente dijo ella:

—Parémonos, por favor...

—Se detuvo en seguida y la miró asustado.

—¿Te sientes mal? ¿Quizás ya...?

—No, no. Es que tengo que apearme.

—¿Por qué?

—Mira, nuestro burrito está cojo...

—No importa. ¡Tiene que llevarte hasta el final!

—No, José. Está demasiado cansado...

No intentó oponerse. La ayudó a desmontar, la cogió por la cintura y la llevaba delicadamente. El burrito iba detrás cojeando.

El camino que seguían los condujo a una pista amplia, que llevaba por un lado a Jerusalén, por el otro a Hebrón. En la pista había gente envuelta en sus abrigos. José se alegró al verlos. Se dirigió al primer hombre que encontró con las palabras de saludo. Pero el otro apenas refunfuñó algo arrebujado en el paño que le envolvía la cabeza.

Empapados, tiritando, sosteniéndose apenas sobre los pies, llegaron por fin ante el portalón de la casa paterna. La puerta estaba cerrada. José llamó. Tuvo que repetir varias veces sus llamadas, antes de oír por fin algún movimiento detrás de la puerta. Pero ahora tampoco le abrieron. La voz del sirviente preguntó desde detrás de la puerta cerrada quiénes eran. Cuando José se lo dijo, el otro se alejó.

Oían sus pasos que se alejaban. José se impacientó. Dio un puñetazo en la puerta y sofocó una palabra airada. La proximidad de Miriam apagaba siempre su impetuosidad.

Debe de ser un sirviente nuevo, pensaba. No sabe quién es José. Pero llamará a los otros. Efectivamente, volvió a oír unas pisadas. La puerta se entreabrió. En el resquicio vio la cabeza de Seba.

—Soy yo, José —dijo—. Abre rápido. El sirviente no me habrá reconocido...

Seba callaba. No abrió la puerta, no les invitó a entrar.

—Hermano —la voz de José denotaba estupor—. Déjanos entrar, rápido. Estamos cansados, el viaje ha resultado difícil. Esta es mi esposa, necesita resguardarse y ayuda...

Seba levantó las manos por encima de la cabeza. Exclamó:

—¿Por qué has venido? ¡No tenías que haber venido!

—Pero sabes de la orden real.

—Pero nosotros te dijimos que no vinieras.

—Sea lo que fuere lo que habéis dicho... Te explicaré. Mientras tanto déjanos entrar en casa. Mi esposa necesita ayuda...

—No puedo aceptaros en casa.

—¿Por qué?

—Tenemos miedo. No solo yo, todos.

—¡Tú mismo me has dicho que nadie me ha buscado!

—¡Cualquiera sabe! Y ahora ha venido tanta gente. Seguro que hay espías rondando. No puedes estar en nuestra casa. ¡Vete!

—Me inscribiré y me iré. Ahora tenemos que descansar.

—Búscate un alojamiento en los alrededores.

—No tenemos fuerzas para ir a buscar. Mira lo cansados que estamos.

—Aquí no te aceptará nadie...

—¿Qué has dicho?

—Nadie. Nos hemos puesto de acuerdo. Todos. Por si aparecías por aquí. Te avisaré...

—¡Pero éste es mi pueblo natal! ¡Sois mis hermanos!

—Somos hermanos, pero no queremos perecer por ti. Recibiste tu parte. Te llevé un anillo precioso.

Se frotó los ojos. Le parecía que estaba soñando. No podía creer que veía la puerta cerrada y a Seba impidiéndole la entrada.

—Hermano —dijo tratando de dominar su voz, que empezaba a temblarle de pena—. Habéis obrado de modo indigno. Los hermanos no se comportan así. Si nuestro padre viviera... Pero yo no quiero nada de vosotros, sino el alojamiento que la costumbre manda ofrecer a todo caminante cansado. Hemos recorrido un largo camino. Mi esposa tiene que estar bajo techo cuanto antes. Se acerca su hora...

Seba sacudió las manos como un pájaro que no se quiere alejar de su presa.

—¿Además? ¡Con más razón tenéis que iros! Ese niño... No debería nacer aquí... ¡Marchaos!

Retrocedió y cerró bruscamente la puerta. José en un arrebato súbito se abalanzó, empezó a golpear con el hombro con toda su fuerza la puerta cerrada.

—¡Abre! —gritaba—. ¡Abre! Tienes que abrir.

Pero Seba no abrió, y la puerta era suficientemente sólida para no ceder a los golpes de José. La aporreaba en vano. Solo consiguió quedarse sin aliento.

—¡Abre! —repetía— ¡Tienes que prestarnos ayuda! ¡Debes!

Ninguna voz le respondió desde detrás de la puerta. José sentía que Seba no se había ido, sino que estaba al acecho al otro lado. El disgusto se tornó en ira. De nuevo empujó la puerta con todo el cuerpo. Crujió pero no cedió.

—¡Tú, bellaco...! —lanzó— ¡Tú...!

Sintió la mano de ella en su hombro.

—Déjalo...

—¿Cómo quieres que lo deje? ¡Tienes que encontrar alojamiento!

—Tal vez nos reciban otros... No puedes enfadarte con tu hermano.

Retrocedió. Se mesó el pelo. Gimió.

—Oh Miriam... ¿Qué he hecho yo? ¿Adónde te he llevado?

—Vámonos de aquí...

—¡No puedes ir a ninguna parte!

—Iré. Hay otras casas.

—¡Has oído —dijo— que no nos aceptarán en ningún sitio!

—Habrá probablemente una posada.

Volvieron sobre sus pasos. Caminaban arrastrando los

pies. José sostenía a Miriam. El asno, olvidado por todos, les seguía con la cabeza gacha.

—Bellacos... —Jose rumiaba su enfado—. Se pusieron de acuerdo... Dice que tienen miedo... Pero empiezo a imaginar...

—No supongas nada —le interrumpió ella—. Sé indulgente...

—¡No puedo! ¡Nos han echado! No se trata de mí...

—Tal vez tenía que ser así...

—¿Qué es lo que dices?

—Quizás El lo ha querido así...

La posada surgió ante ellos. Estaba situada en la vera misma del camino. Tenía la forma de un anillo grande. En el medio había sitio por los camellos y los asnos. Alrededor corrían unos nichos cubiertos en parte por un tejadillo de juncos trenzados.

Entraron en el portal y se detuvieron. La posada estaba llena de gente y de caballerías. Por encima del patio repleto se elevaba la humareda de las hogueras y resonaba un ruido sordo de voces. Vieron al posadero que corría hacia ellos, haciéndoles ya desde lejos señas con las manos para que no entraran.

—¡No hay sitio! —gritaba—. ¡No hay ni un resquicio!

—Quizás puedas encontrar algo —rogaba José—. Pagaré.

El posadero movió las manos con más energía.

—¿Qué me dices de pagar? Todos tienen que pagar. Pero no hay sitio. Tú mismo lo ves.

—Escucha —José cogió al posadero por la manga. Bajó la voz—. Comprende, yo tengo que tener algún rincón... Te pagaré lo que pidas. Mi esposa...

—¡Ya lo veo, no estoy ciego! —El hombre liberó su manga de la mano de José—. Yo no puedo hacer nada, ¿dónde os voy a meter ? ¿Ves tú algún sitio libre? Ha venido más gente que nunca. ¡Yo mismo he tenido que abandonar con mi familia la estancia y dejarla a los huéspedes!.

—Pero comprende... ¡Ten compasión!

—Te comprendo, hombre, y lo siento por ti. Pero no me ruegues más, porque no puedo hacer nada por ti. Ya es de noche, y siguen llegando algunos...

En el portal de la posada hacía su entrada una caravana compuesta de varios camellos. La primera de las monturas estaba cabalgada por un hombre cubierto por rico manto. El posadero abandonó a José y se dirigió presuroso hacia los otros. Desde lejos les hacía unas profundas reverencias.

—Encontrará sitio para ellos —dijo José observando su conversación—. ¡No aguanto! Iré a decirle...

—Eso no servirá de nada. A nosotros no nos cogerá.

—¿Qué vamos a hacer?

—Vámonos de aquí.

—¿A dónde?

—Hacia adelante. El Altísimo no nos dejará sin ayuda.

Se volvió hacia la salida. José se sentía tan abatido que se dejó guiar pasivamente por ella. El asno se paró un momento indeciso. Sus dueños se alejaban y él sentía aquí a otros animales, olía a heno y desde los pórticos se desprendía calor. Pero la fidelidad pudo más. Con el rabo encogido siguió a Miriam y a José.

¿Y adónde iremos así? —le pasaba por la cabeza a José—. Cruzaron por la calle del pueblo. Conocía cada casa que pasaba. Esta pertenecía a su hermano, ésta a su tío, ésta al hijo de su hermana... No se detuvo ante ninguna puerta. No llamó. Seguía recordando las palabras de Seba: juntos hemos decidido... suponían que vendría, le esperaban y le cerraron las puertas en las narices. ¡Le echaron como a un pordiosero!

Tenía la sensación de unos ojos vigilantes detrás de las puertas cerradas. Ellos debían estar observándole a escondidas.

Un perro famélico salió del zaguán de la casa. Levantó una oreja y se quedó un rato mirando detenidamente a los caminantes. Se paró expectante. Luego salió disparado, dio un ladrido y meneando animadamente el rabo se lanzó a los pies de José. Chillaba de alegría. Quizás había reconocido a José o tal vez estuviera sencillamente necesitado de afecto humano. Cuando José se inclinó casi maquinalmente y pasó la mano sobre el pelo áspero del perro, éste fue presa de una excitación todavía mayor. Daba saltos y como loco corría alrededor de ellos.

Prosiguieron su caminar. La oscuridad se hacía más in-

tensa. El viento desperdigó las nubes y en el cielo descubierto iban asomando las primeras estrellas. El frío aumentaba a cada paso.

Llegaron al final de la travesía del pueblo. No se abrió ninguna puerta y ellos tampoco llamaron a ninguna. Dejaron atrás la última casa. Más lejos empezaban los campos y los prados. El campo de David que su padre le había dejado en herencia estaba en algún sitio por allí.

De repente se acordó... Allí, en su campo, había antes una casita pequeña, pobre. La gente que la edificó y la ocupó no pertenecía a la estirpe. No eran siquiera judíos . Este Uza llegó al pueblo desde lejos, con su mujer y un hijo. Era mísero, pobre, su fe era distinta. Lo despreciaban todos. Nadie quiso recibirlo. Unicamente Jacob se apiadó de él. Consintió en que el hombre edificara su casa sobre la vieja tierra familiar y le dejó un trozo de terreno para cultivar. A cambio de eso Uza trabajaba para él en su hacienda. José lo ocupaba también a menudo en su taller para que pudiera ganar algún dinero, ya que la familia de Uza se hizo muy numerosa. La relación de los demás habitantes del pueblo para con Uza siguió siendo de desprecio. Incluso los niños se apartaban de sus hijos.

—Sigamos un poco más —le dijo a Miriam—. Aquí intentaremos...

La casita seguía en su sitio. Una barraca pequeña, oscura, hecha con ramas recubiertas de arcilla y lodo. La puerta de una valla que tenía delante estaba abierta. José dijo:

—Espera un momento...

Miriam se quedó. Tenía que estar muy agotada, ya que se apoyó contra la estaca que sujetaba el portillo. El perro y el asno se quedaron con ella. Los animales se olfateaban recíprocamente.

Con paso rápido cruzó el patio, llamó con los nudillos a la puerta. Nadie le contestó. Volvió a llamar impaciente. Ahora oyó unos pasos de pies desnudos.

—¿Quién es? —preguntó una voz femenina.

—Soy yo, José el hijo de Jacob.

—La paz sea contigo, José —la mujer emergió de detrás de la cortina—. Soy Ata, la esposa de Uza. ¿Me recuerdas?

—Me acuerdo de ti, Ata. ¿Está tu marido en casa?

—Has tenido que estar mucho tiempo fuera del pueblo, ya que no sabes que Uza ha muerto.

—Sí, hace mucho que estoy fuera y no sabía nada de su muerte. Pero escucha, Ata. He llegado a Belén hoy. Con mi esposa... Hemos andado mucho, estamos cansados y mi mujer está para dar a luz en cualquier momento. No nos han recibido en ninguna parte...

—Ya lo sé —dijo la mujer—. Me he enterado de que no te quieren...

—No tenemos donde cobijarnos...

—Esta casa es tu casa...

—¿Puedes recibirnos?

—¿Y cómo podría hacer yo otra cosa? Siempre has sido comprensivo y bueno con nosotros. Todo lo que tenemos, te lo debemos a ti. Todo lo que hay aquí es tuyo... Pero la casa es pequeña y sucia. Incluso, mira, se cae la pared. Haría falta un hombre para levantarla. ¿Quieres introducir a tu mujer en semejante miseria?

—Mejor la miseria que pasar la noche fuera.

—Es cierto. Me marcharé con toda la familia y te dejaré la casa. Pero quizás encontremos una solución mejor. Te acordarás seguramente de que allí, detrás de la casa, hay una peña con una gruta. Es grande y está seca. Uza quería montar la casa en esta gruta, pero tú te marchaste y él no quería hacer nada en tu tierra sin tu permiso. Tenemos nuestro buey en la gruta. Si quieres, iré con vosotros, llevaré fuego. Mi Aziz traerá leña. Una vez encendida la hoguera, la gruta estará caliente. Más arriba en la roca hay un manantial. Calentaremos agua, traeré comida. Os ayudaré en todo. Y si me lo permites, ayudaré a tu mujer. Yo misma he dado a luz muchas veces...

—Te lo ruego, por favor, Ata.

—No pidas nada, tú eres el dueño aquí. Y yo me alegro de que puedo demostrarte mi agradecimiento. ¿Dónde está tu esposa?

—Se ha quedado en la puerta.

Ata salió corriendo. Después de un momento oyó a las dos mujeres hablando. Respiró aliviado. Recitó rápidamente una *berakâ* de acción de gracias. *El* les había socorrido en el último momento... Cuando ya le parecía que se encon-

traban en el umbral del desamparo. Y qué curioso: la gruta se encontrara sobre su tierra, y la mujer que se disponía a ayudarles con tanto entusiasmo era esposa del único forastero en su pueblo...

Las nubes habían desaparecido por completo y se ocultaban detrás del horizonte. El cielo parecía altísimo. Las estrellas brillaban cada vez más numerosas. Una parte parecía haberse caído al suelo: debían de ser las fogatas de los pastores, que cuidaban los rebaños allí abajo en los prados.

La mujer corrió a su casa y volvió enseguida con una linterna. La débil llama palpitaba entre sus dedos curvados como un pájaro capturado. Tras la mujer, salió el hijo, de unos diez años, con una brazada de leña sobre el hombro.

—Venid, os lo ruego, venid —les invitaba Ata—. Os serviré en todo. Todo lo que hay en mi casa será vuestro...

Oyó que Miriam le decía:

—Eres buena, hermana...

—No me llames así. No puedo ser tu hermana.

—Lo eres...

Caminaban juntas una al lado de otra, cruzaron el campo hacia las rocas que se veían con más nitidez en la creciente claridad, José iba detrás, el perro no se separaba de él. El asno caminaba, como antes, rezagado.

25.

José salió de la gruta. Se detuvo, echó una mirada a su entorno. Era aún de noche, el cielo estaba despejado y lleno de estrellas. De esta multitud de puntitas brillantes caía sobre la tierra una cascada de resplandor. El espacio estaba entretejido de una especie de bruma plateada. Los montes aparecían en la lejanía como pintados de plata. Un silencio profundo se extendía sobre las rocas y las praderas onduladas. A José le parecía que no era el mismo silencio nocturno de cuando duermen todos. Tenía justamente la sensación de que nadie dormía, pero que todos, la tierra, la gente e incluso los animales velaban en una extraña tensión. La tierra entera parecía compartir esta espera.

El perro salió tras José de la gruta. Apoyado contra su

pierna, en vigilante espera, con las orejas tiesas y el rabo tieso. Miraba un punto en el espacio. A veces se volvía hacia José y emitía un breve ruido de comprensión. A pesar del frío, no se quedó cerca de la lumbre. Daba vueltas, parecía que no encontraba acomodo.

Al salir de la gruta, José notó que tampoco dormían los demás animales. El buey respiraba encima del pesebre, pero con los ojos abiertos. El burro también, pese a su gran cansancio del viaje, tenía la cabeza levantada.

De la gruta no salía ningún ruido. Miriam no gritó ni una sola vez, no oyó salir de sus labios ni el más leve quejido. Cuando encendieron la lumbre con Ata y calentaron el agua, yacía sobre el lecho de paja y se cubría los ojos con las manos. Luego pidió:

—José, quieres salir, por favor. Lo que ha de ocurrir, se hará en seguida. Ata se quedará conmigo. Luego te llamaré.

Salió sin mediar palabra. Al dejar la gruta, respiró profundamente. La gruta estaba llena de humo. El fuego no se pudo encender en seguida, porque la madera y la paja estaban húmedas. El humo no salía de la gruta, se pegaba al techo rocoso. Picaba los ojos. Pero a cambio empezó a hacer calor. Afuera, por el contrario, hacía un frío intenso, sobrecogedor.

El tiempo pasaba. Desde la gruta no le llegaba ningún ruido. Reinaba un profundo silencio. El sabía que un parto puede ser largo, pero no era capaz de alejar sus pensamientos ni por un instante de lo que estaba ocurriendo en la gruta. Se daba cuenta de que estaba aconteciendo algo extraordinario, incomprensible. Mientras viva, pensaba, volveré con el recuerdo a este instante. Lo contaré... ¿A El en particular, quizás?

Pero Aquel que iba a nacer dentro de un momento, ¿querrá algún día prestar atención a una narración ingenua sobre la noche de Su venida al mundo? ¿Y quién será Aquel? ¿Un ser con poder de conocer todo lo que ocurrió antes de Su nacimiento, o un hombre normal que crece despacio, madura, descubre su entorno? El Altísimo podía, claro está, enviarle de modo distinto: inmediatamente lleno de fuerza y de poder. ¿Por qué quería que lo que ha de ser maravilla, empezara en la miseria y en el abandono? ¿O quizás

no es más que un momento, un momento de prueba? Quizás esta noche cambie de repente, se transforme en un día radiante, en cuyo esplendor todos reconozcan la gloria del Eterno...

Tenía la mente extraordinariamente clara, el pensamiento trabajaba con agilidad. ¿Qué ocurrirá con ellos —pensaba— cuando todo el mundo sepa con claridad quién ha nacido? No ambicionaba ser exaltado. Guardaba una muda esperanza de que llegaría un día en que podría volver con Miriam a la normalidad. Le preocupaba que este Niño iba a convertirse en la Espada del Altísimo. Que iba a ser el Vencedor de todas las naciones. Hacía siglos que se esperaba al mesías... Desde hacía siglos se rogaba para que viniera. Y él también había esperado y rezado. Vivía con el sueño de que el mundo entero reconocería al Anunciado. Y sin embargo deseaba con toda el alma que este Anunciado no viniera envuelto en fuego de victorias cruentas, aunque tantos desearan estas victorias.

En los recuerdos de José no habían guerras. La paz reinaba en el país hacía tiempo. ¡Una paz excepcionalmente larga! La aseguraron los romanos, y también Herodes —el ejecutor fiel de la voluntad de los romanos— velaba por ella. Es verdad que asesinaba, pero solo en el círculo de su entorno. Y sin embargo en el recuerdo de la gente permanecía viva la memoria de las luchas, de los asedios, de las matanzas, de los bosques de cruces en los que estaban clavados los acusados de rebelión. La voz de la gente temblaba al recordar aquellos hechos. Así hablaban los mayores. Los jóvenes pensaban de modo distinto. Los fariseos también se quejaban de esta paz. Aseguraban que ocultaba muchos crímenes.

¿Quedará esta paz destruida por este Niño? ¿El Altísimo prefería la lucha y las victorias cruentas? ¿Quería el bien solo para ellos, para el pueblo escogido? Y sin embargo ha sido esta extranjera la única que les había prestado ayuda, mientras que los suyos se habían negado a ello. Y esto había ocurrido más de una vez, tal como lo atestiguaban los libros santos.

No me preocuparía por este hecho —pensaba él— si en este momento estuviera naciendo mi hijo verdadero. Sabría

que sería tal como yo le haría. Pero El no es mi hijo... Es alguien que manda el Altísimo. Llega para cumplir Su voluntad. José mismo no deseaba hacer otra cosa. Esperaba para oír la llamada del Altísimo. Cuando llegó, la siguió aunque le había exigido renunciar a la muchacha que había encontrado, y al hijo de sus sueños. No lo entiendo —pensaba— pero puesto que El lo exige...

Se apoyó con todo el cuerpo contra la roca, cerró los ojos. Alrededor seguía reinando el mismo silencio, como impregnado de expectación anhelante. El perro ladró. Abrió de nuevo los ojos. Parpadeó fuertemente. Era como si le hubiese herido el resplandor del sol. Pero no hacía sol. La noche no dejó de ser noche. Aunque se había vuelto más luminosa que antes. El resplandor que salía antes de las estrellas parecía ahora brotar de todas partes, como irradiado por la tierra, los montes, las plantas. Todo alrededor parecía arder. Sintió que estaba rodeado del perfume de las flores. No las había antes. Ahora divisaba campos enteros de flores. Mirara donde mirara se abrían grandes cálices blancos...

A su espalda oyó la voz de Ata:

—¡Oh José alégrate! ¡Alégrate mucho! Es varón. Tienes un hijo. Ha nacido sin problemas. Qué hermoso es. Tu esposa te llama...

¿Le había parecido solamente que en la palabra «esposa» había un deje de extraordinario respeto? Entró corriendo en la gruta. El fuego seguía humeando, el humo seguía picando los ojos. A través del humo, como a través de la niebla, vio a Miriam inclinada sobre el pesebre. Era allí, bajo las cabezas inclinadas de los animales donde depositó al Recién Nacido. Se inclinó. Sobre la paja yacía el Niño. Un Niño como los demás niños. Tenía los párpados cerrados como si hiciera un esfuerzo para no mirar, y la boquita pequeña entreabierta como si buscara algo. No se diferenciaba de los niños recién nacidos que había visto. Las pequeñas manitas azuladas, con el puño cerrado, no se extendían para coger la espada. Era pequeño y débil. Necesitaba protección. El buey y el asno miraban al Niño desde arriba con una especie de expresión comprensiva en el hocico. El perro se empinó y lamió la manita levantada.



José puso las manos bajo el Niño y lo levantó. Era muy ligero, parecía que no pesaba más que los trapitos que le envolvían. La costumbre requería que el padre levantara al niño y lo pusiera en su regazo.

—Mírale, José —susurró Miriam—. Qué bonito es.
—El más bonito —reconoció él.
—Se llamará Jesús... ¿Lo permites verdad?
—Se llamará como quieras tú.
—Nuestro Jesús —musitaba ella—, nuestro Hijo...

José puso las manos bajo el Niño y lo levantó. Era muy ligero, parecía que no pesaba más que los trapitos que le envolvían. La costumbre antigua requería que el padre levantara al niño y lo pusiera en su regazo. La mirada sonriente de Miriam expresaba su deseo. Hizo el gesto tradicional y, cuando miraba al Bebé colocado en su regazo, experimentó unas sensaciones extrañas. Casi un instante antes se había rebelado contra el Recién Nacido. Ahora se avergonzaba de aquellos pensamientos. El que había nacido no era un gigante dispuesto para la lucha. Entre sus manos sentía el cuerpo delicado, frágil. Las manitas del Niño se agitaban con un movimiento inseguro de recién nacido. De repente, abrió los ojitos cerrados. José vio el iris oscuro y la córnea azulada. Miró interrogante esos ojos, pero el Niño, como cualquier recién nacido, se fijaba en un punto en el espacio. Movía continuamente la boquita.

Se levantó de nuevo y volvió a colocarlo en el pesebre. Miriam lo arropó con un trozo arrancado de su túnica. No tenían nada para vestir al Niño. ¡Confiaban tanto en obtenerlo todo de las mujeres de los hermanos de José!

Tímidamente, lleno de una nueva ternura, tocó la cabeza de Miriam inclinada sobre el pesebre.

—Ahora —le dijo él— tienes que descansar, dormir. El quiere dormir. Ata estará vigilando y yo no me alejaré. Puedes estar tranquila, no cerraré los ojos. Estaré velando.

—Ya sé que estarás velando —susurró ella.

—Duerme entonces.

—Dormiré —ya estaba posando la cabeza sobre la paja, cuando preguntó: —¿Lo amarás?

—¿Podría no quererle?

—Tienes razón ¡No podrías! Ni tú ni nadie... Pero tú —tocó con el dedo el pecho de José— has de ser el padre. Es nuestro Jesús...

Volvió a sonreír de nuevo y luego cerró los ojos. Un poco más tarde estaba durmiendo. José se sentó al lado del pese-

bre. Con la cabeza apoyada en la mano miraba al Niño dormido. El humo seguía picando los ojos. El perro se recostó a sus pies. En el silencio se oía la respiración de las personas y de los animales. A veces el fuego crujía.

26.

Sin embargo el cansancio hizo que se adormeciera. Pero no duró mucho. Lo despertaron de improviso unas voces ásperas. Abrió inmediatamente los ojos. Unos desconocidos estaban parados a la entrada de la gruta y decían algo. En el silencio de la noche sus voces parecían sonar extrañamente amenazadoras. Ata también hablaba. Parecía preguntarles algo. Luego oyó que se dirigía a él diciendo:

—José, levántate. ¡Ven aquí! ¡No sé lo que quieren!

José se puso de pie de un brinco. Este corto sueño había sido tan profundo que le vacilaban las piernas. Su primera mirada se dirigió presurosa hacia Miriam. Las voces no la habían despertado. Dormía y en sus labios seguía la sonrisa gozosa con la que miraba a José antes de dormir.

Salió corriendo fuera de la gruta.

La misteriosa noche centelleante proseguía. El cielo parecía arder de estrellas, tan numerosas que parecían formar una especie de río ancho de esplendor y cruzaba todo el horizonte, cayendo en cascada plateada sobre la pared de las montañas. Pero la tierra también parecía reverberar este resplandor, como si fuera un lago inmenso en el que se miraba el cielo.

El grupo de hombres estaba parado a pocos pasos de la gruta. Ata abrió los brazos, como si quisiera impedir su irrupción en la gruta. Decía algo ya rogando, ya con voz desesperada. José se puso a su lado. Ella se volvió hacia él diciendo:

—Escucha, José, se empeñan en entrar. Dicen que quieren ver. Les explico, les ruego... No sé qué es lo que quieren...

Los ojos se habían acomodado a la reverberación y José les veía ahora con toda nitidez. Eran pastores que cuidaban los rebaños de los habitantes de Belén. Tenían un aspecto bronco. Llevaban la cara sin afeitar, bastones en la mano,

cuchillos y hachas sujetos a la cintura. Iban vestidos de pieles. Se veían sus brazos nudosos, grandes y fuertes cubiertos de vello áspero. Su aspecto impresionaba. José sintió un estremecimiento de miedo, pero con un movimiento decidido se puso delante de Ata. Preguntó:

—¿Qué queréis?

No contestaron. Tal vez les sorprendiera la aparición de José. Hablaron algo entre sí, como si se consultaran. José no entendía lo que decían. Tenían una jerga propia, sencilla, llena de expresiones extrañas. Lo más probable era que en su vida no observaban la pureza de la Ley ni sus preceptos. Vivían en continuo desplazamiento, llevando consigo a sus mujeres y a sus hijos. Estaban en los prados casi el año entero. Aparecían por Belén dos o tres veces al año: traían los rebaños para enseñárselos a sus dueños y les entregaban las reses cebadas destinadas a la matanza. En estas ocasiones los dueños de los rebaños echaban cuentas con ellos. Pero nadie les invitaba a entrar en su casa. Inspiraban temor. Cuando entraban en el pueblo, todas las puertas se cerraban a su paso. Cuidaban bien de los rebaños, pero todos estaban convencidos de que además de al pastoreo se dedicaban a la rapiña. Por otra parte, muchos eran mestizos. El trabajo les había hecho duros, acostumbrados a la lucha con los animales salvajes que atacaban los rebaños.

—¿Qué queréis? —repitió José. La aprensión no le había abandonado, pero se sentía al mismo tiempo dispuesto a defender a los suyos, aunque tuviera que enfrentarse a todo el grupo de los presentes.

Los otros seguían hablando entre sí. Daba la impresión de que discutían por algo. De repente, empezaron a llamar a uno empujándole para sacarle al frente. El hombre que se plantó ante José ya no era muy joven. Llevaba el pelo enhiesto, con una calvicie incipiente en la frente. El rostro bruñido por el sol y el viento estaba lleno de arrugas. La chaqueta de piel abierta dejaba al descubierto un pecho velludo. Su bastón estaba incrustado de piedras y en la cintura llevaba un hacha pequeña. Cuando pasó entre sus compañeros, éstos se abrieron con respeto ante él: era probablemente su jefe.

—Dime —empezó el hombre— si en esta gruta ha nacido un niño.

La pregunta sorprendió a José.

—¿Por qué lo preguntas?

—Quiero saber. Y ellos —indicó el grupo —también quieren saberlo. Para eso hemos venido.

—¿Para saber del nacimiento de un Niño?

—Así es.

—Desde luego, mi esposa ha dado a luz a un Niño.

—¿Y lo habéis puesto en un pesebre?

—No entiendo por qué lo preguntas. Así es, como has dicho. Llegamos aquí desde tierras lejanas. No hubo sitio para nosotros en la posada. Nadie quería recibirnos...

—¿Y por eso ha nacido aquí?

—Sí.

—¿Y le habéis puesto en un pesebre?

El hombre repitió su pregunta en un tono como si estuviera interesado en comprobar algo extraordinariamente importante.

—Sí. No teníamos cuna...

El hombre maduro se volvió hacia los suyos. Les explicaba algo largamente en un idioma gutural, incomprensible para José. Cuando terminó se levantó un gran vocerío. José no supo adivinar el significado de estos gritos: ira, sorpresa o admiración. Había algo extraño en este interrogatorio sobre hechos tan banales.

El hombre se dirigió de nuevo a José.

—¿Cuándo nació tu hijo? ¿Cuándo se encendió este gran resplandor y cuándo se dejaron de oír las voces?

—La noche está llena de resplandor... Y no sé de qué voces estás hablando, yo no he oído ninguna.

—¿No has oído? —ahora en la voz del hombre asomó la sorpresa.

—No... ¿Qué voces eran? ¿Qué decían?

El hombre parecía reflexionar.

—Sí, había voces... —dijo al fin—. Las hemos oído todos. No podía ser un sueño. Un sueño lo tiene uno solo. No hay dos sueños exactamente iguales...

—¿Y qué decían esas voces? —cuando preguntaba sintió un escalofrío que le recorrió los hombros y se deslizó por la columna.

El viejo parecía dudar. Miró a los suyos, se pasó una y otra vez la mano por el pecho hirsuto. Por fin balbuceó.

—Decían cosas extrañas... Que fuéramos a buscar a un Niño, que había nacido esta noche en la gruta en el campo de David y que ha sido puesto en un pesebre de animales...

—¿Y por qué esas voces os mandaron buscar al Niño?

—Nos mandaron buscarlo y verlo —lanzó evasivo. De repente preguntó: —¿Cómo es ese hijo tuyo?

—Como los demás.

Sacudió la cabeza como si no consiguiera entender algo.

—Tú lo dices... Pero las voces mandaban que fuéramos a buscarlo, encontrarlo, rendirle homenaje... No sé por qué... Cada uno de nosotros cogió consigo lo que podía... Para ofrecerlo... y tú dices...: un niño como los demás. Todas las noches nacen niños. ¿Por qué hablaban las voces de este Niño? Tenemos que verle. Tenemos que convencernos.

Después de decirlo dio un paso hacia José. Tras él siguió todo el montón. Pero José les cerró de nuevo el paso.

—¡Deteneós! ¡Paráos! —gritó.

—¿Por qué nos detienes? —preguntó el viejo.

—¿Es cierto lo que has dicho de las voces?

Lo que decía el hombre sonaba a ensueño y sin embargo podía ocultar un peligro. El montón de pastores que despedían un olor a pieles, a sangre y a grasa de animales, no infundía confianza. ¿Eran realmente unas voces celestiales las que les habían traído hasta aquí? —pensaba él—. Si eran de verdad voces del cielo, ¿por qué no hablaron a los sacerdotes? ¿Por qué no hablaron a sus hermanos? Son ellos quienes habrían debido comprender y venir los primeros ¿Qué entenderá de lo que vea esta gente casi salvaje? Un Niño envuelto en paños rasgados de una túnica... Ellos esperan algo extraordinario. ¿Es tal vez una treta? ¿Tal vez una maquinación de mis hermanos? ¿Tal vez quieran raptar al Pequeño?

—¿Crees —dijo el viejo, como si adivinara los pensamientos de José— que las voces misteriosas no podían hablarnos a nosotros? Las hemos oído de verdad. E inmediatamente decidimos venir. No nos detengas...

—Bueno —dijo José—, pasad a verlo. No os lo prohibiré. Pero quiero advertiros: no vais a ver nada del otro mundo. No sé lo que os dijeron las voces. Pero mi mujer y yo somos gente humilde...

—Cuando El que nos habló nos dijo que el Niño estaría acostado en un pesebre, sabíamos que necesitaría de nuestra ayuda... Cada uno ha traído algo...

—¿Entonces qué esperáis de El?

El hombre se alisó el pelo.

—Nos dijo —afirmó— que este Niño trae la paz...

—¿La paz? —exclamó José, retrocediendo maquinalmente un paso—. ¿Os dijo eso?

—Así nos dijo. ¿Eso te sorprende? —bajo las cejas pobladas miraba ahora atentamente a José.

Me sorprende que vosotros busquéis la paz —era preso de incertidumbre interna—. Tenéis más bien aspecto de gente que busca camorra.

El viejo pastor alzó los hombros.

—¿Qué sabes tú de nosotros, hombre? —le dijo—. Tenemos que luchar. Pero cada uno de nosotros quisiera dejar a su hijo una vida diferente. Déjanos pasar.

—Pasad —les dijo—. Solamente os ruego que no arméis ruido, que no gritéis... El Niño es pequeño, y Su madre está cansada...

Entraron uno tras otro con cuidado, de puntillas, con sorprendente humildad. Su aspecto belicoso, amenazador, había desaparecido. Miriam ya no dormía, miraba a los pastores que entraban en la gruta y su corazón no reflejaba temor. El Niño no lloró. El perro no ladró, junto con las personas que entraban se difundía por la gruta el resplandor misterioso que bañaba la noche.

27.

La primavera apareció de repente y la vegetación brotó de golpe, como un incendio. Las vertientes se cubrieron de hierba fresca, y en medio de ella florecieron las flores blancas, rojas y amarillas. Eran flores típicas de primavera. Aquellas maravillosas, que cubrían todo el prado en la noche del nacimiento, se habían ocultado en alguna parte.

Pasaron los días y llegó el momento señalado por la Ley, en el que era preciso ofrecer al Altísimo el Hijo primogénito, y al mismo tiempo rescatarlo. El ofrecimiento realizado antaño por Abraham se convirtió en rito. José no sabía sin embargo cómo obrar con respecto a este rito.

La norma era clarísima. ¿Pero debía, le era lícito —se preguntaba a sí mismo— rescatar al Niño, del que únicamente será el padre aparentemente? Abraham ofreció su hijo y este hijo le había sido devuelto. ¿Cón qué derecho, él, la sombra, iba a realizar el gesto que simboliza el sacrificio cruento? Por otra parte, si se negara a cumplir con el precepto, se expondría a sí mismo y a toda su familia a pecar de impiedad.

Ocurría lo mismo con el asunto de la purificación de Miriam. ¿De qué necesitaba purificarse, dado que la concepción era obra del poder del Altísimo? Y sin embargo, si no lo hacía, podía ser acusada de impureza. Puesto que se le pidió que fuera la sombra del Padre, esto significaba que el Altísimo no deseaba revelar antes de tiempo quién era el Recién Nacido. Entonces, ¿cómo obrar en este caso? Estaba convencido de que todo debía permanecer oculto hasta el momento del nacimiento. Pero el Niño había nacido y las dudas seguían. ¿Hasta cuándo era menester ocultar lo extraordinario bajo lo ordinario? En los momentos de iluminación todo parecía ser tan sencillo... Pero los momentos de iluminación pasaban, y la vida planteaba sus exigencias...

Había también otra dificultad. El rescate del primogénito representaba una gran cantidad de dinero. Pero José no tenía nada. Las dificultades y los problemas del viaje habían engullido la pequeña suma con la que abandonó Nazaret. Ahora carecían de todo y, si no fuera por las ofrendas de los pastores, no tendrían nada para comer. Les habían traído muchas cosas. Luego también vinieron con regalos. Ellos fueron quienes ayudaron a José en la labor de cerrar la gruta para convertirla en vivienda; Miriam y Ata limpiaron el interior, la vieja cuna de los hijos de Ata sustituyó al pesebre. Miriam lavaba afanosamente los trapitos que envolvían a su hijo. Pero no había dinero.

De parte de los hermanos y primos no vino nadie a la



El rescate del primogénito representaba una gran cantidad de dinero. Pero José no tenía nada. Las dificultades y los problemas del viaje habían engullido la pequeña suma con la que abandonó Nazaret. Ahora carecían de todo y, si no fuera por las ofrendas de los pastores, no tendrían nada para comer. Ellos fueron quienes ayudaron a José en la labor de cerrar la gruta para convertirla en vivienda; Miriam y Ata limpiaron el interior, la vieja cuna de los hijos de Ata sustituyó al pesebre.

gruta. No les aportaron ninguna ayuda. Y sin embargo, ellos tenían que saber que el Niño había nacido y que José estaba todavía en Belén. De lejos, desde el terrado de sus casas podían ver gente andando cerca de la gruta. Les espiaban sin lugar a duda. Ata tropezaba con gente en el mercado que le hacía preguntas. José estaba convencido de que lo sabían todo acerca de ellos.

En el primer momento libre José se dirigió a la sinagoga y se presentó al *hazzan*. Era él quien llevaba el libro de registro de la familia. El *hazzan*, que conocía bien a José, inscribió en el registro a José y a Jesús, aceptando por el pago algo de queso y unos huevos. Luego empezaron a charlar.

—Sabrás seguramente, José —le dijo el *hazzan*— que este *gôj* impuro decidió que la inscripción en el libro era al propio tiempo juramento de fidelidad hacia él y el emperador de Roma.

—Ya lo sé, Bananías. Es lo que divulgaron los enviados del rey.

—Puesto que lo sabes, esto basta. Hice la inscripción y que este perro sarnoso —¡que el Altísimo acorte sus días!— piense lo que le parezca. ¡Que se imagine que cada uno ha prestado juramento! Yo no soy fariseo y no tengo intención de obrar como ellos. Ellos no se presentan para inscribirse, y cuando la gente del rey les llama, declaran a voz en grito que no prestarán juramento al César. Y a los que se han inscrito les dicen que han pecado gravemente. Yo no lo digo. ¡Que el pecado recaiga sobre Herodes, que sea la piedra que le aplaste el cuello en el *sheol*! Pero tiene espías por todas partes. Los fariseos pueden gallear... No sé quién les protege, pero alguien tiene que protegerles. Nosotros no tenemos para protegernos a ningún Polión, con el que Herodes habla a menudo. Tampoco a un esenio Menahem, que le prometió a este impuro un largo reinado. A nosotros siempre nos puede alcanzar. Has hecho bien en inscribirte... Sus hombres podrían espiar, estar atentos al comportamiento del primogénito de la estirpe de David. Pero ya no hablemos más de esto. Díme mas bien cuál es tu intención: ¿te quedarás en Belén o volverás a Galilea? Tus hermanos, a decir verdad, no se han comportado honestamente contigo...

—Temen a Herodes.

—¡No los defiendas! Y si incluso sus espías os vigilan, informarán que has prestado juramento tal como él lo exige. A mi parecer no corres ningún peligro. Ahora podrías quedarte tranquilamente.

—Me quedaría con gusto...

—Yo te aconsejo: quédate. Además, tienes que cumplir con el ofrecimiento del Niño y se acerca la purificación de tu esposa.

—Lo recuerdo. Pero para quedarme necesitaría tener algo con qué vivir.

—¿Un artesano como tú? No dirás que no eres capaz de ganar. Cuando vivías aquí, me acuerdo, no podías dar abasto con los encargos.

—No tengo muchas herramientas. Sólo traje conmigo las más imprescindibles. Además, tendría que anunciar que realizo trabajos. Esto podría no gustarles mucho a mis hermanos...

—Tus hermanos tendrán que cambiar de comportamiento. Y si lo quieres, yo mismo anunciaré que aceptas encargos. No hay ningún *naggar* en la región, y la gente tiene que ir hasta Jerusalén con sus encargos.

—Creo que tu consejo es acertado Bananías. Te agradezco el buen consejo y el deseo de ayudarme. Está bien, anúncialo...

Al volver a su casa, José examinó con cuidado el saco de las herramientas. Con las que tenía podía hacer bastante. En casa de su padre estaba su antiguo taller, pero sentía que no sería capaz de ir a pedirle a Seba que le entregase sus otras herramientas. Tenía muy grabada en la memoria la puerta cerrada en sus barbas y el recuerdo de que sus hermanos se habían confabulado para no recibirle... Por influencia de Miriam luchaba contra su aversión hacia ellos. Sin embargo, ir allí, pedir... era demasiado.

Empezó a esperar que viniera la gente con encargos. Pero pasaban los días y nadie se presentó. Bananías hablaba de José y, a pesar de eso, los que necesitaban una reja, un arado, una horca o una mesa, iban a los *naggar* de Jerusalén. José comprendió que alguien impedía que vinieran a verle. Y esto solo lo podían hacer sus hermanos.

—¿En qué cavilas tanto? —le preguntó Miriam, cuando al volver a casa con el Niño en brazos lo vio sentado en el umbral con la cabeza tristemente bajada y apoyada en la mano. Le acarició el pelo con la mano—. ¿Te preocupa algo?

Suspiró profundamente.

—Hay razones para inquietarse, Miriam —le dijo. Se apartó para hacerle sitio a su lado—. Las recomendaciones de Bananías no han bastado. Nadie viene a verme con encargos. Nadie viene a encargarme nada. No tengo trabajo, no puedo ganar para manteneros...

—No te disgustes —seguía ella diciendo con el mismo tono cálido—. No nos hemos muerto y no nos vamos a morir. Estos honrados pastores han vuelto a traernos esta mañana leche y queso...

—Vivimos de su caridad.

—Vivimos de la generosidad del Altísimo... El hombre vive siempre de su generosidad y es bueno que sea así, porque nos acordamos entonces de Su bondad.

—Es cierto lo que dices. Pero El le manda al hombre y le permite hacer uso de su capacidad para mantener a los que están a su cuidado. Si no fuera así; ¿por qué me mandaría cuidar de vosotros? Esta es mi obligación. Mientras tanto, mis manos están ociosas...

—Cuando El cierra el camino normal delante de un hombre tal vez le quiera enseñar algo.

—También lo que acabas de decir es cierto. Pero yo no sé qué espera El de mí. Soy demasiado tonto...

—No digas esto ni pienses así. No eres tonto, José, solo eres impaciente a veces... Créeme El no permitirá que perezcamos.

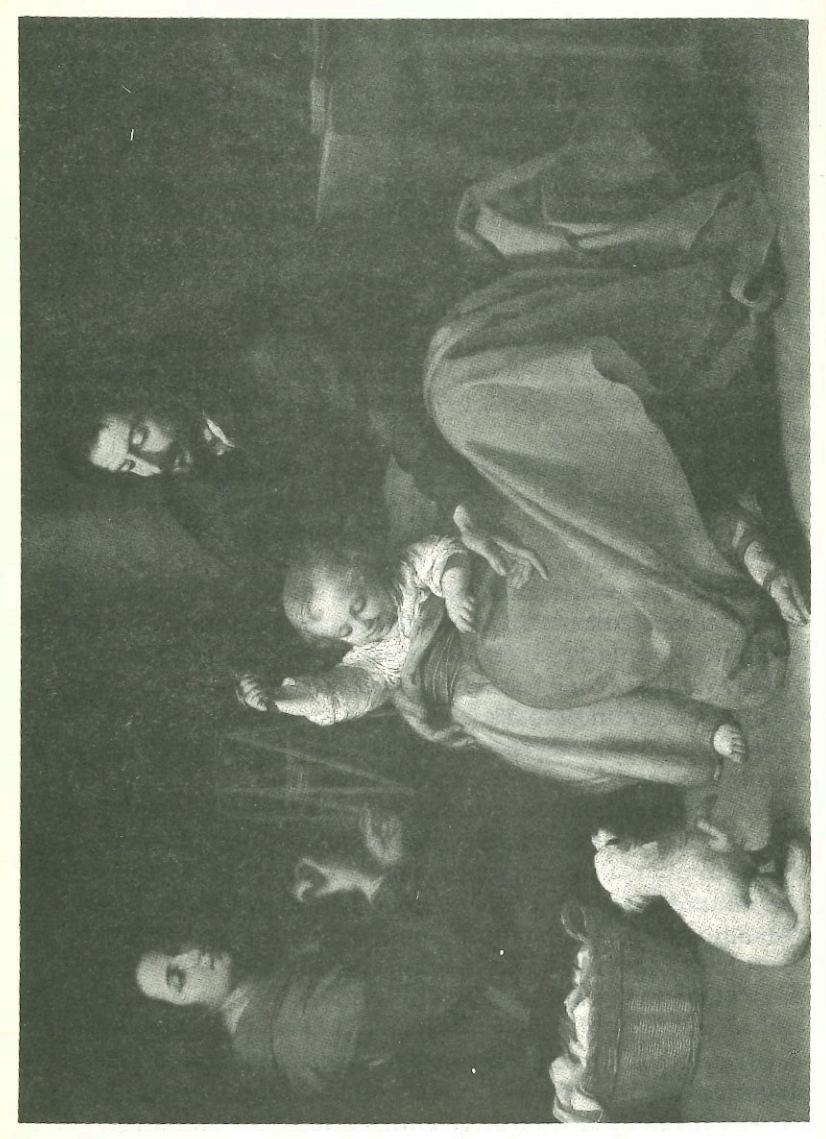
—No se trata solo de la comida...

—¿Qué más, entonces?

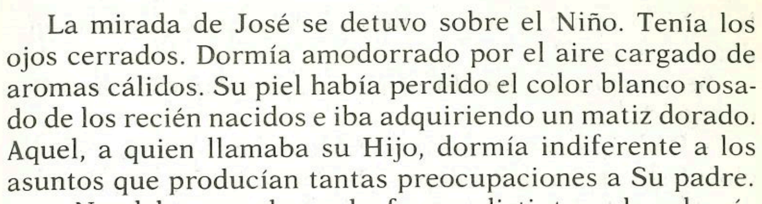
—Es menester rescatar a Jesús. Y tú tendrías que hacer la ofrenda de la purificación. Me imaginaba que no lo tendríamos que hacer...

—A mí me parece que tenemos que hacer como todo el mundo.

—También lo creo así. Además, si hubiésemos obrado de forma distinta, llamaría la atención de la gente. Bananías me ha dicho ya que recuerde...



José se sorprendía a sí mismo a veces con el sentimiento de que cuando hablaba de El, el Niño le escuchaba y entendía cada palabra.



La mirada de José se detuvo sobre el Niño. Tenía los ojos cerrados. Dormía amodorrado por el aire cargado de aromas cálidos. Su piel había perdido el color blanco rosado de los recién nacidos e iba adquiriendo un matiz dorado. Aquel, a quien llamaba su Hijo, dormía indiferente a los asuntos que producían tantas preocupaciones a Su padre.

—No debemos obrar de forma distinta a los demás —repitió ella—. El vino del Altísimo y pertenece al Altísimo.

Pasó la mirada del Niño a un punto en el espacio diciendo pensativamente:

—Pero también es nuestro Hijo... No hay precio, que pudiera pagar el regalo de tenerle... ¡Cada día que Lo tenemos es una felicidad!

—¿Y tu purificación, Miriam?

—No estaré nunca bastante pura para tenerle. ¿Verdad, Hijito? —se inclinó sonriente sobre el Niño—. Eres Tú, solo Tú...

El Niño despertó. Se sobresaltó al principio, como si la vuelta del país de los sueños le supusiera un choque. La carita se encogió y se retorció. Los labios empezaron a moverse rápidamente como si buscaran algo, una ola de arrugas corrió hacia el pelo que le caía sobre la frente en pequeños bucles. Solo entonces se le abrieron los ojos. Eran grandes, oscuros, como llenos de pensamientos.

José se sorprendía a sí mismo a veces con el sentimiento de que cuando hablaba de El, el Niño le escuchaba y entendía cada palabra. Pero aunque comprendiera, seguía siendo un recién nacido.

—El que te lo anunció —preguntó José— ¿no te dijo nada de cómo debíamos comportarnos?

Ella alzó los hombros como si su pregunta se refiriera a algo carente de importancia.

—¿Por qué tenía que decírnoslo?

—Tenía que haberte avisado. Es tan difícil acertar con el camino adecuado...

Miriam hizo saltar ligeramente al Niño, y Este empezó a reír con el juego.

—¡Mira cómo se ríe! —dijo ella feliz—. Oh, José —le dijo cariñosamente, viéndole afligido—, tú estás preocupándo-

te... ¡Si lo tenemos a El! ¿No es esto más importante que cualquier cosa?

Se sonrió a sus palabras, pero la preocupación le volvió enseguida.

—Dado que tengo que rescatarle, necesito tener cinco siclos. Esto es mucho dinero. ¿De dónde lo voy a sacar?

—Lo encontraremos... —Le dijo ella suavemente.

—Pero ¿cómo?

—No lo sé —hizo una señal con la mano, pero siguió sonriendo—. El Altísimo no nos olvidará. ¿Quieres cogerlo un poco, por favor? Tengo que ir a preparar la comida.

El Niño balbuceaba algo. A veces sacudía las manitas, con unos deditos pequeños casi transparentes.

Se lo cogió a su madre y ella, tras sonreír de nuevo a Jesús, se fue a la gruta. José tocaba el cuerpecito diminuto con una sensación extraña. Si hubiera sido su hijo, habría buscado en su cuerpo señales que pertenecieran a su propio cuerpo. Pero El era solò el Hijo de Miriam. Hasta en los ínfimos detalles de sus rasgos se parecía a ella. En ningún otro niño había observado un parecido tan grande con su madre. Se podía jurar que ninguna forma humana había dejado su impronta sobre aquella arcilla. Este descubrimiento le dio lugar a sensaciones extrañas. Hacía que el Niño pareciera al propio tiempo algo muy cercano y muy alejado... No podría no amar a un ser que le recordaba a la mujer amada. Había al propio tiempo en este parecido algo irritante... Como si este Niño se interpusiera entre Miriam y él, y fuera el culpable de la separación que les había sido impuesta.

Los ojos del Niño siguieron a Su madre, pero la perdieron pronto. Ahora miraban a José. De nuevo le pareció que tras esta mirada se ocultaba un pensamiento inexpresado y sin embargo maduro.

Adelantó la mano para enderezar la orejita doblada del Niño, y de repente percibió una especie de fijeza intensa en los ojos del Pequeño. La mirada de aquellos ojos oscuros se dirigía claramente hacia su mano.

La pequeña manita se extendió. Con un movimiento inseguro, oscilante, trataba de coger algo. Los deditos menudos tropezaron con los dedos de José y se aferraron a ellos.

Entendió: el Niño había visto en su mano el antiguo anillo familiar e intentaba cogerlo. Retiró el anillo del dedo y se lo dio al Pequeño. La manita hizo un esfuerzo para coger el anillo pero al mismo tiempo dio un salto de alegría y el anillo cayó al suelo. José se agachó para recogerlo y de pronto, como un relámpago, la idea le cruzó por la cabeza.

Este trozo de oro era dinero. Es cierto que era también el sello de la estirpe. Pero la estirpe había renegado de ellos. El pasado había desaparecido. El pequeño descendiente de la estirpe de David se había encontrado fuera de la estirpe. Ya no le era necesario la señal de pertenencia a lo que había desaparecido.

—¡Mira! —díjole a Miriam, que acababa de volver—, mira, lo que se me ha ocurrido. Este anillo significa dinero. Rescataremos a Jesús. Haremos la ofrenda de purificación. El me ha quitado este anillo y lo ha arrojado...

Ella le puso con cariño la mano sobre el hombro diciendo:

—Ya ves. Estaba segura de que El sabría cómo arreglarlo.

28.

En la gran explanada de delante del Templo había mucha gente. No era época de fiestas, no se veían viajeros de tierras lejanas, pero la misma Jerusalén, aunque no era una ciudad grande, acogía dentro de sus murallas un número ingente de habitantes. Estos solían pasar todos los ratos libres en el atrio del Templo.

Bajo los pórticos, y especialmente bajo el Pórtico Real, colgado sobre la escarpada como sobre un precipicio, había una multitud escuchando las disputas de los sabios escribas, que deliberaban en voz alta sobre los asuntos que se les proponían. En otros sitios rodeaba a los portadores callejeros de noticias y de chismorreos. Al lado de los judíos paseaban en grupitos los extranjeros: griegos, sirios, idumeos: cualquiera podía entrar en el atrio exterior.

El pórtico que daba a la ciudad, menos suntuoso que el de Salomón y el Real, estaba ocupado por puestos de vendedores. Esta parte del atrio era un enorme mercado. En los


José llevaba al Niño en sus brazos.

días festivos, cuando había mucho movimiento y llegaban los peregrinos, aumentaba el número de puestos. Los había por todas partes, incluso en las escaleras que llevaban al Santuario, detrás del murete que no podía traspasar un no-judío, advertencia que recordaban unos paneles escritos en varios idiomas. En aquel momento, el movimiento era escaso y por esta razón funcionaban únicamente los puestos situados bajo el pórtico. Cerca de la entrada al atrio más concurrida, que por el puente llevaba al Xystos, estaban dispuestas las mesitas de los banqueros y cambistas de monedas. Por este excelente puesto, los banqueros abonaban al gran sacerdote Simón una enorme cantidad de dinero, que constituía la base de la riqueza del suegro de Herodes.

José, que llevaba al Niño en sus brazos, y Miriam, que caminaba a su lado, entraron humildemente por la Puerta del Angulo, a la que había que subir desde la ciudad inferior por unas largas escaleras. Al encontrarse en el atrio repleto de personas y de ruido, se detuvieron aturdidos, sin saber muy bien a dónde ir. El bullicio y el desorden reinante les mareaba. Se sintieron aún más perdidos cuando les rodeó una nube chillona de muchachos con los *peisâ* en las orejas, que empezaron a tirar a José por el abrigo cada cual en dirección opuesta. Eran «ganchos» que mandaban los dueños de los puestos para atraer compradores. Estaban al acecho de las personas que por su comportamiento daban a entender que venían a hacer una ofrenda. Los chicos daban saltos sacudiendo los rizos de su pelo, chillaban de modo ensordecedor tratando de hacerse oír sobre los demás; al mismo tiempo que tiraban de José se daban patadas y puñetazos. Los ojos del Niño Jesús, que miraba todo aquello, se abrieron desmesuradamente. Apareció en ellos una especie de expresión de espanto. La boquita del Niño empezó a «hacer pucheros». El llanto del Hijo espantaba siempre a Miriam. Agarró a José por la mano diciendo:

—¡Vámonos de aquí, que va a llorar!

José trataba de desasirse de los importunos y para conseguirlo se acercó presuroso al puesto más cercano. Allí se vendían pájaros en jaulas pequeñas. Sin regatear, compró un par de tórtolas grises. Miriam cogió la jaulita y la levantó mostrándole los pájaros a Jesús. Los pájaros atrajeron la

atención del Niño con su aleteo. El Pequeño, agitando las manos, se reía y trataba de meter los dedos entre los barrotes de la jaula.

—Mira cómo le gustan —dijo Miriam—. Seguramente le daría más alegría verlos volar muy alto —suspiró—. Los soltaría con gusto.

—¿Y qué darías entonces para la ofrenda?

No le contestó, sino que volvió a suspirar y apretó los labios. José sabía de su amor hacia todos los seres creados... No permitía que se le hiciera daño a ninguno, defendía a cada uno y lo protegía. No quería matar ni siquiera a las moscas más obstinadas. El asno, el perro, los pájaros, parecían percibir su bondad.

Cruzaron el atrio, y se dirigieron hacia la mesa de los cambistas. Durante todo el tiempo ella llevaba la jaula levantada, para que Jesús pudiera ver las tórtolas. El Niño agitaba las manos hacia los pájaros.

Se pararon ante el primer puesto de banquero. Detrás de la mesa había un hombre delgado, sentado, con una nariz ganchuda y una barba rala de color indefinido. Sus ojos de párpados rojizos y legañosos miraban sin ningún interés a la pareja vestida humildemente. Tuvo que haber notado su timidez, porque preguntó:

—Bueno, qué quieres. ¿Por qué estás ahí parado? ¿Qué quieres? ¿Cambiar?

José metió la mano en la pechera. Sacó la sortija del trapo y, poniéndola en la palma de la mano, se la presentó al banquero sin decir palabra.

El otro cogió el anillo entre sus dedos. Lo miró desde todos los ángulos. Frotaba con el dedo el dibujo desgastado. Tenía los labios torcidos con una sonrisa de desprecio, pero los ojos le brillaban con interés.

—¿De dónde lo tienes? —preguntó—. ¿Es tuyo?

—Es mío. Lo heredé de mi padre.

—¿Quieres venderlo?

—Tengo que rescatar a mi hijo.

El banquero volvió de nuevo a mirar el anillo.

—Es viejo —murmuraba— desgastado...—. Con gesto despreciativo lanzó el anillo sobre la balanza de la mesa—.

Para el rescate necesitas cinco siclos —le dijo—: te daré ocho... Bueno, eres pobre, te daré diez...

José se echó atrás maquinalmente. No tenía la menor idea del valor del anillo. Pero recordó que tenían deudas. También, si tuviera que quedarse, tendría que comprar madera para el taller y unas cuantas herramientas.

Extendió la mano para coger el anillo de la mesa, pero el banquero con un movimiento mucho más rápido lo cubrió con la mano.

—¿No te basta? Por mi conciencia, quiero ayudarte. Por la frente de Moisés, este anillo no tiene este precio. Pero yo te daré quince; no, te daré veinte siclos... ¡Veinte siclos! ¿Te das cuenta del dinero que es esto? ¿Cuántas cosas se pueden comprar con ellos? ¡Por veinte siclos puedes rescatar a tu hijo y comprarte además un burro!

José no sabía regatear. Cuando vendía sus trabajos y alguien intentaba rebajar el precio que había dado, abría las manos desconsolado y hacía el cálculo: «la madera me costó tanto..., por el trabajo quisiera cobrar tanto...». Era un cálculo tan modesto que el comprador dejaba inmediatamente de regatear. Veinte siclos le parecían mucho dinero. Empezó a hacer cálculos en voz baja de lo que podría adquirir por este dinero. Bastará para el rescate, para pagar las deudas, para herramientas... Para la madera con que fabricar los objetos, sin necesidad de pedir un adelanto, no bastará probablemente...

El banquero, viendo que José estaba pensando, exclamó:

—¡Que el eterno Adonai me castigue, si no quiero ayudar a un necesitado! Escucha, hombre, ¡te doy treinta siclos! ¡Treinta siclos de plata! Es una cantidad tremenda, mucho, mucho más de lo que vale este viejo anillo desgastado. ¡Saldré perdiendo! Tienes esposa y un hijo primogénito... Quiero ayudarte, ¡Coge el dinero! ¡Cógelo, ya que te doy tanto...! Tanta prisa se daba, que hasta le temblaban las manos. Agarró el anillo con la velocidad de una urraca cogiendo un objeto brillante y lo escondió en su pecho. Abrió una cajita que estaba a su lado. Ahora, con gesto más pausado, con parsimonia, sacaba las monedas una a una. Algunas las escondía rápidamente después de sacar-

las, y ponía otras en su lugar con los bordes recortados. Le dio sólo cinco siclos en monedas asmoneas, abonando lo demás en estateres de Herodes.

—Ves, yo soy así —dijo torciendo los labios en una sonrisa—. Me caes bien. Quiero ayudarte. Ninguno de estos tramposos —con un gesto de la mano apuntó a las otras mesas— te daría tanto. Recoge el dinero y escóndelo bien, porque aquí en el atrio no faltan ladrones. Bueno, vete en paz. Mira cuánto he hecho por ti, cuánto se puede comprar con semejante montaña de dinero. Puedes comprar dos burros y luego alquilarlos y ganar con ellos. Bah, con tanto dinero puedes incluso comprar un esclavo, que trabajará por ti. Vete ya, vete. Has hecho un buen negocio y puedes estar satisfecho...

Moviendo la mano con sus largos dedos hacía gestos de despedir a José hacia el Santurario. José echó el dinero en un saquito, le saludó con una inclinación de cabeza, diciéndole:

—Que el Altísimo esté contigo.

El otro le contestó con una sonrisa. Se alejaron despacio de la mesita.

—Nos dio muchísimo dinero por el anillo —le dijo José a Miriam—. Supongo que habrá salido perjudicado.

—Lo hizo probablemente por su buen corazón. Compartió su riqueza con nosotros y nosotros deberíamos compartirla con los necesitados. ¿No te importará que le demos algo a Ata? ¡Es tan pobre!

—Me dará alegría poder ayudarle.

—¡Qué alegría poder ayudar a los demás! ¿Sabes?, con los pastores venía una muchacha. Es muy pobre... Va a tener un niño. Me gustaría ayudarle también...

—Darás a quien quieras. Si yo fuera rico, te daría siempre, para que lo repartieras entre la gente. Tú ves siempre al que necesita. Y das de manera que la gente se alegra... Sabes dar.

Ella le miró, sacudió la cabeza y le sonrió sin decir palabra.

Ahora se dirigieron hacia el Santuario. Tenían que abrirse de nuevo paso entre la multitud. Cogieron las escaleras hasta la primera rampa luego hasta la segunda. Había

muchas puertas que llevaban al Atrio de las Mujeres, pero las mujeres que venían para ofrecer la ofrenda de purificación podían utilizar una sola de ellas. La cruzaron.

El Atrio de las Mujeres era muy amplio. Servía al mismo tiempo de vestíbulo al verdadero Atrio de los Fieles, al que sólo podían acceder los hombres. Delante de las puertas había colocadas unas grandes urnas en las que los que entraban podían echar ofrendas. Al lado había unas mesitas en las que los levitas percibían el diezmo del Templo. En uno de los rincones del Atrio se llevaba a cabo el voto de los nazarenos. En otro de los rincones se reunían las mujeres, para entregar al sacerdote la ofrenda de la purificación.

Después de pagar el rescate de Jesús, se acercaron al lugar de las purificaciones. El sacerdote recogió la jaula de las manos de Miriam. José la vio cerrar los ojos y morderse los labios cuando el sacerdote sacaba cada pájaro y le cortaba el cuello. Los cuerpecitos gris amarillento yacían ahora en un charco de sangre sobre el ara. El sacerdote hizo caer una gota de sangre sobre la cabeza de Miriam arrodillada y después, levantando las manos encima de ella recitó una oración. La despachaba deprisa, de cualquier forma, con voz que mostraba su aburrimiento por el continuo repetir la ceremonia. Ni siquiera miró a la mujer postrada a sus pies. Miriam rezaba profundamente inclinada. José, observando la escena, pensó qué diferente era su oración de la del sacerdote. Miriam recitaba su *berakâ* recogida, como si hablara con alguien que escuchaba con atención cada una de sus palabras.

El sacerdote terminó, Miriam se levantó, hizo una profunda inclinación delante del sacerdote y, acercándose a José, le tomó de las manos a Jesús. Ya iban hacia la salida del Atrio, cuando vieron de repente a dos personas ancianas que se dirigían hacia ellos.

El hombre iba delante. Trataba de ir aprisa, aunque le costaba mucho. Golpeaba fuerte, con el bastón, impaciente, las losas del atrio. Llevaba una luenga barba blanca que le caía ampliamente sobre el pecho. La mujer era bajita, diminuta, reseca. No podía seguir al hombre, aunque ella también parecía darse prisa. Caminaba a pasos cortitos. Sus ojos grises parecían llenos de un resplandor febril.



Después de pagar el rescate de Jesús, se acercaron al lugar de las purificaciones. Miriam rezaba profundamente inclinada, recitaba su *berakâ* recogida, como si hablara con alguien que escuchaba con atención cada una de sus palabras. El sacerdote terminó, Miriam se levantó, hizo una profunda inclinación delante del sacerdote y, acercándose a José, le tomó de las manos a Jesús.

El hombre fue el primero en cortarle el camino a Miriam, quien, al verlo delante de sí, se detuvo. El se le acercó, arrimó su cara a la de ella, como si quisiera convencerse de que era realmente la que veían sus viejos ojos.

—¿Eres tú? —preguntó—. ¿Eres tú? ¿Es a ti a quien encontré aquella vez en Jericó? Tú me llevaste hasta Betania, me cuidaste, casi me llevaste en brazos. No me abandonaste, aunque te faltaban las fuerzas. ¿Eres tú? —preguntaba con tanto ímpetu que se sofocaba.

—Soy yo, padre —le dijo ella—. No hice nada más, que lo que habría hecho cualquiera...

—No —negó él rotundamente. Extendió sus manos de anciano deformadas sobre los hombros de Miriam. Sus ojos no dejaban de mirar el rostro de Miriam—. Mi corazón latía ya en aquel tiempo y parecía presentir algo —le dijo—. Entonces, pasada la noche, entendí... Pero ya te habías ido...

—Tenía prisa, padre. Y los dueños de la casa me prometieron que iban a cuidarte...

—Me cuidaron. Después de lo ocurrido, hicieron mucho por mí. Pero tú desapareciste. No sabía dónde buscarte. Pero tenía que verte por fuerza. Y hoy el Altísimo me permitió encontrarte de nuevo. ¡Este es el día más feliz que me ha tocado vivir!

Extendió sus brazos temblorosos preguntando:

—¿Me permites coger en mis brazos a tu Hijo?

—Cógelo, padre —contestó ella sin vacilar, aunque se estremeció ante el pensamiento de que el anciano pudiera dejar caer al Niño.

Simeón cogió a Jesús, lo levantó en vilo, le apretó contra su corazón. Inclinó sobre la carita pequeña su cara arrugada. Los ojos gastados del anciano se fijaban con detenimiento en los ojos del Niño, como si quisiera encontrar algo en ellos. Jesús no se asustó, no lloró. Su mirada respondía con tranquila curiosidad a la contemplación ardiente del hombre. Este intercambio de miradas fue muy largo, como si no fuera a acabar nunca.

Finalmente Simeón alzó la cabeza. Apretó de nuevo al Niño contra su pecho. Luego levantó la mirada hacia lo al-

to. Mirando el recuadro del cielo extendido sobre el atrio, murmuró:

—Te doy gracias, Señor, por haber querido cumplir con tu promesa. Ahora puedo irme tranquilo a la sombra de la muerte, porque he visto... Porque ví a Aquel que nació para gloria del pueblo de Israel y para ser Luz de todos los que permanecen en tinieblas... Te doy gracias, Señor, por cumplir con tu promesa.

José miraba a Simeón estupefacto. Cuando él no conseguía descubrir ninguna señal de nada extraordinario, había gente que encontraba en el Hijo de Miriam lo milagroso bajo la apariencia de lo cotidiano. Cómo les envidiaba. Este anciano miró y vio enseguida. El miraba todos los días y no conseguía ver lo que buscaba.

Simeón terminó su *berakâ* y se volvió hacia Miriam. Le entregó al Niño y ella le cogió presurosa, con alivio cuidadosamente disimulado. El anciano extendió sus manos sobre la cabeza inclinada de la muchacha.

—Te bendigo, hija mía —le dijo con voz temblorosa—. Que el Altísimo os envíe a ti y a tu esposo todo el bien necesario al hombre en su paso por la tierra. El bien que desconocemos, que no somos capaces de conocer con nuestras propias fuerzas y que es el bien verdadero. Este bien que nace de la obediencia del espíritu y del alma... Que no os falte nunca la fuerza para servir al Altísimo y nunca pierda ardor vuestro amor.

Bajó las manos, aunque siguió mirando a Miriam.

—El —empezó solemne, y su voz le temblaba más que antes, como abrumado por el peso del significado de las palabras expresadas— ha nacido para que muchos en Israel vean y conozcan Su luz. ¡Mas cuántos se rebelarán y se encontrarán en tinieblas! ¡Cuántos cerrarán los ojos y quedarán cegados! Muchos irán tras la voz de la contradicción —dijo en voz cada vez más baja, como si empezaran a faltarle las fuerzas—. Y una espada traspasará tu alma...

Miriam se estremeció. Quiso preguntar: por qué, pero no pudo abrir la boca. Allí, en una ladera encima de Nazaret se le pidió su consentimiento y en aquella pregunta había un preanuncio de sufrimientos. Pero un estremecimiento gozoso había acallado cualquier pensamiento de dolor.

Incluso los mayores sufrimientos no eran nada comparados con la gracia de haber sido escogida. Además, si pensó en los sufrimientos, había pensado en los que iban a preceder el nacimiento. ¿Qué importan los sufrimientos, cuando se van a cumplir los sueños de innumerables generaciones? Y, sin embargo, este anciano hablaba de una espada que le traspasaría el alma ahora, cuando su Hijo ya estaba en el mundo...

Pero no había rebelión en ella. Estaba de pie con la cabeza humildemente inclinada y el Niño en brazos. Vio que la anciana que vino acompañando a Simeón, se acercaba. Al llegar a ella, la anciana se detuvo y se postró penosamente. Se inclinó tan profundamente que tocó con la frente las losas coloreadas que cubrían el Atrio de las Mujeres.

—También te doy gracias, Señor, Señor mío —decía con la cara pegada al suelo—. He aquí que me has dado después de tantos años de soledad y de vejez ver Al que has mandado para la salvación de todos. Mientras me quede vida, anunciaré Su gloria. Oh Señor, eres bueno y misericordioso por bajar hasta nosotros, al polvo de la tierra, y entregar Tu santidad en nuestras manos indignas... Oh Señor, podías haber caído como un rayo que sacudiese al mundo. Podías abatirnos y cegarnos. Sabes que somos polvo, y Tú a este polvo has entregado la custodia del mayor tesoro...

SEGUNDA PARTE

EL HIJO

Tanto había cambiado Herodes aquel año que se había vuelto irreconocible. La cara se le había oscurecido poniéndosele casi negra. La nariz, que había tomado la forma de pico de águila, parecía más prominente que antes, le caía sobre los labios perennemente resecos. Los ojos hundidos ardían de fiebre continua.

Los dolores que ahora le asaltaban eran insoportables. Eran como una estaca clavada en el cuerpo que alguien hacía girar por añadidura. Cuando se le presentaba un ataque de dolor, no había nada capaz de mitigarle el sufrimiento. Antaño podía dominar el dolor. Ahora aullaba, chillaba, se mordía los labios hasta hacerlos sangrar, y se destrozaba la ropa que llevaba. Luego, al alejarse la ola dolorosa, el rey caía en un estado de completa postración.

Estaba continuamente exasperado. Todo le irritaba. Desconfiado por naturaleza, veía actualmente traiciones por todas partes. No confiaba en nadie, sobre todo desde que Salomé le refirió las maquinaciones de Antípatro con Ferorás. No hizo nada en el momento para castigar a los culpables. A Ferorás le mandó regresar a Perea, so pretexto del mal comportamiento de Roxana con las hijas del rey. A Antípatro lo mandó a Roma. Envió sus espías detrás de ambos. También mandó vigilar a todos aquellos que, según le habían informado, tenían algún contacto con su hijo o con su hermano.

Pocas semanas después de la salida de Ferorás, llegó la noticia de Gadara de que el rey de Perea estaba gravemente enfermo. Herodes declaró que temía por la vida de su hermano y, haciendo caso omiso de su reciente disgusto y de sus dolores, mandó que le llevaran a la otra orilla del Jor-

dán. Llevó consigo a toda una retahíla de músicos que tenían orden de tocar sus salvajes melodías beduinas al lado del rey en los momentos de acceso de dolor. No quería que la gente oyera sus gritos de dolor.

Pero al día siguiente de la llegada de Herodes a Gadara, murió Ferorás. El rey hizo saber que su hermano había sido envenenado, y mandó hacer una investigación. Roxana fue detenida, así como su madre, su hermano y toda la corte de la reina. Roxana trató de suicidarse saltando por la ventana, pero la guardia consiguió impedirlo. Las mujeres fueron interrogadas y torturadas. El palacio retumbaba con los chillidos de las mujeres y los aullidos de Herodes. Roxana no resistió las torturas. Salvó la vida echando toda la culpa sobre Antípatro. Ferorás, confesó ella, por instigación de su sobrino iba a tratar de envenenar a Herodes. El veneno fue facilitado por Doris. Ferorás debió de haber tomado este veneno por descuido propio...

Herodes perdonó la vida a Roxana y la convirtió inmediatamente en su amante. Desde entonces creía en todo lo que le decía. Cualquier persona que ella indicaba, era culpable.

El cuerpo de Ferorás fue traído a Jerusalén y enterrado en un suntuoso mausoleo que Herodes mandó edificar para sí mismo en los montes en las afueras de la ciudad, cerca de la Piscina de las serpientes. El entierro fue solemne y toda Jerusalén fue obligada a participar en él. Nadie se disculpó. La presencia de Roxana al lado del rey suscitaba el pavor de que todo aquel que no fuera visto en el entirerro, sería acusado por ella de enemistad hacia el rey. Herodes hacía gala de su desesperacion por la muerte de su hermano, sollozaba, rasgaba sus vestiduras, pero la gente no prestaba crédito a sus lágrimas. Se sospechaba que así quería mostrar que no tenía nada que ver con la conjura.

Los ataques de dolor se intensificaron aún más después del sepelio. Se presentaban con tanta frecuencia, que el rey tuvo que desistir de las orgías y encerrarse en sus aposentos a los que únicamente Salomé tenía acceso. Los médicos insistían en que fuera a las aguas termales de Callirhoe, situadas al otro lado del Mar de Asfalto. El agua traída en barriles le aportó realmente cierto alivio, por lo que Herodes

decidió no regresar a Sebaste, sino viajar a Callirhoe. La corte empezó a respirar aliviada.

Herodes yacía tirado en la cama, cuando Salomé entró aquel día en el dormitorio real. Dos hermosos mancebos, de pie ante el rey, agitaban un incensario que sostenían en las manos. La habitación estaba llena de humo aromático. Su aroma apagaba el hedor que exhalaba continuamente el cuerpo de Herodes y le inducía a la locura.

—¿Qué quieres? —dijo levantando la vista hacia su hermana.

—Tengo algo importante que decirte...

—¿De veras importante? Me cuentas unas tonterías...

—Esto no es una tontería.

Herodes gimió con desgana.

—Habla.

—Han llegado a Jerusalén tres personajes extraños...

—¡No voy a perder el tiempo con cualquier imbécil que llega aquí!

—Pero escúchame. Se trata de habitantes del reino de los Partos. Unos sabios o estudiosos o quizás adivinos...

—Bueno, y ¿qué quieren?

—No quieren nada. Pero los espías me han informado de que hacen preguntas a la gente en el mercado acerca de un supuesto rey judío que habría nacido...

Herodes mostró repentinamente interés por las palabras de su hermana. Se sentó en el lecho.

—¡Fuera! —despidió a los jóvenes con un gesto. Le hizo una seña a Salomé para que se acercara y le preguntó: —¿Por qué rey preguntaban?

—No se puede sacar mucho de sus habladurías. Los espías no entendieron muy bien. Buscan algún rey y preguntan por él. La gente se arremolina a su alrededor. Todos están presos de excitación... Sabes cómo son los Judíos. Tienen sus propias profecías... Roxana te habrá seguramente hablado de un cierto mesías esperado por los fariseos...

—Sí, me habló.

—Pensé que no era bueno que la gente escuchara semejantes cosas. Entonces le dije a Boarges que los busque, los salude y les diga que, ya que habían llegado a tu reino, tú

mismo estabas dispuesto a recibirles y contestar a sus preguntas.

—¿Quieres que hable con ellos? —frunció el ceño.

—Si te encuentras mal, delega en alguien. Pero me parece que tú eres el único en saber cómo contestarles.

—Por Hércules, creo que tienes razón —reconoció él; con la mano, se rascaba el pecho; reflexionaba—. ¿Dices que llegan del reino de los Partos? Cualquiera sabe quiénes son y quién les manda... Sí, tengo que hablar yo mismo con ellos.

—Entonces ves...

—Veo. Los malos espíritus los han traído hasta aquí... ¿Dónde se encuentran?

—Mandé que los trajeran a palacio.

—¡No tienen que darse cuenta de que estoy enfermo! Llama a la servidumbre, que traigan el ropaje real, joyas... ¡Ay! —emitió de improviso un gemido doloroso—. Vuelve otra vez... ¡Ay! ¡Ay! —se agarró el vientre con los dedos —¡Qué dolor!— chilló.

Cayó de la cama al suelo. Se revolvía, preso de contracturas espasmódicas. Gimoteaba, gemía, daba alaridos. La servidumbre entró precipitadamente. Rodearon en círculo al soberano yacente. Sin embargo, nadie se atrevió a tocarlo.

Los espasmos dolorosos duraron algún tiempo. Al fin desaparecieron. Herodes yacía sobre el pavimento de mármol tirado igual que un trapo. De la boca entreabierta le salía saliva blanca. Tenía los ojos vidriosos. Pero se sobrepuso a la debilidad: hizo una seña. Lo levantaron, lo sentaron en una litera y lo llevaron al camerino real.

* * *

Tres personajes vestidos con ropa larga y tocados con turbantes hicieron su entrada en el salón del trono con paso lento, lleno de dignidad. Dos de ellos eran hombres maduros, el tercero era un anciano, cuya vista tenía que ser muy débil, ya que caminaba con paso inseguro, apoyado en un bastón y con el brazo extendido hacia adelante.

Se acercaron al trono, saludaron con una inclinación de

cabeza pero sin sumisión. Debían de ser personas que gozaban de gran estima en su país. Llevaban ropaje rico y colgado del cuello un collar de oro.

—Te saludo, rey Herodes —dijo el que estaba en el centro. Parecía el más joven, pero era probablemente el de más dignidad de los tres. Llevaba un collar más largo y de más peso que el de sus compañeros y, en los dedos, costosos anillos—. Que el Señor del cielo y de la tierra —prosiguió— el santísimo, el eterno Ahura-Mazda, te colme de bendiciones y de su gracia. Permíteme que te diga quiénes somos y la razón de nuestra llegada a tu reino. Me llamo Baltasar y soy príncipe de la estirpe de los Sasánidas, y también asiduo estudiosos de los libros escritos por nuestro santo maestro Zarathustra. Mis acompañantes son insignes sabios de nuestro país. Este es el venerable Gaspar —indicó con la mano al anciano apoyado en su bastón—, conocedor de las vías misteriosas de los astros. Y ése es Melchior, ilustre sabio, llamado por nuestro soberano para recopilar y reescribir el libro santo de las enseñanzas de nuestro maestro, que fue destruido en el transcurso de las guerras con los griegos, y antaño escrito con letras de oro en una piel de buey. Cada uno de nosotros vive en lugares distintos, pero nos encontramos y decidimos de común acuerdo ponernos en camino...

Hizo una breve pausa, Herodes estaba sentado rígido en el trono, y Salomé, situada inmediatamente a sus espaldas, era la única en notar sus labios apretados, el temblor de sus mejillas y los regueros de sudor cayéndole por las mejillas. El salón estaba lleno de humo de incienso. Por encima de la cabeza de Herodes ondeaban unos abanicos de plumas. La corte que rodeaba al rey no era muy nutrida. En Jerusalén sólo estaban los que viajaban con Herodes, y que iban a acompañarle hasta Callirhoe.

Baltasar siguió con su discurso:

—Tal como te dije, rey, el venerable Gaspar es el que sigue con profundo conocimiento el camino de los astros. Su vista, atenuada para los asuntos terrenos, sabe percibir las señales misteriosas que las estrellas dejan en el cielo. Fue el primero en hablarnos de la estrella misteriosa que apareció en el cielo de Occidente. El sabio Gaspar realizó los cál-

culos y comprobó, ¡Oh, rey!, que la estrella brillaba encima de tu reino.

Entre los cortesanos se oyeron unos murmullos, pero Herodes seguía mudo y rígido en su trono.

—Empezamos —prosiguió Baltasar— a buscar una explicación acerca de la estrella en los libros de nuestro santo maestro. Aquí, el venerable y docto Melchior dio pruebas de su ciencia. En el libro que estaba recomponiendo encontró la noticia de que al final de los tiempos de los hombres aparecerá *Saoshyant*, ayudante del divino Ahura-Mazda, con el nombre misterioso de Askwat-Ereka, es decir, Aquel que es esencia de la verdad. Una nueva estrella anunciará su venida. Al confrontar esta noticia con el descubrimiento del venerable Gaspar, llegamos juntos a la conclusión de que había llegado el momento y había nacido aquel que anunciaba el libro. Por lo tanto, decidimos emprender el camino y encontrar al recién nacido, y, efectivamente, la estrella nos enseñaba el camino. Sin embargo, cuando cruzamos el río que separa, ¡Oh, rey!, tu reino del gran desierto, ya no pudimos seguir guiándonos por la estrella. Brilla, pero no nos muestra con claridad la ciudad donde nació Askwat-Ereta. Por esta razón vinimos a Jerusalén que es la ciudad santa de tu reino y tiene, según dicen, el templo más hermoso levantado para el Altísimo. Allí queríamos enterarnos de lo demás. Preguntamos a la gente pero nadie supo contestarnos. ¡Ni siquiera han visto la estrella! Ya estábamos llenos de desconcierto, cuando se presentó tu cortesano, ¡Oh, rey!, y nos invitó a tu palacio. Nos presentamos gozosos ante ti, convencidos de que nos dirás dónde y cómo hemos de buscar al nacido; como rey de esta tierra conoces indudablemente el lugar de nacimiento de Aquel que será rey de reyes...

Herodes se sobresaltó al oír las últimas palabras de Baltasar, como si éstas le despertaran de un sueño. Preguntó, y su voz saliendo de detrás de los dientes apretados resonó como un graznido:

—¿Cómo has dicho, príncipe? ¿Rey de reyes?

—Tal como dijiste, rey.

—Cada reino sólo tiene un rey.

—No siempre, rey. Hay reyes, y sobre ellos, otros más

poderosos. El libro santo de nuestro maestro enseña que Askwar-Ereta será rey sobre todos los reyes de la tierra. El hará que se cumpla la victoria definitiva del eterno Ahura-Mazda...

La voz graznadora de Herodes resonó de nuevo:

—No conozco vuestra fe, venerables señores. No estoy enterado del nacimiento que mencionáis. Tal vez os habéis equivocado del país en el que buscáis a vuestro Askwat-Ereta. Los poetas dicen que el emperador romano es el anunciado por las antiguas profecías, el que traerá una era dorada de paz y felicidad. Pero no quiero equivocaros en vuestro camino, doctos varones; debéis convenceros antes vosotros mismos de que vais en la dirección correcta. Detened un momento vuestra búsqueda y aceptad la hospitalidad en mi palacio, y yo consultaré con los sabios de mi país. Tal vez puedan indicaros algo. Mi hijo Filipo se cuidará de vosotros y estoy seguro de que aquí no os faltará nada que pueda alegrar vuestro espíritu y vuestro corazón. Descansad de vuestro largo camino. Dentro de un día o dos os comunicaré lo que me hayan descubierto los sabios judíos. Hijo —llamó a Filipo con la mano—, hazte cargo de nuestros venerables invitados.

Saludó con la mano en señal de despedida, mientras los viajeros se inclinaron de nuevo con dignidad. Salieron en compañía de Filipo; cuando se hubieron cerrado tras ellos las grandes puertas del palacio, Herodes lanzó un grito parecido a un aullido de lobo y cayó del trono sobre el pavimento. Un dolor terrible le laceró las entrañas con sus tenazas de hierro.

2.

—Bueno, ¿qué te parecen? —preguntó Salomé.

Herodes estaba sentado en su lecho. Tenía el rostro tan encogido, que podría pensarse que no había nada en él, fuera de los ojos ardientes de fiebre y la nariz grande. El terrible esfuerzo que se imponía para ocultar sus sufrimientos, le agotaba más que los momentos en que se abandonaba a los gritos.

—Tuviste razón —murmuró— al fijarte en ellos. Son

probablemente enviados del rey de los Partos. Le habrá llegado la noticia de mi enfermedad. Se cree que ya me estoy muriendo. ¡Esta historia del supuesto *Saoshyant* no es más que una treta! No creo en sus cuentos. Aquél les envió para enterarse de la situación...

—¿Y crees que no significa nada esta historia del Niño, que ha nacido..?

—Hasta allí han llegado las patrañas de los fariseos. Lo cierto es que buscan aliados aquí.

—Entonces hay que despacharlos.

—Tengo que hablar primero con los Judíos. ¿Están ya aquí los que hice llamar?

—Están aquí esperando tu permiso para presentarse ante ti.

—¡Que entren. Diles que sean breves. Que no hablen como suelen hacerlo! ¡No tengo fuerzas para escuchar tonterías! Ya tendría que estar en Callirhoe. Allí, lo sé, desaparecerán los dolores... ¡Tenían que venir estos Partos ahora! Tú los hiciste venir a palacio...

—Tú mismo me has dicho que hice bien.

—Sí. Es cierto. Tenías razón. ¡Llama a esos Judíos!

Iban entrando en la sala uno tras otro, rígidos, tiesos, vestidos con sus ropas largas. Los sacerdotes llevaban encima los distintivos de su dignidad. Iba primero el gran sacerdote Simón, hijo de Betos, el suegro de Herodes, padre de la bella Mariamme, que se convirtió en esposa del rey después de la muerte de Mariamme la Asmonea. Para elevar la dignidad de la que deseó convertir en su esposa oficial, Herodes nombró gran sacerdote a Simón, privando del poder al antiguo gran sacerdote, Jesús, Hijo de Foabis. Simón iba acompañado de varios sacerdotes. Siguiéndoles venían varios fariseos con los ojos mirando al suelo, como para demostrar en qué poca consideración tenían las magnificiencias del palacio, o quizás para no mirar las esculturas griegas colocadas en los ángulos de la estancia. En cabeza iban Polión y Samea, dos dirigientes fariseos que mantenían estrechos contactos con el rey. Detrás, dos jóvenes fariseos llevaban sosteniéndole por los brazos al anciano Hillel. Herodes con gesto benévolo mandó ofrecer una silla al venerable doctor. El gran *hakam* —rector de toda la escuela que

llevaba el nombre de «Casa de Hillel»—, era un hombre respetado en todo el reino, y también fuera del reino, allí donde existían colonias judías.

Los recién llegados se colocaron en semicírculo delante del rey. Sus caras reflejaban una ansiedad que no acertaban a disimular. No sabían para qué habían sido realmente convocados. Herodes despertaba en ellos temor. A decir verdad, trataba de ser conciliador, pero sabían que era capaz de ser zorro y león simultáneamente. Además, estaban convencidos de que la enfermedad lo había vuelto loco.

El rey estaba como de costumbre envuelto por una nube de humo aromático. Salomé estaba detrás de su hermano dispuesta a acudir en su ayuda.

—¿Sabéis para qué os he hecho llamar? —preguntó con vehemencia.

—Lo suponemos únicamente... —el que tomó la palabra en nombre de todos era Simón—. Creemos que se trata de esas personas que han llegado del reino de los Partos...

—Sí. ¿Habéis oído la noticia que traían?

—La princesa Salomé nos lo dijo...

—¿Qué os parece esta historia del nacimiento?

Las cabezas de los presentes se volvieron hacia Hillel. Dejaron la palabra al gran maestro.

—Conocemos este asunto, rey Herodes... —Hillel hablaba con voz un tanto espesa y, a medida que hablaba, se hacía más clara—. En siglos remotos, cuando el rey de Persia se mostró benigno con Israel, permitiéndole regresar a las tierras de sus antepasados, los sabios judíos de entonces trataron de demostrar en sus escritos que las creencias de los discípulos de Zarathustra son un eco de nuestras esperanzas de un mesías. Y parece ser que esperan lo que nosotros esperamos hace muchos siglos, lo que nos ha sido prometido y llegará solo para nosotros...

—¿Quieres decir —Herodes interrumpió a Hillel— que los Persas, al esperar a su *Saoshyant*, esperan simplemente al mesías judío?

—Tal como has dicho, rey. La verdad es como el sol reflejado en un millar de espejos.

—Bien. —Herodes alcanzó la copa de vino mezclado con una infusión de hierbas, que tenía la virtud de frenar el ata-

que de dolor que se acercaba—. ¿Cuándo ha de venir ese mesías vuestro?

Lanzó esta pregunta a Simón, pero éste, con un movimiento de cabeza, la pasó al sacerdote que estaba a su lado. El otro hizo lo mismo. De hombre en hombre, como una moneda rodando, la pregunta dio la vuelta y se detuvo otra vez en Hillel.

—Preguntas, rey —dijo el gran rabino—, por algo que solo conoce el Altísimo, cuyo nombre sea glorificado. Pero hay señales.

—¿Qué señales? —Herodes volvió a interrumpir el parlamento lleno de emoción de Hillel—. ¿Dónde están?

—Estas señales aparecen únicamente en el corazón de los hombres. Hay algunos que sienten que el tiempo está cerca...

No dijo nada más. Terminó como si quisiera cortar su pensamiento. Herodes esperó un momento, luego volvió a echar mano de la copa. Deseaba tener suficiente fuerza para concluir esta conversación. En el fondo, no soportaba a los fariseos. Los consideraba como sabihondos henchidos. Mostraba respeto a Hillel. Con Polión y con Samea pactaba en diversos asuntos. A veces le eran necesarios. A través de ellos tenía la sensación de sujetar por las riendas a la peligrosa secta. Sabía que grandes masas de *am-ha'arez* incultos, aunque tratados con desprecio por los fariseos, profesaban hacia ellos un temor sumiso. Esos escribas eran los amos de los secretos de esta gente extraña que le cayó en suerte gobernar. El que quisiera gobernar a los Judíos tenía que contar con los fariseos. Herodes era rey de los Judíos y quería ser rey de los Judíos. Este pueblo lo irritaba y al propio tiempo lo fascinaba con sus peculiaridades. Le había ocurrido exactamente lo mismo con Mariamme la Asmonea: La quiso con locura y al mismo tiempo sospechaba de ella, la temía, a veces la odiaba. Hubo un tiempo en que creyó que había aniquilado a los fariseos. Sin embargo, resurgieron. Le parecían indestructibles. A los sacerdotes los dominaba con facilidad. Apreciaban por encima de todo la comodidad, el bienestar, las buenas relaciones con los gobernantes. No pretendían que la fe de Israel fuera la única verdadera, ni que todos los que creen otra cosa son tontos,

o pecadores, condenados tanto unos como otros a la perdición. Simón, que procedía de Alejandría, estaba acostumbrado a la convivencia con los griegos, y no diría nunca lo que dijo hace poco uno de los escribas fariseos (el hecho fue comunicado a Herodes) «Maldito el que cría cerdos y maldito el que enseña a su hijo la sapiencia griega». Los fariseos eran insoportables con su soberbia. Con sus puntos de vista envenenaban a las masas, eran los culpables de que el reino de Herodes fuera considerado siempre como algo completamente distinto a todos los demás reinos. En Roma se hablaba con desprecio de los Judíos y sin embargo el emperador colmaba de favores a los Judíos como a ninguna otra nación que le estaba sometida. Estuviera donde estuviese una colonia judía, hasta allí llegaban las influencias de los fariseos... Ahora estaban ante él con los ojos mirando al suelo. Les odiaba, y sin embargo sentía que tenía que contar con ellos. Proclamaban por doquier que estaban más bajo la protección del Dios hebreo que todos los demás hombres. Quizás fuera así realmente. Quizás conocían algunos conjuros secretos. Sabía que estaban mezclados en la conjura de Antípatro y Ferorás, pero no trataba de averiguar lo que éstos les habían prometido.

—He oído decir —dijo mirando de arriba abajo a los que estaban delante de él— que ese mesías ha de nacer cuando el rey hebreo no sea descendiente de Judá. ¿Es eso lo que anuncian vuestras profecías?

Acongojados, intercambiaron una mirada. Samea tomó esta vez la palabra en nombre de todos.

—La profecía no es muy precisa, puede interpretarse de varias maneras...

—¿Sin embargo hay algo de esto? Ircano, antes de sufrir el castigo merecido, residió entre los Partos. Quién sabe lo que les contaría entonces. Los hombres que han venido aquí pueden conocer esta profecía.

Callaban diplomáticamente. Su mirada iracunda tropezó en sus caras y ellos se encogieron sobre sí mismos.

—¿Dónde ha de nacer este mesías? —lanzó la pregunta como si lanzara un dardo.

Sus miradas evitaban los ojos de Herodes. Corrían de uno a otro hasta detenerse otra vez en Hillel.

—La profecía habla claramente —dijo el rabino después de un momento de silencio. Citó como si entonara un cántico: —«Y tú Belén, Tierra de Judá, no serás la última entre las ciudades de Israel, porque en ti nacerá un jefe, que reinará sobre el pueblo de Israel...»

—¿Belén? —Herodes se alisó la barba que, como no estaba teñida, parecía salpicada de ceniza—. ¿Es esa miserable aldea que está aquí cerquita, cuna de la estirpe de David?

—No existe otro Belén —aseguró Polión—. Tienes razón, es una miserable aldea. La estirpe de David empobreció y perdió su importancia.

—No necesitas decírmelo —exclamó—, ya lo sé. Entonces, en este caso... —la mirada iracunda del rey recorrió las caras del círculo de hombres—. ¿Dónde va a nacer este mesías vuestro? ¿De dónde vendrá? ¿Quién será? ¿Qué esperáis, pregonándolo al populacho?

—No esperamos nada... —empezó tímidamente el gran sacerdote—. Tenemos nuestra fe, y entre sus verdades hay también profecías acerca del mesías... No podemos ocultarlas. Pero nosotros mismos tememos que el populacho pueda tomar al pie de la letra las palabras de las antiguas profecías...

Herodes se echó a reír mordazmente.

—¿Tenéis miedo? A ti te creo, suegro. Eres una persona con sentido común y sabes que cada fe tiene sus cosas incomprensibles. Pero éstos —apuntó con el dedo a los fariseos— piensan de otra manera. Peroran sobre el mesías a diestro y siniestro —su repentina explosión de ira rompió el freno de la cautela—. ¿Creéis que no estoy enterado de que habéis participado en las conspiraciones de mi hijo?

En la sala se hizo un profundo silencio. Luego Polión y Samea exclamaron al unísono.

—¡No fuimos nosotros! ¡No fuimos nosotros, rey!

—Si no vosotros, vuestros compañeros.

—Hubo, es cierto, algunos locos, que entraron en conversaciones indebidas... Fueron castigados.

—Y sin embargo inducís a la gente a no prestar juramento al emperador.

—Somos tus súbditos, rey, no de los Romanos.

—Vosotros mismos habéis apelado a los Romanos contra vuestros propios reyes... ¡Cuando os venga bien lo haréis de nuevo!

De un brinco se levantó de la cama. Estaba excitado. Corría de uno a otro gritando y amenazándoles con los puños.

—Hoy incitáis a los *am-ha'arez* contra los Romanos, mañana los incitaréis contra mí. ¡Os conozco muy bien! ¡Si os hiciera falta el rey Parto, os levantaríais para él contra mí y contra los Romanos! Adivino para qué han venido estos hombres. Este hablar del mesías y del *Saoshyant* no es más que una cortina de humo. Mi reino está ubicado en la frontera de dos potencias. Hay que decidirse: estamos con los Romanos o con los Partos. Yo he decidido: seré amigo del César. Cuando los Romanos están con nosotros, tenemos paz. Pero a vosotros os gustan las conspiraciones y tenéis vuestros propios planes. Para ellos queréis destruir lo que yo he construido. Estos hombres vinieron aquí en busca de aliados entre vosotros. Y vosotros también —se paró ahora delante de los sacerdotes y les amenazaba con el puño— os habéis dejado arrastrar. ¡Os creéis que los Romanos se dejarán expulsar por cualquier *am-ha'arez*, al que llamaréis mesías! ¡Nadie ha vencido a los Romanos!

Se interrumpió porque le faltó aliento. Tosiendo fuertemente se volvio a sentar en el lecho. Exhalaba un olor a cadáver que el humo aromático no conseguía neutralizar. Aprovechando que se había callado, los judíos intercambiaron una mirada de inteligencia. Simón tomó la palabra. Hablabla deprisa, febrilmente, la voz le temblaba.

—No nos acuses sin razón, yerno. Tu acusación es injusta. Preguntabas por la profecía y te hemos contestado según está escrito en los libros antiguos. Pero, tal como te dije, estas antiguas profecías no se sabe exactamente lo que significan. Nosotros estamos contigo. Te somos fieles. Sabemos cuánto has hecho por el reino. Si esos hombres han venido para buscar aliados e incitar a la rebelión, no los encontrarán entre nosotros. Nosotros no queremos rebeliones. Existe una profecía sobre el mesías, es cierto... El pueblo la conoce y espera al mesías. Hace siglos que está esperando. Nadie sabe exactamente quién va a ser ese mesías... Ultimamente la gente empezó a delirar. Asocian el asunto

del juramento con el asunto del mesías... Hay en esto algo de culpa de los fariseos... ¡Pero no de todos! Apreciamos al rabino Polión, al rabino Samea, veneramos al gran maestro Hillel... Pero en Galilea hay cabezas calenturientas, irresponsables. El rabino Polión ha dicho que aquellos fueron castigados... No queremos revueltas. No esperamos a ningún mesías que induzca a la rebelión. ¡No queremos un mesías semejante! Además, ¿para qué un mesías? Tenemos un rey, tenemos un césar... Reina la paz, el comercio se desarrolla, los caminos están seguros, hay tantas hermosas construcciones nuevas. A esos hombres que han venido, lo mejor sería... —no terminó, sino que hizo un movimiento muy expresivo—. Pero ya sé. No se puede. Son servidores de un gran rey. No les puede ocurrir nada desagradable. Entonces hay que alejarlos de alguna manera... Pero, rey, no nos acuses a nosotros; ¡somos fieles servidores!

El largo parlamento de Simón permitió a Herodes recuperar fuerzas. La ira volvió a replegarse en el fondo de su corazón. Escuchaba las palabras atemorizadas del gran sacerdote con la cabeza inclinada hacia el hombro y los ojos a medio cerrar. Gracias a la excitación se olvidó de su enfermedad. Era de nuevo él mismo: un zorro astuto.

—¿Y qué dice el rabino Hillel? —preguntó, cuando Simón dejó de hablar.

El anciano doctor levantó sobre Herodes los ojos medio cubiertos por las cejas. Dijo con la misma lentitud que antes:

—El gran sacerdote te ha asegurado, rey, que no somos rebeldes. Y de veras es así. Creemos en la llegada del mesías... Algún día llegará sin lugar a dudas... Pero consideramos que no hay que apresurarse a reconocerlo. Cuando alguien grite: ...«¡Llega el mesías!», un sabio auténtico no dejará que este grito turbe sus pensamientos, sino que lo considerará con calma. Porque la enseñanza de los doctores es tan importante y santa como las palabras de la *Torah*, y el Altísimo no interrumpirá su curso para enviar Su Ungido...

Los demás fariseos aprobaban las palabras del *rabbí* con un movimiento de cabeza. Se sintió tranquilizado.

—Bueno —dijo—, los llamaré y les diré que vayan a Belén. Arreglaos para que no lo encuentren ni allí ni en otra

parte. Que se convenzan de que no hay ningún mesías. Luego, cuando vuelvan aquí, les haré unos regalos y los mandaré de nuevo al reino de los Partos.

—Eres sabio, rey —admitieron varias voces—, como el mismo Salomón.

—Idos ya —les dijo él.

* * *

Solamente después de un buen rato se presentó el ataque. Aunque se retorcía de dolor, no dejaba de hacer proyectos para el futuro. Dijeron que era un rey sabio —pensaba—. Como su Salomón... Sin embargo no me fío de ellos... No importa, ya me las arreglaré. Si no fuera por este dolor... Como si estuviera empalado... Siempre seré más hábil que aquellos que creen que me van a engañar. ¡No ha nacido todavía el que me engañe! ¡Oh, si no fuera por este dolor!...

3.

Los preciosos corceles persas con los que llegaron al reino de Herodes, después de haber descansado en las cuadras reales se comportaban con más aplomo, dando brincos y saltos por el camino pedregoso que corría a lo largo de la cima rocosa. En muy poco tiempo llegaron a la vista de una aldea situada en la falda del monte.

—Detengámonos —dijo Baltasar—. Belén, de la que nos habló el rey Herodes, está a la vista. Es cierto que no se merece el nombre de ciudad. ¿No os parece que antes de adentrarnos deberíamos una vez más pensar con calma sobre lo que vamos a hacer?

Asintieron con la cabeza y detuvieron sus monturas. Viajaban con poca impedimenta: iban acompañados de tres servidores solamente y con un animal de carga. Salieron del camino a un prado pequeño, a la sombra de un terebinto frondoso. Después de haberse apeado de los caballos se acomodaron en el suelo sobre una alfombra extendida por los sirvientes.

—Quiero empezar por ti, Gaspar —decía Baltasar—, por

ser tú el primero en concebir la idea de esta expedición. Decías entonces que habías visto sobre el horizonte lejano una nueva estrella extraordinaria y, al calcular su recorrido, llegaste a la conclusión certera de que se había detenido sobre la tierra de los hebreos. Y sin embargo, cuando llegamos aquí, nos convencimos de que nadie había visto la estrella y nadie sabe nada del nacimiento milagroso. La ciudad hacia la que nos dirigieron es una aldea miserable. Dí, ¿estás seguro de que tus cálculos son correctos?

El viejo mago contestó con calma, sin prisas:

—Estoy seguro de mis cálculos, hermanos. He pasado mi vida siguiendo las estrellas. Mis ojos se apagaron de tanto mirar al cielo. No veo el camino bajo mis pies. Pero el gran Ahura-Mazda me permite vislumbrar una estrella que estoy buscando en el cielo. He comprobado muchas veces mis cálculos y tengo la certeza de que son exactos. La estrella está por aquí, encima de nosotros.

Levantaron maquinalmente la cabeza. Pero en el cielo azul no se veían estrellas.

—¿Y has visto la estrella en el transcurso de nuestro viaje? —siguió preguntando Baltasar.

—La he visto todas las noches.

—¿Sin embargo no puedes determinar el sitio exacto?

—No lo pude hasta ahora. Pero estoy convencido de que en cuanto lleguemos al punto adecuado, la estrella confirmará que hemos llegado realmente a nuestra meta.

—Por lo tanto, para convencernos tenemos que esperar la noche. Reconozco que este pueblo no me inspira mucha confianza. En semejantes casas suelen vivir campesinos sencillos. Y ahora me dirijo a ti, Melchior. Recuérdanos otra vez lo que dicen los libos antiguos de Askwat-Ereta.

—Repito lo que cita el libro *Vendidad:* será un *Saoshyant* de la estirpe del padre Zarathustra. Asegurará al bien la victoria definitiva sobre el mal y hará felices a todos los hombres. Incluso a los que han muerto...

—¿El libro no habla de su nacimiento?

—No dice nada que pudiera ayudarnos.

—Ahora dínos lo que sabes del mesías hebreo.

—Los Judíos esperan a alguien a quien llaman mesías. Dicen que será un Jefe que les asegurará el dominio sobre

el mundo y todas las naciones. Pero algunos de sus libros narran cosas extrañas sobre este mesías, que contradicen las otras esperanzas. Dicen que será tranquilo, silencioso y bueno, que enseñará al mundo el amor, que vencerá al mal... Y que colmará con su gracia incluso a los muertos.

—¿Podría ser que nuestras esperanzas coincidieran con sus esperanzas?

—Así parece.

—Sin embargo, el que ha de ser el redentor del mundo entero no podría ser rey de Israel conquistador de otras naciones. Este pueblo, a pesar de su aspecto mísero, es la cuna de la estirpe real judía. Parece ser que el mesías ha de ser descendiente de la casa de David. ¿Quién será el que esperamos encontrar? ¿Hasta quién nos ha traído la estrella? ¿Hasta el mesías judío o hasta Askwat-Ereta? Os hago esta pregunta a ambos.

Aunque preguntaba a los dos, miró primero a Gaspar. El viejo mago estaba sentado con la cabeza apoyada contra el tronco del árbol. Sus ojos, que apenas veían —o quizás ya no veían nada terreno—, estaban fijos en el espacio como si buscara en algún sitio lejano una respuesta a sus pensamientos.

—Si el eterno Ahura-Mazda —empezó con la voz ligeramente temblorosa— me concedió ver con mis ojos apagados la estrella, esto sólo puede significar que quiso que la viera. No he visto una estrella semejante desde que miro al cielo. El mismo me la mostró. ¿Qué importancia tiene preguntar a quién buscamos, puesto que estamos en la pista de Aquel a quien se nos ha mandado encontrar?

—¿Y si Aquel que encontremos resulta ser el mesías hebreo, el jefe de Israel?

—Sea lo que sea, será Aquel que nos ha sido enviado. En cada profecía que ha de pasar por boca de los hombres se encierran, junto a la voluntad divina, unas aspiraciones humanas. Y ocurre que se cumple una y otras. Pero de modo distinto. La voluntad divina, conforme a la previsión del Altísimo. Los deseos humanos, purificados de toda avidez humana.

—Gaspar ha expresado lo que pienso yo también —dijo Melchior, que había permanecido callado hasta entonces.

—Estamos todos de acuerdo, porque yo también pienso lo mismo —dijo Baltasar—. No busquemos al que deseamos, busquemos al que nos mandó buscar el Altísimo...

—Tú lo has dicho —asintieron ambos.

—En tal caso, recemos para que el divino Ahura-Mazda quiera indicarnos si nos encontramos en el lugar donde nos mandó ir.

Se levantaron y se volvieron hacia el sol. Con los brazos en cruz repitieron durante mucho tiempo y con insistencia las palabras de los himnos.

Permanecieron en el prado hasta el crepúsculo. Por fin empezó a oscurecer. Unas nubecillas deshilachadas desfilaban en el cielo violáceo. El viento marino las empujaba hacia la pared rocosa que rodea al Mar de Asfalto, y más allá, hacia su patria, montañosa como el país donde se encontraban. Jirones grises de oscuridad se desprendían de las ramas, como murciélagos despertados.

De repente, Gaspar, que había estado sentado antes sin moverse como si estuviera dormido o profundamente inmerso en sus meditaciones, se sobresaltó y se reanimó. Se hubiera podido pensar que se había apoderado de él algún temor. Su cabeza giraba sobre su cuello delgado y sus ojos sin luz se movían inquietos. La delgada mano fue en busca del bastón y, al encontrarlo, el viejo mago se incorporó enérgicamente con su ayuda.

—¡Mira! —Baltasar le dio con el codo a Melchior—. ¡Mira! Gaspar ha recuperado la vista...

El viento levantaba el traje largo y la ligera barba blanca del anciano. Dando golpes con su bastón para no perder el sendero, Gaspar salió al camino que les había traído desde Jerusalén. Baltasar y Melchior le seguían. La carretera estaba desierta. Los caminantes que por allí pasaban durante el día debían de haber llegado hacía mucho a su destino. Las fuertes ráfagas de viento se sucedían una tras otra trayendo el frescor del agua.

—Las estrellas se encienden... —susurró Baltasar.

Allá en lo alto, encima de ellos, se iluminó muy débilmente la primera. Enseguida aparecieron la segunda, la tercera, la cuarta...

Gaspar se había parado con la cabeza levantada como

quien sigue el vuelo de las aves. Con los dedos entrecruzados levantó las manos hasta la frente. Su cara mostraba concentracion y un terrible esfuerzo. Su respiración se alteró.

—Una estrella más —dijo Melchior.

—Allí las hay a montones —notó en voz baja Baltasar—. ¿Pero estará la nuestra entre ellas? Gaspar parece estar buscando. ¿Será que no la puede encontrar?

El viejo mago seguía parado en la carretera con la cabeza levantada, con los ojos fijos en el cielo que se hacía cada vez más claro por las estrellas que se iban encendiendo continuamente. Caían en el cielo a puñados, como joyas vertidas sobre un lienzo negro por la mano de un verdadero experto. Gaspar apretó sus dedos contra la frente, como sujetándola fuertemente con las manos. Se había levantado el viento, estallaba el rumor de hojas que recordaba el fragor de las avalanchas de cascajos por la falda de los montes. Su respiración se hacía cada vez más rápida y dolorosa.

—Nos hemos equivocado... —susurró Baltasar—. Nos han indicado un lugar falso...

—Esperemos un poco —contestó Melchior con el mismo susurro apagado.

Y de nuevo se prolongaban los momentos de espera acompasados por las ráfagas de viento. El cielo estaba tan plagado de estrellas, que parecía imposible vislumbrar un nuevo astro entre esa multitud. Pero Gaspar retiró de repente sus manos de la frente. La expresión tensa que se reflejaba en su rostro desapareció. El cuerpo del viejo mago empezó a vibrar.

—¡Está! —exclamó.

—¿La has visto? —preguntaron ambos.

—La veo. Está ahí. Brilla justo encima de mi cabeza. Indica aquella dirección —extendió la mano.

—No estás señalando el pueblo.

—Señalo la dirección que me marca la estrella —el viejo mago sacudió con decisión la mano extendida.

—¡Allí no hay ninguna casa!

—No obstante tenemos que ir allí...

—Vamos.

Con una palmada Baltasar llamó a los criados. Estaban

cerca con los caballos preparados para partir. Pero ellos no montaron en sus corceles sino que echaron a andar a campo traviesa en la dirección indicada por Gaspar, que abría la marcha. La servidumbre con los caballos les seguía.

La oscuridad se hizo más intensa, pero la claridad argentina que se vertía desde arriba les facilitaba el descubrimiento de las sendas en el campo. No pudieron encontrar la estrella de Gaspar, pero seguían a su compañero plenamente confiados en su ciencia misteriosa. El viejo caminaba delante con el brazo extendido ante sí. El que necesitaba a menudo ser llevado para no tropezar en su camino, iba ahora seguro con extraordinaria rapidez.

—Nos lleva hacia las rocas —dijo de repente Baltasar; con su vista aguda había vislumbrado la pared desnuda.

—Sigo a la estrella —replicó Gaspar con decisión.

Caminaron un momento, hasta que finalmente vieron una roca escarpada. Cuando se detuvieron delante mismo de ella, vieron que tenía adosada una construcción parecida a una protuberancia. Formaba el cierre de una gruta invisible. En la construcción había una puerta cubierta por una estera tejida con cañas rígidas. La estera no llegaba hasta el suelo y dejaba ver por debajo una franja iluminada por una luz tenue. Dentro había probablemente un fuego encendido.

Baltasar puso las manos sobre los hombros de sus compañeros.

—Deteneos —les dijo.

Se detuvieron. Gaspar preguntó:

—¿Por qué nos detenemos?

—Me asaltan unas dudas. ¿Qué significación tiene que un hombre, en cuya casa hemos de entrar, viva fuera del pueblo?

—¿Quizás sea muy pobre? —adelantó una suposición Melchior.

—¿Y no crees que puede haber sido expulsado del pueblo?

—Es posible...

—Sin embargo, la estrella se detiene aquí —dijo Gaspar—. Indica esta puerta.

—En este caso, detrás de esta puerta está Aquel a cuya casa se nos ordenó ir —decidió Melchior.

—Entonces tenemos que creer a la estrella. Creer significa aceptar lo que no han visto los ojos... —decía Baltasar— y puesto que es así, tenemos que aceptar desde ahora la verdad de lo que veremos. Antes de levantar esta cortina, tenemos que desprendernos de toda desazón y duda. Tenemos que aceptar sin más todo lo que nos espera... Sólo así se puede aceptar la llamada del Altísimo.

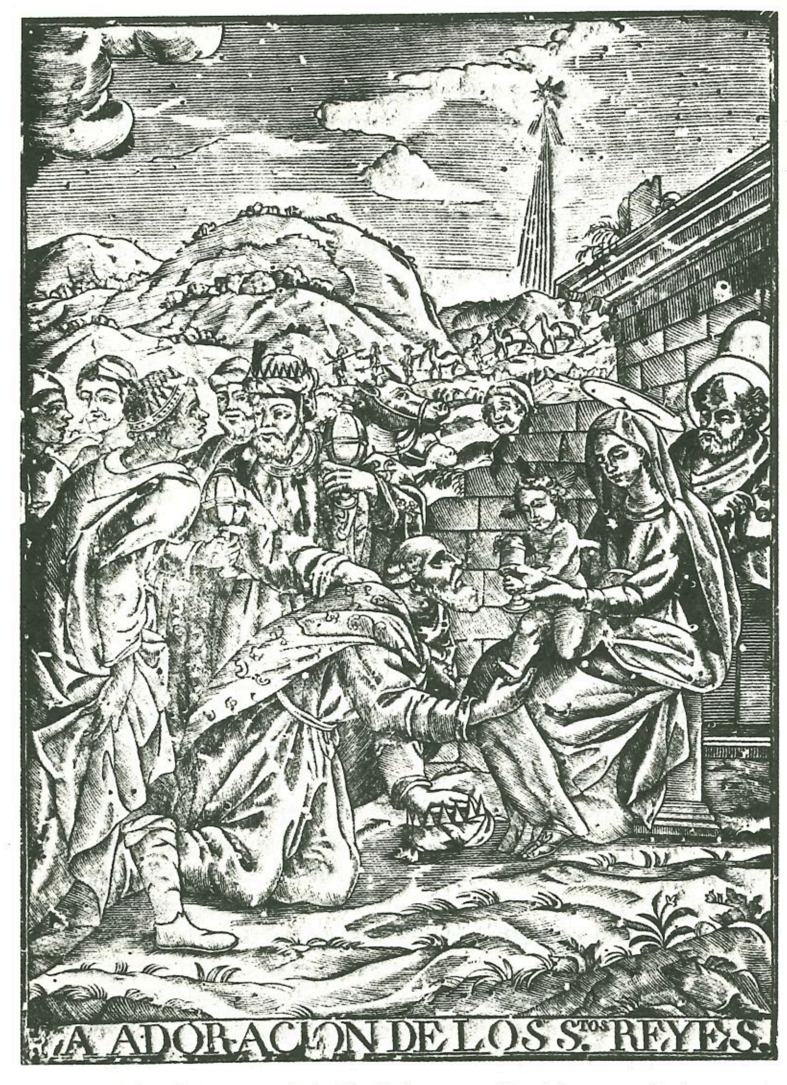
—Has dicho verdad —asintieron—. Este es el último momento de duda.

—¡Rechacémosla! —proseguía Baltasar—. Dentro de un instante veremos al Enviado. ¿Qué le ofrecemos? Yo quiero regalarle un collar de oro maravillosamente trabajado. Ya que ha de ser rey de reyes...

—Yo le regalaré incienso y un incensario, como procede para el gran *Saoshyant* del divino Ahura-Mazda —dijo Melchior.

—Y yo le regalaré mirra —habló por último Gaspar—. Nació como un hombre, y por lo tanto le espera la muerte. Vamos a arrodillarnos ante Aquel cuya estrella nos llamaba desde lejos...

Levantaron la cortina y entraron. Sobre el lecho estaba sentado el Niño con las piernas encogidas y la manita en la boca. Por encima de la mano, les miraban unos grandes ojos negros. La mujer que estaba cerca se abalanzó y agarró al Niño abrazándolo. Lo envolvió en sus brazos, como si quisiera protegerle de los desconocidos recién llegados. En el fondo, en un banco, trabajaba el varón. El también abandonó su trabajo, plantándose delante, cubriendo con su persona a su mujer y su Hijo. Pero ellos le dejaron atrás —y él no se atrevió a detenerlos— y seguían uno detrás de otro, llenos de dignidad, en sus trajes largos, con sus regalos en las manos. Se detuvieron ante la mujer con el Niño en brazos, se arrodillaron, le hicieron una profunda reverencia. Se hizo el silencio, roto por la risa del Niño. El Niño vio en las manos extendidas de Baltasar el collar de oro y extendió las manitas hacia él. Sacudió el collar, que centelleaba a la luz de la linterna. Se reía feliz como en un cuento de hadas.



—¿Qué le ofreceremos? —dijo Baltasar—. Yo quiero regalarle un collar de oro maravillosamente trabajado. Ya que ha de ser rey de reyes...

—Yo le regalaré incienso y un incensario, como procede para el gran *Saoshyant* del divino Ahura-Mazda —dijo Melchior.

—Y yo le regalaré mirra —habló por último Gaspar—. Nació como un hombre, y por lo tanto le espera la muerte. Vamos a arrodillarnos ante Aquel cuya estrella nos llamaba desde lejos...



4.

Era noche profunda cuando Baltasar sintió sobre sí el toque de una mano. Despertó inmediatamente. Reinaba la oscuridad y sólo del hogar salía un reflejo rojizo de los rescoldos ocultos bajo la ceniza.

—¿Quién me está despertando? —preguntó.

—Soy yo —reconoció la voz de Gaspar—. Levántate. Tenemos que marchar en seguida.

—Si es de noche...

—No podemos esperar el día. Despierta tú también, Melchior.

Los dos aludidos miraban sorprendidos al viejo mago que estaba de pie entre sus lechos. Por las rendijas de las cortinas que separaban el patio interior del sitio donde dormían, en el pórtico de la posada, lucía una noche estrellada.

—No es lo acordado —dijo Baltasar—. Hemos conocido una gran felicidad al encontrar al Recién Nacido. Ibamos a verle de nuevo y habíamos acordado marchar entonces a Jerusalén, para anunciar al rey nuestro descubrimiento. Y tú dices que nos vayamos enseguida...

—Tenemos que marchar inmediatamente.

—Jerusalén está cerca...

—No iremos a Jerusalén.

Ambos miraron a Gaspar aún más sorprendidos. La posada estaba envuelta en un profundo silecio. Pernoctaban en ella como únicos huéspedes. Sus monturas estaban atadas a la barra en el patio. Las veían por la rendija en la cortina, de pie con las cabezas bajas y las patas ligeramente dobladas. Sus criados dormían al lado de la hoguera encendida. Hacía frío. Las gotas de rocío depositadas en los hilos de la cortina eran como perlas.

—Dices lo contrario de lo que decidimos antes de acostarnos. No entiendo... ¿Qué ha ocurrido?

—He oído una voz.

—¿De quién?

—Una voz de un ángel.

Se levantaron de un brinco de sus lechos.

—¿Qué dijo?

—Que nos pongamos inmediatamente en camino. Y que no vayamos a ver a Herodes porque va a querer matar al Niño...

Cayó un silencio tenso.

—Si es así —dijo Baltasar—, y sé que es así, ya que tus visiones son siempre verdaderas, no podemos irnos. No podemos abandonar al Recién Nacido, cuando le acecha un peligro. Ellos no presienten nada. Viven solos, lejos de la gente. Si el rey Herodes manda sus soldados, no podrán escapar. Matarán al Niño. No podemos irnos. Tenemos que montar guardia y defenderle, aunque en ello nos fuera la vida.

—Sí —dijo Melchior—, Baltasar tiene razón. Hemos entregado nuestra vida para buscar al Recién Nacido, ¡muramos, pues en Su defensa! Despertemos a los criados, que saquen las armas.

Pero Gaspar sacudía su cabeza gris.

—El ángel me ha dicho: no temáis por el Niño. No perecerá. Vosotros tenéis que partir cuanto antes.

Baltasar se levantó, se envolvió en su manto.

—Si ha dicho eso, tenemos que obedecer su indicación. Tenemos que marcharnos inmediatamente. Voy a despertar a los criados. Que ensillen los caballos.

—No podemos marcharnos sin echar cuentas con el posadero —apuntó Melchior.

—Dejémosle el dinero. Si el ángel nos manda salir inmediatamente, esto significa que quiere que nos vayamos sin ser vistos por nadie.

—Has dicho bien. Tenemos que salir silenciosamente, sin despertar al posadero. La seguridad del Niño pende a lo mejor de ello.

—El ángel le ha dicho a Gaspar que no tenemos por qué preocuparnos de su suerte.

—Es lo que me ha dicho exactamente —dijo el viejo mago—. Y sin embargo... El Altísimo Le creó hombre y quiere salvarle como a cualquier hombre...

—Entonces ¿Quién es El?

—Aquel a quien nos fue encomendado venerar. El *Saoshyant*, el Mesías, el Hijo del hombre... No consigo entenderlo todo... El corazón me dice que la muerte ha empezado a perseguirle... Lo que tiene que realizar, lo realizará en una continua huida.

—Y sin embargo los libros santos le anunciaron a El —aseguró Melchior.

—Y la estrella lo anunció a El —añadió Gaspar.

—No lo comprenderemos con nuestro entendimiento humano —dijo Baltasar—. Estos son misterios del Altísimo, ante los cuales sólo nos queda inclinar la cabeza. Montemos a caballo. Que no chirríe el portalón cuando lo abramos, que los cascos de los caballos no resuenen contra las piedras. La previsión humana ha de encubrir a la omnipotencia. El lo quiere así. Volveremos de este viaje como si no hubiésemos encontrado nada. El mundo seguirá su curso. Pero lo seguirá como un hombre con una flecha en el costado. Este nacimiento y esta huida se convertirán en punto de partida... ¿No os parece que el bien que ha nacido con El, volverá continuamente a nacer? ¡Lo que ha traído el Recién Nacido nunca tendrá fin! Los hombres morirán, caerán los tronos, se apagarán las estrellas, pero El permanecerá en los corazones de los hombres. Siempre débil, mortal, amenazado y siempre eterno...

5.

Levántate, toma al Niño.

Saltó bruscamente de la cama, como despertado por el ruido del trueno. La voz que oyó en sueños parecía estar suspendida en el aire; pero en el aposento, iluminado débilmente por una linterna, no había ningún extraño. En el otro lecho vio a Miriam dormida al lado del pequeño Jesús.

Se puso la mano en el pecho. El corazón le latía con violencia. Recogió sus pensamientos. Al acostarse estaba lleno de admiración. La visita de los viajeros de tierras lejanas le inundó de una alegría inconmensurable. Por fin —llegó a pensar— se acerca la hora de la gloria. Las dificultades de los últimos meses le habían cansado. Este año transcurrido había sido muy duro. La hostilidad de la familia no había desaparecido. Durante todo este tiempo, nadie les había visitado, nadie les había ayudado. El dinero recibido a cambio del anillo se había acabado, vivían únicamente gracias a



Levántate, toma al Niño. La voz que oyó en sueños parecía estar suspendida en el aire; pero en el aposento no había ningún extraño.

la ayuda de los pastores. Muy pocas veces pudo hacer algún trabajo y sólo porque los encargos provenían de personas ajenas a la aldea. Vivían en la pobreza, casi en la miseria. Había renunciado al proyecto de quedarse en Belén. Les pasó por la cabeza irse a la montaña, a casa del sacerdote Zacarías y de su mujer. Pero cuando José empezó a preguntar por ellos, resultó que los dos ancianos habían muerto casi al mismo tiempo y que un familiar lejano se había hecho cargo del hijo. Entonces decidieron volver a Nazareth. Allí estaba la hermana de Miriam, estaba Cleofás. La ciudad galilea les había dado pruebas de su benevolencia. Pero para emprender semejante viaje con el Niño necesitaban dinero.

La visita de los magos zanjó el asunto. El collar de oro regalado por Baltasar era muy valioso. Podían venderlo por partes y vivir con ello mucho tiempo.

—Ahora podremos regresar —le dijo a Miriam después de la visita de los magos, cuando se disponía a dormir—. El Altísimo nos ha ayudado.

—El siempre ayuda...

Sonriente, Miriam se inclinó sobre el Niño. El mismo —que balbuceaba en voz baja consigo mismo y levantaba los brazos hacia ella— era quien había puesto fin a sus problemas. Miriam no había proferido nunca ninguna palabra de queja por lo sucedido en Belén. José veía que compartía sus preocupaciones y sin embargo trataba de mitigar siempre su resentimiento hacia sus hermanos. Y pese a no mencionarlo nunca, se daba cuenta de que se sentía a gusto en el pueblo que los rechazaba. Notó también que la proximidad de Jerusalén le inspiraba una extraña desazón, imposible de explicar. Conocía mejor que él la ciudad santa, siempre se refería a ella con veneración y amor. Pero ahora sentía que estaba dispuesta a alejarse lo más posible de Jerusalén, como si este lugar amenazara a su Hijo con algún peligro.

Echado sobre su lecho, con las manos bajo la cabeza, con los ojos fijos en la bóveda baja de la gruta donde se reflejaba la luz indecisa de la linterna, recordaba lo ocurrido. La gloria cuya llegada estaba esperando se presentó junto con estos tres seres extraños, de largas vestiduras.

Era algo misterioso y sorprendente a la vez, ya que, los que habían rendido homenaje de pleitesía al Hijo de Miriam eran paganos de tierras lejanas, que profesaban otra fe. Los más cercanos no le habían recibido, los grandes de Israel no se habían enterado siquiera... ¡Le habían honrado únicamente unos pastores medio salvajes, dos ancianos piadosos y estos extranjeros!

El Niño iba creciendo, pronto iba a cumplir dos años y no obstante seguía siendo un niño como los demás. En vano, observando su desarrollo, buscaba señales de alguna maduración extraordinaria. El Pequeño empezaba a hablar y sus primeras palabras estaban llenas de equivocaciones que divertían a Su madre. Cuando estaban juntos, era cuando más felices estaban ambos. El Niño la llamaba, la seguía con los ojos, se reía feliz cuando aparecía. Cuando empezó a dar sus primeros pasos, corría entre risas alegres de las manos extendidas de Su madre a los brazos de José y a la inversa. Ahora ya andaba solo con mucho aplomo, sin temor extendía el brazo hacia el asno o agarraba con sus deditos el pelo recio del perro. Los animales se lo permitían todo. El perro no se separaba de El. Le lamía la carita y las manitas. A menudo dormían acurrucados juntos. Si había algo que le diferenciaba de los demás niños, era solo Su gran amor para todos los seres vivientes que le rodeaban. Estos sabios de Oriente, se preguntaba, ¿pudieron ver algo más de lo que cualquier otra persona podría apreciar? Porque de hecho se hincaron de rodillas y rindieron homenaje al Niño, como si supieran de Su nacimiento milagroso. Yo lo sé, pensaba con pesar, y sin embargo sigo buscando algo más...

Lo que oyó entonces, en aquella noche, cuando quería huir cargando con toda la culpa, no se le había borrado de la memoria. El poder del Altísimo dispuso que Miriam diera a luz un Hijo y él fuera llamado para ser la sombra del Padre verdadero. Creía con firmeza que así era, que todo lo ocurrido no era ilusión. Había aceptado su papel de sombra. Amaba a Jesús, pero ante todo lo amaba por ser Hijo de Miriam. Seguía necesitando enterarse de quién era Aquel sobre el que ejercía la tutela paterna...

La voz que acababa de oír, hizo que se sentara en su lecho. Estaba seguro de que no estaba durmiendo, pero debía de haberse dormido ya que no había nadie en la gruta. La linterna apenas ardía —una pequeña luz temblorosa—.Fuera de ella todo desaparecía en la penumbra. Oía la respiración de los dormidos: la respiracion de Miriam más profunda y la del Niño más rápida y ligera. En el fondo de la gruta, detrás de un tabique, estaba el asno. No se oían otros sonidos.

A pesar de todo, no se volvió a acostar. Puso los pies en el suelo frío. Las palabras que le pareció haber oído sonar a su lado completaban las palabras que le habían sido dichas en sueños. Tenía que haber estado durmiendo, porque recordaba haber visto un ser extraño envuelto en una especie de mantón de colores y con alas irisadas. Nunca había visto a alguien semejante. Como Judío observante de la Ley, solía cerrar los ojos ante las esculturas y pinturas que representaban figuras humanas. Sin embargo, le habían enseñado que antiguamente en la tapa del Arca de la Alianza había figuras de querubines. Aquel ser se parecía a uno de aquellos moradores del cielo. Lentamente extraía de su memoria el comienzo del discurso de aquel extraordinario ser: «el rey Herodes quiere matar al Niño. Tenéis que huir. Tenéis que ir al país de Cam, a la tierra de la que Moisés sacó un día al pueblo de Israel. Haced acopio de fuerza, os esperan dificultades y peligros. Despierta rápidamente a la madre, tomad al Niño. No tenéis tiempo. Tenéis que daros prisa. ¡Huid...!»

Se levantó, se acercó al lecho de Miriam.

—Miriam —díjole en voz baja, para no despertar a Jesús—, Miriam, despierta.

Abrió los ojos e inmediatamente le sonrió.

—¿Quieres algo, José? ¿Debe ser aún de noche?

—Es de noche. Pero tenía que despertarte. Miriam —susurraba—, he visto a alguien en sueños. Tenía que ser un ángel. Era un ángel...

—¿Y qué te dijo?

—Que huyamos inmediatamente a tierra de Egipto, porque Herodes quiere matar a Jesús...

Ella se incorporó en su lecho, se pasó la mano por los labios que empezaron a temblarle.

—¡Oh Adonai! —exclamó en voz baja. Pero inmediatamente se rehizo, volvió a ser ella misma: serena y decidida—. Vámonos inmediatamente.

—Pero Miriam, era un sueño. Los sueños sólo pueden ser sueños.

—Este sueño vino del Altísimo.

—¿Estás segura?

—Completamente segura.

—Si tú hubieses soñado con el ángel...

—Estoy segura precisamente porque eres tú quien lo ha visto. No yo, sino tú.

—Pero...

—Tú eres el tutor, el padre...

—¡Soy una sombra!

—Eres el padre. El te ha sido dado a ti tanto como a mí. Soy mujer. Si yo hubiese visto al ángel en sueños, podría haber sido una imaginación. Pero si lo has visto tú... ¡Preparémonos rápidamente para marchar! Démonos prisa, José. ¡No podemos permitir que el peligro amenace a Jesús!

José empezó a recoger rápidamente las cosas que quería llevar. Inclinado sobre la bolsa de las herramientas suspiró diciendo:

—Cuando aparecieron esos extranjeros, pensé que había llegado el tiempo de la gloria...

Ella estaba también recogiendo rápidamente las cosas más necesarias. Se volvió un instante hacia José:

—Y yo también lo pensé un momento... ¿Pero te acuerdas, José, de las palabras de Simeón?

—Me acuerdo. Pero eso es imposible... ¡El ha nacido para la gloria!

—Quizás quiere antes —le contestó ella— probar nuestra miseria humana.

6.

Los objetos más necesarios pronto estuvieron empaquetados: un poco de ropa, algo de comida, unas pocas herramientas de carpintero. José sacó el asno, le cargó las alforjas. Mientras tanto Miriam vestía a Jesús. El Niño, despertado de pronto en medio de la noche, lloraba y rezongaba. El Pequeño solía llorar poco, se parecía a su madre, alegre y sosegado. Miriam le hablaba mientras le envolvía en unos paños. Quería darle de comer antes de salir, pero el Niño rehusaba comer.

La noche era fría. Solo un trozo de luna vagaba en el cielo por entre una franja de nubes dispersadas por el viento. Aquí y allá brillaban débilmente unas estrellas.

Antes de ponerse en camino, José se paró un momento para reflexionar sobre la dirección que debían tomar. La carretera para Egipto seguía el borde del mar. Para llegar a esta ruta había que bajar del altiplano de Judea a la llanura de la costa. El paso más cercano por los desfiladeros rocosos era extremadamente difícil. Nadie seguía este camino. Los viajeros preferían alargar el viaje y seguir la pista que iba de Jerusalén a Gaza pasando por Emaús. Ellos sin embargo no lo podían hacer, pues si salían en su persecución los encontrarían inmediatamente en la pista. Tenían que evitar los caminos transitados y seguir por senderos utilizados normalmente por los esclavos fugitivos y los ladrones.

A la salida misma de Belén, se abría en la roca una gran grieta, por cuyo centro bajaba el agua de los montes en tiempo de lluvia. Bajando por el barranco excavado por las aguas se llegaba directamente a Azoto. No podían aparecer por Azoto, porque les descubrirían muy pronto. Había que evitar Azoto y llegar a Ascalón. En Ascalón José conocía a un hombre al cual había ayudado en otro tiempo, y estaba convencido de que, por devolverle el favor, les daría cobijo para que pudieran descansar antes de proseguir el viaje. Desde Ascalón el río fronterizo no estaba muy lejos. Después del río empezaba el reino Naboteo, cuyo soberano era aliado de Herodes. Solo después de cruzar aquel reino podrían sentirse seguros. Pero allí precisamente empezaba el peligroso desierto que llegaba hasta las mismas puertas de Egipto. Tenían por delante un viaje largo y peligroso.

—Tenemos que ir por allí —indicó la dirección con la mano. Miriam aceptó su indicación sin una palabra. No preguntaba, no discutía. Iba montada en el asno sosteniendo en sus brazos a Jesús que había vuelto a dormirse. Al co-

mienzo el camino era llano; por allí pasaba la ruta de Hebrón. Pero en el primer recodo lo abandonaron. Pese a la oscuridad, encontraron un sendero poco transitado que llevaba hasta las rocas. Al llegar a ellas vieron un brecha parecida a la salida de un canalón grande. Encima de la brecha se abría el cielo, tenían las estrellas a sus pies. El espacio parecía infinito. Se detuvieron, incluso el asno hincó las cuatro patas y se negaba a dar un solo paso. Daba la impesión de que inevitablemente iban a caer al abismo.

Pero el sendero llevaba hacia el valle precisamente por esta quebrada. Había que pasar primero por una estrecha plataforma; luego se salía en medio de un gran corrimiento, como en un río. El sendero zigzagueaba entre pedruscos y arroyos de cascajos. Se borraba por momentos y entonces era fácil extraviarse.

José caminaba por delante llevando al asno, que daba bufidos de temor, tropezaba y a cada momento se sentaba temeroso sobre las patas traseras. Miriam le seguía llevando a Jesús en brazos. El Niño iba apretado contra su madre y dormía. Tenían que andar con muchísimo cuidado y muy despacio.

Del fondo de la grieta soplaba un fuerte viento marítimo. Arriba se recibía con alborozo —sobre todo tras un día tórrido—, como un agradable refresco. Pero en el fondo del barranco producía escalofríos con su frío húmedo. No sabían si los misteriosos susurros que se oían a su alrededor eran producidos por el viento. Tenían la impresión que alguien se les iba acercando lentamente, que entre las rocas desmenuzadas oían unos pasos rápidos e intranquilos.

A medida que bajaban, la falla se hacía más profunda. Por ambos lados las paredes rocosas aparecían más abruptas.

—Por favor... Descansemos un poco... —oyó José a sus espaldas.

Se detuvo de inmediato. Ocupado en buscar el camino, se olvidó por completo de que Miriam llevaba al Niño en brazos. Volvió hasta ella. Apoyada contra una gran roca respiraba con dificultad.

—¡Qué tonto soy! —le dijo—. Me olvidé por completo de que llevabas al Niño.

—Pero tú estas buscando el camino. Y llevas el asno. Recupero el aliento y sigo enseguida.

—Yo cogeré a Jesús ahora.

—No, no...

—Pues claro. Yo lo llevaré. Tiene que ser así. Estáis bajo mi protección, lo dijiste tú misma.

Sin más oposición, entregó el Niño. Al rato siguieron. José iba por delante con el Niño en brazos. El asno seguía detrás animado por Miriam. El barranco era muy estrecho ahora. Parecía un túnel por el que corría un río de piedras. No había sendero. José bajaba por él seguro, convencido de que volvería a encontrarlo más abajo. Los pies se hundían en la gravilla. El asno se hundía mucho más. Al tratar de sacar la pata cogida entre las piedras, se cayó. Una masa de cascajos, desequilibrada por esta caída, se deslizó hacia abajo con gran estruendo.

«¡Qué terrible si se ha roto la pata!», le pasó a José por la cabeza. Se detuvo a tiempo para no expresar su pensamiento en voz alta. Quiso retroceder para ayudar al animal a liberarse del amasijo de piedras. Se le adelantó Miriam. Con su ayuda, el asno volvió a ponerse de pie.

—No le ha pasado nada —dijo ella, como si presintiera la preocupación de José—. Ya vuelve a andar. Está magullado solamente, el pobre.

El barranco se ensanchó de nuevo y ya no caía tan abrupto. La senda volvió a aparecer. A José le pareció que la respiración de Miriam se hacía jadeante y penosa.

—¿Te has cansado? —le preguntó.

No contestó nada de momento, luego le dijo:

—No te preocupes por mí. Aunque yo me canse, tú eres más fuerte... Jesús tiene que...

El le puso la mano sobre el hombro.

—No puedo soportar la idea de que esto recaiga sobre ti ahora... No lo entiendo...

Ella le interrumpió.

—A cada hombre le ha sido dada su propia medida. Piensa cuántas mujeres han de levantarse por la noche y huir para salvar a su hijo...

—Pero tú...

—¿Por qué habría de ser yo más protegida que las otras? No me gustaría. Anda, vamos.

De nuevo se pusieron en camino. Iban despacio, pero sin parar. Jesús seguía durmiendo. José sentía su carita caliente contra su mejilla y las manitas enlazadas a su cuello. La noche llegaba a su fin. Las estrellas se apagaban, el espacio se llenaba de una bruma grisácea y húmeda. Allá, detrás de ellos, detrás de la loma, despuntaba el día. Pero su claridad tardaría mucho todavía en asomar por el barranco que descendían.

—No iremos mucho más lejos —dijo él—. En cuanto haya más luz, buscaré algún sitio entre las rocas para resguardarnos. Nos esconderemos durante el día...

—Creo que tienes razón.

La claridad aumentaba paulatinamente. El viento dejó de soplar. Las rocas se dibujaban por encima de ellos con una línea nítida sobre el fondo del cielo.

De repente, las piedras resonaron más fuerte a su espalda. Oyó un grito apagado. José se volvió bruscamente.

—¿Que ha pasado?

—Nada. He puesto mal el pie.

Vio a Miriam con el pie levantado.

—¿No puedes ponerlo en el suelo? —preguntó con voz preocupada.

—Sí lo pondré, lo pondré enseguida. No temas nada. Ya no me duele. La mujer —dijo— enviada por su marido por la noche en busca de una oveja perdida tiene que ir, aunque sienta el cansancio...

—¡Yo no te mandaría a ninguna parte!

—Lo sé. Pero quiero ser como las demás.

Bajó el pie y se puso a andar. Pero iba despacio, cojeando, apoyándose en las rocas. La luz se vertía más y más en el barranco. José se sintió invadido por la ansiedad. Casi se olvidaba de que Miriam apenas podía andar. Dijo sin volverse:

—¡Tenemos que apresurar el paso!

Oyó los pasos de Miriam, pero pararon enseguida.

—¡Oh José! No puedo...

Volvió a su lado. Estaba otra vez con el pie en alto. El dolor se reflejaba en su cara.

—¿Te duele?

—Duele... Pero me sobrepondré... ¡Resistiré!

—Pérdóname... Si pudiera, te llevaría en brazos. Pero esta claridad me preocupa.

—Andaré... Ya voy...

Cojeaba, pero seguía. José no podía mirar la expresión de dolor que se reflejaba a cada paso en su cara.

—Oh, Miriam —gimió él—. ¿Por qué el Altísimo...?

Tampoco le dejó terminar esta vez.

—El quiere que sigamos siendo personas.

Caminaron un trecho en silencio. Sólo por su respiración jadeante podía imaginar cuánto dolor le ocasionaba el esguince de tobillo. El asno se arrastraba también magullado. Súbitamente, José levantó la cabeza. Una de las crestas se iluminó sobre sus cabezas como si se hubiese aplicado una tea a la roca. Una luz roja, dorada, se deslizaba rápidamente por la roca negra. Miriam levantó también la cabeza. Dijo:

—El sol.

—Sí, el sol. Ya es de día. Un esfuerzo más. Tenemos que ocultarnos.

En este mismo instante chocaron unas piedras en lo alto sobre su cabeza. José se volvió horrorizado.

—¡Alguien viene detrás de nosotros! —dijo con voz trémula—. Parece que viene corriendo. ¡Oh, Adonai!

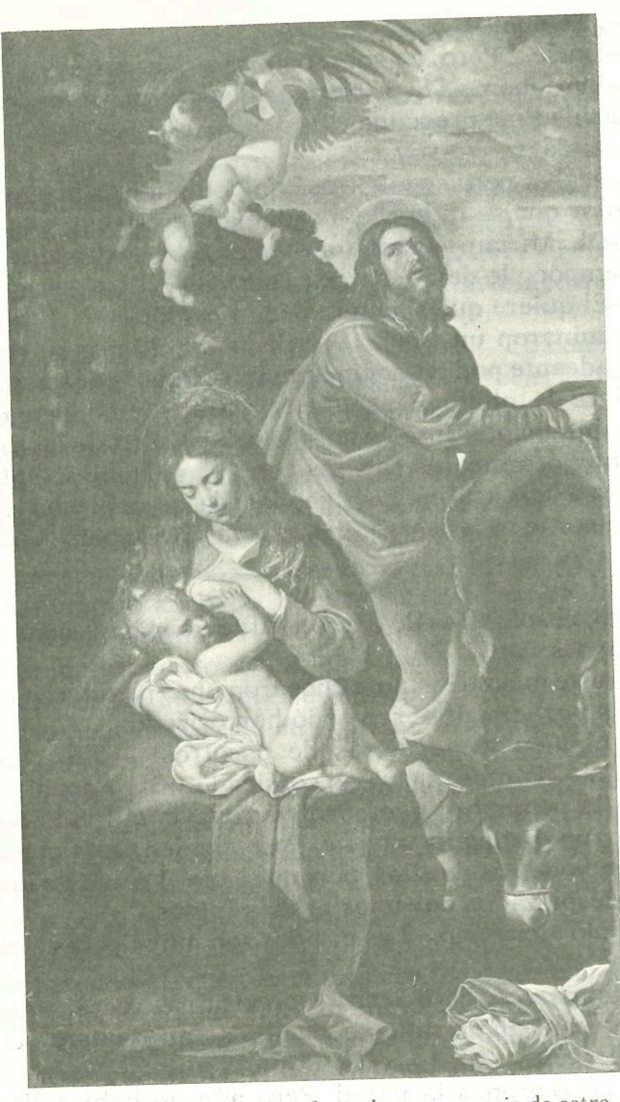
En la penumbra que envolvía todavía el fondo del barranco, no distinguía a nadie. Pero alguien tenía que venir corriendo detrás de ellos, porque se oía el ruido de los cascajos desplazados por unos pasos rápidos.

—Sólo viene uno... Las pisadas son muy ligeras... observó ella.

—Así parece. Pero acerquémonos a las rocas. —Quizás encontremos algún saliente, algún barranco lateral, donde escondernos.

Se acercaron a la pared. Pero aún no habían llegado cuando oyeron justo a su lado un ruido de piedras desplazadas por unos pasos rápidos. De pronto se oyó la risa de Miriam.

—Oh José, mira quién venía corriendo detrás de nosotros.



José divisó una grieta que formaba una especie de estrecho pasadizo. Apenas podía uno pasar por allí. Dejando a Miriam con Jesús en brazos, se adentró. Siguiendo el pasadizo estrecho y tortuoso llegó al cauce seco y rocoso de un torrente. Más lejos había un cascajal, luego un prado pequeño y la boca oscura de una pequeña caverna. Volvió rápidamente sobre sus pasos recitando una *berakâ* de acción de gracias. Era un sitio excelente para ocultarse.

Dando unos grandes saltos, con toda la lengua fuera, apareció un perro, su perro. Cayó a los pies de Miriam y lloriqueando se frotaba contra ella con todo el cuerpo. Le mordisqueaba la ropa de alegría. Estaban tan feliz por haberlos encontrado. Miriam le acariciaba el lomo.

—¡Qué valiente! Nos ha encontrado —decía.

Cuando llegaron los magos, José le pidió a Ata que se llevara el perro a su casa. Se quedó allí por la noche, por eso no se fue con ellos cuando se marcharon.

José, preocupado, movía la cabeza.

—¿No les habrá mostrado el camino de nuestra huida a los que vinieron a buscarnos? De todos modos no podemos ir más lejos. Tenemos que parar y ocultarnos.

En la pared lateral, José divisó una grieta que formaba una especie de estrecho pasadizo. Apenas podía uno pasar por allí. Dejando a Miriam con Jesús en brazos, se adentró. Siguiendo el pasadizo estrecho y tortuoso llegó al cauce seco y rocoso de un torrente. Más lejos había un cascajal, luego un prado pequeño y la boca oscura de una pequeña caverna. Volvió rápidamente sobre sus pasos recitando una *berakâ* de acción de gracias. Era un sitio excelente para ocultarse.

Miriam, en espera de su regreso, se sentó en el suelo. Apoyó la cabeza contra una roca, cerró los ojos. Jesús dormía en su regazo. Ella se adormeció también.

Así la encontró al volver. La despertó suavemente con la mano. Ella abrió lentamente los ojos.

—Un esfuerzo más, Miriam —le dijo—. He encontrado un sitio seguro y cómodo.

—¿Ves qué bueno es El? —le dijo ella.

—Sí, es muy bueno —asintió José—, siempre ayuda... ¿Jesús sigue durmiendo? —preguntó.

—Nos ha sido entregado para que pueda dormir —le dijo ella sonriendo sobre la cabecita del Niño apoyada contra su pecho.

7.

Boarges se abrió paso entre los sirvientes parados a la puerta, la empujó y, con toda la rapidez que le permitía su cuerpo gordo y fofo, entró en el aposento del rey.

Herodes, completamente desnudo, estaba sentado en una gran cubeta llena de agua caliente. Había dos efebos a su lado. Uno movía el incensario, el otro amenizaba al rey tocando una delgada flauta. Los baños con agua caliente traída de Collirhoe le producían algún alivio. Se quedaba horas enteras en el agua. Ahora que no llevaba ropaje podía apreciarse su delgadez. Bajo la piel estirada se veía cada hueso. Tenía los pechos caídos como una mujer que había amamantado muchas veces. El vello que los cubría estaba tieso pareciéndose al de un animal. Pero tenía el vientre hinchado como un odre lleno de vino.

—¿Qué quieres? —preguntó al eunuco, cuando estuvo ante él inclinándose profundamente.

—Señor —Boarges estaba claramente trastornado por la noticia que traía—. El hombre al que encargaste la vigilancia de los sabios partos, ha vuelto...

—¿Por qué ha vuelto? —en la voz de Herodes se notó la ira—. Le mandé estar todo el tiempo a su lado. ¡Tenía que volver cuando volvieran ellos! ¿Cómo se ha atrevido?

Boarges tragó saliva con dificultad.

—Señor... Volvió, porque los otros desaparecieron... Incomprensiblemente...

—¿Qué? —gritó Herodes levantándose con tanto ímpetu que la cubeta se tambaleó en el pavimento vertiendo parte del agua sobre las losetas—. ¿Algún truco de magia negra?

—Puede ser... señor... son brujos...

—¡Tráeme a ese hombre!

El eunuco corrió hacia la puerta. Gritó a la servidumbre. Dos centinelas introdujeron al espía. El hombre temblaba como una hoja. Apenas podía andar, se hincó de rodillas de lleno en el charco de agua.

—Piedad, rey, piedad —empezó lloriqueando, golpeando con la frente las losetas del pavimento.

Herodes gritó a los muchachos para que lo tomaran por los brazos y lo sacaran de la cubeta. Estaba ahora ante el espía lloroso, chorreando agua. El cuerpo deformado por la enfermedad recordaba el cuerpo de un sátiro de una escultura giega. El vello mojado pegado a la piel tenía la apariencia de gusanos.

—¿Dónde están estos partos? —la voz del rey estaba sofocada, pero era mucho más terrible que cuando gritaba.

—Piedad, piedad —gemía el hombre—. Desaparecieron...

—Habla desde el principio. Y si mientes...

—Digo la verdad, rey. Toda la verdad. Fueron a la posada al atardecer. Iban a dormir allí, sus servidores decían que tenían intención de volver a ti, rey... Pero cuando llegué corriendo al alba, ya no estaban...

—¿Dónde se han metido?

—No se sabe... Nadie lo sabe... El posadero no oyó cuando se fueron... Nadie oyó nada. Ha sido por arte de magia... lo juro...

—Tenías que haberte quedado de guardia ante la puerta. No quitarles la vista de encima. Y te fuiste a divertirte...

—No, rey, no. Solo me retiré un momento. Cuando volví, ya no estaban...

—Si quieres salvar el pellejo, habla, ¿dónde se han ido?

El espía, sollozando, hundió la frente en el charco de agua.

—Piedad... ¿Cómo lo puedo saber? No los he visto...

—Pero yo lo sé, señor —se atrevió a interrumpir Boarges—. Tengo informes, precisamente quería informarte, señor.

—¡Habla pronto!

—Los vieron. De mañana muy temprano. Cruzaron Jerusalén y por Betania se dirigieron hacia Jericó. Pasaron a galope y tenían unos excelentes caballos.

Herodes observó un momento con mirada feroz al encogido Boarges, y luego se inclinó, agarró por el pelo al hombre arrodillado a sus pies levantándole la cabeza.

—Has ocultado algo... Habla pronto si no quiere morir de la muerte más dolorosa. ¿Qué ocurrió allí en Belén? ¿Por qué no volvieron aquí?

—Señor... Señor... —gemía el espía—. He dicho la verdad. Desaparecieron en la noche. No sé por qué no volvieron aquí...

—¿Y qué hicieron ayer? ¿Con quién hablaron? ¿A quién vieron? ¡Habla! Tenías orden de vigilarles continuamente.

—No les he quitado la vista de encima ni por un momento, señor.

—¿Entonces qué hicieron?

—Lo diré... lo diré todo... Pasaron casi todo el día en un prado delante del pueblo... No se metieron entre las casas, ni hablaron con nadie... Sólo se fueron cuando oscureció... Caminaron como si supieran a dónde iban. No al pueblo. Fueron a un campo fuera del pueblo. Allí hay una gruta entre las rocas, y alguien vive en esa gruta...

—¿Quién es?

—Lo supe más tarde en el pueblo... Uno de los hijos del jefe de la estirpe; del que murió hace cosa de un año... Sus hermanos le echaron del pueblo... Dicen que no querían tener que ver con él. Dicen que es un hombre malo... Pero él volvió...

—¿Y los otros fueron a verle?

—Fueron a su casa, señor. Encontraron la gruta solos... Nadie les guió... No pude entrar con ellos... No podía dejarme ver, señor...

—¿Qué hiciste?

—Cuando estuvieron dentro, me arrastré hasta allí... Miré... Dentro había un hombre, una mujer y un Niño. Esos hombres se arrodillaron delante del Niño. No pude ver nada más, porque también había un perro y este perro me descubrió... Tuve que escapar.. Si no hubiera huido, sus criados me habrían apresado y dado muerte... Estaban cerca... llevaban unos puñales muy grandes... Me habrían matado con toda seguridad... Oh señor, piedad...

Herodes soltó el pelo del hombre y el espía cayó en el charco con un gran chapoteo. Los ojos febriles del rey recorrieron la estancia. Movía las mandíbulas como si masticara algo con esfuerzo. No decía nada, pero ese silencio suyo parecía extrañamente temible. Bajito, con voz ahogada lanzó:

—¡Que entren todos!

Toda la corte real reunida en la habitación contigua entró atropelladamente. Todos estaban enterados del suceso y todos temblaban atemorizados. Por el aspecto de Herodes que estaba ante ellos, desnudo, con el rostro demudado, comprendieron que el rey era presa de una ira furiosa, una de esas furias espantosas, que se apoderaban últimamente de él. En tales momentos, Herodes arreglaba todas sus

cuentas pendientes, por eso, todo el que tenía algo sobre la conciencia temblaba y se ocultaba detrás de los demás. Con la misma voz neutra, ahogada, ordenó:

—¡Eurycles!

El miedo de los cortesanos sobrepasó todos los límites. Este espartano era el comandante de las tropas mercenarias, muy bien pagadas por el rey y empleadas para cumplir las órdenes más crueles. Se sabía que Eurycles había estrangulado personalmente a los dos hijos del rey. Era claro que, si Herodes le hacía llamar, algunos iban a perder la vida.

Mientras esperaba la llegada del griego, Herodes permanecía de pie con las piernas muy abiertas. Fruncido el ceño, la nariz con las aletas vibrantes tensa como un arco, la boca entreabierta dejando ver cómo los dientes negros rechinaban como los engranajes de una máquina. La respiración del rey se hizo sibilante.

Eurycles se presentó en compañía de dos centuriones.

—Te saludo, oh rey —no hincó la rodilla en tierra ante Herodes, pero le hizo el saludo de ordenanza levantando el brazo—. Espero tus órdenes.

—Escucha —Herodes extendió la mano y la puso sobre la coraza del griego en la que se veía, a pesar de que esto escandalizara a los Judíos, el rostro contraido de una mujer con serpientes en lugar de pelo—. Mandarás inmediatamente un centenar de hombres a Belén. Allí se oculta el Niño. Este —le dio un puntapié al espía tendido— te mostrará el sitio. ¡Que maten al Niño y traigan aquí su cuerpo! Pero antes de que vayan a hacerlo, que rodeen el pueblo. No pueden dejar salir a nadie. Esa familia infame tenía escondido al Pequeño y conspiraba con los Partos. Podrían intentar esconderlo de nuevo. Por lo tanto, para más seguridad, pasa a cuchillo a todos los chicos ¿Cuántos años tenía ese Niño? —volvió a darle un puntapié al espía.

—Un año, señor... Tal vez más...

—Entonces todos los chicos hasta de dos años. Esto concuerda. Ellos contaban que vieron la estrella en esa época. ¡A todos! ¡Que no escape ninguno! ¡Que la estirpe pague por la traición! ¡Canallas! Los he dejado en paz porque fingían ser unos apacibles *am-ha'arez*. Pero ellos estaban

conspirando... Tienen que ser castigados. ¡A todos los chicos! ¿Comprendes?

—Se hará como has mandado, rey —aseguró el griego—. Lo vigilaré yo mismo.

—¡No! Manda a los tuyos. Tú te quedarás aquí. Te voy a necesitar —la mirada salvaje del rey recorrió el semicírculo de los cortesanos—. Todo estaba combinado —enumeraba despacio y cruelmente—: la conspiración de mi hijo, la llegada de los Partos, este Niño... Ahora todo está muy claro... No faltaron en mi palacio los que participaron en la conjura. Lo sabía, pero esperaba... Observaba cómo iban a comportarse... Querían intentarlo de nuevo... Engañarme otra vez...

De repente extendió la mano y señalando a Boarges chilló:

—¡A la tortura con él!

—¡Oh señor! —el eunuco obeso se echó a los pies del rey—. ¡Yo no! ¡Yo no! Diré quién...

—¡A la tortura! Tiene que decir todo lo que sabe. ¡Coged a éste también! ¡Y a éste! ¡Y a éste!...

El dedo ennegrecido se extendía una y otra vez hacia el grupo de cortesanos. Quien era señalado se postraba en tierra y gimiendo imploraba piedad. Pero ya se precipitaban los soldados sobre él y lo sacaban a rastras de la sala. Los que no habían sido señalados permanecían rígidos, con la mirada vidriosa, sin atreverse a mirar al rey a los ojos ni tampoco volver la cabeza.

—Y éste...

Al principio el dedo salía impulsado rápidamente, como la lengua de la boca de una víbora. Ahora se movía cada vez más despacio. Herodes parecía satisfecho del espanto que descubría en los ojos de sus cortesanos. Sopesaba, maduraba su decisión. Observaba con detenimiento el rostro de la persona antes de señalarla con el dedo.

Ahora miraba a los dos efebos que tenía a su lado cuando estaba en la cubeta. El mayor tenía una flauta en la mano con la que había tocado para el rey. Era un muchacho de una extraordinaria belleza. Se llamaba Carus. Era hijo de una esclava siria. El rey lo vio un día y se lo quitó a su madre. Lo convirtió en el primero del harén de sus muchachos.

No le importaba que él mismo pudiera haber sido el padre de Carus. Estaba orgulloso de la belleza de este efebo. Presumía con él. No le importaban los informes que los espías le habían pasado de que el muchacho aceptaba regalos de Boarges, de cuyos lazos con Antípatro y Ferorás estaba enterado por Salomé. Pero en este momento la ira le imponía el olvido de toda consideración. Sentía que todos le odiaban y él los odiaba a todos. No se fiaba de nadie. Observaba la cara del muchacho. Pero Carus se sonreía sin sospechar siquiera el peligro. Estaba convencido de que el rey enfermo necesitaría siempre de sus caricias. Esta autoconfianza fue causa de un efecto inesperado: el dedo afilado de Herodes se disparó hacia el chico cual punta de una flecha en vuelo.

—¡Y éste...! —gritó.

8.

No consiguieron llegar muy pronto a Ascalón. Miriam tenía el pie lastimado. Esperando la curación de la herida, permanecieron tres días escondidos en el cauce seco del río. Extremadamente preocupado por tener que dejar a Miriam y a Jesús solos en un páramo, José se dirigió al poblado cercano para adquirir provisiones.

En la caverna estrecha donde se ocultaban, José arrancó un anillo del collar regalado por Baltasar y, a golpes, lo convirtió en láminas. Tenía intención de pagar las provisiones con estas láminas. No tenía dinero. Temía además revelar que poseía un collar costoso.

Por una laminita pequeña consiguió comprar comida. Preguntaba con sumo cuidado a los *am-ha'arez* si no habrían oído que los soldados del rey buscaban a alguien. Sin embargo, los campesinos estaban muy ocupados con su trabajo y no sabían nada de ninguna investigación.

Por fin, la hinchazón desapareció de la pierna de Miriam. Podían proseguir su camino. De noche y por caminos inhóspitos, José llevó a los suyos a Ashkelon, llamado Ascalón pro los griegos.

La ciudad natal de Herodes, situada a orillas del Gran Mar, estaba cuidada con particular esmero por el rey. He-

rodes mandó edificar en la ciudad numerosos edificios y en especial unas termas hermosas y un amplio estadio rodeado de un verdadero bosque de figuras. Mandó igualmente ampliar y embellecer el templo de la protectora de la ciudad, Afrodita, venerada por griegos y sirios. Para él mismo, se hizo edificar un palacio en el que residía por lo menos una vez al año, especialmente en los días de fiesta de la diosa. En estas ocasiones se entregaban a Afrodita unos regalos costosos en su nombre.

Debido al culto a Afrodita, Ascalón era una ciudad odiada por toda Judea. La mayoría de los habitantes de la ciudad eran griegos y sirios, aunque no faltaban tampoco judíos. Los griegos gobernaban la ciudad, poseían incluso una autonomía otorgada por el rey. Los judíos —con excepción de los mercaderes opulentos— tenían que hacinarse en su propio barrio. Era una humilde plebe de artesanos.

Aquí en Ascalón vivía un conocido de José, el tejedor Attay, a quien José había ayudado en el pasado y, según decía él mismo, quería corresponder a la ayuda prestada. Hacía dos años que José no veía a Attay, pero estaba convencido de que iba a ofrecerles cobijo. Cuando llegó al barrio judío, los transeúntes les indicaron inmediatamente una casucha mísera, donde vivía Attay. Era un antro oscuro, lleno de polvo y maloliente. Attay se hacinaba allí con su mujer y sus nueve hijos sucios, mocosos y hambrientos. La pobreza y la miseria reinaban en la casa. Attay estaba enfermo: tosía, tenía fiebre y apenas si podía ganar dinero. Los hijos salían a pedir limosna.

A pesar de su miseria, recibió inmediatamente a José. No tenía sin embargo nada que ofrecerle fuera de un rincón oscuro en una habitación sucia. Abriendo las manos, decía dolorido:

—Tú mismo ves cómo estamos aquí. No regatearía nada para ti y los tuyos. Pero no tengo absolutamente nada. Tengo la enfermedad ésta metida aquí dentro —apretaba la mano contra el pecho— y no me deja trabajar. Es cierto que tengo unos encargos para maromas de barco... Pero cuando empiezo a torcer me ahogo..., la tos no me deja dormir. En cuanto a la comida, tienes que comprártela tú mismo. ¡Este

perro, échalo! ¿Qué ventajas trae un animal impuro? Es capaz de morder a alguien.

Miriam protestó calurosamente. Siempre le gustaron los animales y se había encariñado con el perro, sobre todo en los días que tuvo que estar sola en la caverna del cauce del río, durante la ausencia de José. El perro dio pruebas de compañero fiel y de buen guardián, ahuyentando varias veces a unos chacales que merodeaban por el entorno. Jesús le tenía mucho cariño y se negaba a dormir si no veía en la cercanía al perro durmiendo hecho un ovillo.

Attay discrepaba.

—¿Para qué este perro? ¿Para qué un perro? Un perro corretea mucho; además come mucho y cuando no tiene qué comer, roba la comida de la gente. Os lo digo: echadlo.

—Attay, deja que se quede —le rogaba José, viendo la mirada implorante de Miriam—. Nos quedaremos poco tiempo en tu casa...

El tejedor alzó los hombros.

—Si os váis pronto... Pero tenéis que cuidarlo mucho...

A la mañana siguiente de su llegada a Ascalón, José se fue al mercado. Quería comprar comida e informarse sobre el camino a seguir. Paseaba entre los puestos, cuando llegaron repentinamente a sus oídos unas palabras que le afectaron profundamente...

Un grupo de personas rodeaba a un hombre que contaba algo con viveza. El nombre de su pueblo natal, que surgió de entre los reunidos, como una moneda bajo los pies, impulsó a José a unirse a los mirones, e incluso a abrirse paso hasta el centro.

El hombre que estaba en medio de los reunidos era bajo, pelirrojo y harapiento. Daba la impresión de un vivo. Hablaba gesticulando mucho, diciendo a voz en grito determinadas palabras para causar mayor efecto. Mientras hablaba, sus ojos se movían inquietos en todas las direcciones.

—¡Entonces mataron a todos! ¿Entendéis? —las palabras se convertían en grito—. ¡Toda la estirpe real aniquilada! ¡La estirpe real! ¡Ya no habrá descendientes del rey David!

Los oyentes movían la cabeza, repetían las palabras del narrador a los que estaban más alejados, José escuchaba

horrorizado. El horror iba acompañado de una sensación de dolor y de un sentimiento de terrible culpabilidad que le oprimía. Se olvidó de las precauciones; abriéndose paso entre los mirones, se acercó al hombre que estaba hablando. Le agarró bruscamente por el brazo.

—No he oído todo lo que contabas —le dijo febrilmente—. Repite: ¿qué ha ocurrido en Belén...?

El pelirrojo retrocedió violentamente. Quería zafarse.

—¿Qué quieres de mí?, ¡suéltame! No sé nada de ningún Belén. No decía nada...

—Contabas lo que ha ocurrido en Belén...

—Eran cuentos viejos, ¡suéltame!

Intentó soltarse de nuevo. Daba la impresión de que trataba de perderse entre la gente que le rodeaba, como una rata asustada que trata de meterse en el primer agujero que encuentra. Pero José le sujetaba firmemente.

—Dijiste que la estirpe real de David ha sido asesinada...

—¿Quién lo decía? ¡Yo no dije nada semejante!

—¡Te he oído! ¡No mientas! ¡Repítelo!

El otro intentó soltarse otra vez. Al no conseguirlo, cambió de proceder: le hizo a José una mueca de entendimiento. Con un ligero movimiento de cabeza le hizo una seña para que juntos se alejaran del tumulto. Apenas salidos del cerco de los mirones, el pelirrojo emprendió una carrera arrastrando a José detrás de sí. Daban vueltas entre los puestos, se colaban por entre piezas de tejido rayado que los vendedores habían colgado sobre unos travesaños, pasaban entre filas de sandalias colocadas en el suelo. Por fin se encontraron lejos de los otros. El hombre pequeño que tiraba de José se detuvo bajo un pórtico que circundaba la plaza del mercado, en un lugar totalmente desierto.

—Bueno, ¿qué es lo que quieres? —preguntó—. Contaba lo que había oído yo mismo. Tal vez no sea cierto...

—Cuéntalo otra vez.

Los pequeños ojos del pelirrojo observaban a José:

—Te digo que sólo contaba lo que me había dicho la gente. Hay muchos que disfrutan escuchando chismes. Y te dan unos céntimos... ¿Eres de Judea? —inclinó la cabeza preguntándole a José de sopetón.

—Vivo en Galilca.

—No hablas galileo. Eres de Judea ¿Pero no serás espía?

—¿De dónde te ha venido esa idea?

—No tienes aspecto de espía... —no dejaba de observar a José—. Realmente tienes aspecto de tonto. Hay que ser tonto para preguntar como lo has hecho. ¿No sabes que esto está lleno de espías?

—Quería enterarme de todo.

—¡Querías, querías...! —levantó los hombros—. ¿Qué es lo que te ha excitado tanto? —se le encogió la cara en una sonrisa sardónica—. ¿No sabes lo que les espera a los que quieren saber demasiado?

Los pequeños ojos agudos del hombre estaban fijos en José. Se notaba que el miedo le había abandonado por completo, en la expresión de la cara se podía percibir la astucia. Extendió la mano, frotando repetida y significadamente dos dedos entre sí. José cogió la bolsa y le dio unos ases. El hombre miró las monedas de cobre. Con gesto displicente los guardó en su cinturón.

—Por este dinero no te diré gran cosa —añadió—. Me has privado de una ganancia. Los otros me habrían dado más.

—Cuando me cuentes todo lo que sabes, te daré más.

—Entonces, escucha —el pelirrojo se inclinó sobre José. Hablaba en voz baja casi en un susurro—. La gente cuenta que los soldados del rey llegaron a Belén y mataron a todos los niños varones...

—Es espantoso.

El hombre, con un gesto brusco e inesperado se zafó de José y dio un salto hacia atrás. Pero no escapó. Parado unos pasos más lejos, vigilante, pronto a la huida, dijo:

—Si quieres saber más, dame un estáter.

El precio era elevado, pero José sentía que tenía que oírlo todo.

—¿Dirás todo lo que sabes? —le preguntó.

—Paga primero.

José metió la mano en la bolsa para buscar la moneda. En la caverna donde se quedaron esperando la curación del pie de Miriam, hizo varias cucharas y otros objetos menudos. Gracias a su venta disponía de algún dinero y no tenía

que pagar con las láminas de oro, lo que complicaría la transacción y llamaría la atención. Extendió la mano con la moneda hacia el hombre, pero el otro retrocedió.

—Si quieres que hable, déjalo sobre el muro, allí —dijo—. Y retírate.

Cuando José hubo retrocedido, el otro dio un salto como un gato arrojándose sobre un ratón, agarró la moneda colocándose de nuevo a una distancia prudente para que José no pudiera atraparlo.

—Escucha, Judío, ya que te interesa tanto —le dijo—. Los soldados que llegaron a Belén buscaban a cierto Niño. Se dice que es un Infante real, que vinieron a buscar unos emisarios del rey de los Partos. Pero no encontraron al Niño. Sus padres habían huido con El. Entonces, por rabia, mataron a los demás, y siguen buscando a los que han huido. Recorren los caminos preguntando por una familia con un Niño pequeño. Prometieron una gran recompensa...

Al pronunciar las últimas palabras los ojos del hombre brillaron de forma extraña, José lo notó y sintió miedo. Trataba de ocultarlo, pero el otro debió de percibir algo, ya que lanzó maliciosamente.

—Los encontrarán, aunque se escondan bajo tierra...

Con una voz a la que se esforzaba en dar un tono de completa indiferencia, José preguntó:

—¿Y eso es todo lo que has oído?

—¿Y qué más querías saber?

Intentando siempre demostrar indiferencia, alzó los hombros. Se volvió sobre sus talones y salió de debajo del pórtico. Pero cuando miró hacia atrás, vio que el hombre le observaba, En seguida, tal como hizo el otro antes, empezó a dar vueltas entre los puestos del mercado. Antes de regresar a casa, anduvo mucho tiempo por las calles, comprobando continuamene si no veía al pelirrojo en la cercanía. No lo vio. A pesar de eso, regresó a casa de Attay lleno de inquietud.

Estaba muy dolido, desasosegado y desesperado. Le atenazaba de nuevo una especie de sentimiento de culpa. Sus hermanos le trataron de modo indigno. Sin embargo eran sus hermanos ... Además resultó que sus temores eran fun-

dados. Si no hubiera venido, esta tragedia espantosa no hubiese caído sobre su estirpe.

Estaba sentado, abatido por estos pensamientos. No los compartió con Miriam. No quería alarmarla. Había en él otros sentimientos poco claros. Se daba cuenta de que sus hermanos eran más culpables para con ella que para con él. Ella no dijo, por cierto, nunca ni una palabra desconsiderada contra ellos. Incluso le refrenaba a él su cólera. Casi temía oír de nuevo unas palabras justificadoras por lo ocurrido. Y es lo que no quería oír; y menos de ella.

Pero se ve que Miriam notó por su aspecto y su conducta que había sucedido algo poco común. No le preguntaba. Sirviéndole y tratando de mostrarle su amor en cada gesto, esperaba con paciencia. Era siempre igual desde que la conocía: llena de paciente bondad. Cuando la veía así, no se sentía con fuerzas para ocultarle algo. Se acordaba de su decisión de dejarle a ella la dirección de sus vidas.

La llamó y en un susurro apagado le contó todo lo que había sabido por el pelirrojo. Ella le miraba con los ojos muy abiertos.

—¡Oh Adonai! —exclamó en voz baja—. ¿Todos los niños varones? Ellos vinieron a buscarle a El, seguro... —los ojos de Miriam corrieron hacia Jesús que jugaba sin ruido con un animalito que José le había hecho con un trozo de madera.

—Sí, vinieron por El —corroboró sus palabras.

Le pareció que la mujer temblaba. Pero se dominó enseguida. Su mano buscó la cabecita del Niño sentado en el lecho, sus dedos alisaron cariñosamente el pelo del Pequeño.

—Tenemos que huir más lejos —dijo ella.

—Tenemos que hacerlo —asintió él—. Pero quizás no ahora. Me parece que es preferible quedarnos durante un tiempo en casa de Attay. No buscarán sin fin...

—Haremos lo que decidas. ¡Oh, qué pena me dan esas madres, esos padres!... —suspiró.

—Mis hermanos tenían razón en tener miedo —no pudo mantener por dentro su amargura—. El no les avisó... Es cierto que eran malvados... Estaba enfadado con ellos, molesto... Pero quizás...

Sintió sobre su mano el toque de los dedos de Miriam.

—No deberías hacerte reproches —le dijo.

—Pero tú te das cuenta, Miriam, lo que significa la muerte de un hijo —exclamó.

Ella no contestó en seguida. Guardó silencio durante un momento. Volvió otra vez la vista sobre el Niño, que hacía girar entre sus deditos la cabrita de madera. José notó cierta neblina en sus ojos. Se arrepintió de lo dicho.

—Hice mal diciendo eso —susurró—. Seguro que lo entiendes...

—Es un dolor terrible, el más terrible... Muchas veces pienso en Abraham y en Sarah...

Ahora los dos miraron al Niño.

—El Altísimo no lo podía querer —dijo él—. El lo protegerá siempre...

Miriam sacudió fuertemente la cabeza.

—No sé, José, no sé y no quiero saber. Será lo que El quiera. Yo no deseo más que una cosa: confiar siempre y creer siempre que lo que sale de Su mano es lo mejor...

—La muerte de un hijo no es un bien. En cuanto a Abraham, sólo se trataba de una prueba.

—¿Y si fuera el último recurso para inclinar la balanza? ¿El decisivo, cuando todos los demás han fallado? —dejó descansar su mano sobre el brazo de José, como si este pensamiento fuera para ella un descubrimiento inesperado—. Tal vez, aquellos niños han salvado con su muerte a tus hermanos, José.

9.

Tal como se lo había dicho a Miriam, estaba convencido de que no convenía por el momento abandonar la ciudad. En casa de Attay estaban ocultos. Había que permanecer algún tiempo en este escondite, hasta que terminaran de buscarles. Después de su conversación con el pelirrojo, prefirió sin embargo no aparecer por el mercado. A la noche le hizo una seña a Attay y le sacó a un pequeño patio fuera de la casa. Hasta entonces no le había contado al tejedor los motivos que le obligaban a emprender viaje a Egipto. Prefirió no decírselos ahora tampoco.

—Escucha, Attay —le dijo—, quiero pedirte algo. Nos

has dado hospitalidad y te estamos muy agradecidos por ella. Esperaba seguir el viaje mañana. Pero llegué al convencimiento de que estaría mejor, si pudiéramos quedarnos unos días más en la ciudad. Quisiera que mi mujer descansase...

—Si lo has decidido, José, quedaos.

—Te lo agradezco. Pero me doy cuenta de que somos un estorbo para ti. Quisiera recompensarte de algún modo estas molestias. Se me ocurrió una idea. Estando hoy en el mercado me he convencido de que los de Judea no son muy bien vistos aquí...

—No lo son. Nosotros aprendimos a convivir con los infieles. La gente de Judea suele discutir. Terminan siempre riñendo y pegándose. Acaban a veces en batalla campal, con muertos... El gobierno está en manos de los griegos y cuando ocurre algo semejante se vuelven entonces contra todos nosotros... Los soldados de Herodes van también en ayuda de los *gôjim*...

—Ya ves, soy forastero y llamo la atención. Sería mejor que fueras tú quien hiciera las compras de comida. Sé que te es difícil alimentar a tu familia... Te lo ruego, coge este dinero, compra con él comida para los tuyos y para nosotros.

Puso en la mano encallecida de Attay tres chapitas de oro, del aro aplastado. El tejedor miraba el oro en silencio, luego empezó de repente a temblar todo entero.

—¿Qué me has dado, José?

—No tengo dinero, sólo tengo estos trocitos de oro.

—¡No he visto en mi vida semejante riqueza!

—Hiciste mucho por nosotros.

—Lo que hice no vale siquiera un granito de este oro.

—La bondad no se mide con oro. Lo recibimos y queremos compartirlo contigo.

Attay no dijo nada más. Los ojos le brillaban como si tuviera fiebre. Seguía de pie, temblando con las chapitas de oro en la mano. Queriendo tranquilizarle, José le preguntó:

—¿No habrás oído que los soldados de Herodes buscan a alguien en la ciudad?

Pero el tejedor miró a José con una mirada inconsciente.

—¿Buscan? No sé nada... No he oído... ¡Que el Altísimo os premie por lo que habéis hecho por mí y mis hijos! Que la bendición del eterno *Shekinâ* esté sobre vosotros y vuestro Hijo.

Estuvo un buen rato expresando en voz alta su agradecimiento y las bendiciones. Cayó la noche, pero Attay no dormía. A la luz de la linterna, José veía al tejedor paseando entre las esteras donde dormían sus hijos. Estaba hablando solo.

Por la mañana temprano, ya estaba preparado para ir al mercado. Se llevó con él a su hijo mayor cargado con una cesta grande.

A la hora de la comida, el chico volvió solo. Dijo que perdió a su padre en el mercado. Attay no volvió hasta la noche. Cuando anocheció y el tejedor seguía sin regresar, todos en la casa fueron presos de inquietud. La esposa de Attay vino llorando a Miriam, que tuvo que tranquilizarla. El más asustado era José. Tenía la absoluta certeza de que la desaparición de Attay tenía alguna relación con el oro que le había entregado.

Era noche cerrada cuando chirrió el portillo y se oyeron unos pasos inseguros y unos sollozos. Attay entró en casa bamboleándose y sollozando. Desprendía olor a vino. Llevaba la cara ensangrentada y la túnica rota. Volvió sin manto. No trajo ni el cesto ni la comida.

Cuando estuvo en medio de la habitación, cayó de rodillas. Gimiendo y lamentándose, golpeaba con la cabeza la tierra batida. Se despertaron los niños y empezaron a chillar. La esposa de Attay se precipitó hacia su marido. Viendo su desesperación, empezó ella también a llorar y mesarse el cabello. Nadie sabía lo que había ocurrido y, sin embargo, todos presentían que había caído sobre la casa una terrible desgracia.

José, sentándose en el suelo al lado de Attay sollozante, trataba de averiguar el motivo de su desesperación. No fue fácil. El otro gemía, pero poco se podía sacar de sus palabras entrecortadas. Finalmente, José comprendió lo que había ocurrido: el tejedor había presumido en el mercado con sus chapitas de oro ante unos conocidos que encontró. Los otros le convencieron para que los acompañara a una

tasca. Bebió y el vino se le subió a la cabeza. Se olvidó de todo. No recordaba siquiera lo que había hecho, lo que él había dicho, ni lo que habían dicho los otros. Cuando recobró el sentido, estaba solo en la calle. Sus amigos habían desaparecido. En cambio, fue agredido por unos malhechores. Estos le hirieron, le robaron el manto y el dinero.

A medida que oía la historia de Attay interrumpida por sollozos, José sentía un espanto creciente. No tenía dudas de que Attay debió hablar en la tasca de las personas que le dieron el oro. ¡Les había traicionado! Montó en cólera contra el pordiosero que se revolvía en el suelo. Para él era una pérdida de dinero, pero para ellos, era una condena a muerte... Los que habían escuchado a Attay, colegirían con toda certeza la relación entre la gente que se ocultaba en casa del tejedor y los fugitivos buscados por los soldados.

Desde el momento de su encuentro con el pelirrojo, José se daba cuenta de la proximidad del peligro que se cernía sobre ellos. Pero la casa le parecía buen escondite. Ahora se sintió como un animal acosado, a cuya madriguera se acercan los enemigos desde todas partes. Como si de repente el rincón más oscuro donde estaban ocultos fuera iluminado por una multitud de teas.

Estaba sentado con la cabeza apoyada en la mano, cuando oyó a sus espaldas la voz suave de Miriam.

—¿Estás muy enfadado con este pobre hombre?

—¡No has visto lo que ha hecho!

—El no bebe nunca y no conoce la fuerza del vino. Y los otros quizá habrán querido emborracharle adrede.

—¡Seguro que ha hablado de nosotros! El mismo no se acuerda ahora de lo que ha dicho.

—Se alegró con el dinero. El hombre no sabe alegrarse en solitario. Quiere compartir su alegría con otros. Además, no sabía que tenemos que ocultarnos.

—¡Lo defiendes! Ya te he dicho lo que me contó aquél: nos buscan, han fijado una recompensa... Quizás esta misma noche...

Levantó sobre ella una mirada llena de angustia. Se excitaba con sus propias palabras. Pero la cara de Miriam permaneció tranquila.

—Aquel que te previno allí, en Belén, no vino a verte. Esto significa, que nos queda tiempo para la huida...

Influido por sus palabras José se iba sosegando.

—Tenemos que huir cuanto antes —le dijo—. Pero no tenemos comida para el viaje. Este debía haberla comprado.

—No le culpes más. Todavía tenemos ese collar. Bastará para nosotros y para dejarles a ellos...

—¿Quieres que le dé otra vez? ¿A él? ¡Lo desperdiciará!

—No lo desperdiciará ahora, estoy segura. Y ellos esperaban la comida. Y los niños están hambrientos. Te lo ruego, José.

—No ruegues. Una sola palabra tuya basta.

Aunque la conversación con Miriam atenuó en él su temor febril, no perdió la sensación de que la tierra ardía bajo sus pies. Era muy extraño, y sin embargo se repetía: cuando amenazaba un golpe inesperado, el Altísimo venía en su ayuda poniéndolos en guardia; pero no hacía más. Les dejaba la mano libre. A él, le dejaba el papel del padre...

Sacó el collar escondido en el fondo de la alforja y le arrancó otros dos aros. Luego recogió su modesto equipaje. Podrían emprender el viaje incluso en seguida. Pero José decidió más conveniente salir al mediodía, cuando sobre la ciudad caía un calor tórrido y la gente buscaba la sombra. Por la mañana, mientras el frescor de la noche se mantenía entre los muros, las calles estaban llenas de gente. La puerta de la ciudad estaría probablemente atestada de una multitud de ociosos. Podían tropezar fácilmente con el pelirrojo harapiento y él, viéndoles a los tres, se daría cuenta inmediatamente de quiénes eran.

Pero las horas de espera transcurrían inquietas. El corazón le latía más deprisa cuando se oían pasos en la calle cerca de la casa. José estaba sentado, tenso, pronunciando *berakoth.*

Attay, después de llorar largamente, se durmió, y seguía durmiendo con fuertes ronquidos y gimiendo en sueños. Al acercarse el mediodía, José le despertó.

—Levántate, quiero decirte algo.

El tejedor esperaba con la cabeza muy baja. Se apretaba las manos y se retorcía los dedos.

—He decidido partir ahora, en seguida...

—Tienes razón, José —balbuceó—. Debéis partir cuanto antes...

—¿Sabes algo?

—Sí... Os buscan a vosotros...

—¿Y tú has hablado?

Se pasaba la mano con los dedos contraídos sobre la cara, como si quisiera despellejarse...

—No sé... No sé lo que he dicho... Pero además, no me lo habías advertido. ¿Cómo podía yo saberlo? Sólo cuando empezaron a hablar del asesinato de los niños, de los soldados, de la recompensa... Idos, idos cuanto antes... ¡No me lo perdonaría, si os sucediera algo!

—Lo reconozco, la culpa es mía por no haberte dicho nada. Debía haber confiado en ti, haberte dicho por qué huimos y a dónde nos dirigimos...

—¡No me digas a donde vais! Soy un hombre débil. ¡No quiero saberlo!

—Bien, no te diré nada. Sólo quiero darte las gracias por recibirnos en tu casa.

—¡No me des las gracias! He perdido tu dinero.

—Mi mujer decidió que te entregara la cantidad que perdiste. Ten.

—¡Oh Adonai! —exclamó alzando las manos por encima de su cabeza—. Tu esposa es una mujer como no he visto nunca. No hay otra como ella en el mundo. Mis hijos podrán comer. Sois caritativos. Que el Altísimo os guarde. Y yo os he traicionado...

—Me has dicho que no sabías lo que decías.

—No sé... No recuerdo... Pero ellos repetían continuamente que los soldados os buscan y que ofrecen una recompensa. Si os ven en la calle...

—Por eso he escogido el momento en que el sol está muy alto.

—Que el Altísimo os guíe. Que os ayude por vuestra caridad.

Llegó la hora, cuando cayó sobre la ciudad un calor tan fuerte que aplacó incluso la brisa procedente del mar. A esta hora, cada hombre y cada animal buscaba refugio en la sombra. José sacó el asno fuera, ayudó a Miriam a montar en la grupa. Le entregó a Jesús. Todos se cubrieron la cabe-

za con unos pañuelos. Attay entreabrió el portillo y miró a ambos lados. La calle estaba desierta. José salió llevando el asno por la muserola. El perro seguía detrás con el rabo entre las patas.

Por todas partes las callejuelas por las que pasaban aparecían vacías. Eran tan estrechas, para impedir que los rayos del sol llegasen hasta el fondo. Pero pese a la sombra, el aire canicular era asfixiante. A lo largo de las paredes, algunas personas echadas estaban durmiendo.

Cuando se acercaba a una esquina, José se paraba y con precaución asomaba primero la cabeza. Proseguía el camino cuando no se veía ningún movimiento en la calle.

Consiguieron cruzar así todo el barrio judío. Ahora se acercaban a la puerta de la ciudad. Delante había una plazoleta, pero no divisó a nadie en ella. En la puerta misma no vio a nadie tampoco. Miró a Miriam, miró al Niño que no dormía y le seguía con sus grandes ojos negros. Suspiró para sus adentros y echó adelante. Cruzaron por medio de la plazoleta con la sensación de cruzar una hoguera. Ya estaban en la sombra de la puerta. José se estremeció al advertir inesperadamente a un centinela sentado en el suelo. Pero dormía con la cabeza apoyada en la lanza. Cruzaron la puerta sin ruido y se encontraron otra vez al sol, ya fuera de la puerta. José volvió la cabeza atrás una vez más. Nadie les observaba, nadie les seguía, nadie les llamaba.

A pesar del calor, anduvieron varios estadios por la carretera totalmente desierta. No se dirigieron ni una sola palabra. Luego José divisó en un lado un bosquecillo de palmeras. Se desvió de la carretera a la sombra de los árboles. Había allí incluso un pequeño manantial.

Ahora pudo respirar aliviado. Hasta entonces había caminado maquinalmente sin casi atreverse a respirar. Se sentía feliz y orgulloso. El plan dio resultado, habían salido de la ciudad sin ser vistos. Lo que parecía tan difícil y peligroso resultó ser fácil y sencillo. Pero refrenó de inmediato los sentimientos que le ensanchaban el pecho. No he sido yo, pensó, ha sido El... Yo soy la sombra que ha de ocultar Su omnipotencia. No me puedo apropiar lo que no me pertenece...

Ayudó a Miriam a apearse. Dijo:

—Creo que debemos quedarnos aquí hasta el atardecer. Descansarás, dormirás. Por la noche seguiremos adelante. No por la carretera, sino por allí —señaló la dirección con la mano—, bordeando las colinas. El viaje puede ser duro, pero al clarear el día llegaremos al río fronterizo.

—Estará bien lo que decidas —dijo ella.

—Yo decido, pero El nos guía. Por eso hemos escapado del peligro.

—Así es como dices —le sonrió un poco Miriam—. Y siempre ocurre así. ¿Te duele ser sólo una sombra? —le preguntó como adivinando sus pensamientos—. Oh José, cada una de tus fatigas y preocupaciones son fatigas y preocupaciones de un padre verdadero. El te necesita de verdad. El es así. Todo lo puede hacer solo, y sin embargo quiere nuestra participación...

10.

Las estrellas brillaban sobre sus cabezas desplegando hacia el suelo una cortina centelleante de plata, de hilos parpadeantes de luz. Reinaba el silencio, y solo llegaba desde el mar el fragor de las olas rompiendo contra la costa rocosa. De aquella parte soplaba un viento fresco, pero vivificante.

Hacía varias horas que estaban en camino, orientándose por las estrellas y la línea de los montes que corrían paralelos al mar. El asno, descansado, caminaba con gallardía sin necesidad de ser animado. El perro correteaba alrededor de ellos: ya desaparecía en la oscuridad dejando oír únicamente sus ladridos fuertes, ya pasaba corriendo a su lado semejante a un pájaro asustado que levanta el vuelo debajo de los pies. A veces tropezaba con algún animalejo, al que perseguía gruñendo quedamente.

Miriam iba montada en el asno con su Hijo en brazos. Mientras descansaron en el pequeño palmeral, Jesús apenas durmió. Estuvo jugando. Había dejado de ser ese niño pequeño que dormía continuamente. Se había convertido en un chaval sensato, sereno, despierto, que disfrutaba mirándolo todo y preguntando por todo. José lo observaba mucho. Jesús recordaba a su madre incluso por el carácter.

Lo habitual coexistía en El con algo inhabitual e inaccesible. Ayer mismo lo estuvo observando mientras jugaba con los hijos de Attay. En la calleja estrecha, donde los rayos del sol caían oblicuamente formando un revoltijo nebuloso de luces y sombras, se movían las siluetas de los niños jugando. La silueta del Niño era visible a un lado. Era demasiado pequeño para tomar parte en el juego, y sin embargo participaba en él observando con curiosidad los movimientos veloces de los niños mayores. A veces, entre las risas infantiles José percibía su risa. Se reía como su madre: sereno, alegre, nunca maliciosamente.

Cuando le llamó, le preguntó:

—¿Te has divertido mucho?

—Ellos saltaban y Yo me reía —contestó con su lenguaje infantil.

—Ven, mamá está esperando. Tienes que lavarte y comer.

Nunca se escapaba ni ponía mala cara, cuando se le pedía que dejara el juego. Bastaba decir: «Mamá está esperando» para que lo abandonara todo inmediatamente.

—Contaré a Mamá que Jesús ha reído —balbuceó, poniendo su manita en la de José—. Ven, Cadu, mamá está esperando, ven —llamó al perro—. Tienes que lavarte...

Al perro le llamó Cadu. El perro, que se había encariñado tanto con ellos, se había encariñado mucho más con el Niño. No gruñía ni ladraba nunca, cuando los deditos de Jesús en una caricia cálida le tiraba de los pelos. Seguía echado dócilmente y sólo movía los ojos para mirarle. Con el chico hacía gala de una paciencia inagotable. Cuando el Niño despertaba, le buscaba en seguida con la mano: «¿Cadú?».

Cansado de jugar, ahora dormía. Miriam permanecía rígida y vigilante sobre el asno. La miró a la cara de refilón y le pareció notar un movimiento imperceptible de los labios. Recitaba probablemente sus *berakoth*.

—¿Estás rezando? —preguntó.

—Estoy rezando. Le doy las gracias al Altísimo.

—Quedan muchos peligros por delante...

—El los conoce. No quiero pensar en lo que hay delante. Le doy gracias por lo recibido ya. Por El... —con un movi-



El Niño era demasiado pequeño para tomar parte en los juegos de los hijos de Attay; sin embargo, observaba con curiosidad los movimientos veloces de los niños mayores. A veces, entre las risas infantiles José percibía su risa. Se reía como su madre: sereno, alegre, nunca maliciosamente.

Cuando le llamó, le preguntó.

—¿Te has divertido mucho?

—Ellos saltaban y Yo me reía —contestó con su lenguaje infantil.

—Ven, mamá está esperando. Tienes que lavarte y comer.

miento de la cabeza señaló la cabecita del Niño apoyada sobre su pecho—, por las estrellas que nos iluminan el camino, por el asno que camina con tanta gallardía.

«Yo, sin embargo, he de pensar en lo que hay delante», reflexionaba José. No había amargura en este pensamiento. Le causaba alegría que la muchacha amada tuviera tanta confianza y no fuera temerosa. Ella vivía siempre de cara al momento presente. El, sin embargo, tenía que vivir de cara al futuro. Debía prever cada uno de sus próximos pasos.

—Reza también —le dijo— para que tampoco ahora nos falte Su ayuda.

—¿Cómo podría faltarnos? —la voz de Miriam denotaba estupefacción.

—No, claro que no —admitió—. Yo también creo que estará siempre con nosotros. Pero cada instante acarrea nuevos peligros. Habrá que decidir...

—Sin duda sabrás cómo actuar.

Guardó silencio. Ella tiene razón, reconoció él. Puesto que El me encomendó hacer el papel de padre, está indudablemente a mi lado. Pero yo no lo percibo. Los temores me asaltan continuamente, la sensación de impotencia... Nunca sé con certeza si el camino escogido es el que debía haber tomado.

Sintió sobre su brazo la caricia de la mano de Miriam.

—¡Te preocupas tanto por nosotros! —le dijo con una voz llena de amor—. Por ti también tengo que dar gracias continuamente.

—Me preocupo, dentro de mis capacidades. Pero cuando llega el momento decisivo, El coge las riendas de mis manos en las Suyas.

La mano de la mujer se apoyó en su brazo con más fuerza.

—Se comporta como padre. No sólo Suyo —indicó a Jesús—, sino también tuyo y mío.

* * *

Seguían avanzando bajo la bóveda del cielo incrustada de estrellas. Los caminos que tomaban estaban desiertos. Pasaban por aldeas dormidas. En medio de los montes la-

draban los chacales, y sus ojos relucientes les acompañaban sin cesar. Ahora el perro no se alejaba. Se quedaba al lado del pollino, vigilante, con las orejas tiesas. A veces gruñía quedamente.

El cansancio se apoderaba lentamente de ellos. Pero el cielo encima de los roquedos que se veían más allá de los montes empezaba a clarear. Los contornos de los montes se hicieron visibles. Las estrellas se apagaban a oriente. Las demás perdieron su fulgor vítreo. El silencio parecía aún más profundo. Dejaba apreciar un rumor del mar, tan uniforme, que se fundía con el silencio. De alguna granja que habían pasado les llegó el canto de un gallo. La noche se replegaba en el suelo semejando un abrigo que resbala por los hombros.

Subido en un altillo, José miraba en todas las direcciones. La ciudad amurallada que tenía a sus espaldas era Gaza sin lugar a dudas. La línea de vegetación que cerraba el paso debía de ser la línea del río fronterizo.

Faltaba poco para llegar a ella, pero ya era de día y ellos estaban en un espacio abierto. La pista de Gaza a Bersheba les separaba también del río. Para llegar a la frontera tenían que cruzarla. A ambos lados de la pista había un terreno despejado y yermo: después de abandonar la línea de los montes donde se encontraban en aquel momento, no podrían encontrar ningún sitio para ocultarse.

¿Quedarse donde estaban o seguir adelante? Tenía que tomar de nuevo una decisión. ¡Es tan difícil descubrir la voluntad del Altísimo en asuntos tan sencillos! Pero habían emprendido el camino sin agua ni provisiones. Quedarse un día entre las rocas sin comer ni beber, sobre todo para el Niño, iba a ser muy penoso. Convendría más bien —a pesar del cansancio— llegar cuanto antes hasta el río, cruzarlo y descansar en la otra orilla. ¿Pero qué iban a encontrar allí? Sabía una cosa, que al otro lado del río empezaban las tierras del reino nabateo. El rey nabateo era aliado de Herodes, pero José pensaba que en la otra orilla podrían buscar ayuda por las aldeas y los poblados sin tanta precaución.

Hubiera preferido tener ya el río a sus espaldas. Pero estaba intranquilo por si era la impaciencia la que le estaba imponiendo la decisión. Estaba cansado, y ¡qué cansada de-

bía de estar Miriam! Ella no se lo dijo, pero lo adivinaba por el aspecto de su cara. ¿Y cómo será la travesía? Allí donde iba a cruzar el río con los suyos no había ninguna senda. Para llegar a la pista utilizada por la gente tendría que desviarse muchos estadios hacia el sur. Tropezaría con caminantes, y quién sabe si no toparía también con soldados. La pista podría estar bajo vigilancia. ¿Quizás los que los buscaban en Ascalón les estaban esperando en el río?

Los pensamientos le revoloteaban en la cabeza como pájaros cogidos en una jaula buscando en vano una salida. Sin embargo, tenía que tomar una decisión, tenía que imponer su decisión al Altísimo. Antes de bajar hasta donde estaban esperando su esposa y el Niño, volviendo la cara hacia los montes tras los que, allá lejos, estaba Jerusalén, recitó una corta oración: «Oh Señor, Tú que envías la paz al corazón del hombre, haz que la decisión que vaya a tomar sea conforme a Tu voluntad...».

Bajó del altillo. Miriam, sentada en el suelo, alimentaba a Jesús con algún resto de comida que había traído con ella. El asno mordisqueaba unos hierbajos secos y míseros que despuntaban entre las rocas. El perro, echado con la lengua fuera, jadeaba. Miraba con envidia el trozo de torta en la mano de Jesús.

—¿Y qué has decidido? —preguntó Miriam, levantando la vista sobre José.

Estuvo un momento retorciéndose dolorosamente las manos.

—Me parece que hemos de realizar un esfuerzo más, llegar hasta el río y pasar a la otra orilla. Esto puede ser duro, muy duro...

—Si consideras que tenemos que hacerlo, vamos. Se volvió hacia Jesús: «¿Has comido ya Hijito?».

El levantó los ojos para mirarla.

—No he comido. Mamá tiene hambre, Cadú tiene hambre...

—Padre, Cadú y yo comeremos cuando crucemos el río. Pero tú tienes que comer ahora. Porque ya seguimos adelante.

—¿No estarás demasiado cansada? —preguntó José en voz baja.

—Descansaremos al otro lado del río...

—¡Oh, si estuviera seguro...!

—Tienes que estar tranquilo, José. Mira lo contento que está Jesús porque nos ponemos en marcha.

No se montó en el asno, sino que sentó a Jesús sobre su lomo. El Niño se divertía yendo solo. Refregaba con sus pies desnudos el lomo velludo del animal, se reía feliz. Como siempre, estaba alegre y radiante.

El sol apareció detrás de los montes e inmediatamente su ardor contuvo y apagó la fresca brisa marina que habían sentido durante la noche. La llanura pedregosa perdió rápidamente su frescor.

Llegaron a la pista. Formada con grandes losas, les cortaba el camino con una línea recta y uniforme. Antes de cruzarla, dejó a los suyos ocultos detrás de una zarza cubierta de flores rosas, y salió solo a la calzada. La pista estaba desierta y sólo allá en la lejanía le pareció vislumbrar unas siluetas humanas en movimiento. Le hizo una señal a Miriam. Cruzaron la pista como si traspasaran el umbral de una puerta.

La tupida pared vegetal que crecía a la orilla del río ya no estaba lejos, pero el espacio que les separaba de ella estaba completamente despejado. Aunque se daba cuenta de que el apremio cansaba a Miriam, la obligó a caminar deprisa. Se acercaron jadeantes a los matorrales espinosos intrincados, desde detrás de los cuales llegaba el olor refrescante del río. Al llegar a la proximidad de las zarzas, José volvió la cabeza y quedó petrificado de espanto. Allí donde habían cruzado la pista había tres jinetes. No avanzaban, estaban parados con la cabeza mirando en dirección al río. Le parecía que les estaban mirando. ¡Lo más inquietante era que estos hombres no montaban asnos sino caballos!

—¡Más deprisa! —rezongó entre dientes—. ¡Más deprisa! ¡Tenemos que bajar cuanto antes al río...!

Pero los matorrales espinosos formaban una pared compacta imposible de atravesar. No había ningún sendero para cruzarla. Quedaba un solo remedio: meterse entre las zarzas. José, apartando las ramas, intentaba hacer pasar al animal, que se negaba a dar un paso. Miriam envolvió completamente a Jesús en el manto, incluso la cabeza, y cogién-

dole en brazos se adelantó la primera. José veía las espinas desgarrándole la ropa, lacerándole los brazos. En la túnica de la mujer aparecieron unas manchas rojas. Cubriendo al Niño con su cuerpo consiguió llegar hasta el río. El asno seguía oponiéndose a meterse entre las zarzas. Luchando con el animal testarudo vio, por encima de su cabeza, que los tres hombres que antes estaban parados en la pista la habían abandonado para dirigirse ahora hacia el río. No iban deprisa y sin embargo parecían moverse siguiendo sus pasos. Había algo extrañamente amenazador en este lento caminar detrás de ellos. El sol se reflejó en algo que llevaban en la cabeza, brilló como un relámpago. ¡Debían de ser cascos! Entonces eran soldados. El pánico se apoderó de José. Con una violencia inusitada dio un tirón al asno. El animal, sorprendido por esa brusquedad, cedió finalmente. Seguía ahora a José dejando en las espinas puñados de su pelo. José llevaba también los brazos y la espalda llenos de rasguños. Pero habían conseguido cruzar la barrera de zarzas.

El río corría por un cauce profundo. El agua turbia bajaba lentamente. No obstante, José estaba seguro de que no iban a tropezar con una poza.

—Crucemos —dijo—. Deprisa. Alguien viene detrás de nosotros desde la pista... No sé lo que significa...

La sangre corría por los brazos de Miriam. Una espina la hirió en la frente, justo en la base del pelo, la gota roja oscura coagulada encima del arco ciliar semejaba una joya colgada. José trataba de no mirar las manos y los pies ensangrentados de Miriam. El mismo sentía dolor por los múltiples rasguños. Incluso en el pelo claro del asno hicieron su aparición unas manchas rojizas.

Se adelantó el primero en el río tanteando el fondo con un palo. El agua le llegaba a la cintura. Llevaba al asno con Jesús montado encima. Miriam caminaba al lado sujetando al Niño. El agua se hizo más profunda, llegaba a los pies del Chiquito. Jesús se inclinaba, metía la mano en el agua y riendo salpicaba alegremente por todos los lados. La madre que caminaba a su vera no dejaba de hablarle, conversaba tranquila y alegremente como si tomara parte en su juego. Parecía no sentir el dolor que le causaban las heridas en el cuerpo al contacto con el agua.

Jesús dejó de salpicar de repente. Mirando a su madre vio suspendido encima de su ojo derecho el colgante de grana. Extendió el dedito y tocó la frente de Miriam.

—¿Mamá duele? ¿Mamá duele? —preguntaba.

—No, no duele —le tranquilizaba ella.

Pero El, como si no creyera sus palabras, tocó delicadamente con el dedito la gota de sangre, llevándola luego a su propia frente.

—Duele... —dijo.

La profundidad del agua disminuía a cada paso. Llegaron sin dificultad a la otra orilla. Esta era más alta y más abrupta. Dejando al asno para que se las arreglara solo para salir del agua, se fue presuroso en ayuda de Miriam. Sus ropas empapadas de agua parecían muy pesadas. Por suerte, la orilla meridional del río no tenía tanta vegetación como la del norte. En cuanto salieron del río, Miriam se sentó agotada en el suelo. Jesús saludaba al perro que había cruzado primero el río a nado, y les estaba esperando en la ribera opuesta meneando alegremente el rabo.

Al llegar a la orilla, José volvió la vista atrás. Como no podía ver nada, trepó a un montículo pequeño. Allí, de pie, observaba el ribazo de enfrente. Los otros acababan de llegar a la pared de zarzas. Eran soldados. Uno se quedó en su silla, dos habían desmontado y con ayuda de sus espadas se abrían paso.

11.

Ahora estaba seguro: les perseguían. No hubieran escogido semejante camino, si no hubiesen seguido sus huellas. No se daban prisa, ya que no les hacía falta correr. Los fugitivos no podían escapárseles. El río fronterizo no detuvo a los perseguidores. Recordaban a las fieras que persiguen sin tregua una gacela esperando el momento cuando cae agotada para arrojarse encima.

No podían escapárseles. ¡Entonces estaban perdidos! Volvió el pensamiento atormentador: todo esto por culpa de mi decisión. Sentía palpablemente que el Altísimo le quitaba la iniciativa de las manos, como si no necesitara de su

esfuerzo. Ahora sin embargo parecía que quería decirle: ¡confiaste en ti mismo, y mira lo que has hecho!

Volvió hasta Miriam y le dijo con voz quebrada:

—Escucha, estamos perdidos. Esa gente que nos seguía son soldados. Pensaba que tomaban el mismo camino por casualidad. Pero ahora estoy seguro: nos vieron y nos persiguen. Ya están entrando en el río. Yo he sido vuestra perdición —explotó.

—No digas eso —le dijo ella—. Eres nuestro protector y estabas obligado a tomar una decisión. Has obrado correctamente. Puesto que nos persiguen, tenemos que huir.

—¿Cómo podremos escapar? Vienen a caballo.

—Intentémoslo a pesar de todo... Tú mismo decías que había que hacer todo lo posible, y entonces El cogerá el asunto en Sus manos...

Se levantaron rápidamente, sentaron a Jesús sobre el asno. Caminaban a ambos lados de la montura, con las manos sobre el Niño, como si tuvieran necesidad de este contacto. El asno, cansado, arrastraba pesadamente las patas. Ellos también estaban cansados. La ropa mojada pesaba mucho. La sangre corría de las heridas de sus brazos y las moscas voraces revoloteaban alrededor de sus cuerpos ensangrentados. Cuando volvió la cabeza, vio que los soldados ya estaban en esta orilla. Vio que indicaban con el dedo a los fugitivos. Pero tampoco ahora aceleraron el paso. Les seguían tranquilamente al trote. Pero cada paso de los caballos les acercaba a los fugitivos.

Finalmente llegaron a su altura. Uno les cortó el paso.

—Deteneos —les dijo con dureza.

Se pararon, con el Niño en medio, acurrucados todos. Solo Cadú se adelantó y empezó a ladrar airadamente contra los soldados. Uno levantó su lanza. Miriam gritó, pero ya era tarde. El golpe cayó. Clavado contra el suelo el perro se retorció y gimió un momento. Miriam lanzó una nueva exclamación dolorosa y Jesús murmuró: «Cadú». Las patas del perro se estiraron, sus ojos se nublaron, su cuerpo se inmovilizó.

Uno de los soldados debía de ser decurión. Los otros dos obedecían sus órdenes. Fue el que llamó con gesto amenazador a José a su lado. Sacó la espada apoyándole la punta contra el pecho.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Un viajero...

Estalló en una risotada. Con la espada obligó a José a levantar la cabeza más alto.

—¿Te llamas José y procedes de Belén? ¿Esta es tu mujer y tu Hijo? ¡Contesta!

Se sobrepuso: no lo negó, aunque el temor le sugería palabras de negación.

—Es así, como has dicho...

El otro volvió a reír.

—Y pensabas que conseguirías escapar, ¿verdad?

No tenía por qué contestar. Todo estaba descubierto. Le dijo:

—Matadme a mí, a ellos dejadles... Yo soy el primogénito de la estirpe de David... Si alguien ha de morir, soy yo.

—Te mataremos a ti y a ellos —le dijo el decurión—. ¿Eres tú el que querías hacer rey a tu Hijo? —no esperó la respuesta. Adelantó repentinamente el caballo que derrumbó a José. Se acercó a Miriam, que cogió a Jesús y lo tenía apretado contra su pecho. Gritó:

—¡Dame ese Niño!

Ella negó con la cabeza:

—¡No...!

Jesús habló de repente. En su voz no había temor, sino una especie de cólera:

—¡No grites a Mamá! ¡No se debe!

El decurión empezó a reír.

—¿Habéis oído lo que ha dicho? ¡Ya se considera rey! Díme —se dirigió directamente al Niño: —¿Eres rey?

—Lo soy, —le contestó el Chiquito.

—¿Y dónde está Tu reino?

Levantó la mano hacia arriba e hizo un círculo con ella.

—¿Todo esto es tuyo? —se reía el soldado—. ¿Y también nosotros?

—Todo —aseguró.

El decurión dejó de reír. En su cara cruel apareció una expresión de odio mezclada con temor. Con un gesto llamó a uno de sus subalternos. Indicó al Niño, lanzó una orden:

—¡Mátalo!

Pero el soldado alzó los hombros con desprecio.

—Mátalo tú mismo. No me he alistado para matar niños.

—Sabes que ésa es la orden ¡Y yo te lo ordeno! —le gritó.

El otro, sin embargo, no parecía asustado.

—No digas tonterías. El que dio la orden ya no vive probablemente. Has visto en qué estado estaba cuando se lo han llevado.

—Su sucesor matará también.

—Es asunto suyo. Yo no mataré a este Pequeño. Mátalo tú mismo.

—¿No quieres la recompensa?

El tercer soldado tomó la palabra. Mientras los otros discutían, él se dedicó a registrar las alforjas del asno.

—No llevan nada consigo. Ni agua, ni comida. ¡Pero encontré esto!

Con gesto triunfante sacó y levantó en alto el collar regalo de Baltasar.

Los ojos de los otros dos brillaron. El decurión le quitó el collar al soldado. Lo observaba con detenimiento.

—Oro —dijo.

—Oro —asintieron los otros.

—Debe valer mucho...

—Seguramente más que la recompensa prometida.

—Podemos tener uno y otro.

—Eres tonto. Los otros pueden estar enterados de este oro... Preguntarán por él.

—Diremos que no se lo hemos encontrado.

—Y luego alguno de nosotros hablará y nos costará la cabeza.

—Es mejor coger el oro y a éstos no hacerles caso.

—La palmarán igual en el desierto. Sin comida, sin agua...

—Nadie está enterado de que los hemos encontrado...

—Nos repartiremos el oro. No se sabe cuánto durará todavía nuestro servicio.

—¡Pero tenemos que repartirlo equitativamente!

—¡Sólo así!, porque a ti te gusta llevarte la mayor parte.

—¡Soy decurión!

—¡Para el oro no hay decurión que valga! Contaremos los anillos y cada uno debe obtener lo mismo.

—¡Mejor que lo hagamos en seguida...!

—¡De acuerdo! Lo repartiremos. ¡Y éstos que se larguen!

Mientras hablaban los soldados, José se acercó a Miriam cogiéndole a Jesús de los brazos. Estaban de nuevo juntos, agotados, débiles, sosteniéndose apenas de pie. No oían lo que los soldados hablaban entre sí. El decurión se les acercó a caballo. Al verlo, José devolvió el Niño a Su madre. Se adelantó solo.

—Si quieres matar, mátame a mí.

—¡Eres tonto! —dijo el decurión—. ¡Escucha! Os perdono la vida. Os dejo marchar. Recuerda: no os hemos visto, no os hemos encontrado... Pero no te atrevas a volver al reino. ¿Entiendes? Si vuelves, moriréis todos. ¡Y ahora largaros!

Empujándoles con la espada les obligó a poner al Niño sobre el asno y marchar en dirección al sur. Se quedó un rato mirándoles.

—No llegarán lejos —dijo uno de los soldados, que miraba también cómo se alejaban—. Apenas pueden andar...

—No encontrarán a nadie, seguro.

—Incuso, si encuentran a alguien, nadie les dará gratuitamente comida. ¡Ahora dame ese collar!

—No corráis tanto...

—¿Por qué no hemos de correr? Tenemos el oro para repartirlo.

* * *

Pasó el mediodía con su calor matador. Realmente no llegaron muy lejos. Apenas los otros habían desaparecido de su vista, se echaron en el primer sitio sombreado que encontraron formado por una roca que sobresalía en la llanura. Estaban echados, agotados por el hambre, la marcha, el mal rato que habían pasado.

Al cabo de varias horas la sed les despertó. José se sentó. Secándose la frente dijo:

—Los soldados ya se habrán ido. No nos hemos alejado del río. Iré a traer agua...

—Pero ten cuidado... —dijo ella.

Se levantó con dificultad, cogió el zaque de cuero que estaba en las alforjas. Cuando estaba a punto de alejarse, Jesús le dijo indicando con el dedito la dirección:

—Allí está Cadú... Pobre Cadú...

—Ten cuidado —repitió ella.

Caminaba dando tumbos como un sonámbulo. En la cabeza le pulsaba un pensamiento. El los había salvado cuando estaban perdidos. Agotados, sin comida, en un país desértico...

En línea recta estaba más cerca del río, sin embargo las palabras del Niño hicieron que se dirigiera inconscientemente hacia el sitio donde habían sido apresados. Desde lejos vio que los soldados se habían marchado. No había nadie. Solo estaba el cadáver del perro muerto. Al lado había algo también...

Se inclinó sobre el cuerpo. El hombre había muerto por una lanzada en la espalda. Estaba echado con la cara contra el suelo. Cuando le dio la vuelta, reconoció al decurión. Los otros se habían llevado su casco y su espada. También su caballo. Habían dejado únicamente el saco que iba colgado de la silla. Cuando miró dentro, encontró una reserva de comida y una cantimplora llena de agua.

12.

Transcurrieron ocho años desde que se asentaron en la tierra de Gosen. Ni se dieron cuenta de cómo pasaban los años.

Los primeros meses de su estancia habían sido pródigos en disgustos y dificultades. Llegaron a Egipto tras una caminata agotadora a través del desierto, durante la cual pensaron a veces que no llegarían nunca. La comida encontrada en el saco del soldado muerto no podía haber durado mucho tiempo. Luego encontraron gente y para conseguir

comida tuvieron que venderles el asno. Cuando entraron en Egipto eran pobres, carentes de todo recurso.

Pero en la antigua tierra de Gosen había todavía muchos Judíos viviendo, que auxiliaron a los recién llegados. José empezó a trabajar y, gracias a su habilidad, al cabo de un año estaban bastante bien instalados. Poseían una casita pequeña y adosado a la casa un taller. Alquilaron también un campo pequeño. Estaba ubicado en el límite mismo de las tierras cultivables y necesitaba ser irrigado continuamente con agua bombeada de un canal. Miriam y Jesús se encargaban de esta labor. José trabajaba en el taller fabricando objetos, que llevaba luego al mercado a la cercana Heliópolis.

Aprendieron a vivir como campesinos egipcios. Se olvidaron casi del aspecto de la montaña. Sus ojos se acostumbraron a las llanuras. En el horizonte veían únicamente las torres erguidas de los palacios y, al otro lado del Nilo, las pirámides de Keops, de Khefren, de Mykerinos, de Zoser. La tierra exigía trabajo, pero producía abundante cosecha. El país era rico, por lo que, cuando por fin levantaron cabeza, pudieron vivir sin agobios.

Miriam no cambió en absoluto durante estos años. Cuando miraba su silueta doblada mientras trabajaba la tierra o muy erguida mientras movía con los pies la noria que bombeaba el agua, tenía la sensación de seguir viendo a la muchacha que descendió hasta él, bajo el arco de piedra del pozo de Nazaret. Su cara también seguía siendo joven, de adolescente, muy serena. Las fatigas y los peligros no apagaron aquel reflejo, que la traspasaba toda, semejante a una candela encendida en su interior. Había cambiado en una sola cosa: se volvió como más seria. Esta seriedad no disminuía su alegría, la hacia sólo distinta, más serena, aún más compenetrada con la bondad.

Era difícil creer, cuando estaba al lado de Jesús, que este mozalbete de diez años, tan inverosímilmente parecido a ella, fuera su Hijo. Parecía más bien su hermano menor. Era un chico alto, esbelto, fuerte y guapo. Lo mismo que sus padres, trabajaba mucho en casa: araba, bombeaba el agua y empezaba a adquirir cada vez más conocimiento del trabajo en el taller de José. El padre podía encomendarle

los trabajos más sencillos. Los días prescritos acompañaba a sus padres a la sinagoga. A partir de los cinco años frecuentaba regularmente la escuela de la sinagoga y, sentado horas enteras en el suelo, recitaba con los demás niños, en voz alta después del maestro, las palabras de la *Torah*. Las repetía luego en su casa, muchas, muchas veces, como si la repetición de estas palabras le produjera alegría. Sabía de memoria una cantidad innumerable de versículos, y a menudo entremezclaba palabras de la Escritura con lo que decía. No era sólo capaz de repetir cada cita cuando le interrogaba el *hazzan*, sino que sabía también comentarla y explicarla. «Tenéis un Hijo inteligente —decía el maestro a los padres de Jesús, cuando venían para interesarse por los progresos del Chico en los estudios—. ¡Qué inteligente! Los demás chicos, incluso cuando recuerdan las palabras no entienden lo que significan. El las comprende siempre. Y qué bien sabe explicarlas. Yo creo que podría ser rabino. Deberíais ir con El a Jerusalén. Aquí no le enseñaremos gran cosa. Pero allí en la Ciudad Santa tendría la posibilidad de oír a los grandes maestros...».

El *hazzan* repetía estas palabras cada año, y volvió sobre el asunto de modo especialmente firme en los últimos tiempos. «Nosotros no le enseñaremos nada más en nuestra escuela —decía—. No tiene por qué seguir viniendo aquí. El necesita otra escuela. Os lo digo, llevadle a Jerusalén. Sólo tenéis un hijo, ¿verdad? Entonces tenéis que cuidar de El».

Las palabras del *hazzan* despertaron las preocupaciones de José. Los años habían transcurrido tranquilos y sin ruido, tal como a él le gustaba. Después de aquellos años de angustias, había llegado una época de gran descanso. Estaba de nuevo rodeado de respeto y reconocimiento. Acaso la salud empezaba a fallar. No advertía ningún malestar concreto y, sin embargo, se sentía cada vez más débil. Pero esto no le hacía sufrir: era objeto de tantas atenciones por parte de Miriam, que casi le producía alegría cuando se sentía rodeado de sus continuos cuidados.

Su amor hacia ella no había disminuido. Perdió únicamente su carácter impaciente. Lo que al principio producía en él rebeldía, se consumió por completo. Ahora ya no esperaba ningún cambio. Lo único que deseaba era tenerla continuamente a su lado, tal como era ahora: entregada, serena y ardientemente enamorada.

No, no deseaba ningún cambio. Dejó de pensar para siempre que el Hijo estaba entre él y Miriam. Amaba a aquel Muchacho como si fuera realmente su propio Hijo. Con alegría le transmitía todos sus conocimientos profesionales. A veces se sorprendía a sí mismo pensando que Jesús sería pronto un hombre maduro, que se casaría, que traería a Su esposa a casa y él, en compañía de Miriam, serían testigos gozosos de Su felicidad. ¿Y sí —se le ocurrió pensar— el *hazzan* tuviera razón? Quizás fuera necesario que Jesús aprendiera más de lo que le pueda enseñar una escuela comunal. Los años de estancia en Egipto permitieron a José olvidarse de que no era más que la sombra del Padre. La preocupación le llevaba a preguntarse: ¿cumplo bien el papel al que he sido llamado?

—Miriam —le dijo un día después de una jornada calurosa de trabajo, mientras descansaban en la sombra—, ¿no crees que el *hazzan* tiene razón? Quizás tenemos realmente que regresar a la tierra de nuestros padres para que Jesús pueda conocer y aprender algo más. Está llegando a la madurez. Dentro de poco estará obligado por el precepto a visitar el Templo todos los años... Yo me digo que estará sometido a la obligación, porque creo que debería vivir como todos los Judíos ortodoxos...

Miriam aprobó con la cabeza, y en su cara apareció un reflejo de alegría. José pensó que ella se había adaptado con más dificultad a la vida en Egipto. Y sin embargo no lo demostró ni una vez en el transcurso de los años, ni con una palabra ni con una alusión.

Dijo ella:

—Probablemente tengas razón, José. ¿Sabes cómo están las cosas en Palestina?

A decir verdad, no lo sabía. Había estado totalmente indiferente a lo que allí había quedado. Quizás, de un modo inconsciente, no había querido saber nada... Solo al cabo de vivir un año en Egipto mandó, por medio de una caravana que se dirigía a Galilea, la noticia a Cleofás de que estaban en Egipto. Después de algunos meses recibió contestación. Escribió otra vez después de un año o dos y le volvieron a con-

testar. Cuando por última vez —hacía cosa de un año— mandó noticias a su cuñado, le contestó Simón, el hijo mayor de Cleofás. Su cuñado había muerto, pero la familia seguía viviendo en Nazaret.

—Sé —le dijo— que Herodes murió cuando estábamos caminando a través del desierto. Luego me dijeron que el trono fue ocupado por su hijo Arquelao. Dicen que es tan cruel como su padre.

—¿Y sigue reinando?

—No lo sé. Creo que tendría que ir a hablar con la gente para enterarme. Me contó Symque, sabes, aquel comerciante, que justamente había llegado ayer una caravana de Jericó... Iré allí y trataré de hablar con esa gente...

No le apremiaba. Sin embargo advertía cada vez más que Miriam tenía un gran deseo de regresar. Sabía callar, pero ahora se había roto la barrera que le imponía ocultar sus deseos. Pero yo no deseo en absoluto este regreso —pensaba él—. Aquí estoy bien. Vivo una vida tranquila al lado de la mujer que quiero con toda el alma. Aquí todo transcurre con naturalidad. Allí, lo presiento, nos esperan problemas que destruirán nuestra paz...

13.

A la sombra de la tienda extendida se sentaron los tres juntos, para tomar vino áspero de Judea. El bizco Symque había presentado a José al comerciante recién llegado.

—Rubén, hijo de Gera, comercia con perfumes. Desde los tiempos de Cleopatra, las bellezas de aquí han aprendido a emplear óleos de Jericó. Pagan el precio que se les pide. Rubén trae también vino para los nuestros. Un vino bueno preparado como es debido, según los preceptos que enseñan los piadosos escribas. Nadie impuro ha tocado la uva... Y éste, Rubén, es José, hijo de Jacob, un *naggar* excelente. Quiere hacerte preguntas sobre varias cosas...

El comerciante de cara amplia, casi cuadrada, tomó un trago, se limpió la boca con el dorso de la mano y se inclinó un poco haciéndole una ligera reverencia a José.

—Pregunta, José, lo que quieres saber. Te contestaré gustosamente a todo.

—Hace varios años que vivo en Egipto. Llegué aquí desde Judea. Mi Hijo está creciendo y se acerca el tiempo de ir al Templo con El, tal como lo exige el precepto. Quisiera que me digas qué pasa en el país de Judea... Cuando me marchaba, Arquelao había subido al trono...

—¡Arquelao ya no reina en Judea! Era cruel y atormentaba a todo el mundo... Hizo promesas y no cumplió con lo prometido. Había continuas revueltas y derramamiento de sangre. Se reunieron unos cuantos venerables escribas y mandaron al césar mensajeros para rogarle que depusiera del trono a Arquelao, y pusiera un gobernador romano en su lugar. Los Romanos no son malos. ¡Mejores que la maldita estirpe de los Idumeos! Puede uno comerciar con ellos y no se meten en los asuntos religiosos. El césar atendió la petición y conovocó a Arquelao. Le prohibió regresar a Judéa. Le condenó al destierro...

—¿Entonces el país ha pasado bajo dominio de Roma?

—No por completo. Los Romanos dejaron el Gobierno de Galilea a Antípatro, mientras Abilene y Traconítide han pasado a Filipo. Sin embargo deben gobernar bajo control romano. Han llegado a Judea dos dignatarios romanos: Quirino y Coponio. Apenas llegados, mandaron que se realice el censo de la población en todo el territorio...

—¿Un censo?

—¿Te has indignado? Muchos se indignaron. Hubo un gran revuelo. Pero el gran sacerdote, los ancianos e incluso algunos escribas llamaron a la calma. Dicen que el pecado por el censo recae sobre los infieles y no sobre los fieles. No todos quieren escucharlos. Ha habido incluso revueltas. Judas de Gamala las empezó. Proclamó que el reino judío tiene un solo señor: El Altísimo, Sabaoth... y El, Judas, es el mesías anunciado por las Escrituras...

Se sobresaltó. Volvieron los viejos recuerdos: La conversación con las personas que había encontrado cuando se dirigió por vez primera a Nazaret... Se había olvidado de las ambiciones de aquel hombre, al mirar cada día al Muchacho que era el mesías anunciado.

—¿Y qué ha ocurrido con Judas? —preguntó.

—Sigue luchando. Ha encontrado apoyo en Galilea. No ha conseguido, sin embargo, arrastrar a todo el pueblo. An-

típatro ha llamado contra él a los Romanos y éstos le persiguen. Tiene que ocultarse y atacar desde su escondite. Si hubiese sido el verdadero mesías, habría arrastrado sin duda a todos y habría vencido...

—¿Entonces hay luchas y desórdenes en el país?

—¡Qué va! Ya te digo que están persiguiendo a Judas. Tal vez ya le han cogido. En todas partes, bajo el dominio de Roma hay orden y paz. No ocurría lo mismo en tiempos de Arquelao.

—¿Y el censo se está realizando?

—Ya terminó.

Siguieron hablando un rato de una cosa y otra. Luego, José le agradeció a Rubén las noticias y volvió a su casa.

El sol quemaba, el calor seco de Egipto no molestaba demasiado. José, mientras caminaba, musitaba una oración: «Oh, Señor, Dios del Universo, muéstrale a tu siervo tu voluntad. No permitas que yo busque paz para mí, cuando Tú exiges obras...».

Le costaba mucho formular esta plegaria. Quizás otros eran capaces de decirle al Altísimo palabras, de las que renegaban más tarde. José lo sabía: cuando alargaba la mano, esta mano encontraba siempre la Mano invisible que la cogía... Y a pesar de que le costaba, repetía: «muéstrame, te lo ruego, Tu voluntad...».

Al acercarse a su casa oyó cantar el cepillo. Se paró en al puerta sin hacer ruido. Jesús trabajaba inclinado sobre el banco. Veía su espalda de adolescente moverse rítmicamente y las trenzas de sus patillas balanceándose al lado de las orejas. Interrumpía constantemente su trabajo, cogía en la mano la tablita cepillada y le pasaba el dedo por encima para comprobar el alisado.

—¿En qué estás trabajando? —le preguntó.

El muchacho enderezó su espalda encorvada. Se volvió limpiándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Mamá necesita un estante —dijo—. También le prometí a Azuba hacerle una banqueta.

Azuba era hija de unos vecinos, de la misma edad que Jesús. Cuando eran más pequeños solían jugar juntos, luego siguieron siendo amigos. Mika, el padre de Azuba, le dijo un día a José: «¿Quizás casemos un día a nustros hijos?» José no le contestó nada. La familia era amistosa y piadosa, la niña era guapa y tenía madera de buena ama de casa. ¿Qué debo contestarle? —pensó entonces José—. ¿Durante cuánto tiempo seguirá todo normal? Antaño había deseado la llegada del gran momento que pusiera fin a la normalidad. Hoy día prefería que la normalidad durase el mayor tiempo posible...

—Azuba —dijo Jesús— está juntando cosas para su casa. Pronto se casará.

Así pues, Mika había interpretado su silencio como una negativa y había tomado otra decisión. O quizás los motivos de esta decisión fueron otros. Azuba, como muchacha, ya era madura. Jesús seguía siendo un niño todavía.

Puso la mano sobre el hombro de su Hijo preguntando:

—Díme, ¿te gustaría que volviéramos a la tierra de nuestros padres?

El muchacho giró la cabeza. Sus ojos —absolutamente iguales que los de Su madre— miraban serenamente a José.

—Sí, *abba* —dijo.

—¿No estás bien aquí?

Negó con la cabeza.

—No. Pero allí está la Casa del Altísimo.

—Podríamos ir al Templo y volver...

—Se hará lo que tú digas, *abba*.

De la misma manera que su madre, se entregaba a su voluntad.

—A mí, sin embargo, me gustaría que lo pensaras tú mismo. —dijo—. Estás creciendo, quizás querrás pronto crear tu propio hogar. Allí en la tierra de tus ancestros viven tus parientes. En Nazaret están los hijos y las hijas de Cleofás. En Belén... —se detuvo al darse cuenta de que los lazos entre su Hijo y la estirpe de David habían sido totalmente destruidos—. Sí —prosiguió— la tierra de los judíos es tu patria y comprendo que quieras volver a ella. Pero tienes que recordar que allí quisieron matarte.

Jesús seguía con el cepillo en la mano. El silencio duró un breve instante.

—Gracias al Altísimo te has salvado —emprendió de nuevo—. Pero los peligros pueden reaparecer. De todos mo-

dos habrá que regresar... No obstante, no sé si el tiempo ha llegado todavía....

De nuevo volvió a reinar el silencio.

—Puesto que me has mandado pensarlo, *abba* —empezó a decir el Muchacho—, permíteme que te diga lo que pienso. Considero que el tiempo del regreso ha llegado. Está escrito en el libro del Profeta: «Llamé a mi Hijo de Egipto...»

—El profeta hablaba de Israel...

—Ahora habla de Mí. Me llama...

Se sobresaltó. Miró acongojado la cara del Muchacho. Buscaba con la mirada si se había producido algún cambio. Le parecía la misma, —la que conocía: serena, sosegada, adolescente—. Y sin embargo tenía la sensación de haber visto en la mirada de Jesús una luz extraña, desconocida. Inclinó la cabeza.

—En este caso —dijo— volveremos.

14.

Ahora estaba arreglando apresuradamente los asuntos para la vuelta. Abandonaban todo lo que habían conseguido durante los años de su estancia en Egipto. La gente de Gosen estaba estupefacta: «¿Cómo? —decían—. ¿Queréis abandonar todas estas riquezas? Claro, claro. Desde luego, desde luego, es muy bonito que volváis a la tierra de los antepasados. Todos volveríamos. Todos soñamos con lo mismo. Pero nadie sensato abandona lo que ha estado reuniendo durante toda su vida. Tenemos casas, talleres, tierras... Egipto es un país rico. Aquí hay paz. Y Judea y Galilea, después de lo que ha estado pasando en estos últimos tiempos, están en ruinas. El que vaya allí tendrá que empezar de nuevo desde el principio...».

Escuchaban estas palabras y sin contestar a ellas se preparaban para marchar. José recogió sus herramientas, Miriam la ropa, algunos enseres domésticos. Volvían con dos burros. Miriam iría montada en uno y el otro iba a cargar con el equipaje y las provisiones para el viaje.

Cruzaron el golfo, desembarcaron en Pelusio y continuaron luego por el camino que bordea el mar. Por la ruta romana que habían tomado, pasaban muchas caravanas y

muchos grupos de personas. Sin darse prisa llegaron al quinto día a Gaza.

No tenían la menor intención de aparecer por Belén, por lo que siguieron el camino para Emaús. La ciudad empezaba a reconstruirse después de su destrucción completa. En Emaús giraron hacia Jerusalén. Después de su regreso a la patria querían ante todo ofrecer un sacrificio al Altísimo. Metidos entre la gente, se acercaron a los muros de la ciudad santa.

Su ruta llevaba a la Puerta de Efraín. A la derecha tenían las murallas almenadas del palacio de Herodes, con las torres de Hippicos, de Fazael y de Mariamme. Por la izquierda se alzaba el monte Gaber. Aunque situado extramuros, estaba cubierto de casas edificadas en medio de jardines. Eran los chalés de los habitantes más pudientes de Jerusalén. Pero la guerra había pasado por allí también. Las casas estaban o quemadas o destruidas, y en los troncos cortados reverdecía la vegetación.

De la falda del monte, más acá de la carretera, surgían unos cuantos montículos separados. Eran unas rocas blancas desnudas, que se erguían entre la vegetación. La más alta se parecía por su forma a una calavera que brotaba de la tierra. Dos oquedades oscuras se parecían a órbitas. En la cima lisa de la roca —de la misma manera que en las otras— se alzaban varios palos que recordaban unos árboles deshojados y sin ramas. Algunos estaban rectos, otros estaban inclinados como si fueran a caer en seguida. Alguno tenía un travesaño. José no conocía el significado de estos postes, sin embargo, al mirarlos, un extraño estremecimiento recorrió su cuerpo.

Cruzaron la puerta. Unas callejas estrechas llevaban hacia el fondo de la hondonada del Tyropeon, y luego subían hasta la roca donde se levantaba el Templo. El gran edificio macizo dominaba la ciudad. Al lado, al pie del monte Moria, se levantaba amenazadora y achaparrada la torre Baris, llamada con el nombre de Antonia. Servía de cuartel para los soldados romanos.

En las calles había pocas huellas de lucha, pero los alrededores del Templo habían sufrido mucho. Fueron quemados los preciosos pórticos y el Templo había quedado ro-

deado por una corola de postes negros y chamuscados. Pero también aquí ya se estaba trabajando en la reconstrucción, se veía a los trabajadores y se oían los martillazos de los canteros.

A pesar de los pórticos incendiados, había mucha gente en el atrio del Templo, y entre las columnas chamuscadas estaban los puestos de los comerciantes. Se oían las voces de los animales y el barullo del mercado. Los vendedores llamaban a los compradores, les agarraban por los faldones de los mantos.

Ellos, sin embargo, no tenían intención de comprar nada. José, sabedor del dolor que le causaban los sacrificios cruentos, propuso realizar una ofrenda de pasteles. Miriam aceptó gozosa la idea. La víspera por la noche pidió a la dueña de la casa donde se habían detenido permiso para cocer las tortas ázimas destinadas al sacrificio. Trabajó hasta muy tarde en la cocción de las tortas. Las coció con cuidado, delgaditas, salpicadas con aceite. Las llevaba en una gran cesta.

Lentamente se abrían paso entre la multitud. José, que se volvía constantemente para no perder a su Hijo en el barullo, notó en la cara de Jesús una sombra de estupor que progresivamente se fue transformando en expresión de enojo. En cierto momento el Muchacho tiró a José de la manga.

—*Abba* —preguntó—, ¿por qué están aquí debajo del Santuario todos estos mercaderes?

—Venden animales para el sacrificio. Y los banqueros cambian la moneda...

—¿Quién podrá oír la voz del Altísimo en este barullo? —en las palabras de Jesús había un deje de pena—. ¿Quién encontrará el camino que conduce hasta El? No debería ser así, *abba*.

—Tienes razón, Hijo ¿y qué podemos hacer para cambiarlo?

El Muchacho no contestó. Esto ocurría a veces: lanzaba una pregunta relacionada con un asunto de vital importancia y, viendo que los mayores no podían darle una explicación adecuada, se callaba. El mismo no intentaba contestar a sus propias preguntas.

El sacerdote aceptó la ofrenda y bendijo a Miriam, a Jesús y a José. Abandonaron el Santuario cruzando el Atrio de los Gentiles, atiborrado de público, y volvieron a la ciudad, a buscar a los burros dejados bajo custodia en la posada. No entraba en su cuenta pernoctar en Jerusalén: no había sitio para los forasteros. Dejaron la ciudad y siguieron su camino. Al anochecer llegaron a Betania.

El pueblo estaba ubicado en la falda del Monte de los Olivos. Al adentrarse en el pueblo, se dieron cuenta de que carecía de posada. Decidieron pedir alojamiento a algún particular. Miriam, viendo a una mujer con un cesto de ropa recién lavada sobre la cabeza, se acercó a ella.

—Perdona, que te pare, hermana. Pero somos viajeros: venimos de lejos y tenemos todavía mucho camino por delante. Visitamos la ciudad santa, pero no había sitio para pernoctar. Llegamos aquí pensando encontrar una posada. Aquí no hay ninguna y la noche está por caer. ¿Podrías indicarnos una casa donde consentirían aceptarnos por una noche?

La mujer se detuvo, bajó el cesto de su cabeza. Miriam le vio entonces la cara. Le pareció haber visto esta cara en alguna ocasión. A primera vista era el rostro de una mujer vieja y cansada. Pero en realidad no era un rostro viejo y su sonrisa era muy afable y bondadosa.

—Si queréis, venid a mi casa. Está aquí cerca. La casa es grande y solo con tres niños. A mi marido y a mí nos encantará. Tengo un hijo de la misma edad que este Muchacho —señaló a Jesús.

—Es mi Hijo.

—No tienes aspecto de tener un Hijo tan grande. Pareces casi una muchacha. ¿No te habré visto yo antes?... —miró a Miriam, luego entornó los ojos como si tratara de recordar.

Miriam bajó la vista sin contestar. Ahora ya sabía que conocía a la mujer, que se habían encontrado. Una cierta timidez le impedía hablar de aquel encuentro.

La mujer no insistió sobre el tema. Le hizo con la mano una señal de invitación.

—Venid, venid —dijo. Se les adelantó indicándoles la casa. Miriam reconoció también la casa al acercarse.

Había un muchacho de la edad de Jesús delante de la casa. A su lado, una niña de unos tres años.

—Este es mi hijo Lázaro —presentó la mujer—. Y ésta mi hijita Marta... Lázaro, cógeme este cesto para que enseñe a nuestros invitados dónde pueden dejar sus cosas. Cuando hayas terminado con la ropa, encárgate de los asnos.

—Yo te ayudaré —le dijo Jesús. No solía acercarse a un muchacho extraño con tanta naturalidad. Cogieron entrambos el cesto y se alejaron. Al caminar tenían la cabeza inclinada uno hacia el otro y se hablaban como si tuvieran ya cosas que contarse. La pequeña les seguía corriendo.

En la habitación había otra criatura en un cuna. Miriam al pasar se inclinó sobre el capazo.

—Qué bonita —dijo sonriendo al bebé—. Es una niña, ¿verdad?

—Sí, tengo un hijo y dos hijas. El Altísimo no me dio más. La mujer suspiró, pero en seguida dijo con más alegría: He tenido muchos disgustos con el chico y llegué a pensar que no tendría más niños... El Altísimo ha sido misericordioso. Bendito sea su nombre eternamente.

Empezó a trajinar por la casa para agasajar a los visitantes. Sacó de la despensa pan, queso, leche y fruta.

—Acercaos, venid a la mesa —dijo—. No hay riquezas en casa, pero lo que tengo, os lo doy con gusto. ¿Habéis estado en la ciudad santa? ¿Habéis visto los destrozos?

—Claro que sí —asintieron—, son enormes.

—Oh, hoy no se vé ni la mitad de los destrozos —la mujer se soltó, se veía que le gustaba hablar—. Había que verlo cuando terminó el sitio. Desde aquí veíamos el humo encima del Templo. Hubo lucha en la explanada. Se dice, que el jefe de los Romanos se llevó el tesoro del Santuario. Y luego, cuando llegaron los otros Romanos para rescatar a los que estaban cercados en la ciudad, ¡no os podéis imaginar lo que ocurrió entonces! —se retorció las manos—. Los sublevados escaparon y los Romanos cogían al primero que encontraban y lo clavaban en la cruz. Cortaron todos los árboles de los alrededores para hacer cruces. Quedan algunas todavía en el Gólgota.

Los invitaba a comer sin parar de hablar. Mientras tanto,

volvieron del campo su marido y su hermano. Ellos también se sentaron a la mesa. Querían enterarse por José de dónde venían. Al oír que volvían de Egipto, empezaron a su vez a inquirir sobre lo que ocurría en el país del Nilo. Aquella era a su juicio la tierra de todas las riquezas y de la felicidad. Lo nombraban con admiración y envidia. Allí no ocurrían cosas tan terribles, como las que se dieron aquí. A lo mejor ahora tendremos paz por fin. Los Romanos están prometiendo que gobernarán con justicia...

Hablaron hasta muy tarde, hasta que por fin llegó la hora de acostarse. El ama de casa indicó su sitio a los huéspedes. Era otra vez como entonces, hace años: la sala oscura débilmente iluminada por una candela saltarina y un bebé en la cuna. Pero la niña no lloraba, como el niño antaño. Dormía tranquila.

Las dos mujeres se inclinaron sobre la cuna de la pequeña.

—Las niñas son sanas —dijo la madre—. No tengo problemas con ellas. Con Lázaro era diferente...

Se puso las manos sobre las mejillas y levantó los ojos al cielo.

—Era terrible, terrible... —decía—, porque tenía —bajó la voz, como si sólo susurrando fuera lícito pronunciar esta palabra espantosa— lepra...

Enmudeció un momento, pero volvió en seguida a hablar:

—Vino el levita para anunciar que debía entregar al niño. Que no podía permanecer con los sanos, sino ser entregado a los leprosos... Estuve a punto de morir. Lázaro lloraba sin cesar... Iban a venir a buscarle al día siguiente...

Se interrumpió, Miriam sintió que los ojos de la mujer estaban fijos en ella.

—¡Pero si fuiste tú la de entonces! ¡Fuiste tú! Ahora estoy segura. Llegaste con un anciano que se puso enfermo...

Miriam no contestó. Bajó la cabeza.

—Fuiste tú —decía la mujer con calor—. ¡Tú le has curado!

Esta vez negó decididamente con la cabeza.

—No, no, no he sido yo...

—Sí que fuiste tú —la mujer lo decía con un tono de ar-

diente persuasión—. Me acuerdo cuando te inclinaste sobre Lázaro. Los demás se echaban atrás. Tú no tenías miedo... ¿Quién eres? Dímelo.

Sonrió tímidamente.

—Soy una madre igual que tú. Sólo una madre... Mira —trataba de desviar la atención de la mujer en otra dirección—, los chicos están hablando juntos. Se han hecho amigos a la primera.

—¡Quiera el Altísimo que esta amistad no termine nunca! —dijo la madre, juntando las manos.

15.

Ya estaban de nuevo recorriendo el camino conocido, que evitaba la Samaria. Jericó seguía todavía en ruinas desde los tiempos en que la ciudad cayó en manos de Simón, un esclavo de la corte de Herodes que, al mando de una banda de bandoleros de Perea, trató de proclamarse rey. A lo largo de todo el camino tropezaban con ruinas y huellas de incendios. Pero había vuelto la paz y la gente trajinaba en la reconstrucción de las viviendas destruidas por el fuego y en la repoblación de árboles para sustituir los abatidos. En las carreteras imperaba la seguridad que proporcionaba la presencia de los Romanos. Todo bandolero capturado era inmediatamente cucrificado. El terrible, el más cruel de los castigos, reapareció en Judea. Aplicado en tiempo de las guerras asmoneas, pasó más tarde al olvido casi absoluto. Herodes empezó a crucificar de nuevo. Más tarde esta forma de castigo fue aplicada por los soldados romanos. Las numerosas ejecuciones provocaron la destrucción de los árboles tan escasos en el país. Se contaba que el Gobernador de Judea, recién nombrado, recibió una petición para abolir el castigo de la crucifixión.

Cruzaron el Jordán y caminaron durante dos jornadas por la carretera trazada entre la hondonada del *ghor* y los montes pelados de Perea. Luego volvieron a cruzar por segunda vez el río entre Pella y Scitópolis. Ahora estaban en territorio de la Galilea, que formaba actualmente una tetrarquía autónoma. Aquí también tropezaban con ruinas por doquier. Eran recientes. Las luchas con los rebeldes habían

tenido lugar unos días antes. La pequeña ciudad de Naím humeaba todavía cuando la atravesaron. Los que regresaban a sus casas destruidas contaban que cuatro días antes había tenido lugar en las afueras de la ciudad una batalla sangrienta entre Romanos y soldados del Tetrarca Antipas contra los sublevados mandados por Judas de Gamala. Los insurrectos fueron cercados y aniquilados. Los que no habían perecido fueron crucificados por los soldados.

La prueba de ello la tuvieron al subir a la extensa loma montañosa entre Nazaret y Séforis. A lo largo de la carretera había como una columnata de cruces. En ellas estaban colgados los rebeldes apresados. Encima de los cuerpos distorsionados por la tortura se cernían nubes de pájaros. Los pájaros se posaban sobre los brazos de las cruces y las cabezas de los condenados. Sacaban los ojos, desgarraban los cuerpos a picotazos. Por la noche los chacales se acercaban a las cruces y saltaban sobre los despojos, ya que muchos cuerpos tenían las piernas y el vientre destrozados.

Sobre la carretera flotaba un hedor de cuerpos en descomposición. En la mayoría de los casos eran cadáveres los que colgaban. Pero de vez en cuando un cuerpo se contorsionaba con un movimieto de reptil, deslizándose por la cruz hacia arriba, hacia abajo. Alrededor pululaban nubes de moscas con un zumbido ensordecedor.

De cuando en cuando, al pie de una cruz una mujer ahuyentaba con un palo a los pájaros que devoraban el cuerpo. Por la carretera pasaban patrullas de soldados romanos. Los soldados no echaban a las mujeres. Miraban indiferentes a los crucificados y se limitaban a alentar a los caballos, para alejarse cuanto antes de los despojos putrefactos.

En el montículo, allí donde se bifurcaba la carretera bajando por un lado hacia Séforis y por el otro hacia Nazaret, colgado en una cruz más alta que las demás había un hombre y, sobre su cabeza, una tablilla con una inscripción. Afectados por el espectáculo monstruoso que se ofrecía a sus ojos, trataron de cruzar cuanto antes el bosque de cruces, sin embargo aquí se detuvieron. El hombre colgado debía de acabar de morir. Tenía todavía sangre fresca sobre el cuerpo. Estaba todavía bañado de sudor. La cabeza muy caída, la boca muy abierta como en un grito. Los músculos

tensos, petrificados en un último esfuerzo. La tablilla colgada encima de su cabeza lleva escrito: «Judas de Gamala, mesías de los Judíos».

José ahuyentó de un manotazo a un pájaro que se había posado en el brazo del ajusticiado y estirando su largo cuello desprovisto de plumas intentaba alcanzar el ojo con su pico. Sin esta inscripción no hubiera reconocido a Judas. Miraba horrorizado el cuerpo retorcido y desfigurado por el tormento. No parecía aquel hombre rebosante de fuerza y de confianza, que le exhortaba en otros tiempos a ser uno de sus partidarios.

—¡Oh Adonai! —oyó un murmullo a su lado—. Cuánto debe de haber sufrido este infeliz... Deberíamos hacer una ofrenda por él, como hacía Judas Macabeo por sus soldados...

Esto lo había dicho Miriam. Ya había visto antes, cuando pasaban al lado de la columnata de cruces, que las lágrimas le corrían por las mejillas y sus labios se movían en una oración silenciosa. Pero la vista de este cuerpo parecía haberla llenado de un dolor aún mayor que la vista de los demás. Los labios le temblaban dolorosamente, las lágrimas le caían dejando un reguero brillante.

Quiso decir él algo tranquilizador, pero le faltaron las palabras. Mirando este cuerpo torturado, pensaba que el mundo en el que unos hombres son capaces de inferir semejantes sufrimientos a los demás, es un mundo de locos. Hay que huir de él o aceptar sus horribles leyes. No había otra salida para el hombre, el hombre no podía cambiar esas leyes. Ningún mesías humano podría conseguirlo... Todos tendrían el mismo fin...

Los ojos de José se alejaron del cuerpo ensangrentado y se dirigieron al Muchacho que estaba al lado. Jesús miraba al crucificado con detenimiento. Su mirada parecía resbalar lentamente como por unos peldaños, desde la tablilla encima de la cabeza caída, hasta las muñecas atravesadas por los clavos, desde el pecho hinchado, hasta el vientre tenso, hasta los pies clavados. Se podría pensar que el Muchacho deseaba ver cada detalle de la ejecución para conservarlo en la memoria. A José le pareció percibir terror en esta mirada; pero también un algo de voluntad inflexible...

¿Quién era El realmente —se hizo esta pregunta—; El, que le llamaba *abba*? Si ha de ser un mesías humano más, como aquel que cuelga de una cruz, entonces le espera una derrota inevitable. Nada le liberará de ella. ¿Será distinto el verdadero Mesías de aquellos que usurpaban su nombre? Todo esto tuvo un inicio milagroso. Pero ahora la vida proseguía como siempre, normalmente... Todo era demasiado complicado de entender. Ya hacía tiempo que desconfiaba de la posibilidad de comprender los misterios que le habían encargado ocultar. Sentía únicamente que estaba indisolublemente ligado a estos misterios. No sólo por el hecho de haber sido llamado. Lentamente había comprendido que deseaba ser lo que le habían pedido ser. No sabía si su papel era o no importante; pero era un papel al que no estaba dispuesto a renunciar por ningún precio. Sea cual sea el peligro que pudiera implicar... Este cuerpo me produce terror —pensaba mirando la cruz—. Pero aunque tenga que pagar este precio lo pagaré para que mi Hijo sea el verdadero Mesías! ¡Aunque temo este dolor con cada partícula de mi cuerpo, que así sea!

16.

La paz volvía al país, y su vida en Nazaret se parecía a la vida callada y tranquila que habían llevado en la tierra de Gosen.

Se instalaron en la misma casa que José había preparado antaño para Miriam. La familia de Cleofás vivía al lado: su esposa, sus hijos e hijas. José se puso a trabajar en su antiguo taller y pronto la noticia de la presencia de un excelente *naggar* en Nazaret se divulgó por toda la ciudad y sus alrededores. Como otrora, no le faltaban pedidos. Eran mucho más numerosos, ya que muchos objetos de uso diario habían sido destruidos en los incendios durante la guerra y ahora, al reconstruirse toda la comarca, se notaba la necesidad de aperos para el campo y de herramientas para las viviendas. Era incluso muy difícil deshacerse del aluvión de gentes que asediaban el taller.

Jesús ayudaba cada vez más a José. Los dos trabajaban mucho. Gracias a su trabajo, la casa estaba provista de todo



Se instalaron en la misma casa que José había preparado antaño para Miriam. La familia de Cleofás vivía al lado: su esposa, sus hijos e hijas. José se puso a trabajar en su antiguo taller y pronto la noticia de la presencia de un excelente *naggar* en Nazaret se divulgó por toda la ciudad y sus alrededores. Como otrora, no le faltaban pedidos. Eran mucho más numerosos, ya que muchos objetos de uso diario habían sido destruidos en los incendios durante la guerra y ahora, al reconstruirse toda la comarca, se notaba la necesidad de aperos para el campo y de herramientas para las viviendas. Era incluso muy difícil deshacerse del aluvión de gentes que asediaban el taller.

lo necesario. Cuando ya no faltaba nada, José volvió sobre el tema de la educación de su Hijo.

Fue a visitar al jefe de la sinagoga y, después de hablar con él, le mandó a Jesús para que el jefe y el *hazzan* pudieran hacerse una idea de Su capacidad. Los exámenes duraron varios días. Luego el jefe hizo llamar a José.

—Hice lo que querías, José, hijo de Jacob —dijo—. Junto con el *hazzan* hemos interrogado a tu Hijo. Es como dijiste: sabe mucho. Los muchachos que estudian en nuestra escuela no tienen más conocimiento al terminar sus estudios. E incluso, voy a serte sincero: saben menos que El. Porque, no es sólo que recuerda muchas cosas, sino que es inteligente y sabe pensar. ¿Tal vez convendría realmente que se le forme para escriba? Pero aquí no le enseñaremos nada. Sólo en Jerusalén podrían encontrar una enseñanza adecuada para El. Llévale allí, déjale en manos de algún maestro. Hillel vive aún, pero ya es muy mayor. Sus discípulos también enseñan. Se dice que el nieto de Hillel heredó el gran saber de su abuelo. También están los discípulos de Shamay, y el más famoso de ellos, Johanan ben Zakkay. Está Josué, hijo de Ananías, de quien se dice que, de niño, llevó su cama al Templo para poder participar en las disputas. Llévale con ellos. Aquí en Nazaret no le enseñaremos nada nuevo.

Mientras volvía, después de la charla con el jefe de la sinanoga, José se sintió repentinamente enfermo. Ya desde esa misma mañana le molestaba una extraña debilidad. Apenas tuvo fuerzas para subir hasta la casa. Miriam le ayudó a acostarse y empezó a cuidarle con cariño.

Los dolores y el sofoco tardaron varios días en desaparecer. Se sentía muy débil. Ni soñando podía pensar en volver a su taller. Venía la gente para recoger los objetos que habían encargado y José se disculpaba explicándoles con voz débil por qué no había cumplido con el plazo estipulado. Estaba tan acostumbrado a terminar puntualmente todos los encargos, que el incumplimiento le producía una dolorosa humillación. Durante toda su vida había sido fiel a cada una de sus promesas, tanto en los asuntos pequeños como en los grandes y con cada persona. Con esta seriedad se ganaba a todo el mundo en cualquier parte donde estuviera.

Jesús podía realizar algunos trabajos más sencillos. Desde su lecho, José observaba con atención al Muchacho inclinado sobre el banco. Sabía mucho, por cierto, era mañoso, le gustaba trabajar con madera. Pero tardaría, no era más que un muchacho. Dentro de un año recibiría el *bar mizwâ* —la madurez religiosa—. ¿Pero cuánto le faltaba aún para estar totalmente maduro para la vida?

¿Qué ocurrirá si me quedo sin fuerzas antes de que se pueda mantener a sí mismo y a su madre? ¿Qué ocurrirá con ellos si me muero? El pensar en la muerte se le presentó de improviso. No era viejo, hasta entonces nunca estuvo enfermo. Los miembros de la estirpe de David, generalmente, vivían mucho tiempo. ¿Seré yo como Moisés —se le planteó inesperadamente a José— que, tras sacar a Israel de Egipto, tenía que morir en el mismo umbral de la Tierra Prometida? ¿Significa esto que no he cumplido con la tarea que me ha sido encomendada?

Estaba echado con la cara hundida en el lecho, abrumado por el peso de estos pensamientos, cuando oyó encima de su cabeza la voz de Miriam.

—José, te he traído caldo de pollo. Tienes que beber para reponerte. Esta enfermedad te ha dejado completamente sin fuerzas.

Se sobresaltó, levantó la cabeza. Sus ojos encontraron los de Miriam. Tuvo que haber notado ansiedad y tensión en su mirada.

—Me parece —dijo él— que he cumplido mal el papel que me encomendó el Altísimo. Y por esta razón me ha dejado sin fuerzas.

—¿Por qué tratas de adivinar Sus designios? —se sentó a su lado sobre el lecho—. El tiene Su manera propia de hablar al hombre. ¿Tal vez, al mandar una debilidad, quiere precisamente que el hombre saque fuerzas de flaqueza? Bebe lo que te he traído y rechaza estos pensamientos innecesarios.

—Pero, Miriam...

—¡Recházalos! ¡Te lo digo! —hacía tiempo que no oía tanta determinación en su voz—. Sé quién te los envía. Lo intuyo... Oh, José, sabes muy bien que los peligros no se han alejado. Necesitamos fuerzas para afrontarlos.



Estaba echado con la cara hundida en el lecho, cuando oyó encima de su cabeza la voz de Miriam.

—José, te he traído caldo de pollo. Tienes que bebértelo para reponerte. Esta enfermedad te ha dejado completamente sin fuerzas.

—Tú las tienes.

—Las tenemos los dos, pero sólo las que El nos quiere dar. Unas veces apoya a uno y otras al otro... Y creo que cuando nos apoyamos mutuamente entonces El se mete imperceptiblemente entre nosotros y ayuda al más débil a través del más fuerte. Quiere que todo se haga por el hombre. Bebe, por favor —le pasó el cuenco—. ¿Qué te hace creer que has cumplido mal con tu papel?

—Me faltan tantas cosas por enseñarle...

—Le has enseñado mucho. ¿Qué más podemos darle nosotros, gente sencilla? Nuestra obligación es servirle y, cuando haga falta, entregarlo todo por El... Quizás sea más importante preguntarnos: ¿Hemos aprendido nosotros bastante de El?

—¿Cómo se te ha ocurrido eso?

—Le miro y me parece que El nos enseña más a nosotros con su vida que nosotros le enseñamos a El. Nosotros estamos preguntando siempre, El no pregunta...

—Yo sí que hago preguntas, tú no...

—Yo también pregunto. Sólo que de otra manera. Pero intento no preocuparme. El me ha escogido como soy... Tenemos que recordarlo, José. Hay alguien que quiere que lo olvidemos. Quiere que creamos que hemos sido los padres de Jesús no por la gracia del Altísimo, sino por nuestras propias virtudes...

—Yo soy sólo una sombra...

—Esto también te lo sugiere él ¡No le hagas caso! Cada hombre es sólo una sombra. Pero el Altísimo da vida también a las sombras.

La salud volvió finalmente. José se sentía todavía muy débil, pero ya podía trabajar un poco en el taller. Cosa extraña: él, siempre tan entusiasmado por el trabajo y con todo el corazón puesto en su trabajo, sentía ahora una especial languidez. Miraba también su trabajo con ojos diferentes. Antes, aunque la gente alababa sus trabajos, él siempre se quedaba con la duda de si eran buenos de verdad. Ahora tenía plena conciencia de ello. Se daba cuenta de que en su oficio había alcanzado la maestría. Y sin embargo le era totalmente indiferente.

Ahora no corría como antes ya desde el alba a su taller,

sino que prefería dar primero un paseo y meditar. El tiempo no se le hacía largo durante su meditación: había tantas cosas que ordenar con calma en la cabeza.

Aquél día, con las primeras luces del alba, tomó el sendero para subir hasta el prado que había en la ladera. Le gustaba ir allí: Habían ocurrido tantas cosas precisamente aquí: aquí le había pedido a Miriam que fuera su mujer, aquí le había ella revelado su voto, aquí —en la dolorosa noche de la tribulación— había oído la voz que le mandaba convertirse en sombra. Sobre la ladera inclinada recubierta de hierba frondosa, frente al extenso paisaje que se extendía desde el mar azulado en la lejanía hasta la corona blanca de los montes, se sentía extrañamente cerca del Altísimo.

Caminaba despacio entre los fragmentos de roca desperdigados por la hierba, cabizbajo y pensativo, cuando se dio cuenta de repente, que no estaba solo en el prado. Allí donde la ladera caía en el precipicio había alguien de rodillas. Instintivamente quiso retroceder. Pero se percató de que reconocía al adolescente por su espalda esbelta y su pelo hasta los hombros. Estaba sorprendido. Al salir de casa, suponía que Jesús estaba durmiendo. ¿Entonces mientras los padres andaban de puntillas sin hacer ruido pensando que el Muchacho descansaba, El se escurría de casa para rezar aquí en la soledad?

Conocía realmente muy poco al Hijo. Un día Jesús dejó de ser el niño que hablaba a José de sus cosas infantiles y le preguntaba por el mundo que le rodeaba. Ahora se quedaba a menudo pensativo y callado. Tenía su círculo de compañeros, sus primos y otros muchachos de su edad, con los que jugaba, paseaba, iba de pesca. Pero no había escogido a ninguno de los chicos para amigo particularmente cercano, y con frecuencia se aislaba de sus compañeros buscando la soledad. Muy serio hablaba con los mayores que venían al taller de José. En estas conversaciones nunca se olvidó del respeto debido a los mayores. No hacía alarde de inteligencia. Hacía más bien preguntas, pero eran preguntas que cogían a veces de sorpresa a los interrogados, poniéndoles en un aprieto, porque iban al meollo mismo de la cuestión. Tenía un interés muy pronunciado, no por los chismorreos

nazarenos, sino por todo lo referente a los problemas más importantes de la vida. Cuando los otros le contestaban, El invocaba las palabras de la Escritura que, bien aprendidas y repasadas a menudo, estaban profundamente grabadas en Su memoria, y sopesaba las palabras oídas como granos a través de una criba.

Sin embargo, aunque hablaran menos últimamente, José sentía que no había perdido el amor del Muchacho. Ya se había dado cuenta, cuando estaban allá en Egipto, de que su amor por el Hijo adoptivo, que había brotado lentamente sobre las ruinas de sus sueños irrealizados, era correspondido con un profundo sentimiento por parte del Muchacho. Si él amaba al Hijo de Miriam como si fuera su propio hijo, Jesús le respondía con un amor verdaderamente filial, aunque no era ningún secreto para El, lo que José realmente era. Si tuviera un hijo propio, no habría podido nunca ser más entregado, más obediente y amarle tanto. A lo largo de los años nunca salió de Su boca ninguna palabra falta de respeto. Tampoco nunca reveló a nadie el secreto de José.

Y José sentía que ahora también —a pesar del silencio, que se levantaba entre ellos— Jesús seguía queriéndole como antes. Era un consuelo para José, porque le permitía pensar que el silencio que se había establecido antaño entre él y su padre, tampoco había sido sentido por Jacob como falta de amor de su hijo.

Comprendía que la relación de Jesús con el Altísimo era absolutamente particular. Todos los días recitaban juntos el *qaddish* y las oraciones del día, veía al Hijo rezando con todos en la sinagoga, a veces componiendo *berakoth* en común. Pero estaba convencido de que cuando se quedaba meditabundo, hecho frecuente en Jesús, había también oraciones con las que se dirigía El solo al Altísimo. Nunca había oído estas oraciones. No tenía la menor idea de cómo este Muchacho, nacido milagrosamente, podía rezar al Altísimo.

Ahora Jesús rezaba y pronunciaba su oración en voz alta. Se entabló en José una lucha entre la timidez fruto del sentimiento de respeto para otro hombe que hablaba con el Altísimo y el profundo deseo de oír tan sólo un fragmento

de la conversación secreta. Este deseo se impuso. Avanzó algunos pasos. Y entonces pudo oír las palabras:

—Padre —decía el Muchacho—, ¿tendré que esperar mucho todavía esa hora? ¡La deseo tan ardientemente! ¡Estoy tan impaciente! Sé que será dolorosa, y Yo temo el dolor. Pero sé que te dará a conocer a ti, Tu misericordia y tu amor. ¡Oh, Padre, lo deseo tanto! Ellos no saben cómo eres. Te temen, pero no te aman. Quiero que seas amado. Este deseo me devora. Manda que se cumpla el tiempo que has indicado. Pero, Padre, que en todo se haga sólo tu voluntad. Quiero someterme enteramente a ella. Que se haga lo que ha de suceder cuando Tú lo exijas...

Retrocedió. Las palabras que le había sido permitido oír eran alucinantes. Descubrían tal profundidad... ¿Qué valor tenían a su lado todos los combates que había librado en cualquier tiempo en su corazón? ¡Qué poco valor tenían todos los sacrificios que había hecho hasta entonces!

Descendió la ladera despacio. El sol iba subiendo en el cielo. Su propia sombra, que pisaba mientras andaba, iba reduciéndose. Parecía derretirse. De repente se sobresaltó. Sintió dolor en el pecho. Breve, no muy agudo. Y sin embargo este hecho le permitió descubrir la relación inesperada entre la enfermedad que acababa de padecer con las palabras oídas de la oración. Entendió: Antes de que llegue la hora por cuya llegada rezaba Jesús, la sombra tendrá que haber desaparecido por completo...

Pero este descubrimiento no le produjo tristeza. Al contrario, una gozosa serenidad inundó a José. Le pareció descubrir no la Omnipotencia, sino el Amor que rebasa todos los límites.

17.

La ciudad estaba tan llena de peregrinos, que apenas se podía circular por las callejas estrechas. En el atrio, las personas apretadas unas contra otras formaban una masa compacta. Una multitud ingente asediaba las mesas de los cambistas y los puestos de los vendedores de animales para el sacrificio.

Las fiestas de *Pesahim* habían atraído aquel año una in-

numerable cantidad de fieles. Después de haber sofocado la insurrección de Judas de Gamala, la paz había vuelto a reconstruirse y la cuestión del censo, que había levantado tanta oposición, pasó al olvido. Los Romanos trataban de ganarse a la población. El Gobernador Coponio se mostraba benévolo en todas las ocasiones. Había propiciado él mismo la reconstrucción de los pórticos del Templo. El tema de la reposición del águila romana en el frontispicio del Santuario ni se planteó. En lugar del águila antigua, destruida por un grupo de jóvenes fariseos en los días postreros de la vida de Herodes, volvió sobre el frontispicio el racimo de uvas fundido en oro. Las divisiones romanas estacionadas en la ciudad tenían la orden de mostrarse sin sus insignias, que llevaban las cabezas de los emperadores como remate; se trataba de evitar cualquier ofensa a los sentimientos religiosos de los hebreos. El gran sacerdote recibía oro para ofrecer en nombre del emperador un sacrificio anual a Yahvé.

Se anunciaba una época de paz y de bienestar y todo aquel que pudo hacerla realizó ese año la santa peregrinación.

Para José y Miriam, que no pudieron cumplir durante varios años con el precepto prescrito de visitar el Templo, era un día de enorme alegría. El año anterior habían ido a Jerusalén solos, sin Jesús. Este año le llevaron consigo. Jesús hacía la peregrinación ya no acompañando a Sus padres como niño, sino como hombre maduro, cumpliendo una obligación religiosa.

Iban a ofrecer un sacrificio y, aprovechando la oportunidad, José quería hablar de la instrucción de Jesús con alguno de los grandes maestros. Había que tomar una decisión definitiva en este asunto. A decir verdad, la anterior eficiencia de José no había vuelto: seguía resintiéndose de cierta pesadez, se cansaba fácilmente, le costaba trabajar. Pero se sobreponía y trabajaba. No podía hacer mucho, a pesar de todos sus esfuerzos. Disminuyeron los ingresos, el trabajo de Jesús era imprescindible ahora. El muchacho tenía que suplir al padre con mucha más frecuencia. José sentía, no obstante, que no podía gravar, por su incapacidad, el porvenir del Hijo.

Durante muchas semanas estuvo luchando dolorosamente consigo mismo. Al principio pensaba que recuperaría su anterior capacidad de trabajo. Se sobrepuso a su impaciencia. Pero fueron pasando las semanas y los meses y las anteriores fuerzas no volvían. Por fin comprendió que la enfermedad, aunque oculta, seguía patente y ya no se recuperaría su antigua eficacia. Ahora tenía que luchar con la amargura. Se sentía tan enormemente responsable por la familia, quería tanto su trabajo. Una voz machacona le susurraba al oído que, ya que había sido privado de tantísimas cosas en la vida, debería por lo menos haber conservado su capacidad para trabajar y proteger a los suyos. Venció a la tentación después de una lucha terrible. Se convenció a sí mismo de que esta debilidad demasiado temprana le había sido mandada por el Altísimo. El que le había confiado un encargo le retiraba ahora la posibilidad de realizarlo. Esta era evidentemente Su voluntad, como siempre misteriosa. Oponerse a ella habría sido una rebelión. Dejó de pensar si era culpable de algo ni si su estado era un castigo. Quiso aceptar la voluntad del Altísimo con humildad y en silencio. No se permitía ahora ninguna queja. Se esforzaba por estar sereno y sonriente.

No sabía cómo encajar esta debilidad suya con el proyecto de mandar a Jesús a estudiar a Jerusalén. Discutió del asunto en una conversación con Miriam. Planteó claramente el problema: Si dejamos que Jesús se forme con alguno de los doctores, será aún más difícil para nosotros, porque vivirá alejado.

Por las palabras de Miriam dedujo que el alejamiento de su Hijo le preocupaba más que las dificultades materiales. No parecía estar muy convencida con la idea de que su Hijo debería instruirse para convertirse en escriba experto en la Escritura. Estaba sin embargo dispuesta como siempre a cualquier sacrificio. Estuvo de acuerdo con José en que era preciso resolver el asunto de los estudios de Jesús durante su estancia en Jerusalén.

En la ciudad llena a rebosar, el tradicional banquete pascual tenía que hacerse por turnos. Los procedentes de Galilea, debido a su gran número, habían obtenido permiso de los escribas para comer el cordero la víspera de la Pas-

cua. La gente se reunía en grupitos para preparar juntos la cena solemne. Inmediatamente después de cenar, dejaban el local para el grupo siguiente. Pero los había que no pudieron encontrar sitio dentro del recinto de la ciudad y éstos tuvieron que acomodarse para la cena en las tiendas montadas fuera de las murallas.

Jesús, Miriam y José vivían en una tienda durante esa semana festiva, pero alquilaron en la ciudad una habitación para el banquete. Iban a comerlo juntos con la familia de Cleofás y otra más procedente también de Galilea. Todo se desarrolló conforme a la tradición. En la mesa hubo: un cordero asado entero, pan ázimo, hierbas amargas, salsa vegetal roja. José, siendo el mayor del grupo, cuidaba del orden. De pie con el bastón en la mano recitaron el salmo:

Cuando Israel salió de Egipto,
la casa de Jacob de un pueblo bárbaro,
Entonces hizo de Judá su Santuario
y de Israel su reino...

Luego empezaron el banquete. Comían y bebían vino en una copa común, que pasaba de mano en mano. A la tercera ronda volvieron a levantarse, para cantar un himno alegre:

Alabad, siervos del Señor, el nombre del Señor.
Bendito sea su nombre
ahora y por los siglos,
desde la salida del sol hasta el ocaso...

Cantando unidos por las manos, se movían rítmicamente, como en un baile. Era un himno de alegría y fraternidad. Llenaron otra copa más y luego empezaron rápidamente a recoger la mesa. Había terminado el tiempo de que disponían. Otros esperaban ya para entrar con sus cubiertos.

En silencio devoto, meditando las palabras de los salmos cantados, volvían a sus tiendas por la ciudad llena de alboroto festivo. A pesar de la hora avanzada, nadie dormía. Había cantos en las terrazas, luces por todas partes, gente vagando por las calles. Las puertas de las casas, conforme a la tradición, estaban señaladas con sangre de cordero. En lo alto, por encima de los tejados, se alzaba el Templo. El Santuario estaba rodeado por una guirnalda de antorchas y de linternas encendidas. Parecía un inmenso monte de luces.

Tres días más tarde, la peregrinación procedente de Nazaret y de Séforis se preparaba para el regreso. Acordaron reunirse todos unos estadios fuera de la ciudad, en la carretera de Jericó. Reunirse en la ciudad aún llena de gente era imposible.

Hasta el último día José no consiguió dar con el *rabbí* Jehudá ben Guerim, que era amigo del famoso Johanan ben Zakkay. El jefe de la sinagoga de Nazaret le había dado para él una recomendación. El fariseo, impaciente, escuchó a José con un pie en el aire, y luego alzó los hombros con indiferencia. Ciertamente, aseguró, podía hablar del Muchacho con el rabino Johanan, puesto que se lo pedía el jefe de la sinagoga de Nazaret. Sin embargo, no podía darles esperanzas de que el resultado de esta conversación fuera que el gran rabino estuviera dispuesto a acoger al Muchacho para formarle. El sabio Johanan tenía muchos discípulos que prometían mucho y procedían de conocidas familias fariseas. El, Jehudá, no creía que el Hijo de un *naggar* de Nazaret (torció la boca al pronunciar el nombre de la ciudad) tuviera oportunidad de brillar entre los otros. Además, si había de hablar del Muchacho al gran *rabbí*, no lo haría enseguida. Las fiestas no habían terminado y los escribas estaban ocupados con algo más importante que los asuntos de unos muchachos que querían estudiar con los grandes maestros. Por otra parte, el *rabbí* Jehudá sabía que el excelente doctor Johanan meditaba en este momento cierto versículo y, mientras no llegara a una explicación adecuada del significado de las palabras del salmo: «Hablaré en parábolas y explicaré los misterios eternos», no se le podía molestar.

No había, por lo tanto, esperanzas de solucionarlo por ahora. José y Jesús consiguieron llegar hasta el Pórtico Real, lugar donde se sentaban los eminentes escribas para discutir públicamente sobre algunos problemas. Un grupo de jóvenes fariseos formaban cerco delante de los sabios y sólo desde detrás de sus espaldas apenas si se podía ver y oír un poco... Ocurría a veces que alguien del público levantaba la mano, se ponía de pie y pedía humildemente a los sabios rabinos que se dignaran explicarle algún problema. Los doctores, sin embargo, se mostraban sólo de vez en

cuando interesados por las preguntas. En ese caso, llamaban al hombre a su lado, le hacían preguntas y ante él discutían a fondo del tema. La mayoría de las veces no hacían ningún caso del interlocutor y cuando éste empezaba a hablar, los fariseos jóvenes le hacían callar con un amenazador: ¡cállate!

José perdió a Jesús en el atrio del Templo. Sin embargo no le dio importancia. El Muchacho paseaba solo por la ciudad y volvía siempre con sus padres. Se dio también el caso de que llegó a pernoctar fuera de la tienda: igual que millares de personas, pasaba una breve noche envuelto en el manto en algún sitio junto a la muralla, para poder con las primeras luces del alba, cuando las puertas de la ciudad estaban todavía cerradas, tomar parte en las oraciones de la apertura del Santuario.

Tampoco estaba preocupado por la ausencia de Jesús cuando desmontaron la tienda. En realidad aparecía siempre cuando había algo que hacer y podía ayudar a Sus padres, pero seguía siendo un niño y pudo haberse olvidado de todo viendo algo interesante. José estaba convencido de que el Hijo iba a aparecer corriendo en cualquier momento. Sensato y serio, pocas veces se dejaba llevar por un espíritu de independencia juvenil y nunca se olvidaba de que Su madre podría estar preocupada por El.

Sin embargo, no vieron a Jesús en el lugar de la reunión. Pero tampoco ahora ninguno de los dos mostró preocupación. En una multitud de varios centenares de personas no era fácil encontrar a alguien. Fueron de los últimos en llegar, en el momento en que el grupo iniciaba la marcha en medio de alegres cantos. Se unieron presurosos a los grupitos de los que llegaron tarde a la reunión.

No anduvieron mucho ese día. Se detuvieron para pernoctar y sólo entonces José se puso a buscar al Muchacho. Encontró a la mujer de Cleofás y sus hijos. Pero Jesús, no estaba con ellos.

—¿No le habéis visto? —preguntó, ahora ya preocupado.

—No, tío —dijeron—. No le hemos visto desde ayer.

—¿No sabéis con quién podría estar?

—No, cuando da una vuelta lo hace solamente con nosotros, o solo.

Con el corazón inquieto volvió a donde estaba Miriam. Se atormentaba pensando cómo hablarle de la ausencia de Jesús. Miriam estaba ocupada en preparar la cena. Estaba sentada sobre la albarda con una escudilla en el regazo amasando pasta. Apenas se hubo parado José delante de ella, levantó violentamente la cabeza. Por la expresión de sus ojos supo que adiviaba la noticia que traía.

—¿No lo has encontrado? —en su voz percibió un temblor.

—No...

—¿Dónde estará? ¿José, dónde estará?

—No lo sé... Nadie le ha visto... Tiene que haberse quedado en la ciudad.

Miriam movió los labios, como para exclamar algo, pero ninguna palabra salía de su boca. Sus mejillas se cubrieron de palidez. Respiraba jadeando. La escudilla se deslizó de sus manos y cayó al suelo. No se agachó para recogerla. Preguntó:

—¿Qué vamos a hacer?

—Volveremos. Lo encontraremos.

Ella se puso de pie de un salto.

—¡Vamos!

—¿Quiéres ir en seguida? ¿Ahora? Se hará de noche dentro de un momento.

—¿Podemos dejarle solo?

No intentó detenerla. Volvieron a poner con prisa las albardas sobre el asno y se pusieron en camino sin tocar la comida. Anocheció, no había nadie en el camino. Andaban deprisa. Miriam abría la marcha. José, que la seguía, oía su respiración acelerada. Nunca hasta entonces la había visto en ese estado. El era quien solía temer, asustarse, preocuparse, presentir, imaginarse lo peor. Ella estaba siempre serena y dueña de sí. Incluso cuando sentía miedo, no lo dejaba transparentar.

Se acercaba la hora de tercia de la guardia nocturna, cuando vislumbraron sobre el fondo todavía oscuro del cielo la mancha centelleante de los fuegos encendidos. El Templo en las alturas parecía una constelación suspendida so-

bre el horizonte. A medida que se acercaban distinguían más y más luces.

Estaban cansados por la marcha rápida. Iban corriendo en la oscuridad, los pies ensangrentados por los tropezones con las piedras.

Las puertas de la ciudad estaban cerradas. No quedaba más remedio que esperar hasta el amanecer. Fueron al sitio donde habían estado pernoctando, con la esperanza de encontrar al Muchacho allí. Pero Jesús no estaba. No montaron la tienda, solo aliviaron al asno de las albardas y se acostaron en el suelo envueltos en sus mantos. Permanecían en silencio. Miriam no decía nada. José no se atrevía a tomar la palabra, preocupado por el comportamiento inusitado de ella. Acostado sin poder conciliar el sueño, José oía a su lado la respiración irregular de Miriam, que le indicaba que ella tampoco dormía.

Con una congoja que aumentaba por momentos, pensaba en lo que había ocurrido; Jesús había sido siempre extremadamente cariñoso con su madre. Desde su infancia se cuidaba de no causarle el menor disgusto. No, era imposible pensar que se hubiera entretenido hablando o mirando algo. Tampoco era de esos niños que solían perderse. Entonces ¿qué había ocurrido?

Cualquier preocupación que experimentaba despertaba en él muy fácilmente su imaginación: ¿Qué podía haber sucedido? Antes se daban casos de raptos de niños y de niñas, realizados por unos individuos que abastecían a la corte de Herodes con los raptados. Se hablaba también de raptos de muchachos por bandidos de Perea, que los vendían luego en los mercados orientales. Durante la guerra había toda clase de violencia, pero desde que los Romanos impusieron la paz en el país, todos se sentían seguros. Un muchacho de doce años no desaparece así como así; además, ¿cómo hubiera podido perderse en la ciudad, si el Templo se veía desde cualquier sitio?

¿Y si se tratara de aquel viejo asunto? Herodes había muerto, sus hijos ya no eran reyes de los hebreos. ¿Habrá alguien todavía que se acuerda de la visita de los sabios partos? Los únicos que podrían recordarlos eran los habitantes de Belén... Sí, ellos no lo habrán olvidado sin lugar a

dudas. Alguno de sus parientes pudo haberle visto y espiado. Le odiaban seguramente. Deseaban vengarse. ¿Entonces alguno habría ido a denunciarle a los Romanos? Los partos eran enemigos, los contactos con ellos podrían ser considerados como una traición... Pero pudo haber ocurrido otra cosa: alguno de aquellos locos que soñaban con sacudirse el dominio romano pudo haber pensado que le sería más fácil levantar la bandera de la rebelión teniendo en las manos al heredero de la estirpe de David.

Estos desvaríos se hacían más y más inquietantes: el pensamiento, excitado por la imaginación, no dejaba de elucubrar. No había manera de controlar su carrera calenturienta. Miriam al menos, pensaba él, no es víctima de estos desvaríos. No suele imaginarse situaciones inusitadas. Pero cuando teme por el Hijo, todo su ser resiente el dolor. Es como si le arrancaran una parte de su cuerpo.

¿O tal vez, pensaba él, sufre por sentirse culpable de lo ocurrido? El mismo había experimentado aquello en más de una ocasión en su vida. Tenía tendencia a autoacusarse. Después de los años transcurridos al lado de Miriam, comparando la serenidad de su esposa con su propia intranquilidad, empezó a comprender de dónde le venía a él esta inclinación. Durante toda su vida deseaba servir, pero necesitaba sentir que podía servir. El Altísimo le llamó, pero no lo confió todo a sus fuerzas. Le permitía actuar para luego coger El mismo las riendas en Sus manos. Esto producía en José amargura, y esta amargura se tornaba en reproches contra sí mismo. Se acusaba, no atreviéndose a acusar al Inconcebible...

Miriam no se acusaba nunca. Era toda humildad y amor. No esperaba nada de sí misma. Estaba convencida de que todo lo había recibido gratuitamente, por caridad. Y tampoco debía reprocharse nada ahora. Sencillamente sufría, sin divagar, sin imaginarse nada, sin tratar de comprender.

En alguna ocasión José se había dicho a sí mismo que sería ella y no él quien marcaría el rumbo de sus vidas. Intentaba imitarla a menudo. No se veía culpable de lo ocurrido, y tampoco se culpaba ahora. Pensaba únicamente: todo lo que tengo lo he recibido por voluntad del Altísimo

Debía ser una sombra. Cuando el sol está en su apogeo, la sombra desaparece. ¿Tal vez El quiere darme una señal de que el momento se acerca? Tal vez El ha desaparecido para que yo sepa que ha llegado el momento de mi desaparición.

Los desvaríos calenturientos y la angustia disminuyeron. Sabía que en cuanto se hiciera de día, correrían a buscar a Jesús y le buscarían sin descanso. Lo harían todo para encontrarlo. Pero lo encontrarían únicamente si el Inexpresable quería que lo encontrasen. Porque puede que se esté acercando la hora por cuya llegada había rezado Jesús. Y ésta será la hora en la que el padre terreno dejará de ser necesario...

Apoyó la cabeza en su manto enrollado y se durmió.

18.

Le buscaron el día entero sin resultado. Cien veces se abrieron paso por las callejuelas atiborradas, yendo y viniendo para arriba y para abajo; preguntaban a la gente, dejaban informes de sus pesquisas en posadas y tiendas. Luego volvían otra vez a las mismas posadas y tiendas. Pero ya desde lejos los dueños les hacían señas de que el Muchacho no había ido y que no tenían ninguna noticia esperanzadora.

La ciudad seguía repleta de gente. Todavía no se habían acabado de ir los peregrinos, cuando ya volvían al trabajo los operarios que reconstruían las casas destruidas. Innumerables peregrinos pasaban entre los grupos de trabajadores, los cánticos piadosos se fundían con el golpeteo de los martillos.

Miriam, con el pelo sin recoger, se abría paso entre la gente febrilmente. A José le costaba mucho seguirla. No quería comer nada, no quería descansar. Cuando tropezaba con algún conocido, ella era quien hacía preguntas, quien imploraba ayuda.

¡Cómo habría querido cargar él con esa angustia! Pero ella ni siquiera prestaba oídos a sus palabras. Por esto, todo su empeño era seguirla, apretándose con disimulo la mano contra el pecho, en el que, de cuando en cuando, notaba el dolor que ya conocía.

Y el día pasó en esta búsqueda. Hasta el anochecer no abandonaron la ciudad, cuando sonaban las trompetas que anunciaban el cierre de las puertas. Agotados, volvieron al sitio donde habían dejado el asno. Jesús no les estaba esperando allí. José, aunque muy cansado por las indagaciones, montó la tienda. Por primera vez en su vida, Miriam no le ayudó en nada. Estaba sentada en el suelo con la cara oculta entre las manos.

Después de montar la tienda, encendió el fuego e intentó preparar algo de comer; cuando la comida estuvo lista se la trajo a Miriam. Pero ella negó con la cabeza.

—Miriam —le rogaba—, Miriam..., come algo. Tienes que comer. He hecho lo que he podido, pero se puede comer... Come, por favor. Yo te comprendo. Lo sé... créeme...

Ella apartó las manos de la cara. Tenía los ojos secos pero en su mirada había una expresión de sufrimiento indecible.

—¡Oh José! —dijo—, qué bueno eres... Te lo agradezco. Pero perdóname, soy incapaz de comer. No consigo entender... ¿Cómo ha podido ocurrir? ¿Cómo ha podido El permitirlo...?

—Siempre era yo el que se hacía esa pregunta. Y tú eras la que tenía la contestación...

—Hoy no puedo. Lo veo todo tan oscuro, desierto... No comprendo. Es como si el Altísimo hubiera desaparecido con El...

—El Altísimo no desaparece. Sólo se oculta.

—¿Por qué? ¿Por qué, José?

—No lo sé... De El sé menos que tú...

—Me sacó de la nada. Me lo dio todo. Y ahora me lo ha quitado todo...

—Quizás no te lo ha quitado...

—¿Entonces por qué ha ocultado a Jesús?

—No lo sé...

—¡Hablas como si no le quisieras!

No contestó, herido por sus palabras impetuosas. Mas ella dijo inmediatamente:

—¡Oh, perdón! ¡Perdóname, José! ¿Cómo pude haber dicho algo semejante? A ti, que has entregado toda tu vida... No sé cómo disculparme...

José le cogió los dedos en su mano, apretándolos con delicadeza.

—No tienes por qué disculparte. No estoy enfadado y no sería capaz de enfadarme. Mi amor por El no es nada comparado con el tuyo. Está visto que cada uno de nosotros tiene que tener sus momentos de oscuridad. Hasta hace poco era yo quien estaba en la oscuridad...

—¿Ya no lo estás ahora? ¡Qué bien...!

—Si pudiera ayudarte...

—¡Entonces ayúdame! ¡Enséñame a confiar ciegamente!

Apretó con fuerza los dedos de José y se apoyó contra él.

Dejaron de hablar, pero José sintió que Miriam se tranquilizaba, que superaba su congoja. Se quedó sentado mucho tiempo sin moverse, hasta que por fin oyó su respiración acompasada. Se había dormido. El no dormía. Estaba totalmente entumecido, porque no quería cambiar de postura. El dolor volvía a despuntarle en el pecho.

Muy de mañana, se pusieron otra vez a buscar. El sosiego que había experimentado Miriam al anochecer había desaparecido. José notaba que hacía esfuerzos para dominar su angustia, pero la angustia podía más que sus esfuerzos. De nuevo aceleraba el paso, casi corría, tropezaba con la gente. A él se le hacía cada vez más difícil seguirla.

De nuevo se abrían paso por las mismas calles congestionadas, visitaron una tras otra todas las posadas y todos los puestos donde ya les conocían. Jesús no había aparecido por ninguno, no había dado señales de vida.

Pasó el mediodía y ellos seguían buscando. Ambos empezaron a quedarse sin fuerzas. Incluso Miriam ya no corría tan febrilmente. José la seguía con dificultad. No se sabe cuántas veces habrían pasado por el puente sobre el valle del Tyropeon, cuando José oyó que alguien le llamaba.

—¡Eh, hombre de Galilea! ¡Para!

José se volvió. Vio al *rabbi* Jehudá.

—La paz sea contigo, venerable —le dijo.

—La paz también contigo. No me acuerdo cómo te llamas, pero tú viniste a verme para que presentara tu hijo al venerable Johanan ben Zakkay, ¿verdad?

—Es como has dicho, venerable.

—¿Es tu hijo el que está hablando con los escribas en el *Lisqat-ha-Gazit*?

—¿Mi Hijo? ¿Has visto, venerable, a mi Hijo?

—He visto a un Muchacho galileo, que hizo una pregunta a los venerables doctores, y ellos con mucha benevolencia accedieron a contestarle...

—¿Dónde? ¿Dónde le has visto, venerable?

—Está en la sala de las Piedras Labradas. Los escribas han visto que es inteligente y están hablando con El. Han sido muy considerados. Quién sabe si alguno de los venerables querrá tomarlo como discípulo suyo... Se cumpliría así tu deseo.

—Dinos, venerable, cómo podemos llegar a la Sala de las Piedras Labradas. No sabíamos dónde estaba nuestro Hijo y estábamos muy preocupados...

—Id por allí —indicó con la mano—. Y si os para el guardia decídle que sois los padres del Joven a quien los muy venerables han honrado con su conversación.

—Que el Altísimo te muestre Su gracia, *rabbí*, por la noticia que nos ha consolado. Que dé luz a tu mente para que sigas siempre Su camino...

Se acercaron a la entrada que les mostró Jehudá. El centinela, al oír que eran los padres del Muchacho con el que conversaban los escribas, les abrió respetuosamente la puerta. La sala estaba medio a oscuras. Los poyos formaban un semicírculo, en medio había un pequeño púlpito y un pequeño armario decorado, para guardar los rollos de la Sagrada Escritura.

Los bancos estaban ocupados por los ilustres doctores enfundados en sus balandranes. Ante ellos, en actitud de discípulo, estaba Jesús.

Los escribas hablaban despacio. Llenos de unción. Cuando alguno tomaba la palabra, hacía primero una reverencia a los demás. Cada uno de los oradores empezaba diciendo: «Así dijo el venerable *rabbí*...; así se expresó el ilustre *rabbí*...». Las citas largas se entremezclaban en los discursos que fluían de sus labios. De cuando en cuando, alguno de los escribas se dirigía al Muchacho. Entonces El le contestaba. Hablaba normalmente, de modo conciso. A veces empezaba diciendo: «Dice la Escritura». Algunos sabios

chasqueaban los labios con aprobación después de sus respuestas.

José y Miriam se detuvieron en la puerta intimidados. Pero Miriam, al ver a su Hijo, no pudo contenerse. Corrió hasta Jesús, lo abrazó. Exclamó:

—¡Hijo! ¡Hijo! ¡Estás aquí! ¡Te hemos buscado tanto! ¡He temido tanto por ti!

Se interrumpió al notar de repente la mirada de los escribas fija en ella. Las miradas benévolas que habían otorgado al Muchacho se apagaron de inmediato. Ahora en sus ojos brillaba el desprecio y la ira.

—¿Quién dejó entrar aquí a esta mujer? —preguntó alguien.

—¡Echadla! —gritó otro.

José se adelantó unos pasos. Juntó implorante las manos.

—No os enfadéis, venerables —dijo—. Somos los padres de este Muchacho. Lo habíamos perdido y llenos de ansiedad lo estuvimos buscando. Nos hemos alegrado al encontrarle aquí...

—¡En este caso —dijo uno de los hombres—, coge al Muchacho y a esta mujer y largaos de aquí! ¡No es sitio donde puede entrar cualquier *am-ha'arez*! ¡Marchaos! Vuestra irrupción ha perturbado los pensamientos de los venerables sabios. ¡Bueno! ¡Idos más deprisa! —dijo impaciente, golpeando el suelo con el pie.

Miriam no retiró ni por un momento el brazo de los hombros de su Hijo. José les seguía por detrás. El centinela que antes les había abierto la puerta, les gritó ahora con ordinariez. No hablaron hasta llegar al atrio. Sólo entonces Miriam le reconvino dolorida:

—¿Qué has hecho, Hijo? ¡Nos has causado tanta alarma y zozobra! ¡Los dos hemos estado muy asustados! Te hemos buscado temblando... ¿Cómo pudiste portarte así?

No bajó la cabeza como quien se siente culpable. José, mirando de reojo al Hijo, percibió un fulgor en Su mirada; el mismo misterioso fulgor que ya había visto una vez.

—¿Me habéis estado buscando? —dijo—. ¿Habéis temido por mí? ¡Teníais que haber sabido que mi sitio está en la casa del Padre!



—¿Qué has hecho, Hijo? ¡Nos has causado tanta alarma y zozobra! ¡Los dos hemos estado muy asustados! Te hemos buscado temblando... ¿Cómo pudiste portarte así?

—¿Me habéis estado buscando? —dijo— ¿Habéis temido por mí? ¡Teníais que haber sabido que mi sitio está en la casa del Padre!

El tono de voz era sereno, pero lo que decía sonó a reproche. José vio palidecer a Miriam y cómo le temblaron los labios. Ella no dijo nada. Sin mediar palabra, se dirigieron hacia el puente.

Salieron de la ciudad, llegaron a su tienda. Jesús, sin haber pronunciado todavía una sola palabra, empezó a recoger el equipaje. Preparó los fardos, los puso sobre el asno. Mientras trabajaba, ellos le observaban atentamente a hurtadillas.

—No te preocupes —le susurró José—. Vendrá con nosotros. Todo seguirá como antes.

—Así parece —le contestó ella en voz baja—. Yo temía que... Pero, José, ¿por qué ha dicho eso?

Ya tenía en la punta de la lengua: «Para que te acuerdes cuando llegue el momento de la verdadera separación...» Pero no lo dijo. No quiso presumir del conocimiento que le había sido infundido. Sus caminos se separaban. Ella iba a seguir; él, la sombra, iba a desaparecer. Por eso, ella no comprendía todavía lo que él había comprendido. Por primera vez él se le había adelantado...

—Todo listo para el camino —dijo el Muchacho, plantándose delante de ellos—. Si lo mandas, *abba*, podemos partir.

—Vamos —asintió él con la cabeza.

Ayudaron a Miriam a montar en el asno. Jesús tomó las riendas y José, viéndolo, no alargó la mano para cogerlas. Por primera vez era el Hijo quien iba a conducir la montura de la madre.

Anduvieron un trecho, cuando preguntó:

—¿Qué opinas, Hijo, de la ciencia de los grandes doctores? Sabes que quise hablar por ti con el venerable Johanan. No tenía tiempo para charlar conmigo. Pero hablaron contigo... Díme, ¿quieres que vayamos otra vez a la ciudad santa y que le pida al *rabbi* Johanan que te tome por discípulo?

Notó que Jesús sacudió vigorosamente la cabeza. Luego el Muchacho se volvió hacia José y dijo:

—Si me permites, *abba*, que diga lo que pienso, lo diré, No deseo estudiar con los doctores. Estos hombres son sabios de palabras, pero no ven la vida. Quieren discutir acerca del cielo, y no vislumbran la tierra...

—Pero el Altísimo habita en el cielo —señaló José.

—También dice: levanta una piedra y me encontrarás, da un corte a un árbol y allí estoy...

Se sobresaltó. No recordaba las palabras citadas por su Hijo.

—El está oculto aquí —seguía diciendo el Muchacho— y ahora quiere venir para quedarse con los hombres... Permíteme que no vaya a estudiar con ellos. Me quedaré con mamá. Cuidaré de ella.

En las últimas palabras había un afecto tan profundo como si un momento antes no hubiesen sido pronunciadas aquellas otras palabras llenas de reproche. Vio que la mano de Miriam se posaba cariñosamente sobre el brazo del Hijo y que El frotó la mejilla contra esa mano. Se miraron mutuamente y vio cómo se sonreían.

Era feliz viendo su amor. No sentía soledad ni envidia. Sabía que el amor de Miriam y de Jesús era como un cántaro rebosante, que esparcía el agua a su alrededor. Donde empapaba la tierra, brotaba la vida. El dolor cosquilleaba en su pecho, pero también él iba sonriendo.

7 de Junio, día de la fiesta de María, Madre de la Iglesia.

Breve léxico de voces hebreas, arameas y persas.

Abba: padre.
Almá: muchacha (interpretado como «virgen»).
Am-ha'arez: «pueblo de la tierra», es decir, campesinos (en tiempos de Jesús). Originariamente designaba a quienes, durante el exilio del pueblo hebreo en Babilonia, habían permanecido en Palestina.
Arôn Aqqadesh: arca sagrada, pequeño armario donde se guardan los rollos de las Escrituras en la sinagoga.
Bar-mizwá: «precepto del hijo», ceremonia de introducción en la mayoría de edad (13 años para los varones, 12 para las mujeres); a partir de esa edad se deben observar los preceptos de la Torá. (ver)
Baruk ata Adonai, melek ha-olâm: beraká (ver) que significa: «Bendito seas, Señor, rey del universo». Propiamente, dice «rey de los eones».
Beraká (plural: Berakoth): bendición (oración de). En plural es también el nombre de uno de los libros de la Mishná (ver).
Gehenna: valle situado al sur de Jerusalén, donde continuamente ardía el fuego que consumía las basuras y donde se hacían sacrificios humanos; de ahí que con esta palabra se designara también el castigo de los condenados al fuego eterno.
Ghor: depresión geográfica.
Gôj (plural: Gôjim): extranjero; en plural: gentiles.
Haberim: compañeros, socios.
Hakam: sabio, prudente.
Hazzan: oficial, encargado.
Lisqat-ha-Gazit: sala de las Piedras Labradas, en el Templo.
Kislew: nombre de mes correspondiente a noviembre-diciembre.
Mishna: repetición; con esta palabra se designaba la enseñanza que se impartía oralmente mediante repetición.
Mohar: suma de dinero que el novio entregaba al padre de la novia para concretar la boda.
Naggar: carpintero, artesano.
Peisá: pendientes.
Pesahim: libro de la Mishna que trata de la fiesta de Pesah = (Pascua).

QADDIM: viento del Oriente.
QADDISH: una de las oraciones oficiales de los Hebreos.
RABBÍ: rabino, maestro.
SABAOTH: escuadras, ejércitos celestiales.
SAOSHYANT: salvador, redentor, personaje misterioso de la tradición zoroástrica, que vendría al final de los tiempos con el nombre de Askwat-ereta, como ayudante del dios Ahura-Mazda.
SHAMAEL: nombre de un demonio.
SHEDIM: devastadores; término que indicaba espíritus malvados.
SHAKINÂ: nube, morada secreta de Dios.
SHEMA ISRAEL, ADONAI ELOHENU, ADONAI EHAD: conocida oración hebrea: «Escucha, Israel, el Señor es uno, Dios es un solo Dios».
SHEOL: infiernos, morada de los muertos (indistintamene buenos y malos).
TALED: paño cuadrado, como un pequeño chal con flecos, que se reviste durante los actos de culto.
TEBUTÂ: tribuna de la Sinagoga, desde donde se proclama la «Ley».
TISHRI: nombre de mes correspondiente a septiembre-octubre.
TORÂ: la «Ley» (propiamente: «oráculo», «instrucción»), es decir, todas las Sagradas Escrituras.
VENDIDAD: libros sagrados de la religión de Zoroastro.

INDICE

OTROS TITULOS DE JAN DOBRACZYNSKI en

ARCADUZ

LA SOMBRA DEL PADRE
Historia de José de Nazaret
Jan Dobraczyński
17ª edición

Y EL RAYO CAYÓ POR TERCERA VEZ
El drama de la vida de San Juan Bautista
Jan Dobraczyński
4ª edición

SAN ANTONIO DE PADUA
Gran predicador y hombre de ciencia
Jan Dobraczyński
5ª edición

MAGDALENA
«Jesús arrojó de ella siete demonios»
Jan Dobraczyński
4ª edición

BAJO LAS MURALLAS DE VIENA
La historia de Juan Sobieski
Jan Dobraczyński

ARCADUZ

Biografías noveladas de santos y personas
cuya presencia ha dejado huella en la historia,
narradas por autores de primera fila.

CONOCER A JESUCRISTO
Una responsabilidad para los cristianos
Frank J. Sheed
12ª edición

POR LAS RUTAS DE SAN PABLO
Ciudadano romano, apóstol y mártir
Salvador Muñoz Iglesias
5ª edición

LA VIDA DE SANTA TERESA DE JESÚS
Fundadora, santa... y doctora de la Iglesia
Marcelle Auclair
14ª edición

LA LUZ APACIBLE
Novela sobre Santo Tomás de Aquino y su tiempo
Louis de Wohl
14ª edición

LA SOMBRA DEL PADRE
Historia de José de Nazaret
Jan Dobraczyński
18ª edición

LA CANCIÓN DE BERNADETTE
Historia de las apariciones de la Virgen de Lourdes
Franz Werfel
7ª edición

EL CURA DE ARS
El atractivo de un alma pura
Francis Trochu
13ª edición

LA VIDA COTIDIANA DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS
Un apasionante viaje por nuestras raíces
A. G. Hamman
7ª edición

LA LANZA
Historia del Centurión Longinos
Louis de Wohl
8ª edición

EL ORIENTE EN LLAMAS
Biografía novelada de San Francisco Xavier
Louis de Wohl
9ª edición

EL ÁRBOL VIVIENTE
Historia de la Emperatriz Santa Elena
Louis de Wohl
9ª edición

DON BOSCO Y SU TIEMPO
Educador nato, patrono de la juventud trabajadora
Hugo Wast
5ª edición

LA MADRE TERESA
Su vida y su obra
«Lo hacemos por Jesús»
Edward Le Joly
10ª edición

EL MENDIGO ALEGRE
Historia de San Francisco de Asís
Louis de Wohl
10ª edición

SAN BENITO
Ciudadelas de Dios
Louis de Wohl
6ª edición

Y EL RAYO CAYÓ POR TERCERA VEZ
El drama de la vida de San Juan Bautista
Jan Dobraczyński
4ª edición

CORAZÓN INQUIETO
La vida de San Agustín
Louis de Wohl
13ª edición

LA DONCELLA DE NAZARET
Historia de la Virgen María
Javier Suárez-Guanes
9ª edición

FUNDADA SOBRE ROCA
Historia breve de la Iglesia
Louis de Wohl
12ª edición

AL ASALTO DEL CIELO
Historia de Santa Catalina de Siena, doctora de la Iglesia
Louis de Wohl
8ª edición

JUANA DE ARCO
La asombrosa aventura de la Doncella de Orleáns
Mark Twain
5ª edición

EL HILO DE ORO
Vida y época de san Ignacio de Loyola
Louis de Wohl
6ª edición

EL PUEBLO DE LA BIBLIA
Daniel-Rops

SAN ANTONIO DE PADUA
Gran predicador y hombre de ciencia
Jan Dobraczyński
5ª edición

JESÚS EN SU TIEMPO
Como un Hombre, entre los hombres
Daniel-Rops
2ª edición

SAN FRANCISCO DE SALES
Amable y paciente director de almas
Valentín Viguera Franco
3ª edición

EL MENSAJERO DEL REY
Novela sobre San Pablo y su tiempo
Louis de Wohl
4ª edición

LO QUE MARÍA GUARDABA EN SU CORAZÓN
Contemplar los sentimientos de la Madre
José María Pemán
6ª edición

NO OLVIDÉIS EL AMOR
La pasión de Maximiliano Kolbe
André Frossard
5ª edición

SAN JUAN DE LA CRUZ
Su presencia mística y su escuela poética
José María Moliner
4ª edición

EL APÓSTOL DE LOS LEPROSOS
La vida del Padre Damián
Wilhelm Hünermann
4ª edición

MAGDALENA
«Jesús arrojó de ella siete demonios»
Jan Dobraczyński
4ª edición

SANTA TERESITA
Vida de Teresa de Lisieux, Doctora de la Iglesia
Maxence Van der Meersch
6ª edición

TRES MILAGROS PARA EL SIGLO XXI
El Pilar (siglo I), Guadalupe (1531), Fátima (1917)
Francisco Ansón
5ª edición

LAS APARICIONES DE LA VIRGEN
Su historia, su mensaje
Annette Colin-Simard
4ª edición

EL MENDIGO DE GRANADA
Vida de San Juan de Dios
Wilhelm Hünermann
4ª edición

LA SÁBANA SANTA
Últimos hallazgos, 2002
El Sudario de Oviedo y la Virgen de Guadalupe
Francisco Ansón
5ª edición

SANTA GEMA GALGANI
Vida de la primera Santa del siglo xx
Germán de San Estanislao y
Basilio de San Pablo
3ª edición

FÁTIMA
Su historia maravillosa
Wilhelm Hünermann
Apéndice de Francisco Ansón
2ª edición

EN BUSCA DEL ROSTRO DE JESÚS
Javier Prades. Salvador Muñoz Iglesias.
Francisco Ansón. Florentino Díez.
Aurelio Fernández. Gloria Toranzo

EL PADRE PÍO
El capuchino de los estigmas
Yves Chiron
5ª edición

SAN JUAN
Tras las huellas del Evangelista
Paul Dreyfus

SANTOS DEL SIGLO XIII Y SU ÉPOCA
Cuando el mundo descubrió la paz
Francisco Ansón

SAN BERNARDO
El hombre que transformó Europa
Philippe Barthelet

CRISTIANOS EN TIERRA DEL ISLAM
Su vida, sus dificultades, sus esperanzas
Claude Lorieux

BAJO LAS MURALLAS DE VIENA
La historia de Juan Sobieski
Jan Dobraczyński

UN PELIGRO PARA EL ESTADO
La persecución de los jesuitas en el siglo XVIII
Philip Trower

LA DEVOCIÓN A LA VIRGEN EN ESPAÑA
Historia y leyendas
Jesús Simón Pardo

LA VERDADERA HISTORIA DE SANTA RITA
Abogada por las causas perdidas
Yves Chiron

UN SEMINARISTA EN LAS SS
Autobiografía del P. Goldmann.

ANTES DEL ALBA
La conversión del Rabino de Roma:
Autobiografía
Eugenio Zolli

ANA CATALINA EMMERICK
Vivió la Pasión de Jesús
Joachim Bouflet

BRIGIDA DE SUECIA
Patrona de Europa
Paola giovetti

DAVID DE JERUSALÉN
El conquistador del reino
Louis de Wohl



Acontecimientos y personajes que han enriquecido la historia,
abriendo nuevos rumbos a la cultura humana.
Autores del máximo prestigio en su materia.

LA HORA DE TOMÁS MORO
Solo frente al poder
Peter Berglar
5ª edición

ISABEL DE ESPAÑA
William Th. Walsh
4ª edición

LA VIDA DE DISRAELI
André Maurois
2ª edición

LA MADRE TERESA
Edward Le Joly
10ª edición aumentada

TOMÁS BECKET
Pierre Aubé

BLANCA DE CASTILLA, MI ANTEPASADA
Isabel, Condesa de París

PABLO VI
Carlo Cremona

ISABEL II
Carlos Cambronero

EL PONTIFICADO ROMANO EN LA HISTORIA
José Orlandis
2ª edición

PABLO DE TARSO
Ciudadano del Imperio
Paul Dreyfus

PÍO XII
El Papa Rey
Robert Serrou

FERNANDO III
Rey de Castilla y León
Francisco Ansón

LA IGLESIA CATÓLICA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX
José Orlandis

CATALINA DE ARAGÓN
Garret Mattingly
2ª edición

RIESGO Y VENTURA DEL DUQUE DE OSUNA
Antonio Marichalar

VOLTAIRE
Carlos Pujol

JUANA LA LOCA
Su vida, su tiempo, su culpa
Ludwig Pfandl
3ª edición

CARLOS V
Philippe Erlanger

DESTINOS FABULOSOS
Gandhi-Ibn Seud-Churchill
El Zar Nicolás-Birger Dahlerous
Stavisky
Alain Decaux

JUAN XXIII
En el recuerdo de su Secretario
Loris F. Capovila
Entrevista de Marco Roncalli

ROBERT SCHUMAN
Padre de Europa (1886-1963)
René Lejeune

PERSECUCIONES RELIGIOSAS Y MÁRTIRES DEL SIGLO XX
Vicente Cárcel

BALDUINO, EL REY
Robert Serrou

ESPAÑOLAS, REINAS DE FRANCIA
Emilio Beladiez

LA EPOPEYA DE LAS CRUZADAS
René Grousset
2ª edición revisada y aumentada

LA IGLESIA EN LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA
Siglos XIX y XX
Vicente Cárcel

WELLINGTON
Antoine d'Arjuzon

PÍO IX
Yvers Chiron

STALIN
Jean-Jacques Marie

BISMARCK
Pedro Voltes

CARLOS DE HABSBURGO
El Último emperador
Michel Dugast Rouillé
2ª edición

RONALD KNOX
Evelyn Waugh

CHESTERTON
Un escritor para todos los tiempos
Luis Ignacio Seco
2ª edición

EDICIONES PALABRA, S.A. - Castellana, 210 - 28046 Madrid
Telfs.: 91 350 77 20 - 91 350 77 39 - Fax: 91 359 02 30
www.edicionespalabra.es - epalsa@edicionespalabra.es



OTROS TÍTULOS

CONOCER A JESUCRISTO
Una responsabilidad para los cristianos
Frank J. Sheed
12ª edición

LA VIDA DE SANTA TERESA DE JESÚS
Fundadora, santa... y doctora de la Iglesia
Marcelle Auclair
14ª edición

LA LUZ APACIBLE
Novela sobre Santo Tomás de Aquino y su tiempo
Louis de Wohl
14ª edición

EL CURA DE ARS
El atractivo de un alma pura
Francis Trochu
13ª edición

LA MADRE TERESA
Su vida y su obra
«Lo hacemos por Jesús»
Edward Le Joly
10ª edición

SAN BENITO
Ciudadelas de Dios
Louis de Wohl
6ª edición

LA DONCELLA DE NAZARET
Historia de la Virgen María
Javier Suárez-Guanes
9ª edición

FUNDADA SOBRE ROCA
Historia breve de la Iglesia
Louis de Wohl
12ª edición

JUANA DE ARCO
La asombrosa aventura de la Doncella de Orleans
Mark Twain
5ª edición

EL PADRE PÍO
El capuchino de los estigmas
Yves Chiron
5ª edición

Jan Dobraczyński es el escritor polaco más conocido de nuestro tiempo. Con "La sombra del Padre" reafirma su calidad de narrador y constructor de novelas históricas.

En esta historia novelada de José de Nazaret, emprende la formidable tarea de rehacer no solo la vida del Santo Patriarca, sino también el entorno en que se desarrolló: las dificultades que presentaba el ambiente familiar, impregnado del exigente espíritu de raza; el clima de tensión con el que los judíos esperaban la venida del Mesías; las peripecias políticas de la corte de Herodes el Grande, con sus intrigas, sus degeneraciones y sus crímenes. Para todo esto, se vale de las fuentes escriturísticas y del vasto material literario de la época descrita.

"Me siento profundamente edificado por el tacto y la finura con la que Vd. ha sabido acometer un trabajo tan difícil y apasionante", son palabras que le dirigió el Cardenal Wiszynski.

ISBN 84-8239-454-1



EDICIONES PALABRA